

JESÚS CAÑADAS

LAS
TRES MUERTES
DE
FERMÍN SALVOCHEA



Lectulandia

Una novela original y brillante que partiendo de un hecho histórico real, no soltará al lector hasta el trepidante final de la trama.

En marzo de 1873, recién instaurada la Primera República, Fermín Salvochea tomó posesión del cargo de alcalde de Cádiz. Siguiendo su espíritu anarquista, adoptó una serie de medidas polémicas que le granjearon la simpatía de los pobres al mismo tiempo que la animadversión de las clases pudientes y del clero. Una de esas medidas fue el desahucio del Convento de la Candelaria.

Esto es Historia. El resto de lo que contienen estas páginas podría no serlo.

1907. Fermín Salvochea, legendario alcalde de la ciudad de Cádiz, fallece en extrañas circunstancias. Ese mismo día, Juaíco, un barbero viejo y borracho, decide contarle la historia de Salvochea a su hijo Sebastián.

1873. El joven Juaíco empieza a trabajar para Fermín Salvochea durante su primera semana como alcalde. Una muerte en un burdel los embarcará en una aventura llena de misterios, magia negra y venganza más allá de la tumba.

1907. Un enigmático teatro de los horrores ha llegado a Cádiz. Brutales asesinatos se suceden en los callejones de la ciudad. Sólo Sebastián y sus amigos podrán encontrar la verdad tras la historia de Juaíco y proteger Cádiz del mal antiguo que anida en sus entrañas.

Lectulandia

Jesús Cañadas

Las tres muertes de Fermin Salvochea

ePub r1.0

Titivillus 09.02.2018

Jesús Cañadas, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ésta es para mi padre

La memoria siempre gana cuando
trata de falsificar recuerdos.

MONTERO GLEZ,
Pistola y cuchillo

La noche no ha cambiado.
Es la misma que hace cien años.

LAIRD BARRON,
El rito

Duerme con sol y con luna
El vampiro está acostado
Un catafalco es su cuna

JOAN PERUCHO,
Las historias naturales

I La Conejera
27 de septiembre de 1907

1

Muchas veces se preguntaría Sebastián por dónde empezar a contar aquella historia que no podía contarse a nadie. Al principio sería de forma desordenada, saltando atrás y adelante, con explicaciones atropelladas y revelaciones a contramano. Por fin acabaría decidiendo que todo empezó con la cara de Julieta tras la ventanilla del coche. Y con las dos lágrimas que corrían por sus mejillas. Sobre todo con aquellas dos lágrimas que se inventó su memoria, tan novelera y tan mentirosa como todas las demás memorias.

Sebastián estaba haciendo [rabonas](#)^[1], claro. Eran casi las once y debería haber estado ayudando a Madre con el trajín de la costura, pero se escabulló en cuanto ella se puso a tomarle las medidas al hijo mayor de la Milagros, que quería hacerse un traje para un bautizo. Uno sencillito pero que pareciera de postín, que no se notase que lo había hecho ella. Como siempre. Como todos los encargos. Sebastián aprovechó la coyuntura y se deslizó por la puerta, convenciéndose de que esa voz que lo llamaba a berridos por el [patinillo](#) no era la de Madre. Pensó en esconderse en la Conejera, pero hacía malo y no le apetecía entrar allí dentro solo. No es que le diera miedo; por supuesto que no.

Se le ocurrió lo que podía hacer: echar a correr calle arriba. A esa hora de la mañana, la calle Botica se deshacía en una serpentina de pescadores rezagados que cargaban cestos repletos de mojarras camino a la plaza de abastos, gitanas viejas que ofrecían la buena ventura a los despistados, carboneros que empujaban sus carros dejando tras de sí un rastro de hollín, y niños como él, sin escuela ni oficio, que jugaban al trompo [encalomados](#) como gárgolas en los escalones de las casapuertas.

Sebastián llegó en un santiamén a la entrada del Campo del Sur. Luego se enfrentaría a Madre y a la regla de madera maciza que tenía junto al costurero. Valdría la pena si conseguía ver la carpa. Sobre todo si la veía antes que el Pani.

2

La mañana estaba muy fea. Se estaba nublando y encima las nubes eran oscuras. Septiembre había venido frío y ahora que estaba acabando prometía lluvia y humedades. Por el Campo del Sur pasaban apenas unas cuantas carretas de tomates y papas que traían los camperos desde Conil. Sebastián esquivó una y se detuvo en mitad del descampado frente a la Plaza de Toros.

Allí estaba la carpa.

La estaban montando. Dos hombres izaban entre insultos una lona a rayas, muy pequeña en comparación con el mastodonte marrón que era la Plaza de Toros de Cádiz. Junto a ella había aparcados tres carromatos, uno de ellos pintado a brochazos negros y rojos. Un tercer hombre iba sacando tablones y utensilios del primero.

La puerta del carro pintado se abrió. Asomó una mujer embutida en un corsé muy ajustado que realzaba buena parte de su abundante pecho. A Sebastián se le salieron los ojos de las órbitas. Ella le sonrió y se atusó una melena rojiza y ensortijada. Llevaba un fajo de hojas arrugadas entre las manos.

—No tengas miedo, rapaz, que de día no mordemos.

Hablaba muy fino, pronunciando las eses, con una voz grave y terrosa que a Sebastián le movió todo por dentro. Sonaba a humo, eso es lo que pensó. La gachí le tendió una de las hojas. Él no reaccionó. Ella la agitó en el aire.

—¿La quieres o no?

Los separaban unos diez pasos. Sebastián se acercó y alargó la mano. Ella apartó la hoja sin dejar de sonreír.

—Hay que estar más despierto, rapaz.

Puso la hoja de nuevo a su alcance. Sebastián la agarró de un salto y salió por patas. La sangre le empezó a galopar en los oídos cuando leyó lo que había escrito en ella.

«Verás tú cuando se lo cuente al Pani», estaba pensando cuando un pitido le encrespó el corazón en el pecho. Se apartó de un salto, lo justo para evitar que lo arrollase un automóvil negrísimo y reluciente. Un insulto de estibador asomó a su garganta, pero entonces la vio. Y allí, acabaría jurando y perjurando, empezó todo.

Tenía el pelo largo, rubio y liso. Fue lo primero en lo que se fijó Sebastián, aunque luego diría que lo primero fueron esas lágrimas que en realidad sólo imaginó. Su piel era muy pálida, insólita en aquella ciudad acostumbrada a las mordidas del sol. Tendría unos doce años, decidió; o quizá trece, los mismos que él. Sus facciones eran delicadas: la nariz puntiaguda, los labios menudos. Un cuello largo y blanco, pómulos de sal, mentón afilado. Ojos grandes y azules y sí, ahí sí, ahí Sebastián se dio cuenta de que estaba llorando. Apoyaba la frente en el cristal del automóvil. Iba sentada en la parte de atrás. Sebastián quiso pensar que sus ojos se cruzaron, que en los de ella estaba su nombre y que le pidió ayuda en silencio, pero no se lo creía ni él.

El coche se alejó por el Campo del Sur. Todo duró menos de un segundo, pero más tarde Sebastián le contaría al Pani que fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Aunque no fuera así, ese segundo bastó para ponerlo todo en marcha.

Le cayó una gota en la mejilla.

«Mierda». Estaba claro que aquellas nubes tan negras tenían que arriar tarde o temprano. Como llegase a casa empapado, Madre le iba a dar para el pelo.

El coche estaba ya a la altura de la iglesia de Santa Cruz. A su izquierda, las olas restallaban contra la muralla que protegía Cádiz de las embestidas del mar. Sebastián frunció el ceño. No iba a ser la última vez que viese a aquella chica. Vaya que no. Echó a correr en pos del coche.

No había dado ni diez zancadas cuando se tropezó con Padre.

Se detuvo en seco. Padre estaba sentado en la acera, la espalda apoyada en la balaustrada que daba al mar. Dormido o inconsciente, cualquiera sabía. Sebastián arrugó la nariz. El coche era ya una mancha negra más allá del sanatorio de Capuchinos. Si corría hasta que se le salieran los pulmones y con un poco de suerte el coche seguía recto, a lo mejor podía alcanzarlo.

«Voy a estirar la mano —se dijo—. Si me cae una gota en la palma, es que no lo pillo por más que corra. Si no cae ninguna, salgo por patas y lo alcanzo».

Sebastián alargó el brazo. Cerró los ojos. Una gota le cayó en la mano. Y otra. Y otra.

«Mierda».

Padre se revolvió en el suelo. Sebastián se agachó junto a él y le sacudió el hombro.

—Padre. Padre, venga, levántese.

El hombre arrugó la cara. Apartó las manos del chico con desgana. Él lo siguió zarandeando hasta que sus ojos se abrieron. No había sorpresa en ellos. No era la primera vez que despertaba frente al rostro ceñudo de su hijo, parapetado tras el velo de la resaca.

—Ay, Chano. —Sólo una garganta templada a base de vino y aguardiente podía emitir un sonido así—. Qué pena tengo, Chano. Se ha muerto Bigote.

—Padre, vámonos, que está lloviendo.

Le ayudó a erguirse. Él se dejó hacer. La lluvia empezaba a apretar. Aunque había cumplido hacía poco los trece años, Sebastián ya era casi tan alto como su padre. Eso se debía en parte a que los años y el vino le habían agarrotado la espalda y encogido casi una cuarta.

—Que se nos ha ido Bigote, Chano.

Echaron a andar en dirección a casa. Así, apoyados el uno en el otro, era imposible no ver el parentesco. Tenían los dos la misma hechura. Las mismas cejas pobladas, el mismo hoyuelo en el mentón, la misma pelambarrera negra: una moteada de canas y en retirada, la otra rebelde y sucia. En Sebastián empezaba a brotar aquel porte espigado y torero que tan famoso hizo a su padre entre las mocitas del barrio de La Viña y las cupletistas de Santa María. Ahora tenía los hombros hundidos y los ojos a juego. Parecía que hacía días que no se cambiaba esa camisa deshilada y coja; y lo parecía porque hacía días que no se la cambiaba.

—Qué vamos a hacer ahora, Chano. Qué vamos a hacer sin Bigote.

Y así, entre quejidos, fue arrastrando a Padre hasta la calle Botica. Quizá todo habría sido diferente si no le hubiesen caído esas gotas de lluvia en la mano. Quizá no habría cambiado nada de lo que vino después.

Para Sebastián, la calle Botica era el centro de Cádiz, y Cádiz era el mundo. Se conocía de memoria cada rincón, desde la marroquinería de Gerardo *el Puntilla* hasta el almacén de Perico *el Menta*. Se había pasado la vida entera corriendo por ella, jugando al **mangüiti** contra la cal que ardía en las paredes en agosto, escondiéndose en los **patiovecinos** cuando Madre le perseguía regla en mano. Los adoquines habían saboreado infinidad de veces la sangre de sus rodillas. En una ocasión se había dado contra la reja de un ventanal y se había partido la ceja en dos. Todavía tenía la cicatriz. Solía rascársela sin darse cuenta cuando se concentraba.

Había un coche aparcado frente a la puerta del número siete. Ambos lo vieron y apretaron el paso.

La madre del Pani estaba agazapada en la puerta de la casa. Iba arrebujaada en un batín desteñido y llevaba un pañuelo de lunares grises en la cabeza. Contemplaba el chaparrón con el semblante agrio. Cuando pasaron a su lado, ambos hicieron como que no veían el moratón que cerraba por completo el ojo izquierdo de la mujer.

—Aligera, Juaíco, que está la ropa tendida —soltó ella al pasar.

Todos los pisos del número siete daban a un patiovecino cuajado de macetas y azulejos despintados que una vez fueron azules. En aquel patio, Sebastián había aprendido a contar historias de miedo por boca de su padre en las vísperas de Tosantos. Allí había oído la historia del tesoro pirata varado en la orilla de la playa Victoria hacía menos de tres años, y de allí había salido a hombros de su padre a buscar el duro antiguo que ahora le colgaba del cuello. Pero claro, por aquel entonces Sebastián aún creía las historias que su padre contaba.

Padre se puso rígido y se quedó en el sitio. Por la escalera del patio bajaba muy digno un anciano orondo y chaparro embutido en un traje caro. Iba tocado con una chistera de charol que le sentaba como tres patadas en la cara, y se apoyaba en un bastón de leño que más bien parecía un garrote. Detrás de él descendían dos tipos escuchimizados y sudorosos que jadeaban y maldecían entre dientes. A Sebastián se le revolvieron las asaduras al ver lo que llevaban cargando entre los dos. Hacían equilibrios en la estrechez de la escalera para bajar una máquina de coser con armazón, pie y rueda incluidos. La Singer de Madre ya estaba de mírame y no me toques cuando la compraron de cuarta mano, antes de que Sebastián naciera. Ahora parecía que se fuera a descomponer de un momento a otro.

Al ver a Padre, las cejas del anciano se unieron como dos comadrejaas dándose un jugoso beso.

—Hombre, barbero, qué alegría verte. Precisamente venía a preguntar por ti.

Padre hundió la vista.

—Don Hipólito, le juro que el parné se lo tengo en un par de...

Don Hipólito palmeó el hombro de Padre con el bastón.

—Nada, hombre, nada. Con esto que nos llevamos ya tienes pagada la mitad. Tú

no te angusties, que hasta final de mes todavía te quedan tres días.

Los dos hombres depositaron la máquina de coser en el suelo. Resoplaban. Sebastián quiso dar un paso en su dirección, pero el temblequeo de su padre le dejó claro que si lo soltaba se caería redondo al suelo. Desde la puerta de la calle, la madre del Pani los espiaba sin el menor disimulo. Sebastián distinguió varias cabezas asomadas a las ventanas que daban al patinillo, narices hambrientas de chismes husmeando tras las cortinas.

—No hace falta, don Hipólito, de verdad —dijo Padre—. Déjele la Singer a mi Antonia, por favor se lo pido, que usted sabe que yo pago puntualmente.

El anciano soltó una risa grave que hizo temblar su barrigón. La punta del bastón volvió a palmear el hombro de Juaíco con algo que en nada se parecía a la cordialidad.

—Mira, barbero, lo que yo sé es que tú eres un despojo y una mierda que llevo treinta años pisando con la suela del zapato. Eres una desgracia que le ha caído en todo lo alto a tu Antonia y al mico este, pero yo no soy doña Concepción Arenal. A mí, si me debes dinero, me lo pagas cuando toca y punto.

Padre se encogió todavía más.

—Don Hipólito, por favor. Que tenemos que comer.

—Ya, porque tú de trabajar, ni en broma, ¿verdad?

—Hombre, don Hipólito...

—Ni don Hipólito ni doña Hipólita. Y quita, anda, quita, que hay que ver la peste que echas.

Se apartó de él como si tuviese una enfermedad contagiosa. Los dos hombres a su espalda se hicieron una señal y volvieron a levantar la Singer. Sebastián los vio pasar con un agujero en las tripas. La cargaron en el maletero del coche, ante la mirada de un solo ojo de la madre del Pani. La lluvia era un chirimirí que molestaba más que empapaba.

Don Hipólito se asomó por la ventanilla.

—El día uno nos pasamos a por el resto, barbero.

La casa de Sebastián, como las de todo el edificio, no era más que una habitación. Toda la comunidad compartía una cocina y un baño, que estaban en la planta baja. En el cuartucho se dormía, se comía y, en el caso de Madre, se trabajaba. En una esquina se había improvisado un biombo con más boquetes que un queso holandés de los que se veían en ultramarinos Barreda. Tras él estaba el aparte donde Madre guardaba los avíos de la costura, tomaba medidas y se pasaba las horas encorvada sobre patronos y muestrarios de telas que no se podían permitir. Ahora la esquina estaba huérfana sin la Singer. El hueco de la máquina de coser junto a la mesa coja era lo más presente en el cuartucho. Madre estaba sentada en el taburete donde se subían los señoritos sin mirarla siquiera. Apenas había rebasado los cincuenta años, pero las canas ya habían colonizado aquel pelo que siempre llevaba recogido en un moño. El mandil prendido de agujas y la tiza que impregnaba las puntas de sus dedos iban a servir de poco. Apoyaba las manos encallecidas en el regazo. Los labios apretados.

Sebastián y su padre se quedaron paralizados ante su mirada enrojecida. El aire era denso. Ni siquiera el rumor de la lluvia se atrevía a asomarse. Sebastián no sabía qué decir. Tenía que haber algo que pudiese hacer para que el cuartucho dejase de estar tan vacío sin la Singer. Padre se le adelantó:

—Antonia...

Una sola palabra. Fue como un resorte.

—Tenías que jugar otra vez, ¿no, Juaíco? Otra partidita a las cartas. Total, si gano mi Antonia no va a ver ni una perra. Y si pierdo ya se me ocurrirá algo.

Padre hundió la barbilla en el pecho. Ahora más que nunca Sebastián se daba cuenta de cuánto apestaba a curda. Pensó que Madre se levantaría y le arrearía con la regla de madera. La tenía a mano y no sería la primera vez. Padre parecía saberlo también y esperaba el zurriagazo como un cordero en el matadero.

Pero esta vez no. Madre siguió sentada. Lo único que hizo fue hundir la cara entre las manos y quedarse ahí, en un silencio que a Sebastián le dio dentelladas por dentro.

—¿Qué vamos a hacer? —repetía—. ¿Qué vamos a hacer?

Padre atendió en la distancia, la vista aún clavada en el suelo y la borrachera deshaciéndosele por los poros. «Haga algo —pensó Sebastián—. Haga algo, Padre. Váyase a buscar dinero. Recupere la Singer o al menos abrace a Madre. No la deje ahí sola».

Padre dijo:

—Se ha muerto Bigote.

Madre dejó colgar las manos. Él no añadió nada. La mirada de Sebastián rebotó entre los dos. Y como tantas otras veces, fue ella quien tuvo que ir hasta Padre. Fue ella quien lo abrazó. Y fue él quien se dejó consolar.

—Será mejor que me eche un poco. Me duele la cabeza. Ya verás tú como todo se enmienda, Antonia.

Se separaron. Madre no levantó la vista cuando Padre pasó a su lado.

Sebastián se acercó a ella.

—Algo haremos, Madre. Ya verá usted.

Madre tardó unos segundos en responder. Sus ojos estaban secos. Rojos, pero secos. Cuando habló, no había ni rastro de la pena que había asolado su voz hacía un minuto.

—Cada día estás más grande, hijo. ¿Sabes el tiempo que te estuvimos buscando tu padre y yo?

—Sí que lo sé, Madre.

Vaya si lo sabía. Lo había oído mil veces. Como también había oído lo que Madre estaba a punto de decir.

—Para cuando llegaste, yo tenía ya treinta y ocho años, y tu padre cuarenta y cuatro. Imagínate, padres a la edad de ser abuelos. —Resopló con un atisbo de melancolía a medio digerir y le acarició el pelo—. Tantos años que tardaste en venir y ahora te nos vas a hacer un hombre en un suspiro.

Él no respondió, como siempre. No hacía falta. Madre sabía qué hacer en estos casos.

—Se está haciendo tarde. ¿Has comido ya? ¿No tienes que ir a ayudar al Perejil?

—Ahora mismito voy.

Madre asintió con aire ausente.

—Le he hecho papas en alcauciles a tu padre. Échate un poco antes de irte a trabajar, la perola está abajo.

—Pero no le habrá echado otra vez tanto ajo, ¿verdad?

Madre improvisó una sonrisa que apenas merecía el nombre.

—Tú no tienes vergüenza ni la conoces. Te bajas y te comes un plato, que es bueno para la salud y espanta los males.

El chico dudó.

—A lo mejor el Perejil nos deja algo fiado...

Madre negó, categórica.

—Ni *mijita*. En esta casa no se pide limosna. Aquí salimos a flote con trabajo, como siempre hemos hecho los pobres.

Sebastián se dirigió a la puerta, pero se volvió antes de salir.

—¿Quién es ese Bigote, Madre?

Ella tardó unos segundos en responder. Unos segundos muy largos.

—No le lames así, que está feo. Su nombre era Fermín Salvochea. Fue un hombre muy bueno que ayudó a mucha gente.

—Padre dice que se ha muerto.

—Anda, arría, que vas a llegar tarde.

Sebastián obedeció. Antonia se quedó sola en el cuartucho. En silencio. Encorvada de años y penas, las manos apretadas sobre el mandil.

Gotas calientes, saladas, caían sobre ellas.

Sebastián se encasquetó la gorra y salió a la calle. Hacía fresco. Se arrebujo en la desgastada chaquetilla marrón. Tenía erizada la piel de las pantorrillas; los pantalones cada día le quedaban más cortos. Se rebuscó bajo la chamarra. Colgando de su cuello, en una tira de cuero comida por el sudor y la sal, había una moneda grandota y vieja, cubierta por una costra pardusca de verdín. La acarició entre el índice y el pulgar, la besó y la volvió a meter dentro. Ahuecó las manos y se olió el aliento. Apestaba tanto a ajo que mareaba. Madre tendría buena mano para la costura, pero en la cocina no valía un real. Ahora, que cualquiera se lo decía.

Las campanas de la iglesia de Santo Domingo resonaron en la lejanía. Mierda, ya llegaba tarde. Apretó el paso por la calle Jaraquemada, y a la altura de Jabonería ya estaba corriendo. Se cruzó con un par de señoritos en bicicleta que casi lo atropellaron. A saber lo que se les había perdido en aquel barrio de obreros y gitanos. Como se despistaran se quedaban sin ellas.

El papel que le había dado aquella mujerona pelirroja le quemaba en el bolsillo del pantalón. Estaba deseando enseñárselo al Pani y a Candela.

Llegó con la lengua fuera. La calle Feduchy era un estrecho pasillo adoquinado en el que pendían como florones los balcones coloniales. Seguía chispeando y cada vez estaba más oscuro; apenas pasaba gente. El Perejil ya había abierto la botica. Sebastián se limpió los pies en la alfombrilla y entró. La campanilla de la puerta tintineó.

BOTICA DE BASILIO PÉREZ GIL. Eso decía el letrero. Resplandeciente y escamondado; como nuevo. Una de las tareas de Sebastián era sacarle brillo cada tres días. Las letras coronaban una inmensa estantería de roble que cubría toda la pared detrás del mostrador. Había exactamente ciento ocho anaqueles en esa estantería, y en cada anaquel un tarro, y en cada tarro un secreto. Así entendía Sebastián la botica del Perejil. El boticario ni siquiera se preocupaba por ponerles nombre a los tarros. Infusiones, hierbas medicinales, grajeas y jarabes repartidos en orzas, redomas, pildoreras de cerámica talaverana, escudillas con orejetas, albarellos cartujos... La memoria de aquel hombre le bastaba y le sobraba para localizar cada ingrediente. De un vistazo sabía si un cliente tenía la tensión alta, si los juanetes le estaban matando o si le iba a dar un ataque de gota. Y con la misma rapidez le decía a Sebastián qué tarros necesitaba y en qué cantidad. Se metían entonces en la rebotica y preparaban el remedio en un santiamén. Raro era el cliente que no se iba aliviado en menos de un cuarto de hora.

Ése era el genio de Perejil, sólo comparable con su otro genio, el malo.

—Buenas horas de llegar, Sebastián. ¿Le parece que éstas son formas?

Basilio Pérez Gil, a quien nadie se atrevía a llamar Perejil a la cara, era un **montañés** sexagenario, de barba profusa y pobladísimas cejas grises, como si todo el

pelo que le faltaba en la sien se hubiese posado poco a poco en el resto de la cara. Era muy corpulento y tenía un vozarrón que no habría desentonado en los orfeones que tanto gustaban en las tierras del norte. Presumía de ser el único exponente de una oleada tardía e imaginaria de santanderinos llamados a repoblar Cádiz, como los que llegaron hacía un siglo para zarpar a las Américas. Él aseguraba haber venido por mor de una gaditana del barrio de Santa Cruz y haberse quedado por el olor del Atlántico, que prefería a las aguas del norte, después de que la tisis se llevase a la gaditana y al hijo que esperaban sin que él pudiese hacer nada para impedirlo. Desde entonces se había aplicado con pasión y método a luchar contra cualquier enfermedad conocida en esta tierra. Ya nadie sabía dónde acababa la botica y dónde empezaba él. Raro era verlo fuera de su establecimiento, si acaso el día de la Patrona, en que se paseaba por la Alameda Apodaca embutido en un traje marrón y luciendo borceguíes caros; o por la plaza de San Antonio en Jueves Santo. Sólo en esas ocasiones se permitía tomarse un par de vasos de coñac y terminaba contándole su historia a algún parroquiano desnortado. El resto pertenecía al largo reino de las habladurías.

El Perejil, todo barba encrespada y cejas iracundas, las manos enlazadas a la espalda de su bata inmaculada, le dedicó a Sebastián una mirada de acero con unos ojos que no parpadearon hasta que se extinguió el tintineo de la campanilla en la puerta.

—¿Y bien?

—Usted perdone, don Basilio. No volverá a pasar.

—Ya he perdido la cuenta de las veces que no le volverá a pasar, Sebastián. A ver si se cree usted que a mí me traen hasta la botica dos angelitos en volandas. A mí me gusta holgazanear como al que más, pero mire usted por dónde, aquí estoy todos los días a mi hora.

Sebastián bajó la mirada. No quería llorar, delante del Perejil no. Pero no pudo evitar que una bola salada se apegotase en su garganta y que dos lagrimones gordos como dátiles le resbalasen por las mejillas.

—¿Qué le sucede? ¿A qué viene ahora ese berrinche?

A cualquier otra persona le habría soltado una trola, pero él tenía ya bien aprendido que el Perejil las cazaba al vuelo.

—Mi padre le debe dinero a don Hipólito —dijo con voz ronca.

El boticario se irguió aún más, si eso era posible. Sus cejas se distendieron.

—Su padre ha estado dándole al **pirri** y a las cartas otra vez, ¿me equivoco?

Sebastián asintió. El Perejil soltó un suspiro exasperado. Su acento santanderino no se había limado ni un poquito después de tantos años en Cádiz. Tan sólo había adoptado una serie de expresiones gaditanas que, diluidas entre tantas eses y plurales, servían para desconcertar a sus interlocutores.

—Ande, póngase la bata. Acaba de llegarnos un envío y vamos a tener que emplearnos a fondo.

Sebastián se frotó los ojos con la manga. Se agachó por debajo el hueco del

mostrador y pasó al otro lado. Descorrió la cortinilla violeta que separaba la botica de la trastienda.

Se quedó boquiabierto.

En la parte de atrás todo estaba tan pulcro como siempre. Los matraces y precipitadores tenían el mismo lustre que el día en que fueron comprados. Éter, suero y azúcares estaban ordenados con esmero junto a cinco balanzas de bronce. La hornilla, un armatoste negro y grande como un armario, traqueteaba en un ralenti meloso y sosegado. Alambiques y morteros se repartían simétricamente el espacio. Y en el centro, una mesa sobre la que descansaba un libro.

Sebastián se acercó. No fue capaz de evitar la sonrisa de oreja a oreja que se le abrió tanto en la cara como por dentro. El libro estaba forrado en cuero rojo. Acarició la tapa con las manos.

—*El Jorobado o Enrique de Lagardère* —leyó el título.

—Ha llegado esta mañana —oyó la voz del boticario detrás de él—. Monsieur Paul Féval en estado de gracia. Espadachines, venganzas, duelos al alba y algún que otro amorío de éstos que a usted todavía no le gustan.

—Don Basilio, que yo tengo que ayudarle.

—Usted tiene que hacer lo que yo le diga y punto. Que para eso es mi mancebo, vamos, digo yo. Si empieza a venir gente, ya está usted soltando al señor Féval para echarme una mano.

Sebastián titubeó. El Perejil, agudo como él solo, leyó en su expresión atribulada lo que estaba pensando.

—Ande, si quiere sentirse útil, dele una pasada rápida a la rebotica con la escoba. Luego se pone a leer, que falta le hace. Y las palabras que no entienda, las apunta en el pizarrón y las vemos. No se las salte, que nos conocemos ya.

Sebastián obedeció. Tomó la escoba de detrás de la puerta.

—Muchas gracias, don Basilio.

—Déjese de don Basilio y póngase manos a la obra.

Dicho y hecho. Le dio un repaso a la rebotica y, al terminar, arrimó un taburete a la mesa. Con dos o tres vueltas, el asiento subió a su nivel. Abrió el libro. Si creyó intuir una media sonrisa entre la barba del boticario, no dijo ni media al respecto. Ni falta que hacía.

Al cabo de unas horas, el Perejil asomó la cabeza por la rebotica.

—¿Cómo va ese jorobado?

—Estupendamente, don Basilio —titubeó un segundo—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si es impertinente, mejor que se la guarde.

—No es *impertinente* —dijo, no muy seguro de lo que significaba la palabra. Esperó que no lo fuera—. ¿Conoce usted a Fermín Salvochea?

El boticario adoptó una expresión pensativa.

—En persona no, pero he oído hablar de él. En su día fue alcalde de Cádiz, cuando la República. ¿Sabe usted lo que fue la República?

—Yo no, don Basilio —admitió, como si le hubiese acusado de algo.

—Pues mañana nos dejamos de espadachines y le damos un poco de coba a la historia de España, si le parece.

—Lo que usted diga.

—Mejor que me diga usted: ¿cómo es que se interesa por don Fermín Salvochea?

—Mi padre me ha dicho que se ha muerto.

El Perejil arrugó el ceño.

—Vaya. Eso sí que es una calamidad.

Sonó la campanilla de la puerta.

Se giraron. La cortinilla violeta que separaba botica y rebotica estaba abierta. A través del hueco vieron a un chaval apoyado en el mostrador. El boticario salió.

—¿Qué se le ofrece, zagal?

El chico lo miró con las cejas entornadas y una expresión compungida.

—Mi madre tiene un picor espantoso en sus partes, don Basilio. Me manda para que me dé usted una cataplasma o un unguento.

Su tono de voz empezaba a hacer equilibrios entre el chirrido de bisagra y el tenor de un instrumento desafinado. Era pelirrojo, menudo y flacucho. Tenía las paletas separadas y un surtido de pecas le salpicaba las mejillas. Su camisa había olvidado que fue blanca cuando la compraron y sus pantalones, como los de Sebastián, le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Un flequillo rojo y espeso le cubría hasta las cejas. Se lo sopló hacia arriba, con resultados nulos.

—Ya veo. Una cataplasma o un unguento.

—Lo que usted buenamente pueda, don Basilio.

—No se mueva usted, rapaz.

El Perejil eligió tres redomas y una escudilla y entró en la rebotica. Corrió la cortinilla. Un segundo después la cabeza de Sebastián asomó por ella.

—¿Tú estás tonto? —susurró—. ¡Estate quieto!

El Pani ya se había encalomado sobre el mostrador. De puntillas y estirándose al máximo, alcanzó uno de los albarellos. Casi se le resbaló de las manos, pero lo aferró

en el último instante. Se desplazó a saltitos y lo intercambió con un frasco del otro extremo de la tienda.

—Me van a echar —constató Sebastián—. Y va a ser por tu culpa.

—No te van a echar. El Perejil está enamorado de ti. ¿Te ha tocado ya por abajo?

—Vaya la lengüita que tienes.

El chaval volvió a intercambiar otros dos frascos al tuntún. Cogió un pastillero de la parte más alta de la estantería y lo metió en uno de los cajones de un lateral. Trastabilló y estuvo a punto de caerse al suelo. Se agarró como un gato al mostrador. Abrió un vial, husmeó dentro y arrugó la cara.

—Esto se lo unta por las noches en los sobacos.

Sebastián reprimió la risa. El Pani maniobraba con la caja registradora, un armatoste gigante y reluciente que el Perejil había hecho traer de Boston, cuando se oyó un ruido en la rebotica.

—¡Agua, agua! —susurró Sebastián, pero el Pani ya estaba al otro lado del mostrador, los codos apoyados en la madera y el semblante de un querubín pecoso.

El Perejil recorrió la cortinilla. Llevaba un pequeño tarrito de cerámica entre las manos, cubierto con papel de estraza y sujeto con una **guita**. Lo depositó encima de la mesa.

—Que dice mi madre que si puede usted fiarle, don Basilio.

Las cejas pantagruélicas del montañés se contrajeron.

—¿Dice algo más su madre?

Sin dejar de mirarle, se acercó a uno de los anaqueles, cogió el primer albarello que el Pani había intercambiado y lo dejó en el sitio donde estaba antes. Devolvió el otro a su lugar.

—¿Dice su madre, por ejemplo, qué tengo que hacer con usted? ¿O me lo puedo imaginar yo solo, mi querido señor Cristóbal Paniagua?

Abrió el cajón donde había guardado el pastillero y lo puso en su sitio. El Pani asistía extasiado a las evoluciones del boticario. Frasco a frasco, dejó la botica exactamente como había estado antes de que entrase por la puerta.

—¿Dice su madre si puedo meterlo a usted un rato en la rebotica y ver qué se me ocurre hacerle?

El Pani dio un respingo. Giró sobre sus talones y salió corriendo. Casi se tragó la puerta de la entrada. La abrió apenas la rendija que necesitaba para escurrirse y desapareció calle abajo.

El Perejil suspiró.

—Su amigo me va a matar algún día, Sebastián.

—No se lo tenga usted en cuenta, don Basilio. El Pani es así.

—Será así hasta que se encuentre con alguien que le cruce la cara. Vaya usted con él, que le debe de estar esperando en la esquina.

—¿Está usted seguro, don Basilio? Le puedo ayudar con este desaguisado.

—El día que el regalito de su amigo me haga un desaguisado de verdad, no

vuelve usted a poner el pie en la botica, Sebastián. Esto está ya arreglado. ¿Ha acabado usted de leer?

—Qué va. Lagardère y Aurora de Nevers acaban de regresar a París, don Basilio. Ya se ha disfrazado de jorobado.

—Entonces ahora es cuando se pone interesante.

El Perejil pulsó un botón y la caja registradora se abrió con un sonoro *clink*. Le puso un par de reales en la mano.

—Su jornal de hoy. No se lo gaste todo. —Alargó la mano al frasco que había en el mostrador—. Y dele esto a su amigo, no sea que su madre tenga de verdad esos picores. La pobre mujer no tiene culpa de tener el hijo que tiene. Que se lo ponga con cuidado; le va a escocer bastante. Si no se le pasa en un par de días, que vaya a ver al doctor Ojeda.

—Gracias, don Basilio.

Sebastián salió. De su presencia sólo quedó el libro abierto sobre la mesa de la rebotica y el tintineo de la campanilla en el aire.

El Pani lo esperaba justo en el sitio que el Perejil había dicho.

—¿Qué, te ha tocado? ¿Le has tocado tú? ¿La tiene saladita?

Sebastián le dio un puñetazo en el hombro. El Pani tropezó con sus propios pies, pero no llegó a caer. Aunque habían crecido juntos, Sebastián jamás había llegado a averiguar si esos resbalones eran de verdad. El pelirrojo tenía una agilidad endiablada, pero sólo cuando le daba la real gana.

—Eres un mojón. Mira, me ha dado el unguento y todo. Tanto vozarrón y tanta mala leche y es un pedazo de pan.

—Sí, un mollete de Antequera. ¿Sabes que tiene una cicatriz en el cuello? Se la esconde con la barba, pero Federico *el Roncha* se la vio el otro día, cuando se agachaba a coger un envío. Le coge de oreja a oreja. A tu novio el boticario le han intentado cortar el cuello.

—Sí, y yo que me lo creo. Te quieres ir al carajo con los embustes.

—Que no son embustes, **carajote**. —El Pani hizo desaparecer el frasquito en los bolsillos de los pantalones—. Se lo daré a mi madre y le diré que es para las ratas.

Sebastián dudó un segundo.

—Esta mañana he visto a tu madre. —La sonrisa desapareció de un plumazo de la cara del Pani—. No estaba muy mal.

—Otras veces ha terminado peor.

—¿Por qué ha sido?

Él se encogió de hombros.

—Por lo de siempre: por nada.

Sebastián asintió. Lo más que Padre hacía cuando llegaba a casa antes de que se le pasase la castaña era llorar. Madre lo abrazaba y él lloraba y lloraba y decía cosas terribles. Decía que era un **tajarina**, que no se merecían alguien como él, que tenía que espicharla de una vez y dejarlos tranquilos. Entre las lágrimas, los mocos y los gargajos que se pegaban a la bajera de su mujer, el padre de Sebastián le contaba al aire lo que no era capaz de decirse a la cara. Y Sebastián lo escuchaba desde las sombras de la cama que los tres compartían, atento a cada palabra con un vacío en el estómago y una presión inaguantable en la garganta. No había tesoro pirata que comprase la inocencia que se le había muerto la primera vez que comprendió que, en aquellas horas de sombras, Padre decía la verdad.

Se obligó a no pensar en eso. Sacó el panfleto que le había dado la mujer pelirroja aquella mañana y se lo plantó al Pani en el pecho.

—Déjate de pamplinas y mira.

—¿Esto qué es?

Sebastián corría ya calle Feduchy arriba, hacia la plaza del Palillero.

—¡Esto es una cosa que no nos podemos perder!

El Pani salió detrás de él.

—¡Eh, que el que sabe leer eres tú!

Estaba atardeciendo. Candela los esperaba en la esquina de la calle de la Palma con Misericordia, en medio del dédalo de cornisas desconchadas y esquinas alicatadas con cañones de la revolución que era el barrio de la Viña. La calle de la Palma hervía de hilanderas, pescaderos, violeteras y hasta un par de gitanos que rasgaban con muy poca gracia una guitarra tirando a baratucha, sentados en un cajón de fruta frente a un sombrero tocando a muerto. La sal del Atlántico preñaba el aire.

—¿Qué haces, Caraesquina? —saludó Sebastián.

—Aquí, esperando a dos carajotes, Caraescombros.

Candela era una niña esmirriada y de piel morena. Tenía los rasgos anchos, las uñas llenas de roña y el pelo negro y desordenado. Estaba muy delgada, pero el uniforme gris del Hospicio tampoco dejaba entrever mucho de su cuerpo. Un aparatoso arnés le sujetaba la pierna izquierda, todo alambres, remaches y tiras de cuero medio podridas y remendadas.

—¿Y por qué no nos has esperado en la Conejera?

Ella arrugó el entrecejo y dijo dos palabras que bastaban para explicarlo todo.

—Los mellizos.

La Conejera era el único edificio de tres plantas de aquel callejón anchote y venido a más a tiro de piedra de la calle de la Rosa. Llevaba toda la vida abandonado. Tenía una entrada entablonada a martillazos, tabiques apuntalados con vigas de madera y, en su azotea, una torre de garita. Las ventanas del bajo estaban enfoscadas, pero no era difícil encaramarse a las rejas herrumbrosas que las cubrían y trepar hasta el primer piso. Por allí se colaban siempre Sebastián, el Pani y, con más fatiga, Candela.

Excepto que hoy los mellizos estaban sentados en los escalones delante de la Conejera.

Evaristo y Tancredo Mejías. Dos niños gitanos del barrio de Santa María. Ambos tenían la misma melena negra, el mismo atuendo astroso y parcheado y la misma cara de mala leche rematada por un juego de dientes torcidos y negruzcos. Con sus doce años apenas levantaban un metro y cuarto del suelo, pero tenían más cojones que cualquiera desde el Castillo de San Sebastián hasta la Cortadura. Todo el mundo sabía que eran nietos de don Nicolás Mejías. Por eso las tenderas apartaban la vista cuando les escamoteaban naranjas de los puestos en el Mercado de Abastos y hasta los guardias se hacían el tonto si los pillaban sisándole el monedero a una señorona. Los mellizos habían crecido creyéndose los dueños de Cádiz y nadie se había atrevido a contradecirles.

Sebastián, el Pani y Candela los observaban desde la esquina de la calle Patrocinio. Evaristo jugueteaba con una navaja finita, cortando trozos de medio mendrugo de pan y llevándoselos a la boca con la hoja. Tancredo pegaba bocados al otro medio mendrugo; dentelladas que esparcían saliva a casi un metro de distancia. La gente que pasaba por su lado miraba al suelo, incluso un pobre hombre al que Evaristo le puso la zancadilla.

—¿Cómo los echamos? —preguntó Candela.

—¿Echarlos? —El Pani chistó—. Tú estás majareta.

—Nos vamos a tener que ir a otro lado —dijo Sebastián—. Esta noche no hay Conejera.

—¿Cómo que no? —intervino Candela—. ¿No vais a hacer nada?

—¿Qué quieres que hagamos? Yo no me acerco a esos dos ni loco.

Candela dio un resoplido.

—Sois unos caguetas.

Y echó a andar, así, sin más, hacia ellos. El Pani desorbitó los ojos y a Sebastián se le subió el corazón a la garganta. Pero allá que iba Candela, dando **cojetadas**, entre los quejidos que siempre acompañaban el arnés de su pierna.

Se plantó entre los dos, los brazos en jarras.

—¡Ustedes, largarse de aquí! Este sitio es nuestro.

Se contaba que, de los dos mellizos, Evaristo era el que tenía más luces. Al menos era el que sabía hablar. A Tancredo no era raro verlo despellejando gatos o dando

puñetazos porque sí a las paredes. Fue Evaristo quien torció la boca al oír las palabras de Candela.

—Mira la caramierda esta, Credo.

Tancredo levantó la vista sin dejar de dar bocados al mendrugo. Era en todos los aspectos indistinguible de su hermano. Gruñó.

—Eso digo yo —continuó Evaristo—. Aguántame esto.

Le pasó lo que quedaba de su mendrugo. Tancredo lo miró como si no comprendiese cómo era posible que ahora tuviese dos mitades cuando antes sólo tenía una. Evaristo se irguió. Candela no se movió ni un ápice, con los brazos aún en jarras, el ceño y los labios fruncidos.

—Que os vayáis he dicho.

—Que no se diga que no te lo he advertido —dijo, enarbolando la navaja—. La mojada que te vas a llevar la has venido pidiendo.

El Pani apareció al lado de Candela.

—Un momento, un momento. —Alzó las manos—. Aquí nadie quiere pelea.

—¿Y tú quién eres?

—No se lo toméis a mal a la niña. —Pasó un brazo por el hombro de Candela—. Es que es retrasada.

—¿Qué dices? —empezó Candela. Sebastián llegó hasta ella y le tapó la boca—. ¡Mpfh!

—No queríamos molestaros. Ya nos vamos.

Evaristo se movió con rapidez. Trincó a Sebastián de la muñeca y le retorció el brazo. Sopesaba el cuchillo en la otra mano.

—Y si te rajo el pescuezo, ¿qué? ¿Quién me va a decir nada?

—No, por favor...

—Que te calles. ¿Qué lleváis encima?

—No llevamos nada —insistió Sebastián. A su lado, Candela se había quedado muy quieta—. No queremos nada, sólo irnos.

—Yo sí llevo algo encima —saltó el Pani, y se tapó la boca en el acto.

A Sebastián le volvió a dar un vuelco el corazón.

Los ojos de Evaristo Mejías se achicaron.

—¿Qué llevas?

—No os lo puedo dar.

—A ver, vacíate los bolsillos.

El Pani levantó las manos con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Es que es mermelada que le llevo a mi madre. No puedo...

—¡Que la saques!

Soltó el brazo de Sebastián y señaló al Pani con la punta de la navaja. Muy despacio, éste sacó el tarrito de cerámica. Su voz sonaba de verdad abatida cuando dijo:

—Por favor, que se la tengo que llevar a mi madre.

Evaristo le quitó el tarrito de un manotazo. Lo deslió.

—No te muevas, que te endiño. —Se volvió a su hermano—. Ven para acá, Credo.

Tancredo se levantó. Evaristo pasó el cuchillo por el interior del tarrito y embadurnó los dos trozos de mendrugo con la pasta morada que tenía dentro. Sorprendentemente, despedía un olor dulzón. Sebastián contemplaba la escena con la fascinación morbosa de quien ve al verdugo ajustándole la soga.

—Preparaos para correr —les susurró el Pani casi sin abrir la boca—. Tú agarras a Candela del brazo izquierdo y yo del derecho.

Sebastián, abrumado por las ganas de llorar y de estrangularlo al mismo tiempo, ni siquiera pudo contestar. Asistía al espectáculo con los ojos muy abiertos.

Sobre ellos, apoyados en un poyete, había cinco o seis estorninos. «Si echan a volar ahora mismo —pensó—, estamos listos de papeles. Si se quedan, nos libramos de ésta».

Evaristo repartió todo el contenido del frasquito en los dos mendrugos. Lo tiró al suelo. La cerámica se rompió. Los estorninos salieron volando, espantados. «Mierda». Los mellizos intercambiaron una mirada triunfante y le hincaron el diente a los mendrugos.

No pasó nada. De verdad que no pasó nada en un primer momento. Ambos se quedaron así, muy quietos, cada uno mascando su trozo, la boca atiborrada de pan [empapuchado](#) en lo que fuese aquel mejunje. «Le va a escocer bastante», recordó Sebastián que había dicho el Perejil.

Y sucedió.

Los ojos de Evaristo se abrieron mucho. Por uno de ellos se escapó una lágrima. Empezaron a moverse todos los músculos de la cara a la vez. Fue Tancredo quien estalló primero. Un chorro de mocos se disparó por su nariz. Lo siguió un vómito violentísimo que aterrizó a los pies de su hermano. Evaristo no tuvo tiempo de reaccionar ni esquivarlo, su cuerpo se doblaba ya sobre sí mismo y caía de rodillas. Él también empezó a vomitar.

—¡Corred! —gritó el Pani.

No dieron ni un paso. La carrera que deberían haber emprendido se terminó en cuanto se giraron. Una mano surgió de algún sitio y arrancó a Candela del abrazo del Pani y de Sebastián.

—¿Tú qué haces aquí? Ya me tienes hartito. Hartito me tienes ya, ¿te enteras?

El dueño de la voz era un hombre de mediana edad, el pelo surcado de canas y vestido con sotana. El alzacuellos parecía demasiado pequeño para su garganta, daba la impresión de que lo estaba ahogando. A lo mejor por eso tenía aquella expresión de mala idea concentrada. Sacudió a Candela del hombro.

—¡Déjela! —gritó Sebastián.

El cura ni siquiera le prestó atención. A quien sí prestó atención fue a Evaristo Mejías, que se acababa de levantar, cubierto de vómito, lagrimeando, sudando y con

un rictus de loco en la cara. Tenía los ojos enrojecidos y los labios hinchados. Empuñaba la navajita y no veía nada que no fueran aquellos tres payos desgraciados que le acababan de dar a probar un purgante untado en pan duro.

—Te voy a matar —susurró—. ¡Tancredo, **muerde!**

Tancredo, recién vomitado, aún lloroso y apoyado en la pared, embistió contra el cura como un toro de lidia. Lo agarró del brazo y abrió una boca grandísima dispuesta a clavarle unos dientes contrahechos en el antebrazo. El cura lo vio venir. Se movió sólo lo justo. Una mano adornada con un anillo gordo y romo le plantó un revés y lo tiró al suelo. El niño gitano se dio con los adoquines en la cabeza. Cuando se levantó, sangraba por la mejilla y seguía llorando, pero esta vez no tenía que ver con el purgante. Evaristo lo agarró. Se ayudaron uno a otro entre tropezones y esputos.

—Mi abuelo... —empezó Evaristo.

—A tu abuelo le dices que, si quiere, venga a pedirme explicaciones al Hospicio. Ahora ya os estáis largando, los dos.

Los mellizos se fueron, uno apoyado en el otro, murmurando maldiciones que le habrían sacado los colores a un marinero mercante. El Pani y Sebastián, muy quietos, observaban con atención a su salvador. El cura sujetaba a Candela del brazo.

—Como te vuelvas a escapar —le dijo al oído, muy bajito—, te mato a patadas. ¿Te enteras? Te tiro al suelo y empiezo a darte patadas en la barriga hasta que te mueras.

Candela dejó escapar un gemido.

—Lo que usted diga, padre Abel.

El cura la empujó hacia delante de una racha.

—Venga, arreando al Hospicio. No me hagas llevarte arrastrando de los pelos, que ganas no me faltan.

La niña echó a andar calle abajo, con el cura detrás. Ni siquiera les dedicó una mirada a sus amigos. Sebastián quiso dar un paso al frente pero el Pani lo agarró.

—Ni se te ocurra.

—Pero...

—A Candela no le va a pasar nada.

—¿Tú crees?

—No me hace falta creer. —Señaló la Conejera—. Vamos a verlo.

Sebastián, el Pani y Candela siempre se peleaban por decidir quién había descubierto la Conejera. Cada uno se atribuía el mérito con explicaciones larguísimas, a veces fortuitas y a veces fruto de una lógica de bajamar. El caso es que ninguno estaba del todo seguro. Jamás llegarían a admitirlo delante de los demás, pero todos pensaban que la Conejera siempre había estado allí para ellos.

La Conejera sólo tenía una regla, y bien sencilla que era: había que pagar una prenda. Era un lugar de maravillas, y no se podía tener el privilegio de verlas sin dejar algo a cambio. Solía ser un objeto, algo extraño, misterioso y secreto que hubiesen encontrado en algún rincón de Cádiz. Cada nueva prenda se quedaba en la Conejera y la hacía más extraña, misteriosa y secreta.

Otras veces, la prenda era una historia.

Sebastián y el Pani se colaron por el hueco. La casa entera estaba abandonada. Apenas entraba luz en el patio interior porque las cristaleras que cubrían la azotea estaban cuajaditas de cagadas de pájaro. Las telarañas y sus ocupantes tenían más edad que ellos mismos. Se orientaron sin problema en la oscuridad. Subieron las escaleras.

La claridad empezaba en el tercer piso de la casa. En toda la planta no había más que una puerta, y sobre ella había pintada una calavera con trazos bastos. Sebastián la empujó. Se abrió una rendija.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó en voz alta.

Esperaron, contando en silencio. Uno, dos, tres...

—Diez —dijo el Pani cuando Sebastián iba por siete—. Quien no se haya escondido, tiempo ha tenido.

Entró.

—Si algún día nos contesta alguien se me va a parar el corazón —comentó Sebastián.

El Pani no le hizo caso. Hubo un par de chasquidos y se encendió una lamparita de aceite de ballena entre las manos del pelirrojo. La Conejera les dio la bienvenida.

Los techos eran bajos. Las paredes estaban cubiertas por todos los tesoros que llevaban acumulando tanto tiempo. Había sábanas que jugaban a ser fantasmas, cómodas apolilladas, armarios con candado y mecedoras que ya no respondían ni a la caricia del viento. Las ventanas estaban entablonadas, y de los tornillos que sobresalían colgaban rosarios mellados, cadenas de plata y oro que allí no valían nada y hasta un guante que tenía, oh maravilla, seis dedos. En la Conejera se amontonaban soldaditos de plomo y ojos de cristal de color rojo, mapas con la marca de un beso, sombreros de copa con doble fondo, cerraduras huérfanas de llave, ruedas de monociclo, relojes de cuco mutilados. De una pared surgía un gancho, y de él colgaba el cráneo pelado de una cabra llamada *Juancho*, y en su interior encendía ya el Pani una bujía. Había cojines con lentejuelas tirados por el suelo. Una mesa de tres

patas recubierta de arabescos descansaba sobre una alfombra que, Candela juraba y perjuraba, el día menos pensado echaría a volar.

Aquel era su hogar secreto. Allí se contaban las historias y desaparecían las horas.

En un extremo de la Conejera, una escalerita desaparecía por un agujero del techo. Mientras el Pani seguía encendiendo velas, Sebastián ascendió por ella. El pelirrojo no tardó en seguirle.

Las escaleras daban a la torre de garita. En tiempos de comerciantes y marinos, el dueño de esa casa había observado desde allí el curso de sus barcos y el de sus competidores. Ahora era una buhardilla llena de polvo que olía a rancio y a humedad. Pero una buhardilla con varias ventanas desde las que se veía casi todo Cádiz. Y lo que era más importante: una buhardilla desde la que se veía el Hospicio.

—Dame el teleartefacto de perspectiva lejana —susurró Sebastián, como si alguien ahí arriba pudiese escucharles.

El Pani le plantó un catalejo en las manos.

—A ver si te dejas ya de leer los libros esos que te da el Perejil. Todo el mundo sabe que no es bueno leer tanto, te hace daño a la cabeza.

Sebastián se **arreguindó** al poyete de una de las ventanas. Abrió el catalejo y observó.

El hospicio estaba a pocas calles de distancia. Era un edificio rectangular, imponente en envergadura si no en altura, pues apenas tenía tres plantas. Por la parte de atrás, la que divisaban desde la Conejera, se repartían dieciocho ventanas por planta, nueve a la izquierda y otras tantas a la derecha del cuerpo central. Cada ventana estaba enrejada y por cada reja se veía lo mismo: habitaciones blanquísimas en las que cabían veintiocho camas, catorce a cada lado. Su padre decía que antiguamente el Hospicio había albergado a los locos de Cádiz, y que por eso sus gritos todavía podían oírse en los sótanos, pero ahora aquel lugar sólo era hogar de ancianos que esperaban la muerte pelona entre el almidón de sus sábanas blancas y de niños abandonados. Como Candela.

Sebastián localizó la ventana. Candela estaba doblada sobre su cama, el uniforme arremangado hasta la cintura. Había una monja junto a ella. Le iba endiñando reglazos en el culo a la niña. Sus labios se movían al compás de los golpes. Candela, el rostro cerca de la ventana, miraba a través de ella como si pudiese verles. Su rostro se contraía de dolor con cada golpe.

—Le están dando un avemaría —informó al Pani.

Si iba a decir algo más, se cortó. Algo llamó su atención. Le temblaron las manos que sostenían el catalejo.

Sentada en la cama de enfrente, observando en silencio cómo le largaban fresco a Candela, estaba la chiquilla rubia que vio en el coche.

Sebastián volvió a sentir aquel vacío en el estómago.

—Déjalo —dijo el Pani—. Desde aquí no podemos hacer nada. Además, seguro que le van a doler más las agujetas a la monja. Candela tiene el culo muy duro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El Pani se puso colorado.

—Es un decir, mongolo.

—No me llames mongolo.

Sebastián echó un último vistazo. Se pasó un dedo por la cicatriz de la ceja. Candela seguía recibiendo y la niña rubia seguía allí sentada. Se percató de que había un baúl grande y marrón al pie de su cama. Cerró el catalejo. Ya sabía dónde podía encontrarla.

—Está anocheciendo. Ya va siendo hora de darle de comer a la Conejera.

—Yo traigo esto.

El Pani le mostró una pipa de color marrón oscuro con la boquilla muy gastada. A ambos lados tenía talladas sendas figuras de elefantes en procesión.

—Pertenece a un explorador de África, seguro. La llevaba en la boca cuando cazaba leones en la jungla.

—En la jungla no hay leones —dijo Sebastián.

—¿Qué sabrás tú. ¿Tú has estado en África?

—No.

—¿Y en la jungla?

—No.

—¿Y has cazado algún león?

Meneó la cabeza.

—Pues te callas.

Ya había anochecido. Estaban sentados en los cojines junto a la mesita baja de tres patas. El Pani se había puesto un sombrero feo lleno de agujeros que, como descubrieron un día, imitaban la posición de las estrellas en la Noche de San Juan. Sebastián se había pintado un bigote de pistolero con un corcho quemado. También se había puesto un chaleco con botones brillantes que le llegaba hasta las rodillas y un parche de color turquesa.

—La pipa de cazador se queda —sentenció el Pani, dejándola sobre la mesa—. ¿Qué prenda tienes tú?

—Tengo una historia.

—¿Qué historia?

—La de la Bella Escondida.

—¿Otra vez, picha? Anda que no la has contado veces.

—¿Y qué?

—Que así no se vale. Tienes que traer algo nuevo.

—Si tantas veces te la he contado, a ver, dime cómo es.

El Pani agrió el semblante.

—Venga, listo, dime cómo es —insistió Sebastián.

—Anda, cuenta lo que te dé la gana. Pero es la última vez.

Sebastián sonrió. Se inclinó sobre la mesita de tres patas y adoptó un tono profundo.

—Esta es la historia de un hidalgo gaditano. Era un hombre muy desgraciado. Las guerras habían acabado con su fortuna; le quedaba un título nobiliario que poco valor tenía, nada más.

—¿Qué es un título nobiliario?

Sebastián se cruzó de brazos. No quería admitir que él tampoco lo sabía.

—Si vas a estropear la historia preguntando cada dos por tres, me voy.

—Sigue, carajote.

—Una noche, desesperado y borracho, daba vueltas por el barrio de La Viña. Fue caminando hasta la playa de la Caleta. Allí, de rodillas en la arena, juró a la luz de la luna que no descansaría hasta recuperar su fortuna. Llegó hasta él una ola que le mojó las piernas. El frío le quitó la borrachera. Entonces una sombra salió del agua. Era grande y terrible. Era el Diablo.

Se oyó un ruido. Sebastián y el Pani se giraron.

—¿Eso qué ha sido? —preguntó el pelirrojo.

—Yo qué sé. Será el viento o algún tablón que habrá crujido.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. No se atrevían a respirar. Aguzaban el oído por si el ruido se repetía. No lo hizo.

—El viento, hazme caso. ¿Sigo?

—Sigue, pero aligera, que no me puedo quedar mucho tiempo. Me estará esperando mi madre.

—Está bien —carraspeó—. «Yo puedo darte lo que más deseas», dijo el Diablo, «a cambio de lo que más aprecias en tu vida». El hidalgo, aterrado, le preguntó qué quería. «Te daré riquezas, más de las que puedas imaginar. Pero a cambio me darás a tu hija en matrimonio. Aquí mismo, donde hacemos este pacto, me echaré a dormir. Dentro de un año me despertaré y tú habrás construido una torre para mí. Dentro me habrá de estar esperando mi nueva esposa». El hidalgo se lo pensó, y al final aceptó.

»A la mañana siguiente, el hidalgo se despertó en su casa. Creyó que todo había sido un sueño, pero entonces vio en su mesita de noche una Biblia. Debía de haberla dejado allí su mujer, que era muy devota. Pero lo peor es que había unas tijeras clavadas en el libro, como si lo hubieran apuñalado.

El ruido se volvió a oír. Algo se había movido bajo sus pies.

—Me tengo que ir. De verdad que me tengo que ir.

—Que es el viento, Pani —lo dijo en alto para acallar los latidos de su corazón—. ¿Tienes miedo?

El pelirrojo se envaró.

—Yo qué voy a tener miedo ni miedo. Sigue con el cuento.

—Bueno, pues debajo de la Biblia apuñalada había una carta. Ésta decía que un pariente lejano le dejaba toda su fortuna. El hidalgo comprendió. Le dio vueltas a la cabeza pensando cómo podía salvar a su hija del Diablo. Entonces se le ocurrió: construyó una torre, sí. La torre más bella de Cádiz, una torre única. Una torre sin puertas. Y la construyó justo donde el Diablo se había echado a dormir.

»Cuando el Diablo despertó, sus gritos se oyeron desde todos los rincones de Cádiz. El hidalgo le había engañado. Le dijo que lo liberase y le entregase a su esposa, pero él se negó. Entonces el Diablo se echó a reír. “Si no me entregas a mi esposa, la encontraré yo mismo”. La torre saltó de sus cimientos y empezó a moverse. Buscaba a la hija del hidalgo. Y la sigue buscando desde entonces. A esa torre la llaman la Bella Escondida porque nadie puede verla desde las calles. Hay quien la ha

visto en las noches de luna llena desde otras torres mirador de la ciudad. Dicen que es muy...

Crac. Esta vez no hubo duda. Sebastián y el Pani dieron un respingo. De repente Sebastián se dio cuenta de que tenía unas ganas tremendas de orinar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta.

El crujido se detuvo.

Y luego volvió a reanudarse. *Crac. Crac. Crac.* Alguien subía por los escalones.

—¿Qué hacemos?

—Es el Diablo, Sebastián —dijo el Pani—. El Diablo de tu cuento que ha venido a por nosotros. *Ay, omaíta.*

Los pasos llegaron al tercer piso. Los dos niños estaban paralizados en mitad de la Conejera. Se oyó un golpe en la puerta. Luego otro. Un tercero. El Pani dejó escapar un gemido. Sebastián se lanzó bajo la mesita de tres patas y se arrebujó allí. La puerta se entreabrió con un quejido.

Una voz surgió de las tinieblas del otro lado.

—Quien no se haya escondido, tiempo ha tenido.

Una cabeza se asomó por la puerta.

La cabeza de Candela.

—Sois unos caguetas.

Sebastián y el Pani se miraron. La niña estalló en carcajadas. Se revolcó sobre la alfombra levantando una nubecilla de polvo. Las tuercas del arnés emitieron un chirrido de maquinaria vieja.

—Me cago en la leche que mamaste, Candela —dijo Sebastián, saliendo de debajo de la mesita.

—Yo no me lo he creído ni por un segundo —afirmó el Pani. Se pasó una manga por los ojos con el peor de los disimulos.

—No, qué va, no te lo has creído. —Candela también lloraba pero por otra razón muy distinta. Adoptó un tono atiplado—: «Es el Diablo, Sebastián. El Diablo viene a por nosotros».

—¡Calla la boca!

El pelirrojo se tiró encima de ella y los dos rodaron. Se enzarzaron en una batalla de pellizcos en la que, para variar, iba ganando Candela. Sebastián se les habría unido de buena gana para hacer pagar a Candela el susto, pero ahora no. Ahora contemplaba boquiabierto la entrada de la Conejera.

Había alguien más en la puerta.

—Ésta es Julieta —explicó Candela—. Ha llegado hoy al hospicio.

—¿De dónde ha salido? —preguntó el Pani.

—No lo sé. Habla muy poco.

—¿Y por qué la has traído?

Candela parpadeó.

—Es mi prenda. He traído a Julieta.

—Qué **trampuchera** eres. Las prendas se quedan en la Conejera. ¿Se va a quedar a vivir aquí?

—Calla la boca, tarugo. Además, acaba de llegar y está sola. No tiene a nadie.

—¿Y cómo habéis salido del Hospicio?

—Pues por donde siempre, ¿por dónde va a ser?

—Cualquier día te van a pillar.

—Pues hasta ahora no me han pillado.

—Pues el día que el cura te pille, estás lista de papeles.

—Que no me van a pillar, no seas más *gartible*.

—¿Y qué, te han puesto el culo a caldo, no?

—Tu madre.

Sebastián apenas oía el parloteo de Candela y el Pani. Contemplaba a Julieta embobado. La niña estaba sentada en uno de los cojines. Respiraba por la nariz, sus aletas se distendían. Miraba alrededor con una expresión neutra, sin demostrar el menor miedo. Sus ojos se cruzaron. El corazón de Sebastián se disparó y apartó la vista tan rápido como pudo.

—Bueno. —El Pani se frotó las palmas de las manos—. Julieta, Candela te ha traído al sitio más mágico de Cádiz. Esto es la Conejera, y cada vez que entras, tienes que dejar una prenda.

Ella parpadeó.

—Una prenda —repitió. Su voz, tan delicada como su aspecto, era lo más bonito que Sebastián había oído en su vida.

—Una prenda, sí, una prenda. Un peaje. Un precio que hay que pagar por los secretos de la Conejera.

—No seas así, Pani —la defendió Candela—. Acaba de llegar. No le ha dado tiempo ni a abrir el equipaje.

—Ah, o sea que traía equipaje. Seguro que allí tienes algo secreto y misterioso que regalarle a la Conejera.

—Tú estás tonto —sentenció Candela.

Julieta frunció un poco los labios.

—No tengo nada.

El Pani bajó la vista. Sebastián, que se había criado con él, lo veía venir.

—Sí que tienes. Lo estoy viendo desde aquí.

—¿Qué dices, Pani? —intervino Candela.

El pelirrojo señaló.

—Ese collar que lleva al cuello. Venga, ya lo estás enseñando, que se vea.

Julieta se llevó la mano al pecho. Dudó unos segundos. Luego lo sacó y lo sostuvo en el aire. Era una cadenita dorada, engarzada a un reloj de bolsillo. En el reverso tenía grabada con muchas florituras la silueta de un alacrán.

—Es... es muy bonito —consiguió barbotear Sebastián.

—Ésta será tu prenda —dijo el Pani.

—No.

—No ni *na*.

—Que no. Es mío. No se lo voy a dar a nadie.

—Eso no se vale. Si entras en la Conejera, paganini una prenda.

Julieta no tardó ni un segundo en guardarse el reloj bajo el uniforme del hospicio. Se puso de pie.

—Me voy.

—¡Un momento! —saltó Sebastián. Todos le miraron. Su voz se volvió diminuta—. Yo pago su prenda.

—Eso no se vale —repitió el Pani—. Quien entra, paga prenda. No se puede pagar por otro.

—Porque tú lo digas —terció Candela—. Siéntate, Julieta. A mí me parece bien que Sebastián pague su prenda. —Levantó la mano, el dedo índice extendido—. ¿Alguien más?

El Pani se quedó mirando la mano levantada.

—¿Qué haces?

—Votar.

—¿Votar?

—Votar. Es una cosa de la *dedocracia*. Nos lo ha enseñado sor Virtudes. Que levante el dedo quien quiera que Sebastián pague la prenda de Julieta.

Sebastián la imitó al instante. Candela miró a Julieta, abriendo mucho los ojos. La niña levantó también el dedo.

—¿Ves? Somos tres dedos contra uno. *Dedocracia*.

—Estáis todos grillados. —El Pani se cruzó de brazos—. A ver, ¿qué prenda tienes para ésta? Más vale que sea buena.

Sebastián echó mano al bolsillo.

—Es más que buena. Es lo mejor que has visto.

Sacó la hojita de papel y la puso a la luz de las velas.

Todos se inclinaron.



—¿Qué? —preguntó el Pani—. ¿Qué pone?

—Teatro... fra... francés... de los ho... —leyó Candela con dificultad.

—Horrores —completó Sebastián—. Teatro francés de los horrores. Esta mañana estaban montando la carpa a la vera de la Plaza de Toros.

—¿Quién te lo ha dado? —La envidia rebosaba por la voz del Pani.

—Morgue —leyó Candela—. La calle Morgue. ¿Qué es morgue?

—Un sitio donde se guardan los muertos antes de enterrarlos —dijo Julieta. Todos la miraron. El Pani asintió, apreciativo.

—¿Sabéis lo que significa esto? —preguntó Sebastián, agitando el papel.

—El teatro de los horrores ha venido a Cádiz —dijo Candela.

Sebastián asintió.

—Y nosotros vamos a ir a verlo.

Salieron de la Conejera un poco más tarde. Candela iba la primera, todavía porfiando con el Pani. Julieta los seguía y Sebastián cerraba.

Mientras Candela se descolgaba por la reja con maña, la mano de Julieta se cerró sobre el antebrazo de Sebastián. Él sintió el contacto como un hierro ardiendo. El corazón se le desbocó en el pecho. Julieta tiró de él hacia las sombras del primer piso. Se quedó paralizado como si le hubiese apuntado con un mosquetón.

—Gracias.

Sebastián boqueó en la oscuridad. El olor de Julieta mareaba, no le dejaba pensar.

—Por pagar mi prenda, digo. Gracias.

»Di algo. Dile cualquier cosa. Sonríe. Di algo, por Dios y por la Virgen del Carmen.

»¿Qué le digo?».

La oía respirar. Ella esperaba que hiciese algo. Que dijese algo. Sebastián tenía la mente en blanco. En negro. De todos los colores. Un temporal había barrido todas las palabras del mundo.

El susurro del Pani se oyó desde la calle.

—¡Eh! ¿Bajáis o qué?

«Mierda».

Se descolgaron por la reja. En la calle, la humedad envolvía la luz de gas de las farolas. No había un alma, aunque de alguna taberna de la calle del Patrocinio llegaba aquel mismo soniquete de guitarra desacompasado y turulato.

—Vamos —dijo Candela—. *Contra* más tarde sea, más difícil lo vamos a tener para entrar.

Se fueron las dos calle abajo. Sebastián se quedó clavado como un tentetieso. De pronto se le ocurrieron dos o tres docenas de cosas que podría haberle dicho.

El Pani le palmeó la espalda.

—Qué buen gusto tienes, picha.

Sebastián se zafó.

—¿Qué dices?

—Qué voy a decir. Que esa paloma está mucho mejor que el Perejil. Es más sosa que un vaso de agua, pero tú verás.

—Tú estás tonto. Anda, vámonos, no nos vaya a pillar un sereno.

El Pani se sopló el flequillo.

—Lo que tú digas, prenda.

El resto del camino hasta la calle Botica lo hicieron en silencio. Se despidieron en el patiovecino. Desde el primero llegaba la voz del padre del Pani. Los chillidos de su madre también se oían. Las cortinillas de las casas estaban echadas. El pelirrojo subió las escaleras con plomo en los pies y la cabeza gacha.

Los ojos de Sebastián lo siguieron. Podría haberle dicho que se quedase a dormir

en su casa, que se escondiese detrás del biombo de la costura de Madre o debajo de la cama. Que no subiese, por Dios, que no subiese esa noche. Pero no dijo nada. Al poco la voz del Pani se unió al concierto que repicaba por todo el patiovecino. Sebastián suspiró y echó a andar escaleras arriba.

Un silencio que no era tal bañaba el Hospicio. Detrás de él había crujidos, siseos, murmullos... pequeños sonidos que, con la dosis suficiente de atención y la falta suficiente de sueño, resultaban ensordecedores. Julieta lo oía todo, tapada hasta la barbilla con su áspera sábana. A su lado, Candela roncaba. Las otras veintiséis niñas con las que compartían sala descansaban sobre sus camas. Quizá todos esos murmullos que Julieta oía provenían de los sueños de las demás huérfanas. No sabía por qué se le había ocurrido aquello, pero no le gustaba pensarlo. Los techos eran altísimos, abovedados como en una iglesia y llenos de sombras. La luz de la luna entraba a degüello por los ventanales, tiñendo el hospicio de un tono azulado.

Julieta se revolvió. Tenía que hacer pis.

Hacer pis. Así la habían enseñado a expresarse. Una señorita no dice «me estoy meando», ni siquiera «pipí». Una señorita no habla de esas cosas.

Una señorita no termina en un orfanato.

No tenía bacinilla ni nada que se le pareciese. No iba a aguantar toda la noche. Al final del pasillo había unas letrinas que compartían todas las niñas. Asomó un pie por debajo de la sábana, y la humedad en el aire le escamó la piel. El suelo estaba gélido. El camisón no era de su talla, y además tenía varios agujeros. Candela ya le había dicho que era lo normal.

Correteó hacia la puerta. Las camas se le antojaban fantasmas enormes encadenados a las paredes. Tanteó el pomo, abrió y salió al pasillo.

El frío la envolvió en cuanto puso un pie fuera. Por amplio que fuera el dormitorio, dentro había veintiocho personas para calentarlo. El pasillo estaba vacío y helado. Una ventana junto a la puerta daba al exterior. Julieta se detuvo. Estaba abierta. La brisa que se colaba por ella mecía con suavidad una cortina. El aliento se le escapó de los labios formando una nube blanca. No podía ser que hiciera tanto frío. El murmullo del mar llegó hasta ella como una nana. Se acercó al ventanal. El mar bailaba en la playa de la Caleta, frente al Hospicio. Bailaba y bailaba y pronunciaba su nombre. La luna era un gajo colgado de un cielo a reventar de estrellas. Parecía un párpado a punto de abrirse. Julieta se preguntó, soñadora, de qué color sería el ojo tras de ese párpado, si la vería a ella cuando estuviera abierto del todo. Ojalá la viera.

Una mano se cerró sobre el brazo.

El escalofrío que la recorrió de pies a cabeza casi consiguió que se orinase encima.

—¿Se puede saber qué haces?

Candela estaba a su lado. No la había oído acercarse. Se dio cuenta de pronto de que estaba casi frente a la ventana. Había echado a andar sin darse cuenta. Tenía la piel erizada.

—Tengo... tengo que...

Candela la miraba con preocupación.

Una señorita no dice «pipí».

Una señorita no termina en un orfanato.

—Me estoy meando —dijo al fin.

—Pues por la noche no puedes salir. Hay que ir antes. Como nos pillen, nos meten a las dos en la buhardilla del carbón. —Tironeó de su brazo—. Vamos.

Volvieron al dormitorio. Antes de entrar, Julieta no pudo evitar echar un vistazo a la ventana del pasillo. La brisa entraba, perezosa, moviendo la cortinilla como si fuera un fantasma aburrido que ya no consigue asustar a nadie.

Había luz en casa. La puerta no estaba echada. Sebastián abrió una rendija y se coló por ella. Se detuvo al instante. Padre estaba sentado a la mesa chacinera, con una bujía encendida y una botella medio vacía a tiro de mano. El resto del cuarto estaba a oscuras. La silueta de Madre se adivinaba en la cama. Había dejado a Padre por imposible o bien no lo esperaba tan temprano y dormía.

—Chano, hijo.

—Padre, váyase a dormir.

Padre tenía algo entre las manos. Era un periódico. Lo levantó y se lo enseñó.

—Aquí lo pone. —Señaló, los dedos manchados de tizne y la voz pastosa—. Aquí está, ¿lo ves? Ven aquí. Léeme esto, hijo.

—Ya sabe usted que yo no leo muy bien, Padre. Hace mucho que no voy a la escuela.

Padre le dio un empujón.

—Que me lo leas te digo.

Él suspiró. Se inclinó sobre el periódico. Empezó a leer, asegurándose de que no pareciese que leía de carrerilla.

—«Mañana domingo a las nueve tendrá lugar el sepelio de don Fermín Salvochea, que falleció de un ataque de pa... parálisis repentino. Su muerte ha causado pesar por la popularidad que gozaba por una vida accidentada de ab... abnegación y desinterés. Con la muerte de Salvochea, desaparece una de las figuras de relieve...».

Una foto acompañaba la noticia. Mostraba a un hombre anciano, encorvado y con pelo blanco y escaso. Miraba al fotógrafo con una expresión que podría haber sido burlona. Era imposible saberlo, porque sus ojos se ocultaban tras dos gafas redondas y ahumadas. Apoyaba una mano en un bastón. En la otra sostenía un reloj de bolsillo atado a una cadenita.

Sebastián acercó el rostro. Ese reloj. En la foto apenas se apreciaba, pero parecía que tenía algo grabado.

La voz de Padre lo sacó de su escrutinio.

—¿Cuánto hace que no vas al colegio, Chano?

—Le hago más falta a Madre haciéndole los mandados de la costura, padre.

Padre no respondió. Se quedó perdido en el vaso que apretaba entre los dedos, en aquel líquido oscuro por el que había cambiado tantas, tantas cosas.

—Siéntate. —Sebastián obedeció—. Te voy a contar una historia, Chano. Ya va siendo hora de que la sepas.

—Padre, que me quiero ir a dormir.

Él meneó la cabeza, la mirada turbia.

—No, dormir no. Ahora me vas a escuchar, Chano.

Sebastián bajó la vista.

—Lo que usted diga, Padre.

Él miró en derredor, como si lo que iba a decir a continuación le importase a alguien en mitad del cuartocho. Cuando la realidad le confirmó que no era así, prosiguió:

—Esto pasó hace treinta y cuatro años, cuando yo era joven. Algunas cosas las vi en persona y de otras me enteré preguntando a los que vivieron para contarla. Pero te juro por la tumba de tu abuela que todo es verdad. —Se inclinó hacia él—. Te voy a contar la historia de Fermín Salvochea.

II Pareja de sombras
28 de marzo de 1873

1

—¡Cochero, látigo atrás!

Juaíco no supo si lo que lo despertó fue ese grito o el restallido del látigo. Puñeteros niños. Se subían en la parte de atrás de los coches de caballos para ahorrarse un viaje, o sólo por fastidiar. La gente que los veía gritaba a los cocheros para que los azuzasen desde el pescante. Si algún día su Antonia le daba un hijo, lo pensaba majar a palos desde el momento en que pudiera ponerse en pie. Así aprendería.

Un martillazo en la sien rompió el hilo de sus pensamientos. Su cuerpo aún no se había espabilado del todo pero ya empezaba a cobrarse la noche anterior. Cualquiera sabía qué había hecho. Y con quién. Hacía tiempo que Juaíco había aprendido a no escarbar en su cabeza en busca de recuerdos nocturnos. Para qué.

Un chapoteo llegó hasta sus oídos, y por la nariz se le coló un aroma turbio y dulzón. Así supo que estaba despierto. Ya tenía cierta idea de dónde había dormido. El dolor de cabeza se intensificó. No iba a ser un buen día. Abrió los ojos.

—Menos mal, hombre. Ya me creía que te ibas a quedar ahí despatarrado todo el día.

La voz le serró a conciencia el cerebro. Se apretó las sienes como si el gesto fuera a servir de algo. No fue así. Estaba en una habitación pequeña, de paredes estampadas en un rojo víscera. Las cortinas estaban corridas y las sábanas también. Frente a él, una mujer de carnes generosas y bucles mal compuestos se lavaba la entrepierna en una palangana. La expresión de su rostro coqueteaba con la diversión y el fastidio. La mata de pelo rojo de su pubis se le antojó a Juaíco más agradable de mirar que aquella boca dispuesta a escupir reproches.

—Luisa —carraspeó, y se dio cuenta de que no tenía nada que decir.

—Luisa te voy a dar yo a ti. Te has pasado aquí toda la noche otra vez, Juaíco. Como se entere doña Ágata me va a caer la de Dios es Cristo.

Juaíco, la vista aún prendada del lugar más agradable de toda la habitación, se removió en la cama. Apretó los dientes y se irguió con pesadez. Tenía plomo en los pulmones, en el hígado, en los párpados. Luisa empezó a secarse con un trapo que volvió a ensuciarla. Juaíco sintió un apunte de excitación, no tanto entre las piernas como en la boca del estómago. Se levantó y la atrajo hacia sí de un tirón.

—¿Pero tú has perdido la chaveta? —preguntó Luisa, aunque cada parte de su cuerpo contradecía su tono—. ¿No te has enterado de lo que acabo de decir?

—Me he enterado la mar de bien. —Se apretó contra ella—. Pero ya sabes qué es lo único que me quita la resaca.

—Pues te vas a tener que apañar con la manita —contestó, aunque al mismo tiempo echó la pelvis hacia delante—. Además, ese remedio cuesta parné y tú ya te lo gastaste todo anoche.

—Pues déjame fiado. Que soy buen cliente, mujer.

—Buen perla es lo que eres. Y quita ya, que te apesta la boca.

—Anda, Luisa, no seas tonta...

—¿Tú no tienes que estar en casa con tu mujer?

Y esa simple pregunta, que en cualquier otra ocasión sólo habría provocado un escueto «no hables de mi mujer», hizo que Juaíco se separase de ella y se diese un golpe en la frente. Un golpe del que se arrepintió al instante.

—Me cago en la mar serena.

—¿Qué pasa? —preguntó Luisa sin ocultar su decepción.

—¿Que qué pasa? —Juaíco se lanzó sobre sus pantalones como si tuviesen los bolsillos llenos de billetes—. Pasa que soy un desgraciado, eso pasa. ¿Qué hora es?

—¿Me quieres decir...?

—¡Que qué hora es!

2

Cinco minutos más tarde, Juaíco salía del Salón de Té Pay-Pay abotonándose el chaleco marrón y calándose la gorra sobre la mata de rizos negros. Qué poco, qué poco le costaba estar compuesto. Nunca había aprendido a apreciar ese hechizo que Dios o el Diablo le habían dado a su sonrisa. Cuánto lo echaría de menos cuando lo abandonase. Pero ahora no se le ocurría que las noches al calor del alcohol tuvieran la mecha corta. De momento era sólo Juaíco, el niño de la Pepi, el mejor barbero de Sanlúcar a Ronda.

Cádiz llevaba la mañana para adelante con la fatiga de siempre. Las chimeneas de Astilleros escupían columnas de humo grandes como torres, los pescadores maldecían al compás que marcaba el océano y las cigarreras hilaban hebras olorosas en su fábrica junto al muelle. Juaíco echó a andar, saludando a las vecinas con una media sonrisa que las dejaba atontadas.

Un niño jugueteaba con una cajetilla de fósforos Lucifer apoyado en la esquina de la calle Mesón. Era feo, con los ojos saltones muy separados, el pelo escaso y desnortado. No debía de tener más de diez años. Una verruga desagradable cubría el lado derecho de su cuello, un antojo en forma de fresón del que salían cuatro pelos blancos y retorcidos. Cuando Juaíco pasó por su vera, el niño dejó caer una cerilla consumida. El barbero se fijó en que tenía las uñas manchadas de negro.

—¿No te ha enseñado tu madre que los niños no juegan con cerillas, Mijita?

El niño le dedicó una mirada arrugada.

—Mi madre no me ha enseñado nada. Es una puta.

En otro momento, Juaíco le habría calzado sus dos buenos soplamos por hablar así de la Luisa. Su hijo estaba cada día más raspado. Pero no le correspondía a Juaíco y de todos modos ya llegaba demasiado tarde.

—A ver si haces algo de provecho para variar —le espetó.

—Mira quién habla.

El barbero se alejó sin mediar más palabra. El Mijita lo siguió con sus ojos estrábicos. Encendió otro cerillo y lo dejó arder entre dos dedos, la llama acercándose cada vez más a la piel.

Juaíco dio gracias por que el Pay-Pay estuviese tan cerca de la plaza de San Juan de Dios. Hacía malo. Se notaba la humedad que mordía en el aire. Una neblina desacostumbrada flotaba frente a sus ojos, y ahora no la provocaba el hambre de aguardiente que a veces gritaba en sus venas. Se subió las solapas de la chaqueta y se encaminó calle abajo. Palpaba el interior del bolsillo derecho de la pelliza, donde siempre llevaba el lienzo con los avíos de barbería que su Antonia le preparaba cada vez que salía de casa sin norte ni fecha de regreso. Dios la bendijese. Desde luego no se la merecía.

No había caminado ni veinte pasos cuando se dio de bruces contra una pared francesa. La pared francesa tenía los hombros anchos, llevaba una chaqueta raída, le

sacaba dos cabezas y varios pares de huevos. Unos dedos con más músculo que sus brazos se cerraron sobre sus solapas. De pronto ya no había suelo bajo sus pies.

Al lado de la pared francesa apareció un hombrecillo. Chaparro y retorcido, su cuerpo parecía construido alrededor de la joroba que le abultaba la parte izquierda de la espalda. El Arropía y el Goliat, nada menos. Juaíco habría tragado saliva si hubiese tenido arrestos para menearse, pero no fue el caso.

El Goliat lo aplastó contra una ventana enrejada. Sus manos se apretaron contra él como los tentáculos de una jibia. Los hierros se le clavaron en la espalda, preludiando el dolor de lo que le iban a hacer en la cara. Desde donde estaba, Juaíco podía ver la bocacalle que desembocaba en la plaza de San Juan de Dios, pero la veintena de pasos que lo separaban del ordenanza del Ayuntamiento era una distancia tan insalvable como el camino de vuelta a la infancia.

El Arropía renqueó hasta él y le lanzó una mirada queapestaba a bajar.

—¿Adónde vas, bacalao de Escocia? —saludó, con la jovialidad de un erizo recién cortado en dos—. Mira qué casualidad verte por aquí. Te estábamos buscando. ¿Quieres que te convidemos a un chato?

«No le llames Arropía. No le llames Arropía, por tus muertos. En algún lado de ese cuerpecito tan mierda y tan **chiguato** tiene una navaja cordobesa que está hartita de repartir mojadas por los callejones de Santa Cruz».

—Mira, Rogelio... —empezó. El Goliat le apartó de la reja un segundo para volver a revolearlo contra ella como se muele una **josifa** en un lavadero. El dolor le recorrió todo el cuerpo.

El jorobado prosiguió:

—Aunque lo mismo nos puedes invitar tú, ¿no? Total, con la de parné que le debes a don Hipólito, tampoco te va a pasar nada por entramparte una *mijita* más, ¿verdad?

Juaíco pataleó, pero el suelo se negaba a subir hasta sus pies.

—Os juro por Dios que os doy la guita de don Hipólito hoy mismito. Que yo me muera...

Y ahí estaba. La navaja en su ingle, apretando, apretando. El jorobado estaba contrahecho, pero con el cuchillo era rápido como el diablo. Los pies de Juaíco ya no buscaban el suelo.

—Te vas a morir igualmente, barbero. Pero a lo mejor antes te llevamos a hacerle una visita a la Antonia...

Un relámpago cruzó la mirada de Juaíco. Sus ojos se achinaron.

—Si le tocas un pelo a mi mujer te mato. ¿Te enteras? Te mato.

Se arrepintió al instante de haber hablado. «Ya estás listo de papeles, Juaíco. Te ha perdido la boca, como siempre te ha dicho tu Antonia que sucedería».

El Arropía lanzó una carcajada.

—¡Anda, pero si el barbero tiene cojones y todo! Déjalo en el suelo, Goliat, a ver qué me va a hacer el tío vaina este.

El Goliat frunció el ceño, lo cual acentuó la masa de arrugas que era su rostro. Aunque no era joven ni muy corpulento, medía dos metros y había sido boxeador en los muelles de Marsella antes de que su vida varase en Cádiz hacía ya muchos años, arrastrada por una marea con nombre de mujer que a la postre terminó casada con un talabartero de la calle Plocia. Apenas chapurreaba el español, se había negado a aprenderlo por pura cabezonería gabacha, pero con el tiempo había desarrollado un sistema erudito capaz de descifrar los fonemas y tonos que usaban aquellos *manolos* con sal en las palabras. Sabía aprovecharse de la impresión de bruto que daba, aunque quien lo conocía llegaba a atisbar la inteligencia que se escondía detrás de esa nariz rota cientos de veces y esas cicatrices recosidas con hilo de bramante.

El Goliat lo soltó. Juaíco cayó al suelo de culo. Un fuego le ardía en las entrañas, como cada vez que alguien mentaba a su Antonia con el tono equivocado. Pero el olor de la muerte que se cocía en las manos del jorobado le puso brida a sus ganas de sacarle los ojos. Respiró varias veces, mirando a ambos a los ojos.

—Tengo un encargo —resopló—. Me van a pagar un buen dinero. En un par de horas os puedo apoquinar la mitad de lo que le debo a don Hipólito.

El jorobado soltó una risotada. La navaja brincó entre sus dedos como un juguete.

—Tú te crees que somos tontos, ¿no?

«No contestes a eso».

—Tengo que afeitarse a Bigote.

El ceño del Goliat se frunció. El Arropía dejó las manos quietas.

—¿Al alcalde nuevo?

Asintió.

—Me está esperando en el Ayuntamiento. Y a éste no hay que fiarse. Muerte, Rogelio: éste los paga frescos y en contante.

El Arropía sopesó sus palabras. Miró al Goliat. Cuando el gabacho asintió, Juaíco comprendió quién tomaba las decisiones en aquella pareja de sombras.

—Bueno, pues te vas a ir y le vas a afeitarse. Y nosotros te vamos a esperar en un banco de San Juan de Dios. Como se te ocurra tardar más de una hora, te juro por mis muertos que te damos una somanta palos que no te va a conocer ni tu padre. Con don Hipólito no se juega.

Viniendo del jorobado, aquellas palabras provocaban más risa que temor, pero Juaíco se guardó muy bien de hacérselo notar. Se levantó, componiendo una dignidad que en realidad no tenía. Comprobó que los avíos seguían en el bolsillo de la pelliza. Ahora sí, tragó saliva y, sin cruzar los ojos con aquellos dos elementos, giró sobre sus talones y tiró para el Ayuntamiento.

La voz del Arropía a su espalda le erizó el vello en los brazos.

—Una hora, barbero.

3

—Claro que te está esperando, hombre. Tenías que estar aquí a primera hora.

—Es que me ha entretenido una clienta...

Juaíco hizo esfuerzos por seguir el ritmo del bedel, un tipo bajito y con pinta embrutecida que subía los escalones de dos en dos. Le bastó una mirada por encima del hombro para recorrerlo de arriba abajo. Se detuvo en sus ojeras y su pelo despeinado.

—Mucho te entretienen a ti las clientas.

Las puertas del despacho eran dobles, un alcornoque de color oscuro con pinta de recién barnizado. Juaíco tragó saliva cuando el bedel golpeó la madera con los nudillos.

Al otro lado se oyó una palabra breve y seca. El bedel entreabrió la hoja de la izquierda.

—Salud y república. Está aquí el barbero.

Los segundos de silencio que siguieron le dieron espacio a Juaíco para imaginarse expulsado del Ayuntamiento, recibido por la pareja de sombras, apuñalado treinta veces y arrojado al muelle, donde las caballas y los roncadores se cebarían con su cuerpo.

—Déjele pasar.

El bedel se echó a un lado y le hizo un gesto con el mentón.

La puerta se cerró a su espalda.

El despacho era tan amplio como el ego del arquitecto que lo diseñó. Juaíco nunca había estado allí dentro, ni dentro de ningún otro edificio oficial que no fuese la Prevención. Por eso no supo apreciar el cambio que se había operado en la habitación desde que el nuevo alcalde tomó posesión del cargo hacía tres días. No se percató de los huecos color ventrecha de pescado que habían dejado los cuadros de reyes y obispos en las paredes, ni de la ausencia de bustos de prohombres monárquicos en las esquinas, ni de la falta de velas que convertía las lámparas de araña en esqueletos de vieja pelleja. Juaíco no apreció el manto de sobriedad que había caído sobre el Ayuntamiento de Cádiz, porque no conocía otra cosa que paredes desnudas, polvo en las esquinas y lámparas huérfanas.

De hecho, no se habría dado cuenta aunque hubiera vivido toda su vida en un palacio. El hombre sentado tras el escritorio junto al ventanal acaparó a los pocos segundos toda su atención.

Apenas había rebasado la treintena, pero tenía el porte erguido y sereno de un capitán que hubiera pasado más tiempo sobre el mar que en tierra. Unas canas incipientes le rubricaban las sienas. Fermín Salvochea, uno de los pocos alcaldes anarquistas de aquel coladero de pólvora, sangre y monarquías que algunos llamaban España, miró en su dirección. Se parapetaba detrás de unas gafas redondas y ahumadas que cubrían justo la circunferencia de sus ojos. La escuálida perilla no era

rival para aquellos bigotazos bien cuidados y robustos, que desde hacía años le habían granjeado el mote con el que se lo conocía en todo Cádiz.

—Salud —dijo con una voz que sorprendió a Juaíco precisamente porque no tenía nada de sorprendente. Él había esperado un tono iracundo de gigante que destilase acero en cada sílaba, pero Fermín Salvochea hablaba como un gaditano más.

—Gracias, igualmente —contestó con torpeza, poco acostumbrado a consignas libertarias.

Pasaron unos segundos en los que sólo se oyó el sonido de las berlinas y los landós recorriendo la plaza de San Juan de Dios al otro lado del balcón. Cochero, látigo atrás. Juaíco hizo ademán de rascarse la cabeza y cayó en la cuenta de que aún tenía la gorra puesta. Se la quitó de un tirón. Con sus veintitrés años ya había afeitado a toreros, bailaoras y hasta algún senador de paso por Cádiz, pero delante de aquella estatua de mármol con gafas sintió que volvía a ser un **chicuco** sin experiencia.

—Tenía que estar usted aquí a las ocho. —Salvochea sacó del bolsillo del chaleco un reloj muy pulido. Cosa extraña, en el reverso tenía un alacrán grabado con muchas florituras—. Son las doce.

Juaíco se encogió por dentro. Una excusa subió a sus labios, pero por alguna razón no llegó a pronunciarla. Experimentó la certeza de que con aquel hombre no valían embustes.

—Usted dispense, señor alcalde. He pasado la noche en el Pay-Pay y se me han pegado las sábanas.

Salvochea respondió con un movimiento de bigotes.

—Un alcalde tiene muchas obligaciones: reuniones, discursos, debates. Hay que estar presentable desde primera hora. Lo entiende usted, ¿verdad, Juan?

Él asintió, la vista clavada en el suelo. Se dispuso a que lo echasen.

—Por supuesto.

—Pues que no se vuelva a repetir. Deje la chaqueta en el perchero y póngase a ello, hombre, que tengo mucho que hacer y muy poca ayuda. Enseguida nos traerán agua y paños calientes.

Juaíco abrió mucho los ojos. La sorpresa le duró apenas un segundo. Tragó saliva y sacó los avíos de barbería. Los dispuso sobre una esquina de la mesa.

El bedel apareció con el agua. Juaíco puso los paños sobre el rostro del alcalde. Hizo espuma con el jabón. Se situó a su derecha y se detuvo un instante. Extendió la mano frente a la línea de sus ojos, en horizontal, la cuchilla bien agarrada por el mango. Ni un temblor. Su pulso era el mismo de siempre, la presa de acero que había hecho de él el mejor barbero de Sanlúcar a Ronda.

Mientras le perfilaba la perilla, Salvochea habló:

—Me dicen que es usted un hombre casado, Juan.

La navaja descendía por el cuello de Salvochea.

—Sí que lo soy, señor alcalde.

—¿Cómo se llama su mujer?

—Antonia, señor alcalde. Antonia Díaz.

—Ya veo. ¿Piensa usted en ella cuando se le pegan las sábanas en el Pay-Pay?

Juaíco detuvo la navaja, justo cuando pasaba por encima de la nuez del alcalde. Separó el filo y lo limpió sobre el paño húmedo que le colgaba del cinturón.

—Mire usted, señor alcalde, que yo a mi Antonia la quiero mucho, pero el vino es un mal compañero de noche.

—Comprendo. ¿Sabe por qué le pregunto esto cuando tiene una navaja sobre mi garganta?

—No, señor alcalde.

—Porque me hace falta gente en la que pueda confiar, Juan. Buena gente. La República acaba de nacer pero ya se ha granjeado muchos enemigos. Se nos han puesto de huelga los serenos, la policía y los barrenderos. Y sólo llevamos tres días. Esta alcaldía no va a ser...

Las puertas se abrieron de golpe. Dos gachones con un estafalarío uniforme malva entraron y se plantaron a ambos lados. Otros dos sujetaban al bedel desde el pasillo. Cruzó la puerta un tipo joven, pelirrojo, con la cara cubierta de pecas. Vestía el mismo uniforme que los otros hombres, pero el suyo era de color negro. Un sable de aspecto anacrónico le colgaba del cinturón.

—Mis saludos a nuestro alcalde nuevo —dijo con voz chillona—, a ver cuánto duras.

Salvochea se irguió en el asiento, el ceño fruncido y los labios apretados. Se ajustó las gafas ahumadas sobre el puente de la nariz.

—Osvaldo, éstas no son...

Antes de que pudiese añadir algo más, un señor orondo entró en tromba en la habitación. Vestía una casulla verde de buen acabado. Se plantó en mitad del despacho y alzó un dedo al cielo.

—¡Exijo una explicación! —exclamó, y se detuvo al ver a Salvochea con la cara enjabonada. No debía de ser la escena que estaba esperando.

—Señor obispo, buenos días —saludó el alcalde—. Supongo que tiene usted cita. De no ser así, y sé que no lo es porque consulto mi agenda a primera hora, le ruego que salga de mi despacho y que se lleve a sus mancebos vestidos de flor.

—¡La Iglesia no necesita citas! —Ahora sí podía dar rienda suelta al drama que traía anidando en las tripas—. ¡Dios no necesita citas! ¡Cómo se atreve usted a desahuciar el Convento de la Candelaria!

—En eso estamos de acuerdo —prosiguió Salvochea, flemático—. Dios no necesita citas. De poca utilidad le va a ser una cita a un ser que no existe. En cuanto a la Iglesia, tiene derecho a ser oída en el Ayuntamiento como cualquier otra institución de Cádiz, pero con una cita. Si usted se sigue negando a concertarla, estaré encantado de dejarle pasar esta noche en la Prevención Civil.

Un rubor escarlata inundó la doble papada del obispo. A su lado, el tal Osvaldo seguía la escena con los brazos cruzados sobre el pecho y una media sonrisa que

torcía sus facciones a un lado.

—No se atreverá a echar a la Santa Madre Iglesia —dijo el obispo, la voz estrangulada.

—Me atreveré a eso y a mucho más. —Salvochea se levantó. No es que fuera muy alto, pero Juaíco se encogió—. O salen ustedes o les echo yo. Lo que usted prefiera. Ya tiene en el bolsillo a medio Ayuntamiento; seguro que encuentra a alguien que les enseñe el camino hasta la puerta.

Félix María de Arriete y Llano, obispo de la diócesis de Cádiz, parecía estar debatiendo consigo mismo si desmayarse de furia o explotar de frustración. Jugó su última carta:

—El convento pertenece al pueblo. Usted no es quien para echar a las pobres monjitas.

—Lo que pertenece al pueblo es el solar. A esas señoras acabamos de salvarles la vida alojándolas en otros centros antes de que esa ruina se les caiga en la cabeza. — Se inclinó hacia delante—. Fuera... de este... despacho.

—Esto no quedará así.

Dio media vuelta y salió. Su túnica esmeralda ondeó al aire. Le siguieron sus hombres uniformados. El bedel, que no sabía dónde meterse, los escoltó. Sólo el tipo del uniforme negro permaneció en el despacho.

—Qué escena tan desagradable —comentó.

—¿Ahora le haces de perrito faldero al obispo, Osvaldo?

—Mi padre quiere afianzar relaciones con la Santa Madre Iglesia y le paga una guardia de su bolsillo. Le hace falta protección; Cádiz se está llenando de indeseables. No hay más que ver la alcaldía.

—Mejor que no vuelvas a asomarte por aquí.

Osvaldo resopló por la nariz. Apoyó la mano en la empuñadura del sable. A Juaíco le recordó a un gato a punto de saltar.

—Échale un ojo a tu correspondencia, Fermín. Mi padre da un baile de máscaras el próximo jueves. Todas las personalidades gaditanas han sido invitadas. Y por lo visto tú también.

Salió sin esperar una réplica. Salvochea se quedó muy quieto durante unos segundos. Luego reparó en Juaíco, que se había ido haciendo pequeño en lo que había durado el enfrentamiento.

—Termíneme el afeitado, haga el favor.

Juaíco obedeció. Al cabo, se atrevió a preguntar:

—¿El prenda ese quién es?

—Su nombre es Osvaldo Aramburu. El primogénito de la familia más rica de todo Cádiz. Y guardia personal del obispo, según parece.

El barbero chasqueó la lengua.

—Así que Aramburu.

—¿Le conoce?

—A su familia sí, señor alcalde. Alguna vez me han llamado para un encargo. Les he cortado el pelo a casi todos, pero a ese perla no he tenido el gusto.

—Ya veo. A Cádiz se le vienen encima tiempos muy complicados, Juan. Uno necesita toda la ayuda que pueda encontrar. Por eso todavía no le he echado a pesar de llegar... —volvió a consultar el reloj de bolsillo—, cuatro horas tarde.

Juaíco sintió un apunte de algo cálido, algo a lo que no pondría nombre hasta esta noche, cuando estuviese de camino a su muerte entre los adoquines del barrio del Pópulo. Salvochea continuó:

—No creo que sea usted un hombre malo, pero el vino no le hace ningún bien. Siga yendo al Pay-Pay si le hace falta, que yo no soy nadie para meterme en su moral. Pero que sea después de afeitarme a mí y no antes. Y quiero que me afeite usted cada día. A las ocho. ¿Estamos?

—Estamos, señor alcalde.

—Sepa usted que a partir de hoy instauramos toque de queda. Nada de salir a la calle después de la puesta de sol. ¿Estamos?

—Estamos, señor alcalde.

—Y ahora dígame una cosa más.

—Lo que usted diga, señor alcalde.

—¿Quiénes son esos dos hombres que le esperan en el banco de la plaza?

Juaíco dudó sólo un segundo. Nada de mentiras, nada de excusas.

—A veces juego a las cartas, señor alcalde.

Salvochea lo escrutó en silencio. Algo se cocía detrás de esas gafas oscuras.

—Menudo regalito está usted hecho, Juan.

—Usted dispense, señor alcalde.

—Llámeme Fermín. Aquí no hay nadie mejor que nadie, todos hemos salido por el mismo sitio y en el mismo sitio vamos a terminar.

—Lo que usted diga.

—Vamos a hacer una cosa: voy a mandar a un guarda a que espante a esos dos pollos. Usted va a salir por una puerta que tenemos en la parte de atrás del Ayuntamiento. Pero que sea la última vez que vienen a esperarle. Tiene usted que resolver sus asuntos, Juan. ¿Estamos?

—Estamos, señor alcalde.

—Fermín.

—Fermín. Estamos.

Medianoche. La calima se había espesado desde la mañana. También se había espesado la pátina arenosa que el alcohol extendía delante de sus ojos. Juaíco avanzaba muy despacito por el Campo del Sur. La balaustrada en la que se apoyaba daba a una caída de varios metros, donde la muralla detenía los embates del Atlántico.

En lugar de despejarle, el aire marino se empeñaba en romper un equilibrio que sólo él creía mantener. En su cabeza destelló la idea de que podía caerse y romperse el cuello con la **melopea** que llevaba. La ignoró. Quedaba un trecho para llegar al barrio del Pópulo; le vendría bien un paseíto al fresco. No sabía cuánto le quedaba del parné que el bedel le había largado nada más salir del Ayuntamiento. Lo que sí sabía era esto: le estaba quemando en el bolsillo.

Dejó atrás la catedral. La borrachera le susurró que alguien le observaba en este mismo momento, pero él sabía que no era verdad. Anda ya, hombre. «Bonita la llevas, Juaíco». Giró a la izquierda en una calle que no reconoció. Con aquella puñetera neblina veía menos que un carajo vendado. «Me cago en la mar serena». Los adoquines estaban resbaladizos. Como no fuera con cuidado se iba a partir la crisma, y eso a Bigote no le iba a gustar un pelo. El rostro de Salvochea flotó unos segundos en su mente.

—Ole los afeitados buenos, Fermín.

Afecto. Ese era el nombre de lo que había sentido esa mañana. Un afecto salido de ninguna parte. Sonrió como hacía de pequeño, cuando las monjas de San Lorenzo le regalaban manzanas nuevas. Siguió caminando hacia su muerte mientras el alcalde desaparecía de su cabeza para ser reemplazado por lo que había entre los muslos de la Luisa.

No se percató de las dos figuras que se desprendieron de las sombras del Campo del Sur y echaron a andar tras él. La calima desdibujaba sus contornos y sus facciones. No eran más que dos siluetas que se acercaban a un borracho en una ciudad aterida por la humedad de marzo. De noche. Siempre de noche.

Los pies de Juaíco se detuvieron. Estaba en el Pópulo, delante del callejón del Duende. ¿Cómo había llegado allí tan rápido? Debía de haber girado en Fray Félix sin darse cuenta. Era el camino que hacía cuando regresaba a casa. Las pocas veces que iba de recogida a esas horas.

Las estrechas paredes del callejón, que servían de amparo al trapicheo de contrabandistas y rateros, estaban mal iluminadas por un único farol de gas que pendía en la misma esquina. Juaíco se rascó la espalda mientras intentaba decidir si encaminar sus pasos al Pay-Pay o a la casa de Enrique *el Penqui*, donde sin duda se estaría organizando alguna timba. Quizá andarían por allí Tomasito Salmerón o Bonilla, sus compañeros de cartas. Si la timba iba bien, podía rematar la noche entre las sábanas de la Luisa. Si no...

La voz de su Antonia aleteó un segundo en sus oídos, como una mosca atrapada en un candil. «Ten cuidado, Juaíco». Él sacudió la cabeza. «Antonía, por tu madre, que yo te quiero mucho, pero ahora mismo no puedo pensar bien. Déjame que me...».

Los vio por el rabillo del ojo. Estaban a pocos pasos de él.

Una pareja de sombras.

«Hasta aquí has llegado, Juaíco. Ahora el jorobado te va a coser a mojadadas». Retrocedió un paso, como si eso fuera a ponerlo a salvo. No sería capaz de correr ni cinco metros antes de dar con los huesos en el suelo. Mejor intentar convencerles.

—Esperarse, esperarse un momento, señores. Que yo no he tenido nada que ver con que os largaran esta mañana de la plaza.

Eso era lo que quería decir, pero de su boca sólo salió una retahíla de sonidos empantanados. No debería haberse tomado el último chato.

Una de las dos figuras se acercó a él. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no eran el Arropía y el Goliat. Eso debería haber sido un alivio, pero no lo fue.

La figura alargó una mano y lo sujetó del cuello. Los ojos de Juaíco se salieron de sus órbitas. Las sombras danzaban a su alrededor, jugando con las facciones de quienquiera que lo estuviese levantando como si no pesase más que un saco de paja. Su atacante lo arrojó al suelo. El otro se acercó. Juaíco soltó un grito de borracho que sonó a grito de borracho. El miedo se derramó por su piel y cercenó el efecto del alcohol. Entonces se dio cuenta de que ambos emitían un hedor a bodega anegada. Su piel era blanca, tan blanca como la de un muerto. Lo manosearon. Uno de ellos le aplastó la cara contra los adoquines. Fríos, tan fríos. Un tirón desgarró la camisa que su Antonia le había cosido. Dejaron el cuello a la vista. Juaíco vio sus ojos.

Ojos. Ojos de morena enloquecida. Ojos de lamprea.

Bocas.

Dientes.

El farol sobre su cabeza osciló. La luz bailó entre aquellas dos cabezas que ocultaban el mundo. Hubo un chirrido de gozne mal engrasado. Juaíco estaba paralizado, no tenía más voluntad que la de boquear como un pescado recién sacado del agua que se agita de puro terror mientras el aire lo ahoga.

Un ruido. En mitad del callejón del Duende apareció una silueta inabarcable, oculta por las mismas tinieblas que amparaban a los piratas. La pareja de sombras se levantó entre gorjeos animales.

La silueta ladeó la cabeza. Desde el suelo, Juaíco pudo apreciar que tenía algo en la mano. Algo alargado, rectilíneo y resplandeciente a la luz del candil. Las dos figuras se lanzaron sobre él. Rugiendo.

Juaíco vio pies moverse. Oyó un chasquido metálico. El sonido inconfundible de la carne golpeando la [piedra ostionera](#) en las paredes. Un forcejeo. Y el terrible zumbido del metal cortando el aire y la carne y el hueso y la vida. Luego un aullido, tan hondo que le hizo desear la bendición de la inconsciencia.

Una cabeza pasó rodando por delante de sus ojos.

El gemido salió de los labios de Juaíco convertido en un lamento de bisagra rota. Silencio.

Pasos. Juaíco se mordió los labios. Quienquiera que hubiese quedado en pie, quien hubiese lanzado aquella cabeza de una patada, se acercaba.

Dos botas de caña se detuvieron delante de su rostro. Los ojos de Juaíco rodaron hacia arriba sin que su cerebro les diese la orden.

Frente a él había una figura de hombros anchos, envuelta en un gabán oscuro y apoyada en un bastón. El farol brillaba justo encima de su cabeza, tintando su rostro de oscuridad. Juaíco temblaba. «Tú eres el siguiente —pensó—. Tu cabeza va a acabar como la de ese otro. Ay, mi Antonia, que no la veo más».

—Váyase a casa.

Fueron las únicas palabras que se oyeron esa noche frente al callejón del Duende. La figura dio media vuelta y desapareció calle abajo, con un revoloteo de su gabán.

Pasaron todavía varios minutos de humedad y frío hasta que Juaíco atinó a moverse. Lo primero que hizo fue buscar la cabeza que había visto rodar. Nada. En una de las paredes del callejón no había más que un retazo de espuma de mar que ya se empezaba a secar con un rumor crepitante. Juaíco notó la boca seca.

Un brillo captó su atención. El reflejo de la luz en algo pequeño y metálico, tirado entre los adoquines del suelo. Se acercó. Dudó un segundo. Se agachó y lo recogió.

Eran unas gafas redondas y ahumadas.

III Cuando enterraron a Bigote *28 de septiembre de 1907*

1

El cielo estaba despejado cuando el cortejo fúnebre salió a la calle. No hubo florituras ni caballos. No se ofició misa. Así lo había dispuesto él en unas hojas escritas con letra breve y circumspecta. Pero ni siquiera su última voluntad pudo evitar que la gente se echara a la calle para despedirse. Desde ayer la noticia había recorrido cada rincón de la ciudad.

Los gaditanos salían de sus casas a medida que el cortejo recorría la ciudad camino al cementerio de San José. Los niños se acercaban. Las beatas tocaban el ataúd cuando pasaba a su lado. Se asomaban a los balcones, abrían las ventanas, bajaban a las casapuertas. Los padres llevaban a sus hijos a tirones a ver la comitiva. Se pasaban la mano por los ojos los ancianos que lo vieron caminar entre cañones en mitad de la plaza de San Antonio durante aquella revolución olvidada que llamaron La Gloriosa. Hasta los gitanos de la familia Mejías se apostaron en las esquinas de Santa María, los sombreros en la mano y ceniza en la mirada.

A su paso quedaba el silencio.

En algún momento empezó a llover. A todo el mundo le pareció apropiado y eso no le gustó al cielo. El chaparrón arreció en un santiamén. Algunos salieron corriendo a cubrirse. El viento aullaba. Los portadores del ataúd dudaron. Fue en ese momento cuando el alcalde Martínez de Pinillos decidió que se guarecería dentro del Ayuntamiento hasta que pasase el temporal. «Esta es su casa y aquí se va a quedar», eso fue lo que dijo. Así lo recogerían los libros de historia, y así lo recordaría el pueblo.

Juaíco y Sebastián lo vieron en la plaza de San Juan de Dios. Los dos bajo el aguacero en la misma entrada de la calle Nueva. Juaíco pasaba un brazo por encima de los hombros de su hijo. Sebastián forcejeaba con desgana, a sabiendas de que era una batalla perdida. Padre tenía años de práctica en impedir que se escabuliese. A pesar de sus protestas, no se movieron hasta que el cortejo desapareció dentro del Ayuntamiento.

—Vámonos ya, Padre, que me estoy poniendo **pipando**.

Padre lo miró con ojos vidriosos.

—Nos vamos a la Parra.

—No, Padre, a la Parra no. Madre nos está esperando en casa.

Padre se pasó una manga deshilachada y sucia por los ojos. La sacudió con desgana y ése fue el final de la discusión.

Media hora más tarde estaban en La Antigua Parra del Veedor, entre las plazas de San Antonio y el Mentidero. La taberna era una amalgama de sombras de otoño y alientos agrios. La lluvia les había calado hasta los huesos, pero cerca de los fogones se estaba a gusto. Juaíco sentó a su hijo frente a él de un empellón. Le hizo una señal al tuerto tras la barra. Éste la recibió con un fruncimiento de cejas y un meneo de sus bigotes de morsa.

—No te pongo ni un vaso de agua hasta que sueltes panoja, Juaíco —retumbó su voz de buey.

—Qué **cagalistre** eres, Romualdo. Siempre estás igual. Sabes que aflojo la mosca en cuantito me salga un encargo.

—Eso se lo cuentas a tu hermana. ¿Cuánto hace que no pelas a nadie?

Padre no contestó. En lugar de eso, dijo:

—El niño trae parné. Se lo ha dado su madre.

—Yo n... —empezó a decir Sebastián, pero una mirada de su padre lo congeló.

—Peor —dijo el tuerto—. Quitándole el dinero al niño. Estoy harto de ti, Juaíco. O me pagas o picas billete.

Otra pausa. La nuez de Padre subió y volvió a bajar. Jugó la última carta que tenía. Sebastián era consciente de la tenaza en su garganta, del picor en sus ojos, del hueco en su estómago y de lo único que podía calmar las tres cosas.

—Se ha muerto Bigote, Romualdo.

El hombre se detuvo a medio limpiar un vaso.

—Bigote se murió ayer.

—Lo están enterrando ahora.

Parecía imposible que el ceño del tuerto se frunciere aún más, pero lo hizo. Padre vio el cielo abierto.

—Que no se diga, Romi.

—Calla ya la boca, carajo.

Romualdo plantó un vaso en lo alto de la barra. Quitó un corcho de media limeta y vertió un poco de un vino tinto que más parecía agua sucia.

—Échale un chato al niño —lanceó Juaíco—. Ha cumplido dieciséis.

—Tengo trec... —Una nueva mirada, y de nuevo silencio.

—Dentro de nada será un hombre —prosiguió—, y quiero que beba lo que beben los hombres.

—Para terminar siendo un **pirriaque** como su padre, más le vale que ni se lo arrime a la boca —replicó Romualdo, la mar de serio. Sin embargo, llenó un segundo vaso—. Te juro por mis muertos que no te echo ni uno más hasta que no vea un real. Y como te vea que tocas el vino del niño, te pego una **estiba** que no vas a volver a por otra.

Con ambos chatos en la mano, Padre se sentó junto a él.

—No hace falta que te lo bebas —le susurró—. Ya me encargo yo, Chano. Cuando el tuerto no mi...

—Sebastián.

—¿Qué?

—Que me llamo Sebastián. No me llamo Chano. Nadie me llama Chano. Chano es un nombre de niño y yo ya no soy un niño.

Padre se estiró y le agarró de la pechera.

—Te llamo como me da la gana, que para eso eres mi hijo. No me calientes,

Chano, que te meto un **mojicón** que te va a estar escociendo hasta el Corpus.

—¿Por qué es usted así, Padre?

Una especie de temblor se había adueñado de su voz. Juaíco lo soltó de la sorpresa y se echó atrás en la silla. Algunas cabezas se volvieron hacia ellos. En la barra, Romualdo dejó de limpiar vasos.

—¿Por qué tiene que ser usted tan borracho, tan ruina y tan... tan... tan mierda?

—Quieto parado ahí —advirtió el tuerto desde la barra—. A ver cómo le hablas a tu padre.

Él no le hizo caso.

—Mi padre es un tajarina, un mentiroso y un... un cobarde, eso es lo que es. Mi padre no puede hacer nada para sacar adelante a su familia. Mi padre está más cómodo dentro de un vaso de vino. —Levantó el suyo—. Mi padre no está ni escuchando: está mirando esto. Lo quiere usted, ¿verdad, Padre?

Padre se había puesto muy pálido.

—Ayer se cogió una *tajá* porque se murió uno que usted conocía. Hoy se la coge porque lo están enterrando. A ver por qué se la coge mañana. —Una cosa viscosa se adhería a su garganta, pero no podía parar—. Si tanta pena tiene usted porque se ha muerto Bigote, ¿por qué no se muere usted también y nos deja tranquilos a los demás?

—¡Niño! —gritó Romualdo.

El tuerto hizo ademán de salir de la barra. Sebastián ni se lo pensó. Estrelló el vaso contra el suelo. Las esquirlas volaron y el vino también. Todo el mundo se sobresaltó. Él salió corriendo antes de que el tabernero pudiese echarle mano. No miró atrás.

La lluvia lo recibió con los brazos abiertos. Echó a correr por la calle Veedor.

Bajo su camisa, el duro antiguo engarzado en el collar rebotaba contra su pecho. Y de pronto, sin más razón que aquel aguacero y aquella pena negra, se acordó de aquel día hacía tres años en que un tesoro pirata apareció en la playa de la Victoria. De eso, y de la historia que su padre le contó.

La mar estaba tranquila aquella mañana. A principios de junio el calor debería sentirse desde temprano, pero ese año el verano venía raro: hacía fresco y estaba nublado. Se había levantado una brisa desagradable. La línea de la playa tenía un brillo malsano, de espuma corrompida. Malospelos se restregó el sudor de la cara. Tenía la espalda molida. Los pies se le hundían en la arena húmeda. Casi no los sentía.

—¡Malospelos! ¡Malospelos! —oyó que le gritaban—. ¡Llégate más para abajo, que por allí está lleno de cabezas!

El capataz. Valiente pedazo de cabrón. Con la de jornaleros que se repartían por la playa enterrando cabezas de atún y tenía que tocarle a él, hombre. La parte baja de la playa era la más complicada de limpiar, había que meterse en el agua hasta la cintura para recoger las cabezas de atún que el mar había arrastrado. Anda que no podían recogerlas los pescadores de la almadraba a medida que los limpiaban. Pero claro, para qué ibas a echar las cabezas a un cubo si podías tirarlas al mar y que las olas las dejasen en cualquier parte de la playa.

Malospelos refunfuñó. Iba a acabar helado, pero no se le ocurría ninguna excusa para librarse. Bajó hasta la orilla. Ea, y mientras los señoritos se daban su paseíto de Corpus y se hartaban de atún encebollado, bien preparadito y en su punto, a los desgraciados como él y a los demás jornaleros les tocaba quedarse en la playa enterrando cabezas.

A lo lejos se oyó retumbar de truenos. «Mejor —pensó Malospelos—, así se les fastidia la fiesta a todos». Cerca de la orilla había un puñado de cabezas amontonadas. Malospelos sonrió de oreja a oreja. Por ahí se iba a librar. Hizo hueco con las manos y gritó:

—¡Aquí hay un montón de cabezas, mi capataz! ¡Que se encargue Josele de la parte de abajo, yo voy a ir enterrando éstas!

Se hincó de rodillas en el suelo, a sabiendas de que Josele se estaría acordando de todos sus muertos. Empezó a hundir la espiocha en la arena. Le dio un escalofrío. La brisa arreciaba. Pues sí que se iba a ir al carajo el Corpus ese año. En cuanto empezase a descargar no habría quien tuviera cojones de salir a la calle. Pero bueno, ellos tendrían que seguir, así que más les valía terminar antes de que arriase.

Algo pequeño cayó en la arena a menos de un metro de él. Malospelos escudriñó sin moverse del sitio. Había sonado pesado, más que una cagada de gaviota. Distinguió una forma en la arena. Clavó la espiocha al lado y se acercó. La espalda le dio una punzada cuando se agachó a recogerlo. Lo levantó y lo sostuvo entre el índice y el pulgar. Anda, pues era un duro. Una moneda antigua, más grande de lo normal. Estaba muy sucia, como oxidada.

Malospelos no se dio cuenta de que, a su espalda, algunos jornaleros echaban a correr y se cubrían la cabeza con los brazos.

Rascó con la uña. La capa de roña que cubría el duro saltó un poco. Se le secó la boca. El duro era de plata. Brillaba de una manera inconfundible incluso bajo aquel cielo nublado.

A su lado, los ojos de treinta atunes decapitados le espiaban en un silencio gelatinoso.

Algo golpeó de nuevo la arena cerca de él. El sonido se repitió. Otra vez. Y otra. Y otra. Malospelos miró alrededor y luego, por fin, hacia arriba.

—Ay, *omá*. Ay, *omaíta*.

Y ya no dijo nada más. Por fin se dio cuenta de que los demás jornaleros y el capataz y hasta un guardia que pasaba por allí huían despavoridos en dirección a la iglesia de San José. El cielo volvió a retumbar. Varios resplandores anaranjados se sucedieron sobre su cabeza. No eran truenos.

Por encima de la cabeza de Malospelos, las nubes se abrieron para dejar entrever una carcasa panzuda. De sus juntas colgaban líquenes y cangrejos muertos. Las atravesó y volvió a ascender. Otra carcasa asomó a un centenar de metros de la primera. Docenas de gritos reverberaban en el cielo.

Aquello no eran truenos, no.

Eran cañonazos.

Malospelos salió corriendo, apretando el duro antiguo en la mano.

Dos navíos voladores abrían fuego sobre la bahía de Cádiz.

—¡Botarates! —gritaba el capitán—. ¡Amarrad la botavara de proa! ¡Soltad velas! ¡Preparad los cañones!

El *Defensor de Pedro* era un velero bergantín de ochenta metros de eslora y cien cañones por banda. Los piratas más valientes de toda la costa portuguesa se arracimaban a estribor, espadas en mano, cuchillos apretados en los dientes. Los velámenes mágicos ondeaban aprovechando las corrientes del viento del Atlántico. Y en el puente de mando, su capitán, don Benito Soto Aboal, el pirata más temido en los siete mares, miraba hacia atrás.

—No nos atraparás. Por mi alma negra que no nos atraparás.

—¡Señor! —le gritó su contramaestre, el gordo Nuño Balboa—. ¡Nos están dando alcance!

La *Defiance* era la nao más veloz de toda la aeroarmada de la Corona inglesa. Se habían propuesto dar caza al pirata y habían perseguido al *Defensor* por los siete mares. Ahora estaban a punto de alcanzarlo sobre las costas gaditanas. Los ingleses habían liberado a sus grifos reales. Las bestias circundan al *Defensor*, entorpeciendo la magia de las velas con sus chillidos, atrapando a los piratas entre sus afiladas garras y dejándolos caer a una muerte segura. Los artefactos voladores del *Defensor de Pedro* volaban entre ellas e intentaban ensartarlas en sus lanzas, pero los grumetes que los pilotaban poco podían hacer contra aquellas bestias nativas del aire. Los cañonazos se sucedían uno tras otro. Una bala de cañón decapitó a un grifo. La criatura cayó soltando un reguero de sangre que atraería a las morenas en el mar. En

su caída arrastró consigo uno de los artefactos. El grito del piloto se desvaneció en la distancia hasta el agua.

Y mientras, la *Defiance* se seguía acercando.

—¡Soltad lastre, Nuño, soltad lastre! —aulló el capitán.

—¡No nos queda más lastre que soltar, señor! ¡Tendríamos que tirar los víveres y el botín!

Los ojos de Benito Soto se iluminaron.

—Eso es. ¡Eso es!

El contramaestre creyó entender en los ojos de su capitán lo que se proponía.

—No, señor. Por favor.

Pero la decisión ya estaba tomada. El capitán se acercó al timonel, el hechicero Olegario Rivas, natural del Ferrol. Las manos de Rivas brillaban con el color de la magia motora.

—Olegario, escúchame.

Acercó la boca a la oreja del timonel y le explicó su plan.

—¡Usted se volvió loco, mi capitán! ¡Loco, se volvió! —exclamó el timonel. Luego soltó una risotada demente. Le faltaban cuatro dientes—. ¡Cuenta conmigo!

El capitán Soto no esperó más respuesta. Desenvainó el sable y saltó del puente de mando.

—¡Necesito cinco hombres! ¡Tú, tú, vosotros dos, tú! ¡Coged cuerdas y acompañadme a la bodega!

Desde el *Defiance*, los ingleses vieron cómo la silueta del *Defensor de Pedro* se iba agrandando. Celebraban la victoria que ya acariciaban con los dedos.

—¡No quiero prisioneros! —gritó su capitán—. Matadlos a todos. Que no quede ni un portugués vivo. Esta noche cenaremos carne de pirata. ¡Por el rey Jorge!

—¡Por el Rey! —secundaron sus hombres.

Cada vez estaban más cerca. El barco pirata se devanaba por avanzar, pero la magia inglesa le ganaba por la mano. Los hombres esperaban, tensos. Casi no quedaban grifos en el aire. Varias bolas de fuego surgieron del *Defensor de Pedro*, un patético intento de retrasarlos. Uno de los meteomantes ingleses levitó para encontrarse con ellas y alzó las manos. De su boca surgieron nubes de tormenta como bocanadas de humo que engulleron las bolas de fuego y las apagaron. Los marineros ingleses vitorearon. El capitán ocupó el puente de mando. A sus pies, la ciudad de Cádiz atendía a la batalla.

—¡Preparaos para el abor...!

No terminó la frase. Algo sucedía. El *Defensor de Pedro* estaba virando. El barco viraba. Y viraba. Y seguía virando.

Hacia arriba.

—¡Desviaos! —se desgañitó con un tono agudísimo el capitán inglés—. ¡Desviad la nave, maldita sea! ¡Estribor! ¡Estribor!

El velero bergantín ascendía. En pocos segundos se colocó en posición vertical.

La madera crujió, torturada. Los listones temblaron, saltaron tornillos y remaches que se precipitaron al agua. La gravedad y la magia luchaban a brazo partido. Los hombres se sujetaron. La *Defiance* le dio por fin alcance, pero el *Defensor de Pedro* ya no estaba allí. Ahora el *Defensor* estaba sobre la *Defiance*. Los marineros ingleses miraron hacia arriba, incrédulos, hacia esa sombra que de pronto ocupaba todo el cielo. Vieron a los piratas portugueses, colgando, los brazos agarrados a tiras de cuero sujetas de las botavaras. Vieron los cofres y cofres de monedas, el tesoro en reales de plata acuñados en México que el capitán Soto y su tripulación habían acumulado tras años de pillaje, atados a la popa con cuerdas. Y al mismo capitán Benito Soto Aboal sobre uno de ellos, espada en mano.

—¡AHORA!

Los piratas cortaron las cuerdas.

Uno tras otro, los cofres, pesados como las bombas que derramaron en su día los franceses sobre Cádiz, cayeron sobre la *Defiance*. Algunos se abrieron en su caída y desparramaron su contenido por la playa de la Victoria. Otros abrieron en el casco agujeros del tamaño del puño de un titán. El palo mayor de la *Defiance* se rompió en dos. El mascarón de proa salió despedido. La magia falló. La fragata inglesa se hundía.

Y el capitán inglés contempló cómo el pirata Benito Soto Aboal se precipitaba hacia él, montado a horcajadas en un cofre lleno de duros antiguos, sable en mano y una sonrisa salvaje en el rostro.

Y entonces Madre dijo:

—¿Quieres hacer el favor de no contarle esas tonterías al niño?

El pequeño Sebastián dejó de prestar atención a la historia. Como en una ensoñación, los piratas y los barcos voladores desaparecieron. Sólo quedaron él, Madre y Padre, juntos en el tranvía que llevaba a [Puertatierra](#).

—No son tonterías —se defendió Juaíco, y señaló a través de la ventana del tranvía—. Mira, Chano. Ahí es donde se hundió el barco de los ingleses.

—¿Dónde, Padre?

—Allí mismo, hijo. Y todo esto es lo que soltó.

Se bajaron del tranvía al pie de la playa de la Victoria. Aquel día, toda la arena había amanecido llena de monedas viejas. La voz se había corrido como la pólvora y medio Cádiz había ido a escarbar a ver si podía encontrar alguna. Un judío del barrio de Santa Cruz había montado un puesto en un extremo de la playa y estaba comprando duros antiguos a catorce reales. A Juaíco le faltó tiempo para coger a Antonia y al niño e ir a curiosear. Estaba la playa igual que una feria.

—¿Quieres que bajemos a buscar duros antiguos, Chano?

—¡Sí!

—Pero no te puedes separar de mí, ¿eh? Mira la de gente que hay, como te pierdas le da algo a tu madre.

El niño asintió, muy serio.

—Yo me quedo arriba —anunció Antonia.

—Mujer, ¿no vas a bajar ni un ratito?

—No, que me lleno de arena y además esto está *minaíto* de gente. Aquí os espero. Juaíco asintió. Cuando Antonia tomaba una decisión, tomada estaba y punto. Le tendió la mano a su hijo.

—Dame la mano, Chano.

Sebastián quiso decirle que ya tenía diez años, que era mayor y no se iba a perder. En lugar de eso, apretó la mano de su padre. Sentaba bien que Padre lo llevase de la mano.

Bajaron juntos a la playa. La gente se peleaba por un sitio donde escarbar. Había quien empezaba a sacar monedas de debajo de la arena y enseguida se le echaba encima un grupo de gente gritando que ellos habían visto el sitio primero. Sebastián se pegó más a su padre. Juaíco arrugó el ceño. Se tropezó con un gachón que subía cargado con un saco de esparto, repleto hasta los bordes de duros antiguos. Se disculpó y lo dejó pasar.

—Vamos mejor con tu madre, Chano.

Sebastián no protestó. No le gustaba aquel sitio ni aquella gente.

Madre les estaba esperando en la balaustrada.

—¿Ya habéis vuelto? Qué rápido.

—Nos ha bastado y sobrado para encontrar esto.

Padre le enseñó la palma de la mano. En ella había una de esas monedas medio oxidadas.

—¡Anda! —exclamó Sebastián—. ¿De dónde la ha sacado, Padre?

—Es que tu padre tiene mucho arte y no le hace falta ni escarbar, Chano. —Se la tendió—. Toma, para ti.

—¿De verdad?

—Sí, pero guárdalo bien, ¿eh? Me he enterado de que es el duro que el capitán Benito Soto llevaba en el bolsillo antes de caer sobre los ingleses.

—Se le va a perder —protestó Madre.

—No se le va a perder. Le vamos a decir al Puntilla que le haga un agujerito y la ensarte en un collar. Le dará buena suerte.

Sebastián miró el duro con los ojos muy abiertos. Lo cogió y apretó muy fuerte la mano. Era el duro de un pirata. Y ahora era suyo.

Qué idiota. Qué criajo idiota. Así había sido siempre. Padre le soltaba los embustes que le daba la gana y él se los creía. Lo malo es que Sebastián ya no era un niño. Ahora tenía trece años: era casi un hombre. Hacía mucho que no pensaba en el cuento de los piratas voladores. Sacó de debajo de la chamarra el supuesto duro antiguo de plata del capitán Benito Soto Aboal. Lo acarició, como siempre hacía al salir de casa.

Aún recordaba la época en que las historias de Padre abrían la puerta a un mundo maravilloso. No había olvidado aquellas cosquillas en el estómago cuando Padre se sentaba al pie de la cama antes de dormir y le decía: «A ver, ¿qué quieres que te cuente hoy?». En sus historias había muertos envueltos en vendas, hombres que se convertían en animales en cuanto la luna asomaba por el baluarte de Santa Elena, palacios llenos de espejos que en realidad eran ventanas a otros mundos, un hombre pez que llegó a nado desde una ría del norte, piratas escondidos en las cuevas de María Moco... Misterios que cobraban vida en las sombras del cuartucho cuando Padre empezaba a roncar, pero que, por alguna razón, jamás habían asustado a Sebastián. Al contrario, le habían fascinado.

Con el tiempo, otras historias habían remplazado a las fantasías. Como aquella en la que Padre salió de casa con las sábanas de todas las camas enrolladas bajo la camisa para poder venderlas sin que Madre se diera cuenta. O aquella en que volvió en mitad de la noche y se puso a llorar y a darse testarazos contra la pared mientras Madre le abrazaba preguntándole qué te pasa, qué te pasa, Juan. Esa noche Sebastián sí había sentido miedo. Miedo de verdad, no del que daban los muertos que volvían de sus tumbas.

Se estaba poniendo pipando. Aquello más que un chaparrón era un diluvio. Una pesada cortina de agua no dejaba ver más allá de un par de metros en cualquier dirección. Parecía que se hubiese zambullido en la Caleta vestido y todo. Buena pulmonía iba a pillar. Quiso arrebujarse en la chaqueta, pero estaba tan empapada como él mismo.

Mientras caminaba, pensó en la historia que Padre le contó anoche. El alcalde, el jorobado y el matón francés. El callejón del Duende. Las gafas ahumadas en el suelo. La pareja de sombras.

Y el reloj. Ese reloj con un alacrán grabado en el que Salvochea comprobó que Padre llegaba cuatro horas tarde.

«Es mío. No se lo voy a dar a nadie».

«A ver, qué quieres que te cuente hoy».

Embustes. Nada más que embustes.

Y sin embargo, ¿cómo sabía Padre del reloj? Era el mismo reloj que Julieta llevaba al cuello. Bueno, de eso Sebastián no podía estar seguro. Pero era demasiada coincidencia.

¿Sabía Julieta algo de Fermín Salvochea? ¿Y cuándo la volvería a ver? Ojalá

fuera esa noche a la Conejera.

La carrera de Sebastián había desembocado en la plaza de San Antonio. No había un alma. La lluvia había desalojado a la gente. Los postigos de las ventanas se entreabrían, los vecinos se asomaban a espiar aquella lluvia que había pillado a la ciudad a traición y que no había dejado ni que enterrasen al tal Bigote. Sebastián fue a refugiarse bajo uno de los pocos toldos que seguían abiertos. Fue allí donde oyó la canción por encima del estruendo del aguacero.

¡Trágala, trágala, trágala, perro!
¡Trágala, trágala, trágala, perro!
Tú que no quieres lo que queremos
la ley preciosa do está el bien nuestro.
¡Trágala, trágala, trágala, perro!
¡Trágala, trágala, trágala, perro!

Reconoció la voz. Era el Piñonate, que cantaba como siempre desgañitándose la garganta. Sebastián se echó la chaqueta por lo alto de la cabeza y salió corriendo en la dirección de la voz. El Pellejito y el Piñonate estaban en la esquina del casino gaditano, a la entrada de la calle Veedor, guarecidos como podían debajo de un balcón. La tormenta había pillado a algunos parroquianos dentro del casino. El mudo, plantado frente a la puerta al lado del taburete donde se sentaba el Piñonate, no tenía reparos en ponerle el sombrero por delante al primero que se asomaba. Y mientras, el ciego, tan orondo y calvo como siempre, seguía pelándose la garganta:

Por los serviles, no hubiera unión
ni si pudieran, Constitución
¡Trágala, trágala, trágala, perro!
¡Trágala, trágala, trágala, perro!

Sebastián llegó hasta ellos. El Pellejito le dedicó un saludo con la mano y movió la gorra frente a él.

—No tengo ni una gorda, Pellejito, parece mentira que no me conozcas ya.

El mudo se rebuscó en la casaca y sacó su cuadernito. En la oreja llevaba un carboncillo medio gastado. Garabateó en una de las hojas y se la enseñó:

El concierto no
es de balde

Sebastián no sabía si era el chaparrón o la expresión contrariada del Pellejito,

pero el nudo que tenía en la barriga se le aflojó un poco. Se permitió hasta una sonrisa.

—Anda y vete a hacer puñetas, Pellejito. Además, ¿a qué viene esa canción? ¿Qué ha pasado con las bombas que tiran los fanfarrones?

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

Estamos renovando
el repertorio

Sebastián le soltó una risotada.

—¿Renovando? Si esa canción es más vieja que hilo negro, Pellejito, picha.

El entrecejo del mudo se encrespó aún más. Escribió rápido en otra hoja y se la enseñó.

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

¿Por que no te va
un ratito a la mierda?

Sebastián no respondió. Anda que no tenía mal carácter el mudo ni nada. Mientras, el Piñonate seguía fusilando la música como si ni el tiempo ni la lluvia ni su conversación fueran con él.

El mudo le tocó el hombro. Sebastián se volvió. Le enseñaba otra hoja.

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

¿Te ha enterado
de lo de bigote?

—Vaya que si me he enterado. Mi padre me ha llevado a verlo pasar a San Juan de Dios.

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

Tu pare lo quería mucho

—¿Y tú qué sabes?

El Pellejito volvió a encogerse de hombros. De repente todo el mundo estaba enterado de la vida de Salvochea. Todo el mundo menos Sebastián. Eso le hizo pensar de nuevo en la historia que le contó Padre anoche.

Las campanas de la iglesia de San Antonio empezaron a sonar. Sebastián dudó. Podía tirar para casa, pero Madre sabía que había salido con su padre y eso significaba que no lo esperaba. Si llegaba temprano lo pondría a trabajar, a ayudarlo con la costura o con los mandados. Pero si seguía mucho tiempo con esa ropa empapada, iba a terminar poniéndose enfermo de verdad.

Se le ocurrió lo que podía hacer.

—Adiós, Pellejito. No mojarse mucho.

Un cuarto de hora más tarde estaba en la calle Feduchy. No se cruzó con nadie, apenas vio a un par de carboneros tan empapados como él, llevando entre resoplidos carretas cubiertas con lonas de esparto. La cancela de la botica estaba cerrada. Sebastián la sacudió. Al punto se descorrió una cortinilla y apareció el rostro del Perejil.

—El timbre está para algo, Sebastián.

—Usted perdone, don Basilio. Siempre se me olvida.

—Anda que bonito me viene. ¿Qué se le ofrece? Hoy estamos cerrados.

—Me ha pillado el chaparrón.

—No me diga. Habría jurado que venía usted de pescar perlas en la Cortadura.

La risita que Sebastián quiso soltar se convirtió en tos. Todo su cuerpo se sacudió. El Perejil descorrió la cancela y se hizo a un lado.

—Ande, pase, pase. Voy a bajarle unas toallas.

Sebastián lo dejó todo perdido. Un reguero de agua embarrada corría desde la entrada hasta la rebotica.

—Haga el favor de desvestirse y ponerse esto. —Le tendió un batín del tamaño de un elefante—. Su ropa la vamos a dejar un rato al lado de la hornilla, a ver si se seca y podemos salvarle del constipado que se ha ganado a pulso.

Sebastián dudó. El Perejil se dio cuenta.

—Cuando haga usted el servicio militar se le pasarán los remilgos a la hora de desvestirse delante de otro hombre. Le esperaré en la botica, avíseme cuando esté usted visible.

Cuando volvió, le trajo una taza humeante de chocolate amargo.

—Póngase junto a la hornilla, haga el favor.

Sebastián obedeció. El boticario giró un par de manivelas y el cacharro empezó a despedir un calorillo de lo más acogedor. Olía a carbón. El traqueteo aumentó. El Perejil colocó su ropa en un caballete al lado del armatoste. Luego arrimó un taburete y se sentó frente a él.

—Y ahora me va a explicar qué hacía usted en la calle en este día de perros.

Sebastián consiguió balbucear entre hipidos:

—El entierro de Fermín Salvochea.

El boticario asintió despacio.

—Su padre no es un mal hombre, Sebastián. No debería tenerle en cuenta si a veces se le va la mano con la bebida.

Sebastián sacudió la cabeza.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar, pero se detuvo—. Ah, claro. No puedo haber ido solo, así que he tenido que ir con mi padre. No me habría dejado volverme solo ni venir aquí en sábado, así que debo de haberme escapado. Y si me he escapado, es que algo ha pasado. Y si algo ha pasado, ha sido a cuenta del [mollate](#).

El boticario asintió.

—Bravo. Cada día discurre mejor esa cabezuca que Dios le ha dado. Lo cual nos lleva al punto anterior: su padre no es un mal hombre.

El chico no contestó. Desvió la mirada hacia la hornilla. El armatoste se sacudía con vigor.

—Me parece que odio a mi padre, don Basilio.

Lo dijo como quien confiesa un crimen. El Perejil se atusó las barbas. El tono iracundo había desaparecido cuando dijo:

—Es normal, hijo. Está usted en la edad. Pero no es odio. Estará usted muchos años enfadado con su padre, pero lo importante es que se le pasará. Es parte de hacerse un hombre.

Él negó con la cabeza.

—Siempre miente. Siempre.

—No exagere, rapaz.

Sebastián se sorbió los mocos.

—No exagere. ¿Se acuerda usted de los piratas? ¿De aquella trola de los barcos voladores y los duros antiguos?

El Perejil asintió. Una tarde, al poco de empezar a trabajar en la botica, Sebastián le había preguntado si tenía algún libro que hablase del pirata Benito Soto Aboal y de los duros antiguos que llovieron sobre Cádiz en 1904. El boticario le explicó que el capitán Soto llevaba muerto más de cien años. Que la *Defiance* y el *Defensor de Pedro* jamás se habían cruzado, a pesar de ser barcos de verdad. Lo más probable era que el bergantín portugués hubiese naufragado en Trafalgar décadas atrás y que las corrientes hubiesen traído las monedas del barco hasta la playa Victoria.

Qué criajo idiota.

—Tenía usted diez años, Sebastián.

Él negó con la cabeza, empecinado. Algunas gotas de agua le resbalaron del pelo.

—Siempre está mintiendo. Siempre inventándose tonterías.

—Esas tonterías, como usted las llama, se las inventa para protegerle, Sebastián.

—Pero ¿para protegerme de qué?

—De todo, zagal, de todo. El mundo de ahí fuera es muy feo. A veces es mejor una bonita mentira que la más descarnada de las verdades.

—¿A costa de que tu hijo te odie?

El boticario se atusó las barbas y desvió la vista hacia el fuego.

—Peores sacrificios se han hecho por un hijo, Sebastián.

Y así siguieron los dos, contemplando en silencio el fuego de la hornilla.

Las monjas se apelotonaban junto a las ventanas. Observaban el diluvio como hipnotizadas, se santiguaban y cacareaban entre ellas. Las niñas sabían que no debían reírse de sus aspavientos. El pago por una risita era un buen repaso de regla y veinte avemarías.

Sor Inés anunció lo que todas estaban ya pensando.

—Hoy no hay patio, niñas. Todas a rezar.

Candela se arrodilló frente a su cama. La prótesis de la pierna soltó un quejido; tendrían que aceitarla uno de estos días. Apoyó los codos en la cama, cerró los ojos y unió las manos. Sor Inés se sentó en un butacón en un extremo y sacó el rosario. Empezó a entonar en voz alta. La marea de los rezos se extendió por entre las niñas.

Varias niñas tosían. Los resfriados y las pulmonías estaban a la orden del día en el Hospicio, y más con las rodillas pegadas al mármol.

—Pssst.

Candela abrió un ojo.

Julieta, reclinada junto a su cama, la miraba.

—¿Qué quieres? —susurró.

—Gracias.

Candela le hizo un gesto. Julieta repitió:

—Gracias por llevarme allí anoche.

Ella no respondió. Espió con el rabillo del ojo. Sor Inés seguía declamando, perdida en los laberintos de su rosario.

—¿Por qué me llevaste?

—¿Te quieres callar?

—¿Has llevado a otras niñas a ese sitio? —Candela negó con la cabeza—. ¿Y a mí por qué sí?

—¡Silencio por ahí!

La voz de sor Inés se había abierto paso como una trompeta del juicio final. Siguieron rezando. Las toses reverberaban en los altos techos. Candela cerró los ojos y se fue dejando arrastrar a un lugar lejos de aquel chaparrón y de aquella letanía.

—¿Por qué me llevaste?

Candela soltó el aire por la nariz.

—¿Tú me has visto? Tengo una pierna chiguata. Soy fea. Las demás niñas ya sangran; yo todavía no. Soy la única que no es mujer.

Julieta la miraba sin comprender. Candela movió la cabeza.

—Aquí nadie quiere ser amiga mía. Nada más que tengo a Sebastián y al Pani, pero son niños. Quiero una amiga.

La chica rubia se pasó la lengua por los labios. Candela esperó a que se riese de ella.

—Yo tampoco sangro.

Candela se quedó boquiabierta.

—Pero tú eres ya mayor.

—Tengo trece.

—Ah, pues como yo.

—A ver, ¿qué pasa aquí?

Sor Inés había aparecido a su lado. Candela intentó lanzarse debajo de la cama, pero la monja fue más rápida. La agarró del pelo y tiró con fuerza. Una esquirra de puro dolor atravesó su cabeza.

—Candelita, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? ¿Es que no vas a respetar nada?

Ella no pudo responder. La monja seguía tirándole del pelo.

—He sido yo, hermana.

Sor Inés se volvió a Julieta.

—¿Cómo que has sido tú?

—No tengo ganas de rezar. ¿No podemos hacer otra cosa?

Julieta lo dijo como si nada. La monja se quedó de piedra, pero la estupefacción le duró un segundo. Dejó caer a Candela y se plantó junto a ella de dos zancadas.

La bofetada lanzó a Julieta sobre el camastro. La monja descargó sobre ella una lluvia de pellizcos. Apretaba con las uñas y retorció la poca carne que atrapaba. Julieta gritó. Le pellizcó la barriga, el cuello, debajo de los pechos que apenas abultaban. Sor Inés sabía exactamente dónde y cómo causar dolor. Las demás niñas miraban. Ninguna había parado de rezar.

Julieta temblaba sobre el camastro. Sor Inés la agarró de la pechera del uniforme y la arrastró hasta la mitad del pasillo.

—La pobre Julieta no tiene ganas de rezar, niñas —anunció—. La pereza es un pecado... ¿Un pecado qué, niñas?

—Capital —respondieron todas a una con voces congestionadas de resfriado en ciernes.

—Capital. Capital y terrible, sí, pero como nosotras somos muy buenas, vamos a compartir la penitencia de Julieta. Hoy no va a cenar nadie. Os vais a quedar todas rezando hasta la hora de dormir. Rezad muy fuerte para que Julieta se entere de qué es lo más importante en ésta, nuestra santa casa.

La plantó en mitad del pasillo. Las miradas envenenadas de las demás niñas cayeron sobre ella.

—De rodillas, Julieta. Los brazos en cruz.

Julieta obedeció. Sor Inés volvió a acercarse a su oído.

—Si los bajas aunque sea un poquito, te llevo con el padre Abel. Ahora no te parecerá un castigo muy severo, pero ya tendrás tiempo de entender lo que significa.

Julieta abrió los brazos. Sor Inés volvió a sentarse y reanudó los rezos. Candela observó a la muchacha. Temblaba.

Pero giró la cara hacia ella y le guiñó un ojo.

Candela no volvió a cerrar los ojos ni a olvidarse de dónde estaba.
Ojalá Sebastián y el Pani trajeran comida esa noche.

Aquella mañana casi matan al Pani. Cuando empezó el chaparrón, intentó refugiarse en la iglesia de Santa Cruz, pero el párroco lo echó a pescozones. Se guareció bajo el Arco de la Rosa, al lado de la catedral, esperando a que escampase. Y lo que le quedaba, aquellas nubes tan renegridas no tenían pinta de clarear en todo el día.

Sin embargo, la gente empezó a arremolinarse alrededor de la plaza. Se cubrían con las chaquetas o, los más pudientes, con paraguas. La ocasión la pintaban calva. En la multitud habría muchas botas embarradas y sucísimas. Imposible no encontrar algún cliente al que darle una pasada de betún. El Pani afianzó la correa que sujetaba los avíos de embetunar a su espalda, y se internó entre ellos.

Oyó lo que se comentaba: un cortejo fúnebre iba a pasar por la catedral. Al Pani no le sonaba de nada el nombre, pero debía de ser famoso. Un torero, a lo mejor.

Ya no cabía un alma en la plaza de la Catedral. El cortejo se acercaba. Lo iban cargando entre varios. La lluvia caía sin piedad, pero a la gente le daba igual. Intentaban tocar el ataúd, lanzaban vivas a la República, cualquiera sabía lo que era eso. Entre tantísima gente, el Pani pensó que se haría de oro. Pero de betún, nada de nada. Él se arrimaba, hacía como si la caja de betunes pesase un quintal y le estuviese destrozando el hombro, componía su mejor cara de niño desamparado y preguntaba con voz temblorosa al gachón de turno si podía darle lustre a cambio de la voluntad. La gente lo ignoraba o lo espantaba. Uno hasta le pegó una patada para quitárselo de encima, malas *puñalás* le dieran.

El cortejo avanzaba con lentitud. El Pani se cagó en todos ellos y en el muerto también. Seguía buscando un primo que picase con el betún aguado. Pero nada, ni primo ni hermano ni tía segunda. A su padre lo iba a traer al paio que hubiese llovido o que no; no quería ni imaginarse cuando entrase en casa con los bolsillos vacíos. ¿Qué excusa podía inventarse? Ojalá tuviese el pico de oro del padre de Sebastián. Ése sí que podía convencer a un sacristán de que abriese un burdel.

Un ruido interrumpió sus pensamientos. Primero fue un murmullo, pero creció hasta convertirse en lo que era realmente: gritos. La muchedumbre empezó a correr en todas direcciones. Se abrió un tajo en la marea de gente. El cortejo retrocedió a trompicones, alguien tropezó, se intentó apoyar, trastabilló. El ataúd pegó un guarrazo en el suelo.

El Pani miraba a todas partes, sin saber qué carajo pasaba. Todo el mundo estaba gritando. Una señora chocó contra él de refilón y lo hizo tambalearse. La cajita de los betunes se astilló contra los adoquines. El Pani soltó uno de los cientos de insultos que había aprendido por boca de su padre. Se levantó y buscó de dónde venía la bulla.

Se quedó de piedra.

Había un monstruo en medio de la plaza de la Catedral. Un mono gigantesco, tan grande como un hombre y dos veces más ancho. Estaba empapado. El aliento le salía

a vaharadas blancas de los hocicos. Se movía con pesadez, casi con torpeza. El Pani nunca había visto un animal tan grande. En realidad, como la mayoría de la gente allí congregada, nunca había visto un mono.

El ataúd había caído al suelo. Los parroquianos retrocedían con cautela. Otros, los más alejados, salían por piernas. El Pani no se atrevía a moverse. El mono se lo quedó mirando, y renqueó un par de pasos hacia él. El chaparrón disimuló el chorro caliente que le corrió por la pernera del pantalón. El monstruo, a menos de un metro, soltó un bramido que reverberó en el aire. El Pani cerró los ojos.

—Quieto.

Alguien había hablado a su espalda. Abrió un ojo. El monstruo miraba más allá de él. El Pani volvió la cabeza. Un hombre había aparecido a su espalda. Era viejo, por lo menos cincuenta años. Se cubría con un capote negro que dejaba ver un traje oscuro con chaleco y camisa blanca. Tenía una buena cintura y pinta de comer bien a diario, pero su piel mostraba la palidez de un enfermo de tisis.

Y sin embargo, ahí estaba, echándole cojones al mono.

—Aparta del muchacho.

El gachón se gastaba un acento muy raro. Tenía los pómulos marcados y los ojos hundidos, como asustados. Se dejaba crecer una perilla que apenas eran cuatro pelos mal peinados. El pelo le escaseaba en una frente ancha que estaba perlada de sudor, de lluvia o de ambas.

—Mira a mí. A mí.

Algo en su voz hizo reaccionar al orangután. Se puso sobre dos patas, se golpeó el pecho con los puños y volvió a lanzar aquel rugido gutural. Una exclamación de terror recorrió a los parroquianos que todavía no habían huido. Muchos de los que lo habían hecho se asomaban a las esquinas de la plaza o a los balcones. Si aquel monstruo iba a desmembrar al Pani o al otro tipo, no se lo querían perder.

—¡No! —ordenó a su vez el hombre, levantando una mano—. ¡Quieto!

Y esta vez, como por arte de magia, el mono obedeció. Se volvió a apoyar en las patas delanteras, de pronto dócil. El hombre se acercó a él.

El Pani contempló extasiado cómo le acariciaba el lomo y el bicho se dejaba. Entonces el tipo hizo una señal con la mano levantada. De algún sitio surgieron tres gachones ataviados con petos de lona y lazos, que echaron encima al monstruo. Éste se dejó hacer sin oponer resistencia. Los hombres fueron tirando de las cuerdas, guiando al mono.

El hombre levantó los brazos y se volvió a la multitud. Con ese acento tan raro, empezó a decir:

—¡Amigos, mis disculpas! *Baltasar* es tranquilo normalmente. La lluvia asusta a él. Por suerte encontramos él rápido. No hay daños. Mi nombre es Edgardo Poe, soy investigador de lo oculto. No hay daños. Todo está bien.

El hombre se acercó al Pani y le tendió la mano.

—Todo está bien.

No era una pregunta. El Pani se incorporó, maravillado. La lluvia le pegaba la ropa al cuerpo. El hombre le palmeó el hombro. El pelirrojo trastabilló hacia atrás.

—No asustes —dijo el tísico—. De día no muerdo.

Echó mano al bolsillo interior del gabán.

—Toma.

Le puso algo en la palma de la mano, se la cerró y la sostuvo entre las suyas. Estaban muy frías.

Volvió a dirigirse a la multitud:

—Mis disculpas de nuevo. Mi nombre es Edgardo Poe. Soy investigador de lo oculto. Espero ver ustedes pronto en mi Teatro de los Horrores.

Dicho lo cual, se arrebujó en su gabán, dio media vuelta y atravesó el Arco de la Rosa. Se perdió en la lluvia que cegaba las calles del Pópulo antes de que nadie reaccionara.

De pronto la gente se dio cuenta de que estaba en medio de un cortejo fúnebre. Volvieron a cargar con el ataúd. Arreciaron los cuchicheos, se aventaron los chismes. Pronto la noticia del orangután y la milagrosa intervención del extranjero correría por toda la ciudad.

El Pani se quedó allí, en medio del chaparrón, sin estar muy seguro de qué había pasado. Abrió la mano y vio lo que el tísico había puesto en ella.

—¡Ahí va!

Ya verías cuando se lo contase a Sebastián.

—«De día no muerdo». Eso me dijo el gachón.

—¿Y luego qué?

El Pani se encogió de hombros. Apoyaba los pies en la cajita de los betunes.

—Luego desapareció. Así, sin más.

—Mentira —sentenció Candela.

—¿Qué sabrás tú? ¿Tú estabas allí? —Candela negó con la cabeza—. Pues te callas.

La noche había hecho que la lluvia se retirase, pero el chaparrón, tan intenso como no se recordaba ningún otro en Cádiz, daría que hablar durante semanas e incluso más. El poso de humedad que había dejado en la ciudad erizaba los pelos de la nuca y se colaba por los agujeros de la ropa. Aquel frío atravesaba la Conejera y los tenía arrecidos como pollos. Estaban los tres acurrucados frente al Pani, intentando calentarse con la ridícula lumbre de siete velitas. El hombro de Sebastián tocaba el de Julieta; el corazón le latía a mil por hora.

—No tienes tú cuentos ni nada, Pani —dijo Candela—. Eso no se lo cree nadie. ¿De dónde salió ese mono?

—Tú estás tonta. El mono lo traen ellos. Además, lo importante es lo que me dio. Extendió la mano. Todos se inclinaron sobre ella.

En la palma de la mano, el Pani tenía dos rectángulos de cartón rojo.

—¿Qué son?

—¿Tú qué crees?

Sebastián cogió uno y lo leyó.

—Son entradas para el teatro de los horrores.

Un suspiro, una exclamación, una risotada. Eso fue lo que soltaron los tres a la vez.

—En mano, me las dio —se pavoneaba el Pani—. En mano.

—¿Antes o después de desaparecer misteriosamente? —preguntó Candela.

—¡Que te calles!

—¡No me da la gana! Además, tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Parecéis carajotes, de verdad. Tenemos dos entradas, pero somos cuatro.

Silencio. Se miraron unos a otros.

El Pani cerró el puño y se lo acercó al pecho.

—Yo voy a ir, que para eso me las han dado a mí.

—¿Y la otra? —preguntó Sebastián.

—La otra la vamos a echar a suertes —sentenció Candela.

—Ni *mijita*. La otra también me la han dado a mí y yo decido quién va. Sebastián.

—¡Eso no es justo!

—¡No ni *na*!

Entonces Julieta levantó el índice. Todos la miraron.

—*Dedocracia* —dijo—. Un dedo a favor de echarlo a suertes.

Candela descubrió una enorme sonrisa de dientes torcidos y alzó el dedo. Todas las miradas convergieron en Sebastián. Él parpadeó. Su cabeza osciló entre los tres. El Pani ya le había elegido, ¿para qué iba a votar en contra? Se moría de ganas de ir y ahora tenía la oportunidad.

Pero ahí estaba Julieta, mirándole con esos ojos tan grandes, tan redondos.

Sebastián levantó el dedo.

—Mira qué espabiladas han salido estas dos —dijo el Pani—. Pues nada, a ver si tienes suerte y te quedas en la calle, mongolo.

—No me llames mongolo.

Candela rebuscó entre los montones de mugre y cacharros que cubrían uno de los butacones. Hubo ruido de chatarra tropezando con más chatarra. Ellos aguardaban. La emoción había espantado el fantasma del frío.

—¡Ajá!

La niña sacó de un rincón una bolsita de terciopelo de color azul, no más grande que un monedero. La volcó encima de la mesa junto a las velas. Estaba llena de pequeños crucifijos metálicos, al menos siete. Eran todos idénticos, con su Cristo y su madero. Excepto uno, que era de color negro.

—Quien saque el Cristo negro —anunció, metiéndolo en la bolsita junto con otros dos—, acompaña al Pani a ver el Teatro de los Horrores.

Todos asintieron. Sebastián tenía un nudo en el estómago. «Idiota, idiota, idiota». Podía haberse callado la boca y haber ido con el Pani. ¿Y si perdía?

Pero ¿y si ganaba? Habría hecho lo suficiente para que Julieta tuviera una oportunidad. Quedaría bien delante de ella y no se perdería el teatro. Sería perfecto. Luego podría contarle lo que habían visto dentro, la próxima vez que fueran a la Conejera. A lo mejor el Pani se ponía malo y no podía ir ese día. A lo mejor a Candela la castigaban y tenía que quedarse en el Hospicio. A lo mejor estaban solos. La idea le dio mucho calor en el estómago y al mismo tiempo un frío muy raro en la parte de atrás de los brazos.

El Pani meneó la bolsa y la sostuvo frente a ellos. Sebastián metió la mano. Tanteó. Tocó uno de los crucifijos. «Éste no». Tocó otro, intentando adivinar si por el tacto era distinto. Todos parecían iguales. Lo soltó y tocó otro.

—Que es para hoy —dijo Candela.

Sebastián y Julieta. Solos en la Conejera. Explicándole lo que había visto en el Teatro de los Horrores. Sí. Cuando aferró un crucifijo en un puño y sacó la mano, Sebastián estaba seguro de que eso era lo que pasaría.

Candela metió la mano y la sacó enseguida, el puño cerrado. Julieta fue la última.

—Cuidado, no te equivoques —se choteó el Pani.

Los tres se quedaron así, el brazo extendido y el puño cerrado. Las velas titilaban. La Conejera esperaba el resultado del sorteo. Hasta *Juancho*, la calavera de cabra, les

espiaba desde su gancho.

—El Teatro de los Horrores —dijo Sebastián de forma solemne—. ¿Listos? A la de tres.

La llama de una de las velitas del centro temblaba, a punto de apagarse. «Si se apaga ahora, voy con el Pani. Si no se apaga, irá Candela y me quedaré solo con Julieta de todos modos».

—Una... dos... tres.

Abrieron las manos a la vez.

—Si es que eres mongolo —había dicho el Pani cuando abrieron las manos. Y siguió repitiéndolo todo el camino hasta la Plaza de Toros—. Mongolo, que eres mongolo.

Aunque la noche estaba fresca, la Plaza de Toros estaba abarrotada de gente. Ahora que tanto la lluvia como el funeral se habían acabado, tocaba quitarse el mal sabor de boca de ese día que sería campo de habladurías durante mucho tiempo.

Todo el mundo comentaba la hazaña de Poe aquella mañana. Tanto el incidente del orangután como una nueva desaparición en las inmediaciones del barrio de San Carlos habían dado vidilla a las ganas de misterio de los gaditanos. Los matrimonios esquivaban los charcos y las pozas que había sembrado la lluvia por todo el Campo del Sur; subían medio asfixiados los bachilleres y las cigarreras desde la Cuesta de las Calesas, y hasta alguna familia de **beduinos** se había llegado desde Puertatierra.

—Ea, sanseacabó. Hasta aquí hemos llegado —anunció Candela como si hiciera falta.

El Cristo negro había aparecido en la mano de Julieta. Algo se había hecho trizas en el pecho de Sebastián. Toda la escena que se había imaginado se había ido al mismísimo carajo con un movimiento de mano. No le iba a explicar nada a Julieta porque Julieta iba a ver el Teatro de los Horrores mientras que él se quedaba fuera.

Les habían acompañado hasta la Plaza de Toros. La carpa estaba iluminada por farolillos. Tres mujeres vestidas con corsés negros repartían panfletos. Sebastián distinguió a la pelirroja que le dio el suyo. Iba muy maquillada y llevaba el corsé tan apretado que los pechos casi le rebosaban. Más de un marido se había llevado ya una colleja por mirar demasiado. No tardaría en llegar la guardia urbana para ver si todo aquel **tangái** no era una indecencia, pero Sebastián no tenía duda de que aquella mujerona podía camelarse al cuerpo enterito con un batir de pestañas.

El cielo estaba despejado y la luna creciente brillaba sobre el Campo del Sur, arrancando escamas plateadas al mar en calma. Había cuatro o cinco coches aparcados en el descampado junto a la carpa, con otros tantos conductores uniformados fumando y charlando entre ellos. Debían de pertenecer a las familias pudientes de Cádiz. Nadie quería perderse el espectáculo. Las entradas se vendían en un tenderete en un lateral de la carpa. La cola llegaba ya hasta la Cárcel Real. La entrada estaba tapada con un fieltro negro y no se atisbaba nada de lo que pasaba dentro.

Se quedaron un segundo allí, a pocos pasos de la entrada. Ninguno tenía ni idea de qué se podía decir. Dos iban a entrar, los otros dos no.

—Es que eres mongolo —repitió el Pani por enésima vez.

Sebastián no tenía ganas de replicarle. Se encogió de hombros. No le salió nada bien fingir indiferencia.

—Vamos, Julieta.

—Lo siento —dijo ella.

Sebastián no volvió a probar el encogimiento de hombros. Para qué. Se sentía de alguna manera traicionado, tanto por el Pani como por la muchacha rubia. No quiso imaginarse a los dos sentados allí dentro, pero antes de darse cuenta ya lo estaba haciendo. El Pani sentado a la vera de Julieta, muy juntos. La mano de él plantada en la rodilla de ella, o sobre el hombro. Tan juntos.

El Pani aprovechó que un matrimonio tardaba más de la cuenta en comprar las entradas y atravesó la cortinilla de fieltro. Julieta le imitó. No pasó nada más. Sebastián tenía frío.

—Deberíamos irnos a casa.

Candela negó con la cabeza.

—El Pani tiene razón, eres mongolo.

—Hombre, gracias.

—¡Que no nos vamos a casa! —exclamó con su voz de pito—. Esto no nos lo podemos perder.

—Pues ya me dirás con qué dinero entramos.

—De dinero nada. Tú y yo vamos a ver el Teatro de los Horrores de balde como que yo me llamo Candela.

Y echó a andar hacia la carpa, tan decidida como siempre, renqueando y arrancándole protestas al arnés de la pierna. Sebastián corrió tras ella.

—¡Cande, espera!

A la derecha de la carpa estaban aparcados los coches de los señoritos. Pero a la izquierda no había nada más que barrizal. Candela bordeó la carpa por ese lado. Sebastián la siguió, chapoteando entre los charcos.

—¿Qué estás haciendo, Caracaucho? Como nos pillen nos vamos a enterar.

—Chitón. No estamos haciendo nada malo —dijo ella, pasando la mano por la gruesa lona—. Vete fijando.

—¿Que me vaya fijando en qué?

—En si hay algún agujero, Cararrueda. —Se detuvo en seco—. ¡Ah! ¡Aquí!

—¿Qué? ¿Qué has encontrado?

La lona estaba rasgada en un lateral casi a la altura de los ojos de Sebastián. Candela, más baja que él, se puso de puntillas. Metió el pulgar por el agujero e hizo fuerza. La lona se rasgó un poco más. Ella siguió haciendo fuerza.

—Nos van a pillar.

—No nos van a pillar.

Ahora el agujero era lo bastante grande como para asomar los ojos. Del otro lado llegaba ruido de voces. Candela frunció el ceño.

—No llego. Vas a tener que auparme.

Le echó los brazos al cuello a Sebastián. Los alambres de su pierna soltaron una protesta estridente.

—¿Qué haces?

—Que me aúpes para [enguipar](#) dentro. O si lo prefieres, ponte a cuatro patas y me subo encima de ti.

—Nanai de la China.

La agarró por la cintura y la elevó hasta la altura del agujero. Candela estaba muy delgada, pero aun así pesaba lo suyo. Su olor le inundó la nariz.

—¿Cada cuánto os bañan en el Hospicio?

—¡Shh! Si viene alguien tendremos que salir corriendo. Estate al [liqui](#).

Sebastián miró en todas direcciones. No se veía a nadie en ese lado de la carpa. Allí no había farolas, así que estaban en sombras. El calor del cuerpo de Candela no era desagradable. Desde luego, no se imaginaba corriendo con ella en brazos en caso de que los pillaran.

—¿Enguipas algo o no?

Candela se asomó por el agujero. Abrió mucho los ojos.

—Lo enguipo todo.

El interior de la carpa lo ocupaba un escenario en sombras y un semicírculo de gradas. La gente se arracimaba en sus tres niveles. La única luz provenía de unos pocos candelabros cuajados de cera vieja. Se escuchaban pisotones y resoplidos, pero aparte de eso la gente estaba más callada que en misa. Todo parecía muy pequeño, como si las paredes de lona fueran a echárseles encima. Debía de haber al menos doscientas personas allí dentro. No era poco para una ciudad que no solía tener para comer caliente a final de mes. No había palcos ni plateas, el espectáculo unía por fuerza a la gente pudiente y a los muertos de hambre. Se distinguían las caras de algunos concejales e incluso de una cantaora que estaba dando mucho que hablar en el barrio de La Viña. Pero también había caras anónimas, matrimonios muy peripuestos, obreros de astilleros o pescadores. Eso sí, pocos niños aparte de Julieta y el Pani.

—Allí delante parece que hay sitio —señaló Julieta—. Vamos.

Se sentaron en una de las primeras gradas. De pronto empezó a oírse la música. Un soniquete lúgubre que recordaba al órgano de una iglesia. Las pocas conversaciones se cortaron. Los dos se quedaron muy quietos.

Dos hombres encapuchados aparecieron por entre las gradas. Enarbolaban unos capuchones largos con los que empezaron a apagar las velas de los candelabros. Se oyeron susurros nerviosos entre el público, y un círculo de luz blanca iluminó el centro del escenario. Había un hombre allí; parecía haber estado todo el tiempo esperando a que lo iluminasen. El Pani reconoció al gachón que controló al mono aquella mañana a los pies de la catedral.

El hombre paseó la mirada por el anfiteatro, el rostro serio y la tez pálida. Dijo:

—Mi nombre es Edgardo Allan Poe y he visto el más allá.

La música de órgano subió un tono. El Pani y Julieta atendían a sus palabras como hipnotizados.

—Soy investigador de lo oculto —continuó—. He perseguido asesinos. He cazado brujas. He expulsado demonios. He descubierto tumbas de faraones en la arena del desierto. He atravesado los continentes y los mares. He estrechado manos manchadas de sangre y he oído historias que nadie, nunca, debería oír. Hoy voy a contarles algunas de esas historias.

Le interrumpió un maullido que resonó por toda la sala y arrancó algún que otro gritito. Poe ni siquiera volvió la cabeza.

—La primera —dijo—, tiene que ver con un gato negro.

La luz que lo iluminaba se apagó. En su lugar, apareció otra en el otro extremo del escenario. Un hombre joven, de aspecto ojeroso y desastrado, miraba al público.

—Ni espero —declamó—, ni quiero que se dé crédito a la historia que voy a contar. Habría que estar loco para creerla. Sin embargo, yo no estoy loco y, con toda seguridad, no fue un sueño.

Fuera, junto a la carpa, Sebastián dejó caer a Candela.

—¿Qué haces? —susurró exasperada la chica—. ¡Que está empezando!

—¡Es que me tienes *esmulabao*! Con lo pequeña que eres, pesas una *jartá*.

—Son los hierros —dijo ella—. Ya sabes que son macizos. Si te meto una patada, te parto la pierna. Así que más te vale subirme de nuevo.

—Ni hablar. —Sebastián era inmune a sus amenazas desde hacía mucho tiempo—. Voy a asomarme yo y te voy contando.

Ella arrugó el ceño.

—Bueno, pero luego me subes.

Sebastián se puso de puntillas y atisbó por el agujero.

Sobre el escenario había un hombre ahorcando un gato negro.

Al terminar el espectáculo, se encontraron en la esquina con la calle Santo Domingo. Sebastián y Candela vieron aparecer al Pani y a Julieta entre la multitud. Todos guardaban silencio. Y en silencio se fueron andando hasta la Conejera. Una vez allí, se miraron, sentados en círculo, conscientes de que aquel rosario de historias sangrientas que aún les quemaba en la retina era más que prenda suficiente para la Conejera.

Al final fue el Pani quien habló:

—Ha sido lo más increíble que he visto en mi vida.

Todos empezaron a saltar y a reírse y a abrazarse y a hablar a la vez. Lo había sido. De verdad lo había sido. Pálidas mujeres que volvían de la tumba. Asesinatos truculentos. Un mono que era un monstruo. Y el propio Edgardo Poe, investigador de lo oculto, que resolvía los crímenes y encontraba los monstruos usando nada más que la cabeza.

—Cuando sea mayor —anunció el Pani, muy solemne—, seré como Edgardo Poe. Un investigador de lo oculto. Un héroe.

—¡Viva el héroe cagaleri! —exclamó Candela.

Sebastián se dejó llevar por el momento y le echó valor.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

Julieta lo miró. Claro que se dirigía a ella.

—Mucho. Gracias por... bueno, por la *dedocracia*.

Y entonces pasó algo maravilloso. Julieta le sonrió.

Sebastián pudo haber levitado. Esta vez tampoco se le dio bien fingir indiferencia cuando se encogió de hombros.

—No pasa nada —dijo, aunque la risa se le escapaba entre las palabras.

—Ha sido estupendo.

—Un **bastinazo** —interrumpió el Pani— es lo que ha sido. Ni más ni menos.

—¿Qué es un bastinazo?

Los tres compartieron una risita. Julieta los miró desconcertada.

—¿Qué pasa?

—¿No sabes lo que es un bastinazo? —preguntó el Pani. Candela soltó una carcajada que nada tenía de inocente—. ¿Te lo explico?

—Claro.

—Mira —el pelirrojo agitó los dedos con aire de prestidigitador—, tú agarras una picha. Una picha que no esté dura, ¿eh? La coges con una mano. Luego agarras el resto con la otra mano. Y todo lo que sobre de picha... todo lo que no cubran las dos manos... todo eso...

—¡Todo eso es un bastinazo! —gritaron Sebastián y Candela a la vez. Se revolcaron los tres por el suelo, riendo ante una Julieta ruborizada y atónita.

—No lo entiendo.

Más carcajadas. Sebastián daba puñetazos contra uno de los butacones. Candela se agarraba la barriga. El Pani lloraba de la risa.

—¡Mujer, alguna picha con las dos manos habrás cogido! —dijo, provocando aún más alharaca en ellos—. ¡Si no, qué pena de ti!

—Decís muchas picardías —dijo Julieta, enfurruñada.

Candela jadeaba. Se enjugó una lágrima que le rebasaba el ojo. El pelirrojo se sopló el flequillo, que volvió a caerle sobre los ojos.

—Ay, es verdad, que tú no —dijo con voz atiplada—. Cuidado no te vayas a romper por decir picha.

—Soy una señorita. Y las señoritas no dicen esas cosas.

—Venga, ponerse todos de pie, que ha venido la reina María Cristina.

—Déjala tranquila, Pani —dijo Sebastián, todavía temblando de la risa.

Candela se sentó junto a ella.

—Julieta puede decir lo que le dé la real gana. —Le dio un codazo amistoso—. Venga, Julieta. Demuéstrale al carajote este las cosas que sabes decir.

Ella dudó. Hizo ademán de levantarse.

—Mejor me voy.

—Está claro que no se atreve —ladró el Pani.

—Venga, Julieta —dijo Candela.

—Venga —pidió Sebastián—. Tú puedes.

Ella apretó los labios. Levantó la vista hacia el techo, como si allí estuviese la decisión que no sabía tomar.

Al final dijo:

—Picha.

Los tres estallaron en aplausos. Julieta esbozó una sonrisa.

—¡Otra con la picha en la boca! —gritó el Pani.

Candela chillaba y pataleaba contra el suelo. Julieta también se echó a reír.

—¡Picha! —gritó—. ¡Chocho! ¡Carajo! ¡Cojones! ¡Putas!

—¡Putas! —gritó a su vez Candela—. ¡Putas, putas, putas!

—¡Putaaa! —coreó el Pani.

Sebastián se unió al canto. Empezaron a bailar los cuatro, a subirse por las sillas y a saltar, sin dejar de reír. El Pani se encalomó al gancho de donde colgaba *Juancho* e hizo una imitación pésima de un mono. Los demás le jalearon.

Ninguno se dio cuenta, pero ése fue el momento exacto, para bien o para mal, en que se convirtieron en un grupo de amigos.

Pasaron todavía un rato más en la Conejera, hasta que Candela dijo:

—Julieta, tenemos que irnos. Es muy tarde y dentro de nada harán el recuento de las camas.

Ella asintió.

—Buenas noches —le dijo a Sebastián.

—Eso, que duermas bien —contestó al momento el Pani. Le echó el hombro por encima a Sebastián—. Anda, palomo, vámonos nosotros también.

Salieron de la Conejera. En la calle los esperaba aquel octubre en ciernes con su manto de humedad y neblina.

—Hasta mañana, Carasepia —canturreó Candela a lo lejos.

—Hasta mañana, Carapijota —respondió Sebastián.

Él y el Pani echaron a andar, repitiéndose el uno al otro todos los detalles del Teatro de los Horrores, todavía incapaces de creer que lo habían visto, contándose cómo se veía el espectáculo desde su sitio.

—No me puedo creer que fuera un mono.

—Y yo no me puedo creer que cogieras en brazos a Candela.

—¿Por qué?

—Por nada.

En la esquina con la calle Botica les llegó el soniquete de una voz que ambos conocían bien:

¡Trágala, trágala, trágala, perro!

¡Trágala, trágala, trágala, perro!

Tú que no quieres lo que queremos

la ley preciosa do está el bien nuestro.

¡Trágala, trágala, trágala, perro!

¡Trágala, trágala, trágala, perro!

—¿Trágala, perro? —preguntó el Pani—. ¿Qué ha pasado con las bombas que tiran los fanfarrones?

—Están renovando el repertorio.

El Pellejito y el Piñonate estaban a la altura de la taberna del Ramoni. El ciego se iba desgañitando como siempre mientras el mudo le plantaba la gorra delante al primer parroquiano que salía por la puerta. Y la verdad es que aquella noche estaba la cosa animada.

El mudo los vio y les hizo un gesto para que se acercasen. Garabateó en el cuadernito y se lo enseñó. El ciego no dejaba de cantar.

—¿Qué dice éste? —preguntó el Pani sin mirar siquiera el cuaderno que les

enseñaba el mudo.

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

¿Se habeis enterao de
lo de Salvochea?

—Te quieres ir ya al carajo, Pellejito. Eso ya me lo contaste esta mañana.

El mudo negó con vehemencia. Empezó a garabatear. Ni a Sebastián ni al Pani se les pasó por alto aquella expresión nerviosa.

El mudo puso cara de fastidio. Dos o tres trazos apresurados:

Lo esta comentado to cañi

—¿Qué es lo que están comentando, Pellejito? —preguntó el Pani cuando Sebastián leyó en voz alta.

El Pellejito pasó páginas del cuadernito.

Les mostró una que ya había escrito.

Sebastián se puso blanco.

—¿Qué? —preguntó el Pani—. ¿Qué pasa?

El cuerpo de Salvochea
ha desaparecido

A esa hora no se movía nada en las cocinas del Hospicio. Los infiernillos estaban callados, las ristras de ollas y sartenes colgaban en una calma de tela de araña. Las puertas de las alacenas estaban cerradas, los sacos de lentejas y garbanzos cerrados con guitas. Los tarros de especias guardaban sus olorosos secretos hasta que llegase la hora del potaje al día siguiente.

Se abrió la puerta de uno de los hornos, la antigualla de antes de la remodelación que ya sólo servía para guardar cebollas y ajos y para apoyar las perolas de menudo que necesitaba reposar. Por el hueco del horno asomó la cabeza de Candela. La muchacha reptó fuera del armatoste.

—Pon el panel en su sitio —susurró al interior—, que no se note la trampilla.

El mismo susurro oxidado. Al cabo, Julieta también salió del horno. La penumbra las envolvió. Dejaron la puerta tal y como estaba y echaron a andar a sus cuartos.

—¿Cuándo descubriste esa salida? —preguntó Julieta.

—¡Shh! —Candela bajó la voz todo lo que pudo—. Fue un día que sor Inés me perseguía para darme unos pocos avemarías. Me escondí ahí dentro y encontré la trampilla. Seguro que no somos las únicas que la usan, pero yo nunca me he cruzado con nadie.

—Ya... ¿y por qué te perseguía sor Inés?

—Cualquiera sabe.

Se detuvieron ante la puerta del dormitorio. Candela se llevó un dedo a los labios y manipuló el pomo. Estaba cerrada.

—Mierda.

—¿Qué hacéis vosotras aquí?

Se volvieron. Frente a ellas estaba sor Lucía, otra de las monjas.

—Julieta se estaba haciendo pipí, hermana —dijo enseguida Candela—. No podía aguantarse y yo la he acompañado.

—No se puede salir por la noche. —El bigotito en el labio superior de la monja se removió, molesto—. Y de todos modos ahí no podéis entrar. Ahí de momento sólo se quedan vuestros compañeros enfermos.

—¿Enfermos?

—Tenemos varios casos graves. ¿No os lo ha dicho nadie? ¿Dónde os han colocado?

Candela y Julieta se miraron. Por suerte, Candela estaba curtida en mentir a las monjas y reaccionó sin siquiera pestañear.

—Usted dispense, hermana —dijo con un escalofrío genuino y desamparado—. Es que nos hemos perdido. No estamos acostumbradas a estar en otro dormitorio y ahora no encontramos el camino. Está todo muy oscuro.

Si se hubiera tratado de sor Inés, la patraña no habría colado ni a la de tres. Pero sor Lucía no tenía ni la picardía ni las luces que indicaba su nombre. Sacudió la

cabeza en un gesto que fingía exasperación.

—Hay que ver cómo sois. Hay que estar todo el día encima de vosotras. Vamos, por esta noche os voy a meter en el siete. Mañana volvéis a vuestra nueva cama.

Julieta apretó la mano de Candela mientras seguían a la monja por los pasillos. El dormitorio en el que las puso no era muy diferente del suyo. Los mismos arcos en el techo, las mismas columnas, las mismas mesitas carcomidas y las mismas hileras dobles de camas, sólo que en éstas dormían dos niñas por cama. Sor Lucía las dejó junto a un catre vacío.

—Ésta la compartís vosotras esta noche —susurró la monja antes de salir—. Rezad por los niños enfermos y a dormir, que hace fresco.

La cama era estrecha y áspera. Se acomodaron como pudieron, una junto a la otra. Sólo se oían los ronquidos de las más de cincuenta niñas que ahora dormían allí dentro.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Candela con un hilo de voz.

—Ya la has oído. Unos niños se han puesto enfermos.

—Ya aprenderás a no creerte todo lo que dicen aquí.

Julieta se encogió de hombros. Candela cerró los ojos y se acomodó en la escuálida almohada.

—Oye —llamó Julieta. Ella abrió los ojos—. ¿Tú cuánto llevas aquí?

—Toda la vida.

—¿Y no conociste a tus padres?

Candela negó con la cabeza.

—¿Conociste tú a los tuyos?

—A mi madre.

—¿Y cómo era?

Julieta se dio media vuelta en la cama.

—No me apetece hablar de eso.

Candela la miró durante un rato. Se dio cuenta de que había agarrado el reloj con el alacrán grabado y lo apretaba entre los dedos, los ojos cerrados. Se acomodó como pudo en el hueco que dejaba su cuerpo e intentó dormir.

Fuera, la luna crecía.

La Parra del Nicanor no había cambiado un ápice desde esa mañana. Parecía que los parroquianos ni se habían movido del sitio ni habían cambiado de conversación. Todo estaba congelado entre los alientos agrios del mollate y la calma chicha del horizonte muerto en un vaso.

Padre tampoco había cambiado de postura. Seguía sentado en el mismo sitio, sólo que ahora tenía una botella casi vacía junto a él. Dios sabía cómo le había dado coba al tuerto para que se la diera, qué le había prometido o qué embuste le había contado. Sebastián no dudaba del pico de oro de su padre, mucho menos cuando se trataba de mojar el gaznate.

—Mita tú por dónde, aquí llega el chavea —dijo el tuerto desde la barra—. No te endiño las dos guantadas que te mereces porque ahora mismo te vas a llevar a tu padre de aquí.

Sebastián asintió mirando al suelo. Se acercó a la mesa. Padre apenas se dio cuenta de que estaba allí. Tenía el semblante anochecido y la mano cerrada en torno al vaso vacío. La postura vencida y el rojo de los ojos entornados evidenciaba la cantidad de veneno que le corría por dentro.

—Padre —llamó. Volvió a probar, más alto—: Padre.

Un parpadeo apenas. Sus ojos se movieron como enterrados en arena, hasta toparse con él.

—Llévame a casa, Chano.

—No.

Padre no movió ni un músculo. El tuerto los observaba con cuidado. Si se pasaba de listo, esta vez no lo salvaba de dos bofetadas ni el arcángel san Gabriel.

—Chano, que no me encuentro bien —dijo su lengua embarrada—. Me están entrando unas fiebres, me parece. Llévame a casa.

—Primero cuénteme más, Padre.

—¿Más de qué?

—De Salvochea.

—¿Salvochea? —El nombre brotó de sus labios entre pegotones de saliva y vino.

—De Bigote, Padre. Cuénteme más de Bigote.

El padre de Sebastián se pasó una mano temblorosa por la boca. Se limpió la baba amarillenta que se le amontonaba en las comisuras. Olía a sudor rancio y a alcohol destilado a través de los poros. «Qué le ha pasado, Padre —se preguntó su hijo no por primera vez—. Cómo ha terminado usted así».

—¿Qué es lo último que te he contado?

—El callejón del Duende. Las gafas tiradas en los adoquines.

Por un momento, Padre compuso una expresión confundida. Luego, algo se debió de encender en su cabeza, porque el reconocimiento asomó por entre los pliegues de la melopea. Resopló por la nariz, único partícipe de una broma que quizá sólo tenía

gracia dentro de su cabeza.

—¿Seguro que te vas a creer lo que te cuente?

Sebastián tardó varios segundos en responder:

—Usted vaya hablando y ya veremos.

«Y no se olvide de hablarme del reloj», añadió para sí.

IV El pez y el alacrán
29 de marzo de 1873

1

Juaíco extendió la mano en horizontal, justo delante de la línea de sus ojos. Frunció el ceño. La mano temblaba. Una gota de sudor apareció en el lugar exacto donde su frente empezaba a clarear. A través de la ventana, una mañana inclemente se negaba a relucir en la plaza de San Juan de Dios.

Flexionó los dedos. De repente, casi sin transición, la mano recuperó la estabilidad. El pulso del mejor barbero. De Sanlúcar a Ronda.

Sentado en su sillón, Salvochea esperaba a que los paños calientes le ablandasen la piel. Unas gafas ahumadas ocultaban sus ojos, perfectamente redondas aunque de montura oscura. Era imposible comprobar si le estaba mirando.

—¿Ocurre algo, Juan?

El barbero apartó los paños y empezó a enjabonarle con brusquedad.

—Le he preguntado si ocurre algo.

Pasó la navaja por la tira de pellejo de vaca que colgaba de su cinturón.

—Juan...

Juaíco cerró la navaja de golpe. Se hurgó en el bolsillo y sacó las gafas que había recogido del suelo la noche anterior. Las puso sobre la mesa. Los bigotes de Salvochea se arquearon como el lomo de un gato, aunque el barbero no fue capaz de descifrar la expresión que se ocultaba tras ellos.

—Ya veo. Estas cosas no se pueden prever, uno nunca sabe qué va a perder en cada salida. Aunque mejor las gafas que la cabeza, ¿no le parece?

—¡Era usted! —exclamó, casi acusó Juaíco—. Era usted anoche. En el callejón.

—Le advertí que respetase el toque de queda.

—¡Qué toque de queda ni qué niño muerto! —Echó a caminar arriba y abajo por la habitación, como un tigre enjaulado—. ¡Esto es muy raro! Muy raro, señor alcalde.

—Fermín.

—¡Venga ya con Fermín ni Fermín, cojones! ¡Que yo no soy tonto aunque lo parezca! ¡Que me iban a dejar tieso allí mismo! ¡Que ese del bastón era usted, que el bastón está ahí mismito, contra la pared! ¡Me cago en la mar serena, que había dos... dos...!

—¿Dos qué? ¿Dos qué, Juan?

En su voz había un bálsamo desconocido que calmó a Juaíco. El nudo que traía en el pecho, el que lo empujaba a gritar hasta desgañitarse y a subirse por las paredes, se empezó a aflojar. Pero cuando han estado a punto de matarte hace unas horas, se necesitan más que palabras para ahuyentar la histeria.

—No sé lo que eran, señor alcalde. Sé que olían a verdín, que tenían muchos dientes y que estaban fríos. Y que me cagué en los calzones nada más verles los ojos. Estoy todavía cagado.

Salvochea se levantó. Ni siquiera con la cara embadurnada de espuma de jabón perdía la compostura.

—Juan, si le digo lo que vio usted ayer, lo más seguro es que se vuelva loco. Lo único que puedo decirle es que será mejor que olvide todo lo que...

Lo interrumpió un ruido de nudillos contra madera. Las cabezas de ambos se giraron hacia la puerta, que se abrió para dejar pasar la cara oblonga del bedel.

—Vicente, ¿no habíamos quedado en que tenía usted que esperar a que el barbero acabase?

—Usted dispense, señor alcalde. Es que tiene usted una visita...

—... que tendrá que esperar a que esté presentable —completó Salvochea—. Comprenderá que de esta guisa no es lícito recibir a nadie. En mi agenda no aparece ninguna cita marcada hasta dentro de una hora.

Una voz rasposa se oyó detrás de la puerta y el bedel.

—No he concertado cita. No se me ocurrió.

Salvochea arqueó una ceja. El bedel, de pronto rojo como un tomate, se echó a un lado. En el dintel había una persona de aspecto tan frágil como una hoja seca. Era una anciana con pinta de haber dejado atrás cualquier cuenta de años. Debía de presentar una delgadez extrema, aunque sólo se percibía en su rostro y en unas manos quebradizas. El resto de su cuerpo estaba embutido en un hábito negro de aspecto gastado, casi guerrero. Pero no fue eso lo que hizo que los tres hombres se sumieran en un silencio enjuto.

La anciana no tenía ojos.

—¿Le importaría hacer una excepción y recibirme? —Su voz era como la caricia del aguardiente en la garganta—. Sé que la gente de hábito no le causa simpatía, pero le ruego que al menos se apiade de una anciana que viene a suplicar.

Los bigotes de Salvochea se menearon de izquierda a derecha.

—No me gusta hacer excepciones y menos con el clero. Convengamos en que la hago por respeto a su edad. Pase.

—Muchas gracias. Si es tan amable de indicarme dónde puedo sentarme...

El bedel la llevó del brazo hasta el sillón frente al escritorio. Juaíco se inclinó hacia Salvochea.

—Yo mejor les dejo con sus cosas, señor alcalde.

—Paparruchas, Juan. Quédese y acabe, haga el favor. Estoy convencido de que no será una molestia para la hermana...

—Madre. Madre Rosario. ¿Tanto miedo le doy que prefiere custodiar su espalda con la navaja de un barbero?

Salvochea tomó asiento. El cuero crujió.

—¿Cómo sabe que nuestro acompañante es barbero?

—Huelo el jabón. Y la brillantina. Por algún lado hay un cuenco con agua caliente, aunque se está enfriando.

El alcalde asintió.

—Quizá debería contratarla a usted de guardaespaldas, señora.

—Puede llamarme Madre.

—No veo por qué habría de hacerlo. Mi señora madre está la mar de tranquila en nuestra casa de plaza de las Viudas.

—Rezaré hoy por ella.

—Se llevará una alegría, seguro. Haga el favor de contarme el motivo de su visita.

Juaíco no perdía comba del diálogo entre los dos. De pronto recordó por qué estaba allí, y volvió a aplicarse al lado derecho de la cara del alcalde. La monja, que parecía a punto de desmoronarse y convertirse en polvo, le mostró una sonrisa cocida a fuego lento.

—No quisiera empezar esta conversación con mal pie, señor alcalde. Ya sabe lo que vengo a pedirle. Félix no tiene el menor tacto para estas cuestiones.

—Lo sé, señora, y sé que las formas del obispo no son las de usted. La respuesta sigue siendo no. No puedo dejar que su congregación vuelva al convento de la Candelaria.

La Madre Rosario dejó pasar un par de segundos. La cuchilla de Juaíco se movió en el agua.

—No le pido que lo haga por nosotras. Tampoco le pido que lo haga por Dios, desde luego. Esto no tiene nada que ver con Dios. Le pido que lo haga por el pueblo de Cádiz.

—El pueblo no necesita religión, señora. El pueblo necesita pan. Y trabajo. El pueblo necesita ideales: libertad, conciencia, autonomía.

—No me refería a eso.

—¿Y a qué se refería?

—Ya me gustaría poder explicarme, señor alcalde, pero no puedo.

Juaíco podría haber apostado su jornal de aquel día a que las gafas de Salvochea acababan de despedir un breve destello. Pero pasó tan rápido que no llegaría jamás a saber si se lo había imaginado.

Salvochea meneó la cabeza en un gesto inútil.

—Señora, ese edificio es un auténtico peligro. Que no sea creyente no significa que quiera verlas a todas sepultadas bajo sus ruinas.

La anciana asintió. Sin mediar más palabra, se puso de pie. Tanto Salvochea como Juaíco hicieron ademán de ayudarla. Ella extendió una mano.

—No se preocupen. He recorrido sola un camino muy largo hasta llegar a este despacho. Unos pasos más no van a suponerme un problema.

Y se encaminó con paso seguro hacia la puerta. Antes de abrirla, se giró.

—Es usted un buen hombre, Fermín. No le da miedo tomar caminos equivocados siempre que se ajusten a sus principios. Espero que sepa aprender de sus errores.

—Vaya usted con su Dios, señora —saludó el alcalde.

El bedel la esperaba al otro lado. Ella también rechazó el brazo que le tendía. Se encaminó pasillo abajo, dejando tras sí la sombra de algo inasible.

Juaíco terminó el afeitado. Le pasó el paño por la cara al tiempo que a su espalda

sonaba un carraspeo. El bedel esperaba en la puerta.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Salvochea—. ¿Más citas sin cita?

—Peor, señor alcalde —miró de reajo a Juaíco—. Ha ocurrido un asesinato en el Pay-Pay.

El Salón de Té Pay-Pay estaba en la calle del Silencio, en pleno barrio del Pópulo. Del Ayuntamiento lo separaban pocos centenares de metros. Juaíco tardó exactamente sesenta segundos en plantarse allí. Tuvo tiempo de imaginar mil veces mil muertes, mil veces mil desgracias que podían haberle ocurrido a la Luisa. Sus pies devoraban los adoquines, y no pudo evitar que su mente repasase toda su anatomía, su piel lechosa, su cara moteada de pecas, lo rasposo de su vello púbico, los grititos que daba cuando la barba de sus mejillas le arañaba las ingles.

La puerta del Pay-Pay estaba entreabierta. Eso nunca sucedía, y menos a una hora tan temprana. A Juaíco le hirvieron las entrañas. «Cuando coja al que lo ha hecho, cuando le eche la mano encima, va a echar maldiciones sobre el día en que su madre lo echó por el coño. Se va a llevar puesto un apurado de oreja a oreja». Entró.

En un día normal, el salón de té habría estado atiborrado de una humareda de tabaco aromático, vapor de absenta y notas desafinadas de una música sin norte. Ahora reinaba el silencio. La sala principal era un óvalo de paredes ribeteadas en rojo rematado por una barra escueta en un extremo. Cinco mujeres envueltas en batines chinoscos se repartían por el interior con aire de velorio, apoyadas en varios sofás y poltronas dispuestos para que los clientes intimasen con ellas. La Luisa no estaba allí.

—Luisa. —Juaíco se acercó a una con tanto maquillaje en el rostro que más bien parecía un payaso borracho o una aparición—. ¿Dónde está la Luisa?

Ella tenía la mirada perdida. Contempló a Juaíco, intentando encajar su rostro en su memoria.

—Yo la vi llegar —dijo una voz a su espalda. Se volvió. El Mijita estaba allí, en medio del salón, los puños apretados y un rictus de demente en la cara—. Era blanca. Muy blanca. Me dijo su nombre y me dejó vivir.

Juaíco fue hasta él y lo agarró de los hombros. Lo zarandeó.

—¿Dónde está tu madre? ¿Dónde cojones está Luisa?

El Mijita señaló arriba. Junto a la barra, un piano con pinta de haber sobrevivido a varias guerras hacía esfuerzos por mantenerse en pie. Tras él, unas escaleras ascendían a los salones privados. Sólo doña Ágata decidía quién podía subir, pero doña Ágata tampoco estaba allí.

Juaíco soltó al Mijita y ascendió los escalones de dos en dos, de tres en tres. El piso de arriba era un pasillo cuajado de puertas. Una de ellas estaba entreabierta. El barbero se abalanzó sobre ella.

Lo que había al otro lado lo dejó sin respiración.

3

Tenía medio cuerpo dentro de una bañera con motivos florales. Nácar descascarillado en el borde y óxido en las patas. Su mirada de vidrio se perdía en la podredumbre de las vigas del techo. Las manos colgaban a los costados como las de un cristo, gotas cayendo de entre sus dedos sobre la alfombra persa tejida en Ontinyent. Como lágrimas. Sus manos lloraban, pensó Juaíco. De no ser por la desnudez parecería una santa en pleno martirio.

Debía de tener unos sesenta años.

Su piel, blanca y arrugada como un alfajor de Medina, casi chillaba sobre el estampado rojo de las paredes. Una flor de carne se abría en su garganta. Lo que se veía dentro revolvía las tripas.

Siete de las doce chicas del Pay-Pay se arrebuaban en silencio alrededor del cuerpo. Ninguna lloraba. Hacía tiempo que habían aprendido a espantar el llanto como quien se libra a escobazos de un gato negro a la puerta de su casa. Entre ellas estaba la Luisa, envuelta con desgana en su bata china. Encadenaba cigarros del mismo modo que una plañidera encadena sollozos. Sus resoplidos balleneros eran lo único que paliaba aquel silencio huérfano de gemidos y muelles.

A su lado, Juaíco no sabía qué hacer con las manos. Tenía la boca muy seca.

—Los guardias todavía no han venido —estaba diciendo Luisa en medio de una bocanada—. Ya me dirás qué están haciendo, en vez de encargarse de este papelón.

—Qué van a estar haciendo —dijo Rogelia *la Gorda*, la que más años llevaba en el Pay-Pay después de doña Ágata. Su voz aguardentosa sabía convertirse en arrullo para los vejetes que necesitaban un poco de calor con el que combatir la humedad de enero, pero ahora era un lloriqueo de acordeón roto—. Le están haciendo el caldo gordo a Bigote. La gente de Cádiz no quiere liberales, por mucha república que *haiga*. Salvochea está solo.

—¿Te quieres callar, Rogelia? —la reprendió Luisa—. Para hablar de política estamos ahora.

Juaíco preguntó:

—¿Qué ha pasado con la sangre? —Todas se volvieron hacia él—. No hay sangre por ningún lado.

—¿Y a ti qué más te da? —dijo Jerónima *la Chata*, la única rubia natural de todo el local y seguramente del barrio entero.

Él no respondió. Echó un ojo en dirección a la puerta, preludio de un clásico mutis por el foro, cuando Luisa le lanzó un capote:

—Juaíco trabaja para Bigote, Chata, a ver si te enteras. Vamos a tener una *mijita* de respeto con la autoridad.

Incluso con el cadáver delante, un cacareo sacudió a las mujeres.

—¿Qué va a trabajar el voltereta este para Bigote? Como no sea para jugarse los títulos de propiedad de la Huerta el Obispo...

—Callaos.

La voz salió de algún lugar. Todas las putas se pusieron firmes como quintos ante el berrido de un sargento. Por un instante, Juaíco tuvo la idea demencial de que quien había hablado había sido la muerta. Entonces se oyó de nuevo.

—Traedme al barbero.

La puerta se cerró tras él con un chasquido. Juaíco, de pie en mitad de la estancia, contemplaba el arabesco de humo que reptaba en el aire alrededor de doña Ágata. La penumbra lo envolvía como una manta empapada. El viento ululaba tras las paredes, quizá intentando pronunciar su nombre.

Había tres velas delante de Juaíco, en una mesa con otras tantas patas. Eran la única fuente de luz de la habitación. Doña Ágata estaba al otro lado, tendida fuera del círculo de luz. Repantigada como un gato recién comido en una montaña de cojines persas, apelmazados a base de sudor de hombre y pelos rizados.

Era la primera vez que Juaíco la veía. Había oído las historias que la Luisa le susurraba antes de quedarse frito en sus brazos, jácaras para las noches en que el levante cantaba y las olas bailaban al compás de su aria de invierno. Pero una cosa era oír cuentos de miedo y otra muy distinta tener uno delante. Juaíco contempló aquellos dos pares de brazos que se masajaban entre sí, aquellas cuatro piernas entrelazadas con pereza. Ella se dejó mirar y admirar con deleite. Juaíco no acertó ni a tragar saliva. La vista se le desviaba todo el tiempo a ese punto donde los dos abdómenes se unían en un trozo de carne informe, desnuda, expuesta más allá de todo pudor. La otra cabeza sonrió. Ambas tenían los ojos achinados, el pelo negro y liso estirado hacia atrás.

Doña Ágata era un ser mitológico. Un ídolo de dos cuerpos.

—Hola, barbero.

¿Acaso importaba cuál de las dos había hablado? Juaíco no pudo distinguirlo. Su confusión debió de reflejarse en su cara.

—La gente suele pensar que somos dos.

—Hermanas.

—Pero no es cierto.

—Sólo estoy yo.

—Yo.

—Llámame Ágata.

—Llámame como tú quieras.

—Barbero.

Una de las cuatro manos sostenía un cigarrillo entre los dedos. Un cigarrillo que no tenía fin. Juaíco se estaba mareando. El aire tenía un olor extraño, a Jueves Santo mezclado con algo que picaba en la nariz. Recordaba al olor que desprendían los sacos de café que se pudrían en los cargueros del muelle. Doña Ágata dio unas caladas muy breves, demasiado para la cantidad de humo que expulsó. La humareda formaba tentáculos sin consistencia que se movían a su alrededor, lo rodeaban, lo sujetaban.

—Luisa dice que trabajas para el alcalde.

—El nuevo alcalde, nada menos.

—Bigote.

Juaíco creyó asentir. Un par de brazos se desperezaron. Ni siquiera pertenecían al mismo tronco.

—Pero no tienes credenciales, ni un papel firmado, ni nada.

—Lo único que has traído es ese cacharro que tienes entre las piernas.

—Ese que cada dos por tres le arranca esos chillidos a Luisa.

—Que parece que la están matando.

—Aunque vengas sin dinero.

—Barbero.

—Esa cosa, y una cara más dura que la muralla del Campo del Sur.

Juaíco respiró hondo. Doña Ágata prosiguió:

—¿No vas a hacerme preguntas?

Por fin, él se atrevió a hablar:

—¿Qué quiere usted que le pregunte?

Doña Ágata se relamió.

—Eres el detective más desastroso que he visto en mi vida.

«Yo no soy detective. Soy barbero». Eso podría haber dicho. Pero las palabras se le disolvían en esa humareda de estrellas.

—Deberías preguntarme quién encontró el cadáver.

—Y a qué hora.

—Y dónde estaba yo cuando la mataron.

—Y dónde estaban mis chicas.

—Todo eso deberías preguntarme.

—Barbero.

«Pero si a mí nadie me ha dado vela en este entierro. —Juaíco cerró los ojos—. Si yo he venido por la Luisa». Intentó decir algo, pero sus pensamientos estaban hundidos en un barro dulzón. «Si yo me quiero ir a mi casa».

Y la única pregunta que afloró a sus labios fue:

—¿Cómo se llamaba?

—Calvario Soto, nada menos. —Juaíco robó carta—. No veas qué nombrecito, ¿no?

Los tres compañeros de cartas escuchaban la historia de Juaíco con la atención de siempre. Habían jugado juntos innumerables partidas al mus en casa de Enrique *el Penqui*, cada una de ellas aderezada por uno de los cuentos que se inventaba el barbero. A excepción de Tomasito, ninguno de ellos se creía una palabra de lo que contaba.

—Nombre de montañesa no es, desde luego —sentenció Matías Parra.

Hacía tiempo que el sol había caído. Doce campanadas repiquetearon en algún lugar cercano. En las demás habitaciones se sucedían varias timbas al mismo tiempo. Enrique *el Penqui* pasaba de sala en sala, menudo, carnoso y cimarrón; aceptando apuestas de los mirones y comprobando que sólo se hicieran las trampas que él consentía. El humo de tabaco era una segunda piel en el aire. Las paredes y el suelo estaban sucios, como sucio estaba el fondo de los ojos de los jugadores. Costaba respirar, pero aquí no se venía a eso.

—¿Y viste el cuerpo?

Quien había hablado era Tomasito Salmerón, el chicuco del almacén de la calle Goleta. Apenas contaba diecisiete años, pero era de familia de comerciantes y, por lo tanto, le sobraba el parné. Carambolas de la vida, ese parné que le sobraba solía terminar en los bolsillos del barbero o de alguno de sus compadres. Frente a él, Bonilla se afanaba por hacerle señas con disimulo. Hasta el momento, Juaíco era el único que las cazaba. Esta partida estaba hecha.

—Claro que lo vi, picha. Le habían abierto la garganta. —Vació el vaso de un trago. Bastó un cabeceo para que Tomasito se lo llenase de nuevo.

—Hijos de puta —dijo Bonilla.

—Y encima viste a doña Ágata. —Tomasito meneó la cabeza con una incredulidad teñida de envidia. Bonilla, confundido, no entendió si le estaba haciendo una seña—. *Ajolá* hubiera podido estar contigo.

—Te habrías meado en los calzones —dijo Juaíco, soltando carta—. ¿Queréis saber lo que me dijo?

—Lo vas a contar igual —rezongó Matías Parra, el cuarto compañero de mus y pareja de Juaíco. Era un almacenero cincuentón y barrigudo. La tiza en su oreja izquierda formaba parte de su cuerpo; jamás había sido visto sin ella.

—Deja que lo cuente, hombre —pidió Tomasito, mientras las señas de Bonilla seguían pasando a través de él.

Juaíco apuró el vaso. Otra vez.

—Por lo visto la muerta había sido partera en San Roque. Llevaba toda su vida sacando criaturas del cuerpo de las madres.

—A lo mejor nos trajo al mundo a alguno de nosotros —se choteó Bonilla, el estudiante.

—Ni *mijita* —dijo Juaíco—. La tal Calvario tenía *pidigrí*, que tú ni sabes lo que es. Los chochos que tocaba ésa olían a azucena, no a chícharos con huevos.

—Mira quién fue a hablar, el mismísimo Wellington —se burló Parra.

—Un momento, un momento —dijo Tomasito—. Y si trabajaba para gente con panoja, ¿qué hacía en el Pay-Pay?

El semblante del barbero se enturbió.

—Parece ser que llevaba allí poco tiempo. Algo debió de salir mal en el parto de una familia pudiente y ella acabó en el Pay-Pay, purgando a las niñas cuando les hacían una barriga por descuido.

—Mierda de vida —se quejó Parra.

Juaíco le dio la razón con un cabeceo. Se inclinó hacia delante.

—Pero lo más importante es —bajó el tono— que ayer mismo, poco antes de que la mataran, Calvario Soto fue a hablar con doña Ágata. Le dijo que tenía miedo. Le dio una cosa en confianza y le pidió que, si le pasaba algo, se la llevara a doña Margarita López de Morla al Café Apolo.

—¿Qué le dio? —preguntó Tomasito.

Juaíco sonrió.

—Órdago a la mayor.

Echó mano del bolsillo de la chaqueta y depositó un objeto encima de la mesa, junto a la botella medio vacía y a la baraja. Los tres se acercaron.

Lo que había sobre la mesa era la mitad de unas tijeras, separada de la otra mitad que le daba sentido. Tenía unas filigranas grabadas en su superficie. Incluso con el humo en la habitación se notaba que estaba hecha de plata.

—Plata maciza —explicó Juaíco—. ¿Cómo se quedáis, señores? Por lo menos vale doscientas pesetas.

—Exagerado —dijo el estudiante Bonilla—. Ese tiesto es *barlú*, te lo digo yo. Y encima está roto.

—Barlú tienes tú la cara —replicó el barbero—. ¿No estás viendo que es de plata?

—Juaíco —intervino el almacenero Matías Parra—, no se lo habrás *tangado* a doña Ágata, ¿verdad? Con esa gachí, o lo que carajo sea, no se juega.

Juaíco volvió a mostrarle su sonrisa más seductora e hizo una seña para que le rellenaran el vaso. Hacía rato que notaba el calor del mollate en las sienes y eso lo envalentonaba. Unas riendas invisibles azuzaban su lengua.

—Eso es lo más raro de todo, Matías. Me lo ha dado porque sí.

—Sí, y un carajo —dijo Bonilla—. Eso se lo has tangado, Juaíco.

—Que no, *joé*, que no. Que me lo ha dado. ¿Tú te crees que te iba a contar todo esto si me lo hubiera llevado? Me pidió que se la llevara yo a doña Margarita López de Morla al Café Apolo, vete tú a saber por qué.

—Pues buen favor le estás haciendo, jugándotela a las cartas. —Matías Parra alargó una mano hacia la media tijera—. Y encima, al Café Apolo. ¿Qué vas a hacer

tú en un sitio de sufragistas, mamarracho?

Juaíco le dio un manotazo antes de que tocase las tijeras. Débil, pero muy rápido.

—Por llevársela mañana no va a pasar nada; la vieja ya está muerta. Además, ¿quién ha dicho que la vaya a perder? —Les enseñó aquella sonrisa que descruzaba piernas—. Ya veis, señores, doscientas pesetas más de apuesta. Plata pura. ¿Ustedes tenéis algo para mejorarlo?

—Joder, Juan, esto no se hace. —Bonilla tiró las cartas sobre la mesa—. Que soy bachiller, cojones. ¿De dónde saco yo tanto parné?

—Mi padre las tiene.

Tres pares de ojos se volvieron hacia Tomás Salmerón. Tomasito.

—Así se habla, picha —dijo el barbero—. ¿Cubrirá tu padre las doscientas pesetas de la tijera si pierdes?

—No va a hacer falta. —Tomasito mostró las cartas—. Rebonica.

A Juaíco se le descolgó la boca. Matías Parra apretó su chato con tanta fuerza que le salió una grieta al vaso. Sólo Bonilla sonreía.

—No puede ser —masculló Juaíco. Tomasito le pedía perdón con la mirada.

—¡Me cago en cuantos muertos tiene tu padre, barbero! —exclamó Parra—. ¡Es la última vez que juego al mus contigo!

Bonilla abrazó al chicuco. Su expresión no habría sido tan alegre ni tan satisfecha ni aunque hubiera pasado una noche con la mismísima Concha *la Carbonera*. Tomasito abrió los brazos para abarcar todo lo que había ganado en la timba. Juaíco siguió sentado, mudo, incapaz de creer lo que acababa de pasar. Parra soltó una sarta de maldiciones y se dio la vuelta para salir de allí.

Y fue el primero en verlos.

Don Hipólito entró en la habitación. Lo escoltaban el Arropía y el Goliat. Juaíco se envaró. A su espalda, Enrique *el Penqui* le pedía disculpas con un gesto. Los mirones que asistían a la partida se quitaron de en medio como si se los hubiese llevado una racha de levante.

—Así que doscientas pesetas. —La voz de don Hipólito era cazalla pura, un gruñido de hiena atrapada en un barril—. Poco más o menos lo que me debes, barbero.

Matías Parra fue el primero en salir, esquivando la imponente figura del Goliat. Ni siquiera tocó el dinero que había apostado al principio de la partida. Bonilla lo siguió.

Tomasito permanecía en su asiento. Había lágrimas en sus ojos, lágrimas de niño a punto de dejar de serlo.

—He ganado —protestó.

El Arropía no se hizo de rogar. Flexionó la rodilla y, en un relampagueo, le cruzó la cara. De alguna manera, en su mano había aparecido la perica cordobesa. Tomasito gritó. Una línea roja brotó de su mejilla, y de pronto era sólo un chiquillo metido en un antro de mayores.

Juaíco saltó hacia delante.

—¡Dejadlo en paz!

El Goliat lo atrapó al vuelo. Forcejeó menos de un segundo con él, lo levantó en peso y lo dejó caer sobre la mesa. Las cartas y las monedas se desparramaron por el suelo. Tomasito cayó hacia un lado y se escabulló a gatas fuera de la habitación, chorreando sangre de la cara.

—Eh —intervino Enrique *el Penqui* desde la puerta—. En mi casa no quiero líos.

La mirada de don Hipólito cercenó cualquier otro comentario por su parte. Se volvió hacia Juaíco. El gigantón lo tenía apresado. Don Hipólito se agachó y recogió la media tijera del suelo.

—Barbero, barbero —canturreó—. Aunque tengas razón y esto sea tan caro como dices, no salda el bochorno que me has hecho pasar. En lugar de venir a pagarme como un hombre, he sido yo quien ha tenido que ir a buscarte. A pedirle al señorito si no le importa devolverme lo que es mío. Eso también se paga, barbero. —Su voz bajó un tono—. Separadle las piernas.

Juaíco se revolvió sobre la mesa. El corazón le bombeaba adrenalina a mil por hora, pero la zarpa del Goliat era un ancla sobre su pecho. El Arropía lo sujetó de los tobillos y los separó todo lo que le permitían sus brazos contrahechos. Él intentó darle una coz, pero el miedo lo volvía torpe. Don Hipólito se situó a su lado.

—Encantado de jugar contigo, barbero.

Enarboló la media tijera como un puñal, la punta hacia abajo.

Se oyó un barullo en el pasillo. Los tres se volvieron hacia la puerta. Juaíco supo aprovechar la oportunidad. Hundió el tacón en el mentón del jorobado, que retrocedió con un grito. El barbero se escurrió de las manos del Goliat, rodó sobre sí mismo y cayó al suelo. Cuando levantó la cabeza, vio lo que había paralizado a los tres hombres.

En la puerta había una figura alta, envuelta en una chilaba polvorienta. Un turbante apolillado cubría su cabeza y le tapaba un rostro cetrino del que sólo se atisbaban dos ojos inyectados en sangre, asesinos. En la mano izquierda llevaba un alfanje cuajado de manchas reseca de lo que nadie confundiría con óxido.

Don Hipólito soltó un gritito.

El moro dio un par de pasos en su dirección, acompañado de un tintineo metálico nada tranquilizador. Las punteras curvas de sus babuchas estaban a pocos centímetros de la cara de Juaíco. Don Hipólito retrocedió hasta chocar con la pared. El Goliat lo contemplaba, la sorpresa esculpida en su rostro de mármol. Dudaba si levantar los puños o no. Su mirada osciló entre su jefe y el moro.

Desde la puerta llega el eco de un tumulto que parecía lejano. El moro no estaba solo: otro pasó por el pasillo. Y otro. El filo de un alfanje pegado al pescuezo de Enrique *el Penqui*. Una mancha oscura se agrandaba por momentos en su entrepierna. La gente iba hacia la salida. Sin correr, sin aspavientos, no se fueran a enfadar esos señores.

Don Hipólito carraspeó. Cuando habló, la gravilla del miedo repiqueteaba en su voz.

—No hay motivo para ponerse violento. Seguro que podemos...

El moro lanzó un chillido agudo que estalló en los oídos de Juaíco. Los demás lo secundaron. Agarró el alfanje con las dos manos y lanzó un mandoble sobre la mesa de juego, que se partió en dos. Monedas, billetes, cartas y vasos volaron en todas direcciones. Don Hipólito gritó. Y lo que gritó fue:

—¡Corred!

Al Arropía no le hicieron falta más instrucciones. Echó a trotar como un loco hacia la salida, olvidándose de todo y de todos. El Goliat atrincó a don Hipólito por debajo del hombro. Lo levantó como si fuera un saco de papas y se lo llevó a la carrera.

El moro separó el alfanje de la mesa. Giró sobre sus talones.

Y se quedó plantado delante de Juaíco.

—No me mates, picha —acertó a decir el barbero.

Pero los ojos del moro contaban una historia diferente. Alargó una mano mugrienta y aceitosa hacia él.

—¡Tú!

Juaíco no contestó.

Le dieron una patada.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Subnormal!

Juaíco no había perdido el conocimiento mientras lo ataban, ni mientras lo arrastraban por Dios sabía dónde. Pero desde luego no se había movido. Y no pensaba hacerlo ahora. Para quienquiera que fuese el dueño de aquella voz descascarillada, Juaíco estaba muerto.

—De eso nada. Ni estás muerto ni respiras como uno que duerme, subnormal. O te quitas eso o te lo quito yo.

Algo le dijo que era muy capaz de cumplir su amenaza. Se echó mano al saco que le cubría la cabeza. Aflojó la abertura. El suelo cimbrea. Estaban en una barca. Pero el aire estaba embotado, enrarecido. No olía a sal ni a verdín, sino a sótano, a cerrado.

Despacio, se desprendió del saco, intentando calcular por dónde le iba a venir la primera guantada.

—Menos mal, hombre. Ya me estaba preocupando de que fueras subnormal de verdad.

Se le hizo un hueco en el estómago.

Aquello no era una barca.

Juaíco estaba en una jaula. Eso ya de por sí era muy malo. Pero como todo en esta vida, siempre podía ir a peor: la jaula estaba suspendida a más de tres metros sobre el suelo.

Lo malo de verdad estaba abajo.

Juaíco pendía sobre un suelo de albero, una superficie semicircular rodeada de gradas de piedra. La construcción era enorme, de un vistazo Juaíco contó al menos veinte gradas, y aun así estaba bajo tierra. Había teas y antorchas iluminando el lugar. Tanto las gradas como el albero estaban abarrotados. Tipos mal encarados y peor vestidos, mujeres melladas y medio desnudas que ofrecían sus encantos a los que pasaban, enanos con turbante que decían la buena ventura, ancianos de barba sucia incrustados en barracas repletas de pieles, mujeres de atuendos estafalarios y mugrientos que se desgañaban anunciando especias o bien discutían con un cliente o con todos a la vez. En una esquina Juaíco atisbó a dos gachones que se estaban peleando a navajazos; y no muy lejos de ellos otros dos aprovechaban una zona medio en sombras para... ay, Dios mío, ¡que se estaban dando por el culo!

Olía a cerrado, a humedad y a sudor y a sebo ardiendo y a especias. Se sucedían las peleas de gallos y las carreras de cucarachas. Trileros y putas compartían gradas con sacerdotes de religiones que Juaíco jamás conocería. Había quien vendía a sus hijas y quien compraba cinco años más de vida. Medraban ungüentos, pociones,

armas, varias calaveras que pertenecieron a la reina Victoria y hasta un toro de lidia con una cadena de hierro que lo ataba a un pedestal. Algunas partes de las gradas estaban derruidas, pero incluso allí jugaban niños desnutridos a cazar ratas y, *ojú*, las decapitaban de un mordisco cuando las atrapaban.

Era un Mercado de Abastos de pesadilla. Un circo.

—No —dijo la voz de nuevo—. Un circo, no, subnormal. ¡El circo!

Y bastó esa palabra para que Juaíco cayera en la cuenta de dónde estaba.

—No puede ser... Me cago en la mar serena.

Todo el mundo en Cádiz había escuchado historias sobre el teatro romano. Cuando Cádiz no era Cádiz sino la Gades de hacía dos mil años. La ciudad más importante del imperio, la entrada del mediterráneo. Un sitio de mercaderes, senadores, ladrones y contrabandistas. Y un teatro tan grande que dejaría en pañales al famoso Coliseo romano. Se decía que estaba enterrado junto con el resto de las ruinas de la ciudad, entre el laberinto de cuevas que habían dejado tartesios, fenicios, romanos y árabes. Túneles y más túneles de distintas culturas, todos entremezclados hasta formar lo que la gente llamaba...

—Las cuevas de María Moco —dijo la voz.

Juaíco se volvió en su dirección. Estaba con él en la jaula. Podía ser una mujer o un hombre, entre la penumbra y las capas de mierda que la cubrían era imposible distinguirlo. Unas greñas grises y sucias le tapaban la cara. Era menuda, quizá no llegase al metro y cuarto. Debía de estar escuchimizada, pero se cubría con varias pieles y prendas hasta formar un bulto compacto. No parecía peligrosa, pero Juaíco ya venía con la *jindama* en el cuerpo y se aplastó contra los barrotes en su lado de la jaula.

—¿Y tú quién eres? —tartamudeó.

En el interior de la jaula abundaban los excrementos y otras cosas que Juaíco prefería no saber. Los barrotes estaban tan carcomidos por el óxido que daba cosa hasta mirarlos. La figura se removió de un lado a otro.

—Yo soy María, subnormal. María Moco. Estas cuevas son mías.

—Muy bien. O sea que eres María Moco.

—Sí.

—Y estas cuevas son tuyas.

—Que sí.

—Y por eso estás en una jaula.

—María Moco está donde le da la real gana, subnormal.

—¿Quieres hacer el favor de no llamarme así?

—María Moco llama a la gente como le da la real gana. —Se inclinó hacia él—: Subnormal.

Juaíco se apartó de aquella loca. Más le valía tenerla vigilada con el rabillo del ojo. Miró hacia abajo de nuevo. Su cabeza ya empezaba a cavilar formas de salir de allí. De momento no dio con ninguna.

—Más vale que tengas cuidado cuando hables con él, subnormal. Le he visto arrancarles la lengua a hombres y a mujeres por muy poquita cosa.

—¿De quién hablas?

Algo cambió en ella. Juaíco tardaría todavía algún tiempo en darse cuenta de que eso era lo que hacía cuando sonreía.

—Lo vas a comprobar ahora mismito.

La jaula empezó a moverse. Los barrotes temblaron. El suelo parecía a punto de derrumbarse. La loca soltó una risita desportillada.

Los estaban bajando.

Cuando estaban a menos de medio metro del suelo, los dejaron caer. El aterrizaje fue brusco, aunque la jaula no se desmontó en pedazos, en contra de lo que Juaíco pensaba. Los rodeó una nube de polvo. Cuando se asentó, Juaíco vio lo que tenía delante. Tragó saliva.

La mayoría del alboroto en el anfiteatro se había esfumado. Las putas, los sacerdotes, los vendedores, los sodomitas y hasta los niños miraban hacia la jaula. Las sombras que provocaban las teas bailaban en sus rostros sucios. La ventolera del miedo sopló en los oídos de Juaíco.

Un murmullo nació en medio de la multitud. Primero susurraban, luego murmuraban, luego cantaban y acabaron chillando. Juaíco se iba a orinar en los calzones. La loca se unió a los gritos.

—¡Liérganes! ¡Liérganes! ¡Liérganes!

Una figura se puso de pie en mitad del anfiteatro. Alzó los brazos. Los gritos arreciaron. Estaba en una tribuna que sobresalía de las primeras filas. Desde allí se dominaba todo el albero. Justo a su lado, doce moros se sentaban alrededor de una mesa larga. Juaíco reconoció en las chilabas y en esos turbantes que les cubrían el rostro a los animales que lo sacaron a rastras de casa del Penqui. La gente en el anfiteatro pisoteaba el suelo con fuerza. Los gritos reverberaban en aquel espacio enorme y cerrado. Juaíco pensó que los oídos le iban a pegar un *explo*tío.

El hombre se encaramó a la tribuna y bajó con varios saltos. Tres de los doce moros lo imitaron. Cuando aterrizaron sobre el albero, los alfanjes ya estaban en sus manos.

—Prepárate, subnormal. —La loca volvió a soltar una risotada.

Para qué, podría haber preguntado Juaíco, pero sabía que, fuera lo que fuese, no estaba preparado. El hombre se acercó, secundado por los moros. Desde aquella distancia, Juaíco podía verlo bien. Se le aflojaron aún más las asaduras, ya flojísimas. Se iba a mear, a cagar y a echarse a llorar, todo a la vez. El hombre, aunque no sabía si llamarlo así, era alto y corpulento. No había manera de saber su edad porque estaba hecho de escamas. Una especie de traje resplandeciente le cubría el cuerpo entero. De sus hombros se derramaba algo parecido a algas marinas que formaban una capa. Tenía conchas y corales pegados al cuerpo, y se tapaba el rostro con una máscara compuesta por parches de escamas y algas.

—Éste es el que manda aquí, ¿verdad? —susurró Juaíco.

—¡Liérganes!

—Salud.

—Desde luego eres subnormal. Éste es Liérganes. El hombre pez. El rey de los contrabandistas de Cádiz.

—Yo también me habría puesto un nombre así.

Juaíco quiso sonar despreocupado, pero estaba muerto de miedo. El hombre pez dio un paso en dirección a la jaula. Sus moros lo imitaron. Cuando habló, lo hizo con un vozarrón profundo.

—María, ¿me quieres explicar cómo te has metido ahí dentro?

—María se mete donde le da la real gana, bacalao. Además, tú hoy no quieres hablar conmigo, sino con el subnormal este.

—Ahí tienes razón. —Los ojos del hombre pez, dos tajos negros hundidos bajo la máscara de escamas, atravesaron a Juaíco—. Tú. Me gustaría que me explicases varias cosas.

Extendió la mano. Uno de los moros se adelantó y depositó en ella lo que Juaíco se temía: la mitad de las tijeras que le había dado doña Ágata. En un acto reflejo, el barbero hizo ademán de palparse por si le habían quitado algo más. Detuvo el gesto a tiempo. Cualquier cosa menos enfadar a aquellos energúmenos.

—Me gustaría que me explicases —el hombre pez alzó la voz; ya no se dirigía a Juaíco, sino al anfiteatro—, de dónde cojones has sacado esto. Me gustaría que me explicases quién cojones te lo ha dado. Y sobre todo, me gustaría que me explicases por qué cojones te estabas jugando a las cartas... ¡LO QUE PERTENECE A LOS CONTRABANDISTAS DE CÁDIZ!

Un aguacero de improperios llovió sobre el barbero. Lo llamaban de todo menos bonito. Ni a los amarradores más borrachos había escuchado las cosas que le soltaban entre salivazos esos niños escuchimizados.

—Y por último —Liérganes se paseó alrededor de la jaula, la media tijera aún en alto—, ya que estás, me explicas por qué cojones no debería decirle a uno de mis hombres que te corte en pedazos y los tire uno a uno al muelle para que se los coman las lisas.

El anfiteatro entero aplaudía. Esa última parte era la que más les interesaba. Juaíco temblaba. «Yo no he hecho nada, no he sido yo, no entendí lo que me dijeron, me engañaron»..., ninguna excusa iba a funcionar. Tenía que pensar en algo rápido, pero el miedo era un lastre que obligaba a su mente a gatear cuando necesitaba correr. Fue muy consciente de que estaban a punto de matarlo.

—Calvario Soto.

Eso fue lo que dijo. Pasaron varios segundos muy, muy largos. Ni Liérganes ni ninguno de sus hombres acusó reacción alguna, y eso ya fue una reacción. No sabía si los contrabandistas en las gradas han oído lo que había dicho, pero lo cierto era que el clamor bajó. Incluso la loca, que hasta ahora había permanecido callada, se le acercó

un paso.

—¿Qué pasa con Calvario Soto? —preguntó el hombre pez, esta vez sin proyectar la voz en el anfiteatro.

—Ya no pasa nada. Ha muerto.

—¿Cómo ha muerto?

La imagen de la mujer metida en la bañera, rodeada de putas silenciosas, destelló en su cabeza.

—No había sangre. —Las palabras salían de su boca a medida que las pensaba—. Le habían rajado la garganta pero no había sangre por ninguna parte.

«Era blanca. Muy blanca». Eso dijo el Mijita.

Liérganes rumió sus palabras. Las facciones bajo la máscara eran duras, la mandíbula apretada, una barba negra y profusa asomando entre los pliegues de escamas y verdín. Olía a bajamar, a lonja recién amanecida. Apretó la media tijera en su mano.

Lo primero fue un susurro:

—Todo es culpa tuya, María. Si te hubiera cortado la lengua el mismo día en que Beatriz apareció aquí abajo, nada de esto habría pasado.

La loca se revolvió en la jaula.

—Fuiste tú quien tomó a Beatriz como esposa, bacalao. No yo.

Liérganes se volvió hacia el anfiteatro. Lo siguiente fue un grito:

—¡Matad a este hijo de puta y dádselo de comer al mar!

La multitud secundó el aullido de su rey entre vítores y espumarajos. Parecía que ellos mismos se iban a lanzar sobre la jaula a cumplir la orden. El corazón de Juaíco dio un vuelco. Liérganes se alejó secundado por sus moros guardaespaldas. Los gritos pidiendo sangre resonaban como si un ejército entero se dispusiese a asesinar al barbero. Uno de los moros echó mano del cerrojo de la jaula.

Y una voz llegó hasta ellos.

—Yo de ustedes no haría eso.

El hombre pez se volvió. Los chillidos en las gradas menguaron.

El anfiteatro romano ocupaba un área amplísima. La mayor parte estaba en sombras. Las teas y antorchas iluminaban apenas un cuarto del total. La voz había venido de una de las zonas oscuras. Una silueta de hombros anchos se detuvo en el borde mismo de la luz. Se distinguía un gabán negro que le llegaba hasta los tobillos, un pelo peinado con brillantina, dos anchos bigotes y unas gafas ahumadas que ocultaban sus ojos.

«Ay, virgencita de mi vida», pensó Juaíco.

—¿Qué carajo haces tú aquí, alacrán? —preguntó Liérganes, con un punto de incredulidad en la voz. Juaíco captó todas las preguntas que estaban encerradas en esa frase. Cómo ha entrado aquí. Por qué no le habéis matado. Qué esperáis para hacerlo.

Fermín Salvochea dio un paso adelante. Los tres moros que estaban sobre el albero se interpusieron entre él y Liérganes, alfanjes en mano. Los otros nueve saltaron al instante por entre las gradas y rodearon a su líder. Desde allí no se oía, pero Juaíco intuyó que en cada rincón del anfiteatro, en cada puesto y cada esquina, una mano acababa de cerrarse sobre la empuñadura de algo afilado.

Salvochea consultó su reloj de bolsillo como si se encontrase en medio de la calle de la Pelota. Las puntas de sus dedos acariciaron el alacrán grabado.

—Buenas noches, Liérganes —saludó—. No vengo buscando problemas ni para ti ni para tu gente. Me gustaría llevarme al barbero conmigo. Mejor por las buenas, si puede ser.

Liérganes se rió. No había rastro de humor en esa risa.

—Mejor por las buenas, dice. Me cago en la virgen. ¿No has visto cuántos somos, desgraciado? Vienes aquí, a mi casa, sin que nadie te invite. Solo. Y exigiendo. Agallas no te faltan, desde luego.

—A ti tampoco.

Juaíco fue consciente de que todo el anfiteatro estaba callado. Los contrabandistas esperaban una señal de su rey para saltar al albero y cobrarse ellos mismos la promesa de sangre que se les había hecho.

—El hombre pez reina en las catacumbas de Cádiz desde hace generaciones. El hombre pez no puede morir. Liérganes custodia los secretos de Cádiz y se ocupa de sus contrabandistas. Les da comida y cobijo cuando vuestra gente los persigue. Y también les da sangre cuando sus entrañas la piden. No sé por qué no debería darles la tuya ahora, alacrán.

Salvochea giró el cuello. Debía de ser por la acústica de la caverna, pero Juaíco oyó el crujido de sus vértebras.

—Si es sangre lo que quieren tus hombres, a sangre lo hacemos y no se hable más.

Algo cambió en él. Seguía en la misma postura, no parecía que se hubiese

movido. Y sin embargo quedó patente: estaba alerta, listo... «¿Para qué?», se preguntó Juaíco. Los contrabandistas debían de ser más de trescientos y él era uno.

Liérganes apretó la mandíbula aún más.

—Pues que sea a sangre, pero a nuestra manera. Una lucha a muerte. Si ganas, te llevas al barbero.

Salvochea asintió, apreciativo.

—A muerte —repitió—. Qué te gusta un drama, Liérganes. ¿No puede ser a primera sangre y con padrinos, como caballeros?

—¡A muerte! —rugió el hombre pez, y las gradas lo secundaron—. ¡Que empiece el espectáculo! ¡Traed a Pitiminí!

—¿Pitiminí? —preguntaron Salvochea y Juaíco a la vez, cada uno por su lado.

Seis de los doce moros se separaron. Los otros siguieron a Liérganes a las gradas. El hombre pez trepó de un salto y se plantó en la tribuna de tres zancadas.

—De aquí no te saca ni Spínola a caballo, subnormal —dijo la loca. Juaíco acababa de cruzarse con ella y ya estaba deseando no volver a verla en su vida—. Mira lo que traen por ahí.

Y vaya lo que traían. Primero se oyeron los berridos. Sólo eso ya bastó para ponerle los vellos de punta al barbero. Pero lo que venía detrás era peor. De una de las aberturas inferiores del graderío, los moros arrastraban a alguien. Juaíco lo vio. Se le erizó la piel en los brazos.

Estaba desnudo de cintura para arriba y era una auténtica masa de músculos y protuberancias. El más alto de los moros le llegaba hasta la cintura. Llevaba al cuello un collar de metal del que salían seis cadenas. Los moros tiraban de ellas y lo obligaban a avanzar. La multitud estaba en éxtasis. Poco a poco, lo arrastraron hasta el centro. La luz bañó el cuerpo del mastodonte.

Tenía seis brazos.

—Joder con Pitiminí.

Esa cosa se resistía entre espasmos y bramidos de becerro. Su cuerpo entero estaba cubierto de tatuajes. De su cabeza, calva y deforme, sobresalían aros, pendientes y pinchos que le perforaban la piel. Una gruesa argolla de oro le colgaba de la nariz.

Juaíco se volvió hacia el alcalde. Salvochea se había desprendido del gabán, lo había doblado con cuidado y ahora descansaba sobre el albero. Hizo lo mismo con el chaleco y la camisa. Juaíco alzó las cejas. Salvochea, a torso descubierto, no se parecía en nada a lo que uno imaginaría. Los músculos se marcaban en aquel cuerpo espigado y lleno de cicatrices, heridas curadas a contramano y parcheadas de mala manera. Tenía la hechura de un boxeador de muelle. De un tipo al que no te gustaría levantarle la voz por medio chato de vino. Un tipo peligroso.

Pero si peligroso parecía Salvochea, el tal Pitiminí parecía la muerte misma embutida en un bultaco de carne. Los moros le soltaron las cadenas y se alejaron lo más rápido que pudieron. Se sucedían los ladridos e improperios en la multitud.

Pitiminí resolló, mirando a todas partes. Juaíco no se había fijado hasta ahora: del labio inferior le asomaban unos colmillos grandes y curvos como los de un jabalí. Parecía imposible que una cosa así pudiese vivir debajo de Cádiz, de los mariscadores y las cigarreras y la casa de Enrique *el Penqui* y su Antonia y la costura y la vida a la que, ahora estaba seguro, jamás iba a volver.

—Éste es Pitiminí —anunció Liérganes desde la grada. Su voz tronó en las alturas—. No hacen falta más formalidades. Si ganas, te llevas lo que has venido a buscar.

—Si gano —le interrumpió Salvochea—. Me llevo al barbero y la media tijera.

Liérganes se inclinó hacia delante.

—La tijera no es tuya, alacrán.

—Ni tuya.

El grito que soltó Liérganes sobresaltó incluso al monstruo:

—¡PERTENECIÓ A MI ESPOSA!

De alguna parte de su fibroso cuerpo, Salvochea sacó los arrestos para decir:

—Se la han confiado a Juan Jiménez. No a ti. ¿Respetarás el último deseo de una muerta?

Un silencio hecho de niebla marina descendió sobre todo el anfiteatro. Desde la jaula, era imposible saber si el hombre pez meditaba sus palabras o decidía si matarlos ya a los dos y a la mierda todo.

—Sea —dijo—. Si ganas, te llevas la tijera y al barbero. Pero si gana Pitiminí...

—Ya, ya, no hace falta que me lo expliques —cortó el alcalde.

Se acercó al monstruo con cautela, el cuerpo ladeado, el paso seguro. Pitiminí le sacaba más de metro y medio.

—No hay que tener cojones para hacer eso —dijo Juaíco a nadie.

Parecía que Salvochea sabía lo que estaba haciendo. Por un momento, en el pecho de Juaíco aleteó la esperanza de que el alcalde ganase a aquella bestia. Que Salvochea diera un salto y le endiñase una patada en el aire que le partiese la nuez, que lo dejase parálítico o que lo matase y el hombre pez se quedase con un palmo de narices y no tuviera más remedio que abrir la jaula y Juaíco pudiera salir y volverse arriba y olvidarse para siempre de toda aquella locura que había empezado en el mismo momento en que se había cruzado con Fermín Salvochea.

Eso es lo que Juaíco pensó que iba a suceder.

Lo que sucedió fue esto:

Pitiminí observó a Salvochea desde las alturas. El alcalde tenía las piernas flexionadas, listo para saltar.

Pitiminí alargó un brazo para agarrar a Salvochea.

Salvochea se movió para esquivarlo.

Otro de los brazos cayó sobre él como un ariete.

Impactó en su cabeza.

Salvochea cayó al suelo.

Salvochea no se movía.

Salvochea no se movía.

No. Salvochea no se movía.

La cosa no había salido como Juaíco esperaba.

Un murmullo de decepción recorrió las gradas.

—Pues vaya —se lamentó Liérganes—. Anda que ha dado mucho juego. Ya no los hacen como antes. Venga, llevaos a Pitiminí.

Los moros se acercaron con cautela. La mole de carne titubeó. Salvochea yacía sobre el albero, quién sabía si muerto. Los moros agarraron las cadenas. Empezaron a dar tirones hacia la misma entrada por la que lo habían traído. Pitiminí, quizá confuso por lo rápido que había acabado todo, no se resistió.

Liérganes señaló a la jaula.

—Cuando dejéis a Pitiminí en su cobacha, a éste me lo matáis. Y que le duela.

Juaíco tenía ganas de llorar. De allí no lo sacaba ni la madre que lo parió. Habían matado a Salvochea y ahora lo iban a matar a él. Se volvió hacia el cuerpo del alcalde. Ojalá lo enterrasen por lo menos.

Se quedó boquiabierto.

El cuerpo de Salvochea no estaba allí.

Un bramido resonó en todo el anfiteatro.

Pitiminí alzó los brazos. Había una figura encaramada a su espalda. Uno de los moros estaba tirado en el suelo. La cadena que debía de sujetar rodeaba el cuello del monstruo, y Salvochea la agarraba. Clavó los tacones de las botas en los hombros de Pitiminí y tiró con todas sus fuerzas. El mastodonte se revolvió. Rugía y gritaba y lloraba y volvía a rugir. Un puño grande como la cabeza de un toro impactó en el pecho de un moro y lo envió volando por los aires. Otros dos empezaron a apuñalar a la bestia en las piernas. Un tercero intentó trepar por su espalda para detener a Salvochea. El alcalde se retrepó al hombro derecho de Pitiminí, y afianzó la cadena en un brazo con dos vueltas. Estiró la mano libre hacia el rostro del mastodonte. De un tirón, arrancó la argolla dorada que le colgaba de la nariz. Un chorretón de sangre se derramó sobre el albero. Pitiminí chilló como un recién nacido, pero la presión de la cadena en su cuello cortó el grito de cuajo.

—¡Haced algo! —aulló Liérganes—. ¡Que lo va a matar!

Salvochea arqueó la espalda y clavó la punta de la argolla ensangrentada en la barriga del moro que intentaba alcanzarle. Éste cayó al suelo agarrándose la herida. Pitiminí se había convertido en un huracán enloquecido de brazos y puños. La sangre lo empapaba y regaba todo alrededor. Los ojos desorbitados, la boca torcida, una lengua espesa y violeta colgando entre sus colmillos de jabalí. Salvochea sudaba, los labios apretados, las gafas descolocadas en el rostro hinchado y violáceo del puñetazo que se había llevado. Todo debía de estar pasando muy rápido, pero parecía durar horas. Juaíco se apretó contra los barrotes. Hasta esa loca que se creía María Moco guardaba silencio.

Pitiminí no aguantaba más. Hincó una rodilla y Salvochea dejó caer la argolla. Sujetó la cadena con ambas manos. Afianzó los pies y estiró todo lo que pudo. El monstruo ya no era capaz de ver. Los brazos cayeron al costado. Se rindió. El cuerpo golpeó el albero como un saco lleno de atunes. Se levantó una nube de polvo. Cuando se despejó, Salvochea estaba de pie sobre su espalda. Resollaba, pero seguía entero.

La luz de las antorchas destelló en sus gafas.

—¿Te lo dejo aquí mismo? —preguntó, dirigiéndose a Liérganes.

Tres de los moros seguían en pie. Lo rodearon.

—Qué hijo de puta eres, alacrán. Te juro por mis muertos que como lo hayas matado...

—No lo he matado. Lo he dormido. En cinco o diez minutos va a estar despierto y muy enfadado. Pero para entonces el barbero y yo estaremos lejos de aquí. ¿O no vas a cumplir tu palabra?

Desde donde estaba, Juaíco vio cómo Liérganes le enseñaba a Salvochea una ristra de dientes torcidos y amarillos. El alcalde dejó caer la cadena. Bajó de un salto del cuerpo de Pitiminí.

—Abrid la jaula —dijo el rey de los contrabandistas—. Que se larguen de aquí.

—No se te olvide la tijera.

Liérganes soltó un rugido de león marino. Su brazo se movió. Rápido, muy rápido. La media tijera voló de sus dedos directa al corazón de Salvochea.

—¡Cuida...! —empezó a decir Juaíco.

El alcalde la agarró en el aire.

Meneó la cabeza.

—Muy bajo. Hasta para ti, Liérganes.

El alcalde pasó junto a los moros, haciendo ademán de quitarse el polvo del hombro.

—Con permiso.

Cuando le abrieron la jaula, Juaíco salió, imitando el gesto de Salvochea.

—Anda que no has tenido suerte ni nada, subnormal —dijo la loca—. Esto no lo había visto María Moco desde aquella vez que Godoy vino de visita protocolaria a Cádiz.

—Vámonos, Juan —le dijo el alcalde—, que como ese bicharraco se despierte y me arree otro bofetón, de ése no me levanta ni mi padre.

Juaíco no necesitó más para convencerse. Echó a andar detrás de él.

El teatro romano de Cádiz, hogar de contrabandistas, mendigos, filibusteros y piratas, quedó en silencio a su paso.

Amanecía. La claridad se insinuaba por encima del muelle pesquero. Desde allí arriba, Cádiz se veía blanca y despejada. Era cierto que parecía un relicario, las casas arracimadas unas junto a otras hacían pensar en cuentas de nácar. Las torres vigía de las familias mercantes, casi doscientas, pronto resplandecerían bajo el sol de marzo. Juaíco y Salvochea estaban sentados en el lavadero del tejado de una casa en el barrio de Santa Cruz. A su espalda, la brisa mecía la ropa tendida en un cordel.

Habían salido a la superficie por una abertura en la esquina de la calle del Carmen con Veá Murguía. La abertura estaba disimulada a los pies de la efigie de una sirena. Una mujer pez. Juaíco habría pasado mil veces por allí, pero ahora reconoció la figura. No se iba a olvidar jamás de esta noche. No había dicho ni media desde que abandonaron el teatro romano. Salvochea, el labio hinchado y una mancha violácea en la mandíbula, había respetado ese silencio.

Y fue ahora, sentado en el poyete mientras irrumpía el alba, tan indiferente y tan marinera, cuando Juaíco lo rompió:

—Una mujer degollada en la bañera.

Oyó su propia voz amortiguada, como si estuviera bajo el agua. Salvochea asintió. Las gafas ahumadas reflejaban la claridad que asomaba.

—Sin rastro de sangre —prosiguió el barbero—. Monstruos que te asaltan en callejones. Catacumbas. El teatro romano. Contrabandistas. Moros asesinos. Un hombre pez. Una tijera que perteneció a su esposa. Un gigante de seis brazos.

—Pues sí.

—¿Qué está pasando aquí, señor alcalde?

—Está claro que usted no va a llamarme Fermín, ¿verdad?

—¿Me va a decir qué es todo esto?

Salvochea hizo un gesto con el mentón, a ese cielo cada vez más anaranjado.

—Esto es Cádiz, Juan. Una ciudad coqueta, pequeña, con un pasado glorioso pero cada vez más empobrecida. Cada vez más insignificante para lo que sea que hoy llamamos España.

«Ojú —pensó Juaíco—. Ahora me va a soltar una lección de historia».

—Pero esto es sólo una parte. Hay otro Cádiz escondido. Oculto a la vista de todos, desde el bedel del Ayuntamiento a esa señora ciega que ha venido esta mañana. Ese otro Cádiz es antiguo, Juan. Y como todas las cosas que llevan mucho tiempo en el mundo, es peligroso.

El barbero asintió. Vaya si era peligroso.

—Algo está pasando en ese Cádiz oculto. Aún no sé muy bien qué es, pero creo que tiene que ver con el asesinato de Calvario Soto. Y sobre todo con la media tijera de marras.

—¿Y por qué no se encarga la policía?

Salvochea ensayó una media sonrisa. Con la cara tan hinchada le quedó fatal.

—¿Qué policía? Están de huelga, Juan. Como medio Ayuntamiento. Nadie nos quiere aquí.

—Pues menos mal que ha ganado las elecciones.

—Pues eso digo yo. Somos un pueblo curioso. A veces pienso que los gaditanos eligen a sus gobernantes para poder tener una excusa, una figura a la que echarle la culpa de una miseria de la que no quieren salir.

—Usted no es un mal gobernante, señor alcalde.

Él sonrió. Esta vez sí le salió el gesto, pero se notaba que le dolía.

—Eso está por ver, Juan. De todos modos, nadie va a encargarse del caso de Calvario Soto.

—Pues es una pena.

Guardaron silencio. El sol estaba a punto de salir.

Al cabo, Salvochea dijo:

—Esta ha sido la segunda vez que tengo que venir a sacarle las castañas del fuego en dos días. Algo me dice que no será la última. ¿No se puede estar usted quieto, Juan?

—Pero si yo no hago nada, señor alcalde.

—Para empezar, no respeta el toque de queda. ¿Le parece poco? —Juaíco no respondió—. Me da que le voy a tener que vigilar de cerca.

—Lo que usted diga, señor alcalde.

Pasaron varios segundos en los que sólo cambió la claridad del día que nacía mientras ellos conversaban. Entonces Salvochea dijo:

—¿Qué tiene esa media tijera que tanto interesa a los contrabandistas? ¿Por qué quería Calvario Soto que la tuviese doña Margarita López de Morla? ¿Qué tiene que ver una de las intelectuales más prestigiosas de Cádiz con una partera caída en desgracia?

—Yo todo eso se lo diría si lo supiera, señor alcalde. Pero sólo soy un mandado.

—Le voy a pedir una cosa más, Juan.

—Lo que usted mande.

—Mañana esmérese en el afeitado. Tenemos una visita formal.

—Lo que usted diga, señor al... ¿cómo que tenemos? ¿Yo también?

El sol rompió por la línea de los tejados.

V Investigadores
29 de septiembre de 1907

1

La mañana estaba soleada pero fresca. Las nubes que lloraron la muerte de Salvochea se habían ido a llorar al siguiente, dejando la ciudad convertida en un arabesco de relente y alientos ateridos. Un sol paliducho brillaba con desgana sin llegar a calentar. Cádiz entera bullía de cuchicheos. Los pescaderos lo comentaban en el Mercado de Abastos mientras encandilaban a las marujas con filigranas de ventrecha. Las violeteras hacían confidencias a sus clientes, volaban los rumores sobre el cuerpo de Salvochea.

Santiago Ojeda pensaba en aquellas habladurías mientras subía por el Corralón de los Carros. Según la cerillera a la que le había comprado picadura de tabaco en la plaza del Palillero, el cuerpo del alcalde lo habían robado los del teatro de Edgardo Poe. Ojeda meneó la cabeza con una media sonrisa. Cádiz nunca aprendería. Para ser un rinconcito en el que no pasaba nada, los chismes se multiplicaban como si fuera el centro de Londres. O quizá precisamente por eso.

Llegó a las puertas del Hospicio. Se abotonó el abrigo hasta arriba y comprobó que los bigotes aceitados estuvieran impecables. Le gustaba causar buena impresión, le daba seriedad a su oficio y compensaba la vergüenza que le causaban aquellas entradas cada vez más amplias en su frente. Apretó el maletín en la mano izquierda y enfiló hacia la puerta. Arrió dos golpetazos con el llamador; quiso pensar que con energía. La puerta se abrió y asomó la cara de una monjita. Él le mostró una sonrisa de mofletes rojizos.

—Soy el doctor Ojeda. Me han dicho que me necesitan.

2

—La carta de Pablo a los efesios dice: «Airaos, pero no pequéis. No se ponga el sol sobre vuestro enojo».

La iglesia de la Merced estaba de bote en bote aquel domingo. La muerte de Salvochea había avivado las ganas de religión de la gente, mientras que la desaparición de su cadáver había despertado su curiosidad.

—Seis brazos, nada menos.

Sebastián y el Pani cuchicheaban en una de las últimas filas. A la izquierda de Sebastián, su madre atendía a las palabras del padre Recaredo. Padre, en cambio, daba cabezadas cada pocos segundos; su barbilla descendía con parsimonia hacia su pecho, hasta que el codo de Madre le hurgaba entre las costillas.

A la derecha de Sebastián se sentaba el Pani. Junto a él, era su madre quien dormitaba. El padre del Pani, muy tieso, la mandíbula hacia fuera y las manos cerradas en un gesto más agreste que devoto, hincaba las rodillas. La hinchazón en la cara de la madre del Pani había bajado bastante, pero era imposible no verla. Y sin embargo, todo el mundo lo conseguía de algún modo.

—Seis brazos —repitió el Pani.

—¿Qué quieres que te diga? Es lo que me contó.

—¿Y qué más te contó?

—Chitón —advirtió Madre.

Sebastián susurró:

—Mira, yo tampoco me lo creo. Por lo menos no del todo.

—¿No del todo? —cuchicheó el Pani—. ¿Y qué parte te crees, picha? ¿María Moco? ¿El circo romano? ¿Contrabandistas que se pelean por media tijera?

—Ya, ya lo sé. —Sebastián hundió el mentón en el pecho. Por eso no vio al Pani sonreír.

—¡Me encanta! ¿Cuándo empezamos?

—¿Empezamos con qué?

El padre del Pani pasó el brazo por encima de su mujer y le metió un [cate](#) a su hijo. No necesitó miradas ni amenazas. El Pani bajó la vista y juntó las manos, la estampa misma de la piedad cristiana.

—Es fácil dejarse llevar por la ira y buscar venganza —decía el padre Recaredo—. Ayer sucedió un hecho muy grave: el cuerpo de nuestro hermano Fermín Salvochea desapareció de su descanso eterno. Tenemos que hacer lo posible por perdonar, por hacer entender a la persona que haya arrebatado los restos de nuestro hermano Fermín Salvochea que aún está a tiempo de dar marcha atrás, y...

—... y cuando el Cordero abrió el Sexto Sello, oí y hubo un gran terremoto. El sol se volvió negro como pelo de cabra y la luna se convirtió en sangre. Las estrellas cayeron. Los árboles ardieron. La Ramera de Babilonia montó una bestia con siete cabezas, y en cada cabeza diez cuernos, y en cada cuerno siete diademas con un

nombre. Y ese nombre era Condenación.

El padre Abel estudió a su congregación. Apenas cabían todos en la capilla del Hospicio. Los ancianos y ancianas clavaban la mirada en el suelo. Las monjas seguían sus palabras con gesto arrebatado. Y los más jóvenes, sentados al frente, estaban aterrorizados. El padre Abel no pudo evitar que media sonrisa asomase a su rostro. Se apresuró a borrarla.

—Condenación —prosiguió—. Eso es lo que significa el infierno. Y eso es lo que les espera a los que anoche robaron el cuerpo de nuestro hermano Fermín Salvochea. Condenación eterna. Fuego. Llamas. Sangre. Dolor. —Dio un manotazo sobre las sagradas escrituras—. ¡Por toda la eternidad!

Varios dieron un respingo.

—Seguro que no lo han robado —susurró Candela. La pierna buena le dolía una barbaridad de estar arrodillada. La otra pierna estaba muda, como siempre, pero empezaba a notar un entumecimiento familiar en la cadera, donde la sensibilidad volvía a su cuerpo.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó Julieta junto a ella.

Intentaban no alzar la voz, aunque tanto daba; las beatas estaban tan ensimismadas con la homilía que apenas prestaban atención a nada más. Pero el padre Abel era harina de otro costal. No se le escapaba una.

Candela se inclinó un poco hacia Julieta.

—Ha vuelto.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Salvochea. Ha vuelto del patio de las malvas.

—¿Tú crees? —preguntó Sebastián.

—Vaya si lo creo —dijo el Pani—. ¿No estabas ayer en el circo de Edgardo Poe? Esas cosas pasan. Hay muertos que vuelven.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sebastián.

—Por una maldición —le dijo Candela a Julieta—. O yo qué sé. Porque tienen que terminar con algo que han dejado pendiente.

—¡... y fue arrojado a la tierra el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y engaña al mundo entero...!

—Además, da igual por qué —dijo Candela—. El caso es que tenemos que encontrarlo.

—¿Nosotros? —preguntó Sebastián.

—Nosotros —dijo el Pani—. ¿Quién si no?

—A lo mejor quiere que lo dejemos en paz... —dijo Julieta.

—Pues no vengas —zanjó Candela.

—¿Adónde? —preguntó Sebastián.

—Primero —dijo el Pani—, a la Plaza de Toros.

—¿Y qué vamos a hacer allí? —preguntó Julieta.

—¿Qué va a ser? —replicó Candela—. Lo que hacen los investigadores de lo

oculto.

—Lo que haría Edgardo Poe —concluyó el Pani—: investigar.

Ambos se miraron.

—Tenemos que avisar a las niñas.

El padre Recaredo concluía su homilía:

—... perdonaos los unos a los otros como Dios también os perdonó en Cristo, y no deis lugar al Diablo.

Ambas se miraron.

—Tenemos que avisar a los niños.

El padre Abel concluía su homilía:

—¡Y los muertos se levantarán de sus tumbas!

3

La fila daba dos vueltas al patio del Hospicio. Habían improvisado un par de sillas y dos mesas. El doctor Ojeda iba atendiendo a los niños uno a uno, les auscultaba, les oía el pecho con un aparato frío, frío, les husmeaba dentro de la boca. La mañana seguía destemplada. Los más chicos jugaban a soltar el vaho y hacer como que fumaban.

—Qué frío —se quejó Julieta.

—No es frío —respondió Candela—, es humedad.

Las monjas paseaban por la fila, atentas a que nadie hiciera majaderías. Ellas llevaban guantes y bufandas, los niños no. El padre Abel los observaba desde la ventana de su despacho.

—Ojalá se caiga y se abra la cabeza —murmuró Candela.

—¿Por qué le tenéis todos tanta tirria? —preguntó Julieta.

—Da igual. A ver si acabamos ligerito y podemos escaquearnos.

Les llegó el turno. Sor Manuela hizo una seña a Candela. Ella se adelantó. El doctor Ojeda la esperaba sentado junto a la mesa. Era un hombre viejo, lo menos cuarenta años. Se estaba quedando calvo. Tenía la nariz enrojecida, los hombros hundidos, una barba fina y descuidada. Pero había calor en sus ojos. A su lado, sor Inés le asistía, parapetada tras un delantal blanco.

—Buenos días —la saludó el doctor, y le tendió la mano—. ¿Cómo te llamas?

—Se llama Candela —se apresuró a decir sor Inés.

—Hermana, déjeme hablar con los niños. —Se volvió hacia ella—. Candela, ¿no? ¿Cómo te encuentras, Candela?

—Yo, bien, ¿y usted?

El doctor Ojeda sonrió.

—Eres muy educada.

—Es una de las más difíciles —intercedió sor Inés—. Muy conflictiva.

El doctor le echó una mirada de disgusto. Volvió a centrarse en Candela. Le palpó las costillas, le puso la mano en la espalda, le pidió que tosiera.

—¿Cuántos años tienes, Candela?

—Trece.

—Trece. —Anotó en un cuadernillo. Su ceño se frunció cuando echó un vistazo al arnés de su pierna—. Esa prótesis está un poco vieja, ¿no, Candela? Habría que revisarla. ¿Puedes apoyar la pierna sin ella?

—¿Cómo va a poder apoyarla? Es coja, ¿no lo ve?

—Hermana, nadie está hablando con usted. Dime, Candela, ¿puedes?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y cómo vamos de alimentación? ¿Comes bien?

—Como aquí.

Esta vez el doctor soltó una risotada.

—Ya le dije que es conflictiva.

—Hermana —exclamó, y al instante moderó el tono—. Me está entrando frío. Hágame el favor de ir a buscarme una infusión o un caldo.

—¿Una infusión o un caldo?

—Lo que sea. Basta con que se quite de mi vista un rato, así que tráigame lo que más tarde en estar listo.

Sor Inés se quedó traspuesta. Candela rió por lo bajini. Cuando la beata se alejó, muy pálida y rígida, Ojeda se volvió hacia Candela.

—¿Son siempre así?

—Ojalá. Son peores.

El médico volvió a sonreír, pero Candela supo ver una nube de preocupación cubriendo su rostro.

—Vas a tener que venir algún día a mi consulta a que te mire esa pierna con más calma. Está en la calle San Francisco, en el número cuatro.

—¿Por qué está usted aquí?

—Un par de compañeros tuyos se han puesto malos. Tienen vómitos, fiebre y un par de cosas más. Los hemos puesto en cuarentena. ¿Sabes lo que es cuarentena? —Candela negó con la cabeza, demasiado amedrentada para decir que las palabras largas nunca eran buenas—. Significa que los hemos puesto en un dormitorio y no vamos a dejar entrar a nadie más hasta que se curen.

—Entonces pueden curarse.

—Conflictiva no sé, pero lista sí que eres, ¿eh?

—¿Usted cree en fantasmas? —preguntó Candela a bocajarro—. ¿En muertos que se levantan de sus tumbas?

El doctor Ojeda se quedó un momento perplejo. Sacudió la cabeza.

—El padre Abel debería tener más cuidado con los sermones que os da. No, Candela, no creo ni en fantasmas ni en nada parecido. Y no creo porque los fantasmas no existen. Existen los hombres y las mujeres, y algunos son buenos y otros malos.

—¿Y entonces dónde está el alcalde?

Él asintió, comprendiendo. Adoptó un tono de confidencia:

—Dondequiera que esté, no se ha levantado de ningún sitio. Yo mismo me encargué de examinar el cadáver, y te puedo asegurar que está bien muerto. —Miró por encima del hombro—. Ahí vuelve la gallina vieja. Y ésta no da caldo ni da *na*.

Candela sonrió. Sor Inés llegó hasta ellos con una taza de latón llena de un líquido humeante.

—Si está corto de azúcar, dígamelo y le echo más.

—Me da igual el azúcar, me lo voy a echar por la espalda. —Candela se echó a reír. El doctor le guiñó un ojo. Le enseñó el instrumento metálico con el que oía dentro de las personas—. Anda, Candela, desabróchate la parte de arriba. Vamos a ver qué tienes ahí dentro. Que no te dé miedo, no hace daño.

—A mí no me da miedo nada.

—Eso me parecía.
Eché vaho sobre el cacharro y se lo colocó en el pecho.
Candela soltó un grito.

Los cuatro se habían encontrado a los pies de la Conejera, pero aquel día no habían entrado. En lugar de eso, fueron hasta la entrada del Campo del Sur. Por el camino, Sebastián les relató la historia de Padre. Desde la pareja de sombras hasta el cadáver de Calvario Soto en el Pay Pay, desde la media tijera que doña Ágata le dio a su padre hasta el gigante de seis brazos en el teatro romano. Lo que no mencionó fue el reloj con el alacrán grabado.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Candela cuando Sebastián terminó de hablar.

—Pues que se quedó dormido, como siempre.

Candela le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Seguro que tu padre sabe por qué Bigote ha vuelto de entre los muertos!

—No sabemos si ha vuelto de entre los muertos.

—No lo sabemos —intervino el Pani—, pero lo vamos a saber. Tenemos que encontrarlo.

Se detuvieron delante de la carpa. Las gotas de un rocío tardío y remolón se condensaban sobre la lona como si fueran sudor. Los carromatos a su lado podrían haber sido bestias durmientes. La tierra estaba revuelta a causa del temporal y la cantidad de gente que había pasado por el teatro la noche anterior.

—Necesitamos a alguien que sepa de muertos que vuelven de sus tumbas —anunció Candela.

—Alguien que nos enseñe —apostilló el Pani.

Un total de tres carromatos se disponían en línea a pocos metros de la carpa. Dos de ellos eran marrones y anodinos. El tercero, en el centro, estaba pintado de negro. Letras rojas, sangrantes, anunciaban el nombre de su ocupante: EDGARDO A. POE, INVESTIGADOR DE LO OCULTO.

—¿Cómo entramos? —preguntó Julieta.

—Pues muy fácil —contestó Candela—. Llamando.

El viento jugaba con un panfleto arrugado que anunciaba el espectáculo. Sebastián y el Pani se miraron. De pronto aquello no parecía tan buena idea. Candela los vio venir de lejos.

—Sois unos caguetas.

Se plantó delante de la puerta y dio varios golpes con los nudillos. No pasó nada. Llamó de nuevo. Silencio. Se volvió hacia ellos.

—Lo mismo ni están.

La puerta se abrió. Candela dio un respingo. Por la abertura salió una vaharada de olor turbio y dulzón. Se asomó una mujer pelirroja con marcas oscuras de maquillaje corrido por la cara. Sus ojos enrojecidos se entrecerraron al posarse sobre ellos. Era la misma mujer de busto generoso que le había dado el panfleto a Sebastián hacía dos días.

—¿Qué queréis?

—Venimos a ver a don Edgardo A. Poe —anunció Candela. Querría haber sonado segura y autoritaria, adulta. El tono de voz que impresionase al doctor Ojeda si volvía a auscultarla. Tampoco es que le saliera muy bien.

La mujer soltó un bufido cargado de sorna.

—Idos a molestar a otro lado.

Volvió a sumergirse en las sombras del interior. La puerta se cerraba cuando el Pani saltó:

—¡Soy el niño al que salvó del orangután ayer por la mañana! ¡Déjenos hablar con él, por favor!

La puerta volvió a entornarse. La mujer asomó otra vez la cabeza. Les estudió con gesto contrariado.

—Esperad aquí.

Ahora sí, cerró de un portazo. Pasaron los segundos, que se convirtieron en minutos.

—Nos ha dado largas —comentó Sebastián.

—Nos ha dicho que esperemos aquí —protestó Candela—. Aquí nos quedamos hasta que abra.

No había terminado de hablar cuando la puerta se abrió del todo. La mujer pelirroja se asomó y les hizo un gesto.

—Pasad.

El interior del carromato era espacioso. Una cortinilla roja lo dividía en dos. La parte delantera les sorprendió por su cotidianeidad. Quizá se habían imaginado un sepulcro con un ataúd, pero lo que había era una mesita en la que se amontonaban varias tazas vacías y platos con rastros de migas, un infiernillo, un tendedero improvisado en un caballete, un perchero del que colgaban varios abrigos y un butacón. Después de todo, la casa de Edgardo A. Poe se parecía a cualquier casa.

—Bienvenidos.

La cortinilla se abrió y dejó pasar al mismo hombre de mediana edad, orondo y paliducho que habían visto el día anterior en la representación. Iba todo despeinado y se cubría con una bata morada. Tomó asiento en el butacón y los estudió con detenimiento. La mujer que les había abierto se arrebujaba en un camisón detrás de ellos. Sus carnes abundantes y medio expuestas ruborizaron a Sebastián. De pronto el carromato ya no le pareció tan amplio. «Si quisieran hacernos algo, nadie sabe que estamos aquí».

—Queréis hablar con mí. ¿Qué puedo hacer para vosotros?

Su forma de hablar les desconcertó. Ayer por la noche no les había parecido un [guachisnáí](#). Quizás era porque lo que contaba en el teatro se lo tenía aprendido de memoria. Candela se adelantó.

—Estamos buscando a un muerto que ha vuelto de la tumba.

La mujer, a su espalda, soltó un resoplido.

—Estos rapaces se debieron de colar ayer en el teatro, Edgardo.

Edgardo Poe se restregó las manos para hacerlas entrar en calor. Se inclinó hacia ellos.

—¿Es cierto? ¿Colasteis ayer en mi teatro? ¿Veis cosas que hacen malos sueños?

Candela negó con la cabeza.

—No, no, no. Bueno, sí. Ayer vimos el teatro.

—Colasteis.

—Usted me dio dos entradas —terció el Pani—. Me salvó del orangután.

Poe entornó los ojos y se echó hacia atrás.

—Si, tú eres el chico desde ayer. Fuiste al teatro y soñaste. La imaginación es un arma muy... ¿cómo se dice?

—Poderosa —apuntó la mujer.

—Señor Poe —dijo Sebastián—. Hace dos días murió un hombre. Su cuerpo ha desaparecido. Mi padre... mi padre lo conocía. Creemos que este hombre ha vuelto de la tumba y queremos encontrarlo. Pensábamos que usted nos creería. Usted dijo ayer que ha visto el más allá.

Poe apretó los labios. Su mirada pasó por encima de ellos y fue a cruzarse con la de la mujer pelirroja.

—Mirad, niños —empezó a decir...

—Por supuesto que el señor Poe ha visto el más allá —le interrumpió la mujer—. Se ha enfrentado muchísimas veces a muertos que se levantan. Explícaselo, Edgardo. Él la miró, las cejas alzadas.

—¿Crees... crees que es... prudente, Leonor?

—Que se lo expliques.

Poe se pasó la mano por la cara. Sudaba. La poca luz que dejaban pasar las cortinas resaltaba la palidez de su cara.

—Todo es cierto. Los muertos vuelven de la tumba. Esconden en sitios sin luz de sol, como sótanos. No tienen imagen en los espejos. A veces vuelven porque tienen asuntos pendientes. Otras, por venganza.

—Pero ¿venganza contra quién? —preguntó Candela—. ¿Por qué?

Poe se encogió de hombros.

—Imposible decir. No hay dos iguales.

—¿Y cómo los matamos? —quiso saber el Pani.

Poe unió los índices delante del rostro. Se acarició la perilla.

—La plata les daña, también estacas de madera en el corazón. Son... ¿cómo se dice?... ¿alergia?... alergia al ajo. Las cruces a veces asustan a ellos.

—¿Cómo que a veces? —preguntó Julieta.

—Símbolos de poder —dijo Poe—. Si crees en la cruz, usas la cruz. En Egipto usan el *anj*, los judíos usan el *maguén david*, los otomanos usan la media luna. Lo que asusta a ellos no es el símbolo, pero la... fe. ¿Se dice fe?

—¿Y salen de noche? —preguntó Sebastián.

—Sólo de noche. Su poder viene de la luna. Cuando la luna es llena, viene su hora. Muy peligrosos. —Miró a la mujer—. ¿Peligrosos? ¿Sí?

Ella asintió.

—Señor Poe —dijo Sebastián—, necesitamos su ayuda. Solos no podremos encontrar al muerto.

—Por supuesto —respondió él, y soltó una tos bronca y desagradable que les hizo arrugar la cara—. Podemos discutir honorarios.

—¿Honorarios?

El extranjero se frotó el dedo índice y pulgar delante de ellos. Idioma universal.

—No tenemos un real, señor Poe —admitió Sebastián.

—Pues entonces ya os estáis largando —saltó la tal Leonor—. Venga.

—Lo siento mucho —dijo Poe, mientras la mujer abría la puerta.

—¿No puede decirnos al menos cómo investigar? —preguntó Julieta, echando mano una vez más de su aspecto desvalido y de su voz angelical.

—Que arreéis he dicho —insistió la mujer.

Poe chasqueó la lengua. Contuvo a Leonor con un gesto.

—Tenéis que conocer al muerto. Saber dónde estaba, cómo murió, quién conocía a él. Dónde había estado.

—¿Vale quien reconoció el *cavaver*? —preguntó Candela.

—Sí, por ejemplo —concedió Poe.

—Entonces ya sabemos dónde empezar.

El guachisnái se reclinó en la butaca. Les mostró aquella sonrisa desmayada.

—Si vais investigar, preguntad a todo el mundo. Debéis saber qué pasó en las últimas horas del muerto. Por qué murió. Con quién tenía... asuntos. Cosas no terminadas.

—Eso haremos, señor Poe —dijo el Pani, resolute.

Edgardo Poe sonrió.

—Pequeños investigadores —dijo—. Eso sois. A investigar.

—Eso, más investigar y menos molestar —tradujo la mujer y los azuzó hacia la puerta.

—Una cosa más —dijo Poe antes de que salieran—. Tened mucho cuidado. Los muertos no son cosa de risa.

El doctor Ojeda arqueó la espalda. El cuello le dolía horrores. Se masajeó los ojos. Los quevedos le habían dejado una huella violácea en el puente de la nariz. En su escritorio se amontonaban varios volúmenes de anatomía y química que había tomado en préstamo de la facultad de medicina, junto a un microscopio de aspecto casi tan cansado como él mismo. Un quinqué iluminaba el cuadernillo en el que esbozaba filas de hormiguillas que alguien podría tomar por palabras. Sentía los dedos entumecidos de sostener la estilográfica.

A su lado había un armatoste de pinta aparatosa, una caja con varias bielas y reguladores rematada por un embudo dorado. Ojeda colocó un cilindro en el aparato, accionó la manivela y se colocó el embudo cerca de la boca. Carraspeó.

—El caso de los niños del Hospicio se revela intrigante. Lo que empezó como fatigas y fiebres localizadas en varios sujetos ha dado paso a algo peor. La avitaminosis está presente en todos ellos. Aparte de la fatiga y el letargo, la anemia es innegable, así como las pupas en brazos y piernas. Uno o dos casos evidencian encías hinchadas y ulcerosas, lo cual es aún más desconcertante. Si no fuera porque yo mismo he comprobado las condiciones alimenticias del Hospicio, diría que padecen... diría que padecen de escorbuto.

Sonaron varios golpes en la puerta. Ojeda consultó el reloj. Raro. A esa hora no solía venir nadie por la consulta. Consultó la agenda. Vacía como siempre. Algún día tendría suficiente dinero para contratar un asistente que le llevase las citas.

Se levantó. Las rodillas le crujieron. Meneó la cabeza. Apenas rebasaba los cuarenta años y se estaba haciendo viejo a marchas forzadas. Lo que más le mortificaba era la alopecia. En breve tendría que empezar a llevar bisoñé. Quería retrasar el momento tanto como pudiera, pero era consciente de que, cuanto más esperase, más abrupto sería el cambio. Sus pacientes verían de pronto una vigorosa cabellera donde antes sólo quedaban un par de rastrojos castaños.

Con estas cavilaciones, fue hacia la puerta y abrió.

—Doctor Ojeda, necesitamos su ayuda.

Al otro lado de la puerta estaba la niña del arnés que había tratado aquella misma mañana en el Hospicio. La acompañaban tres chavales más; uno pelirrojo, una rubia y otro moreno, a cuál más sucio y desnutrido. La niña rubia llevaba el mismo uniforme que Candela.

—¿Vosotras no deberíais estar en el Hospicio? —Candela bajó la vista. Los demás la imitaron—. Anda, pasad.

Los sentó a todos en la otomana de su despacho. Les sirvió un té templado y algunas pastas que empezaban a ponerse rancias. Ellos se apretujaron unos junto a otros, sosteniendo sus tacitas de porcelana, no muy seguros de qué hacer con ellas.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Estamos buscando a Fermín Salvochea, doctor Ojeda.

El médico arrugó el ceño.

—Candela, ¿qué te dije esta mañana sobre no dejarse impresionar por los sermones del padre Abel? Los muertos no se levantan de sus tumbas. Punto.

—Entonces, ¿lo que dice la Biblia es mentira? —preguntó la niña rubia.

Ojeda se acarició los bordes de la perilla. Los emolumentos del Hospicio suponían gran parte de su capital. No quería enfrentarse a la ira del padre Abel por meterles a las niñas ideas extrañas en la cabeza. Con algo de suerte, algún día la vida se encargaría de enseñarles lo poco que el Dios que predicaba el padre Abel se involucraba en el mundo. Él, desde luego, no pensaba hacerlo. Eligió las palabras con cuidado.

—No es cuestión de mentira o verdad. Lo que el padre Abel cuenta sirve para reflexionar. Sus sermones tienen que ver con la interpretación de un libro que se escribió hace mucho tiempo. Yo os hablo de hechos. Y el hecho es que cuando uno se muere, muerto se queda.

—Pero el cuerpo de Salvochea ha desaparecido —interrumpió el chaval moreno—. ¿Usted qué cree que ha pasado?

—Lo que no creo es que haya salido andando. Tenéis que dejar de pensar esas cosas.

El chico lo atravesó con unos ojos negros y penetrantes. Algún día no muy lejano haría suspirar a numerosas muchachas; quizás a alguna de las que se apretaban junto a él en la otomana.

—No ha contestado —se limitó a decir.

Y tenía razón. Ojeda se dio cuenta de que había caído en un típico error de adulto: confundir infancia, o adolescencia en este caso, con simpleza. Intentó otra estrategia.

—Aunque fuera cierto lo que decís, que no lo es, una persona que vuelve de entre los muertos sería algo muy peligroso, ¿me equivoco?

Las dos muchachas negaron, ellos dos asintieron. No, no se equivocaba; sí, sería peligroso. Cada uno le daba la razón a su manera.

—Entonces, ¿no sería lo más prudente alejarse de esa persona? ¿Por qué queréis encontrarlo?

El pelirrojo y las dos niñas se giraron hacia el niño moreno. De algún modo, le correspondía a él contestar a esa pregunta. Ojeda cada vez estaba más intrigado con aquel estrambótico grupito. Él abrió la boca para responder.

—Es mi abuelo. —La muchacha rubia se adelantó.

Los demás abrieron mucho los ojos. Ella se hurgó bajo el uniforme y sacó un reloj de aspecto gastado con un alacrán grabado en el reverso. Lo sostuvo en mitad de la estancia en penumbra. De pronto al doctor le pareció atisbar en ese gesto a la mujer en que estaba a punto de convertirse.

—Este reloj le perteneció.

—Sabía que tenías una historia que contar —dijo el pelirrojo.

—¿Eso es cierto? —preguntó Ojeda.

La muchacha asintió.

—Mi madre era hija de Fermín Salvochea. Le dieron unas fiebres y murió hace una semana. Unos hombres me trajeron a Cádiz, a casa de mi abuelo. Llegamos aquí y nos enteramos de que había muerto. No sabían qué hacer conmigo, así que me dejaron en el Hospicio. Lo único que me queda es este reloj.

—¿Y tu padre? —balbuceó Ojeda.

La niña se limitó a negar con la cabeza.

—Nadie me quiere.

Candela le pasó un brazo por encima del hombro. El doctor carraspeó. Los cuatro chavales esperaban su reacción, entreverados en su historia de fantasmas. Pensó que aquello no era un simple juego para ellos. Su niñez estaba a punto de acabarse. Quizás aquella fuera la última aventura que vivirían como auténticos niños, antes de que la vida resquebrajase su imaginación.

Qué demonios.

—Me mandaron llamar cuando lo encontraron —dijo—. Yo certifiqué su muerte.

Los niños se inclinaron hacia él.

—¿Fue usted a su casa? —preguntó Candela.

Ojeda torció el gesto.

—En realidad no fue en su casa.

—¡Anda! ¿Y dónde fue?

—Si os lo digo, ¿prometéis no decírselo a nadie?

Asintieron a la vez. Ojeda estuvo seguro de que contarle sería lo primero que harían, pero ya no había vuelta atrás.

—Salvochea murió en otro sitio. Lo trasladamos a su casa por una cuestión de decoro.

—¿Qué es decoro? —preguntó el pelirrojo.

—Para no quedar mal —tradujo el moreno—. ¿Dónde estaba Salvochea?

—En un sitio de mayores.

—¿Dónde?

—Si os lo digo, tenéis que prometerme no acercaros por allí.

De nuevo un enérgico asentimiento. De nuevo, Ojeda estuvo seguro de que no le harían caso. Qué más daba, lo más seguro era que los echaran a patadas en cuanto llamaran a la puerta, como tenía que haber hecho él mismo. Se inclinó hacia ellos.

—Se llama Salón de Té Pay-Pay.

—¿Por qué no nos lo contaste desde el principio? —preguntó el Pani.

Julieta guardó silencio. Llevaban ya un rato largo plantados en la misma esquina de la calle del Mesón. Habían llamado a la puerta del Pay-Pay, pero nadie les había abierto, así que decidieron montar guardia hasta que vieran a alguien entrar o salir. Las horas pasaban lentas, el día se espesaba.

—Tenías que habérselo contado, chocho —volvió a la carga el Pani.

—¿La quieres dejar tranquila, *jartible*? —espetó Candela.

—¿Qué querías que te contase? —dijo Julieta—. Soy una huérfana. Como las otras.

—¿Conociste a Salvochea? —Julieta negó con la cabeza—. Pero si era tu abuelo.

—No soy hija legítima.

—¿Eso qué es?

—Que Salvochea no estaba casado —aclaró Sebastián, sin dejar de enguipar hacia la puerta del Pay-Pay, los ojos entrecerrados, rascándose la cicatriz en la ceja.

El Pani se encogió de hombros, como si esas palabras complicadas no fueran con él.

—Mi madre me habló de él antes de morir. Cuando me dio el reloj.

—¿Nos dejas verlo? —preguntó el pelirrojo.

Julieta se llevó la mano al pecho.

—No.

—Qué *malahe* tienes, rubia.

—Ya vale, Pani, haz el favor —pidió Sebastián desde la esquina.

La puerta del Pay-Pay se abrió. Se apretujaron todos en la esquina. Un hombre rubiasco y pecoso salió a la calle, se arrebujo en una chaquetilla y se colocó una gorra gastada y remendada. La puerta se cerró tras él. El hombre se alejó por la calle del Mesón hacia la cuesta de San Juan de Dios. Ninguno dijo ni pío. El Pani metió las manos en los bolsillos y clavó la vista en el suelo.

—¿Qué? —preguntó Julieta—. ¿Qué pasa?

—Era su padre —aclaró Sebastián—. El que acaba de salir. Era el padre del Pani.

—Vaya.

El pelirrojo se sopló el flequillo.

—Tampoco es que sea una sorpresa. Todo el mundo se va de putas.

—No digas eso, Pani.

—Déjame en paz.

Candela se asomó a la esquina, al lado de Sebastián.

—¿Qué vamos a hacer ahí dentro?

—Pues investigar.

—Pero ¿cómo? ¿Les preguntamos si han visto a Salvochea y listo?

—Yo qué sé. Algo se nos ocurrirá.

—¿Y si nos echan?

Sebastián se encogió de hombros. Le sonrió.

—Cualquiera te echa a ti con el geniecito que te gastas, Caraliendre.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Qué tontaina estás hecho, Carapesteño.

Sebastián volvió a centrar su atención en la puerta del Pay-Pay.

Se quedó rígido.

—Muerde lo que viene por ahí —cuchicheó Candela.

Una figura delgada y de aspecto frágil acababa de doblar la esquina de San Martín. Estaba cubierta por un hábito oscuro de la cabeza a los pies y una capucha le cubría el rostro. La figura llegó a la puerta del Pay-Pay. Llamó dos veces. La puerta se abrió. Si había alguien al otro lado, no cruzaron ni una palabra. La figura entró. Hubo un portazo.

Los cuatro se miraron entre sí.

—Es un fantasma —sentenció Sebastián.

—Es la monja que fue a ver a Salvochea al Ayuntamiento —aseguró Candela.

—¡Es el fantasma de la monja! —El Pani se sopló el flequillo hacia arriba.

—¿Y para qué ha entrado en el Pay-Pay? —preguntó Julieta.

Un hormigueo les recorría el estómago. Sebastián no podía creerlo, y al mismo tiempo quería hacerlo con toda su alma. Ayer por la noche habían visto a Edgardo Poe investigar crímenes y resolver misterios, y ahora lo estaban haciendo ellos mismos. Sebastián se imaginó contándoselo a Padre, ser él quien le explicase una historia para variar. Luego pensó en su mirada turbia y sus balbuceos de tajarina, y el amago de sonrisa que curvaba sus labios se desvaneció. Ya vería si se lo contaba o no. A quien no se lo contaría sería a Madre. Le daría un soponcio si supiera que su hijo estaba echando el dominguito persiguiendo a un muerto.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo—. Y ya sé cómo.

—¿Cómo? —preguntó Candela.

Sebastián señaló al primer piso del edificio.

Había un balcón abierto.

El salón podría haber parecido espacioso de no estar tan recargado. Una sucesión de cuadros con paisajes atiborraba las paredes estampadas de rojo. Tocadores, cómodas y aparadores se apelotonaban sin el menor sentido de la estética. En el centro de la estancia, una mujer muy entrada en carnes descansaba su voluminoso cuerpo sobre un sofá de dos plazas en el que apenas cabía. Las patas del mueble crujían, torturadas. Frente a ella, de pie, estaba la monja, ya fuera fantasma o no.

La enorme mujer se acomodó en el sofá entre resoplidos. Perlas de sudor relucían sobre su papada.

—Yo tampoco sé dónde está —dijo—. Y si te digo la verdad, ni ganas tengo de saberlo. Es un tajarina y un prenda. Hace mucho tiempo que no viene por aquí. Y mejor que no lo haga.

La luz entraba perezosa por el balcón entreabierto. Entre las rejas asomaba media cabeza del Pani. Se agarraba a los barrotes, los nudillos blancos. Abajo, sus tacones se clavaban casi con saña en los hombros de Sebastián. Candela y Julieta le sujetaban las pantorrillas para que no perdiese el equilibrio.

—Aligera, que me estás destrozando —susurró Sebastián.

Si el Pani le echó cuentas, no llegó a mostrar reacción alguna. El saloncito y la charla acaparaban su atención.

—Salvochea vino hace tres noches —decía ahora la mujer del sofá—. No lo había visto desde hacía años. Pero era difícil de olvidar, bien lo sabes tú. Lo vi viejo, viejísimo, pero con el mismo porte. El mismo gabán y las mismas gafitas.

Silencio. El Pani aguzó el oído. La monja debía de hablar muy bajito, porque no se enteraba de un carajo. La mujerona, en cambio, sí que la oía. Respondió con una risotada cargada de amargura:

—Quería bajar a las cuevas de María Moco.

—¡Ahí va! —soltó el Pani sin querer. Se cubrió la boca con las manos. Eso le hizo perder el equilibrio. Bailó sobre los hombros de Sebastián. En la calle, su amigo soltó un gemido. Las niñas apuntalaron su cuerpo. El pelirrojo echó mano de los barrotes como quien se lanza a estrangular a su víctima, asomándose con muchísimo cuidado. Ninguna de las dos mujeres en la estancia se había percatado de su presencia.

—No hubo quien le convenciera. Le despejamos la entrada del piano. —Ahí la voz de la mujer se quebró—. Tardó horas en salir, y casi mejor que no hubiera vuelto, de cómo estaba. Todo cubierto de sangre. Lo habían dejado hecho un Cristo. Y lo peor...

La mujer se detuvo. Sus ojos acuosos se alzaron hacia la monja. Por su expresión, el Pani pensó que atendía a lo que decía. Pero no se oía nada.

—No quiero saberlo. No me lo digas. Salvochea está muerto. Se murió aquí mismo en brazos del Goliath. Lo demás me da igual.

Otra réplica de silencio.

—Claro que lo recuperó. Al fin y al cabo, para eso vino, ¿verdad? Para salvaguardar el maldito secreto.

Una mano carnosa se alzó. Sostenía un libro encuadernado en cuero negro, sellado por una banda dorada. La beata lo cogió. Fuera lo que fuese lo que dijo, la mujer del sofá gimoteó:

—Espero que haya valido la pena. Un hombre bueno ha dado la vida por él.

Entonces el Pani cayó en la cuenta de algo.

—¡Psst! —le siseó a Sebastián—. ¿El Goliat no era el francés que le quería pegar a tu pa...?

No llegó a terminar la frase. Una mano enorme como un melón se cerró sobre su pierna. El pelirrojo soltó un grito. La mano lo puso bocabajo y lo zarandó. El estómago le dio un vuelco. Llegó a ver la otra mano agarrando a Sebastián. El brazo al que estaba pegada apretaba a Julieta contra el cuerpo de su dueño. Cabeza abajo, presa del mareo, el Pani vio a Candela libre, a pocos pasos de ellos. No sabría decir si tenía una expresión atemorizada o rabiosa. Candela giró sobre sus talones y echó a correr. Al quinto paso la pierna mala ya le había fallado y caía todo lo larga que era. Sus huesos dieron contra aquel cielo adoquinado que era la calle a los ojos del Pani. El gigante que lo sostenía por una pierna llegó hasta Candela de una zancada.

Y allí ya sí, el Pani no pudo aguantar más las ganas de vomitar.

El Goliat medía dos metros, tal y como Padre había dicho. Pero su cara estaba arrugada y sus hombros caídos como si soportase el peso de varios sacos de arena o varios años del mismo material. El gigantón estaba de brazos cruzados detrás de ellos. El salón principal del Pay-Pay se extendía a su alrededor. Los rodeaban cinco mujeres cubiertas por camisones transparentes que atraían las miradas del Pani y Sebastián como si de imanes se tratase. Frente a ellos, descansando sobre un butacón beis y apolillado, estaba la enorme mujer a la que el Pani había espiado desde el balcón.

Como si les hubiera leído la mente, la mujer dijo:

—Espiar a la gente es una cosa muy fea. ¿Ahora qué hago con ustedes, eh? ¿Llamo a la policía o a vuestros padres?

—Nosotras no tenemos padres —dijo Candela, desafiante.

—Mira la mediamierda esta, encima respondona —intentó inclinarse hacia ella, con pobres resultados—. Yo tenía un niño tan respondón como tú, ¿sabes? ¿Y a que no sabes qué le pasó? ¡Se lo comió un monstruo! ¡Ñam!

La mujer dio una palmada con las manos ahuecadas, como si fueran fauces. Aunque más tarde lo negaría por activa y por pasiva, Candela dio un respingo.

La mujer le hizo un gesto al Goliat. El gigantón se inclinó sobre ellos.

—Ahora mismito estáis contando lo que habéis escuchado —les dijo.

Sebastián alzó las cejas al oírle hablar. No tenía el menor acento; hablaba como si hubiera nacido en la calle Rosario.

—Usted no es francés —dijo, casi acusando.

—¿Qué dice éste? ¿Yo qué voy a ser francés, niño?

—¿Usted no es el Goliat? ¿El compañero del Arropía? ¿El que trabajaba para don Hipólito?

El ceño del bruto se frunció. Le echó una mirada a la mujer. Ella torció los labios, un gesto pequeñísimo dentro de la inmensidad de su rostro.

—¿Quiénes sois ustedes?

Entonces Sebastián cayó en la cuenta del pelo que la mujer se recogía en un tocado. Era pelirrojo.

—Mi padre es Juan Jiménez —dijo Sebastián—. Juaíco.

Ella dejó escapar una bocanada de aire. Hasta el Goliat retrocedió un paso.

—Te pareces mucho a tu padre —dijo la mujer.

—Usted es Luisa, ¿verdad? —Ella asintió—. No la había imaginado así.

—Es que antes yo no era así. —Hizo una pausa—. ¿Qué te ha contado tu padre?

—No lo sé. No sé qué es verdad y qué es mentira. —Señaló al Goliat—. Me dijo que él era francés y que no hablaba español. Y que lo acompañaba siempre un jorobado.

—Tu padre es un voltereta y un mentiroso —dijo ella—. Pero eso no quita que

nos estuvierais espiando. Os vamos a dejar marchar, pero si volvemos a veros por aquí, bien que os vais a acordar del día de hoy.

—No.

Era Candela quien había hablado. Se volvieron hacia ella.

—No. No nos vamos. Ustedes conocían a Salvochea. Tienen que ayudarnos a encontrarlo.

El hombretón soltó un resoplido.

—Salvochea está muerto.

El Pani entonces saltó del asiento.

—¡Las cuevas de María Moco! ¡Allí es donde fue! ¡Aquí dentro hay una entrada!

—Pero ¿qué decís? ¿Estáis majaras?

—Aquí dentro hay una entrada. Se lo estaba usted diciendo antes a la beata esa, que me he enterado. Salvochea bajó a buscar un libro negro, que se lo ha dado usted a la monja.

—Mirad, niños —barbotó Luisa—, no sé qué pamplinas tenéis en la cabeza. Pero más vale que olvidéis todo esto y os larguéis si no queréis que llame a la policía.

—Llámelos usted —se envalentonó el Pani—. Llámelos y les diremos que Salvochea murió aquí.

Luisa soltó un resoplido que quiso sonar despreocupado y se quedó a medio camino.

—¿Y quién os va a creer?

—A nosotros, nadie —intervino Candela—. Pero al doctor Ojeda sí le creerán. Querrán saber por qué no los avisaron. A lo mejor terminan cerrando el Pay-Pay.

Silencio. Era un órdago en toda regla, estaba clarísimo. Y sin embargo, silencio.

—¿Qué queréis?

—Déjenos bajar a las cuevas de María Moco —pidió Sebastián—. Sólo eso.

—No se lo diremos a nadie —aseguró el Pani.

Luisa se pasó la lengua por los labios.

—Ese sitio es muy peligroso. Nadie baja allí desde...

—Desde que murió Salvochea —cortó Sebastián—. Déjenos bajar y nadie sabrá que murió aquí.

Luisa le dedicó una mirada enconada.

—Eres hijo de tu padre, desde luego. Goliat, ábreles el hueco.

El gigante, que al final ni era francés, ni mudo, ni *na*, alzó las manos.

—Eso es una locura, Luisa. No irás a dejar...

—¿Quién es aquí la *madame*? Yo, ¿no? Por lo menos desde que falta doña Ágata. Pues si te digo que abras el hueco, lo abres.

El Goliat bajó la cabeza. Le dio un empujón al piano que descansaba junto a las escaleras. Las patas rechinaron contra el suelo. Había una trampilla en la pared detrás del cacharro. Luisa les hizo un gesto.

—Ya habéis oído cómo acabó el último que entró ahí dentro.

Candela bajó del diván de un salto. No lo dudó ni un segundo. Abrió la trampilla. Una corriente de aire maloliente se coló por el hueco. La lengua aserrada de unas escaleras bajaba hacia las tinieblas.

—Nosotros no seremos responsables de lo que os pase ahí abajo. Aquí nunca habéis estado.

—Lo que usted diga, señora —dijo el Pani—. ¿Hay luz abajo?

Luisa chasqueó la lengua.

—Encima me vais a costar el dinero —giró el voluminoso cuello hacia una de las chicas—. Anda, dadles lumbre a los renacuajos estos.

La chica encendió uno de los quinqués que tenían en un armarito y se lo tendió.

—¿Quién será el primero en bajar? —preguntó Luisa.

Ninguno contestó al principio. Por supuesto, fue Candela quien se adelantó:

—Sois todos unos caguetas. Venga esa lumbre.

—¿Seguro que queremos bajar ahí? —preguntó el Pani en la misma boca de la abertura.

Candela levantó el dedo. Julieta también.

—Ya, ya, carajo, ya —dijo el pelirrojo—. A ver si os vais a tomar un poquito de por culo ustedes y vuestra *dedocracia*.

Y así, uno tras otro, se metieron por la abertura que daba a las cuevas de María Moco, al hogar de los contrabandistas y los gigantes de seis brazos. Sebastián fue el último. Antes de entrar, se volvió hacia la Luisa.

—Señora.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Es verdad?

—¿Lo qué?

—Las cosas que cuenta mi padre. Salvochea. Los monstruos. Los contrabandistas. ¿Es verdad o es todo inventado?

Luisa meneó la cabeza.

—¿Tú qué prefieres creer?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ella le miró con compasión.

—A tu padre lo quise mucho, ¿sabes?

Él asintió. Le costó horrores decir lo que dijo a continuación.

—Mi padre a usted también.

Se introdujo por la abertura.

Luisa, el Goliat y sus prostitutas se quedaron en mitad del salón.

—¿Tú sabes quién era ese mico pelirrojo? —preguntó el forzudo.

—No me irás a decir que también es hijo de Juaíco.

—No. Ése es hijo de Lorenzo Paniagua.

Luisa chasqueó la lengua.

—Otro que tal baila. Haced el favor de avisarle de que su hijo está en las cuevas.

Las escaleras terminaban en un túnel. El techo era bajo y redondo. Las paredes estaban trufadas de **mataquintos** y argamasa. Aquel sitio no era natural, quién sabía si lo habían construido manos fenicias, moras, romanas o incluso más antiguas. La llama del quinqué temblaba en la mano de Candela.

—Mirad —dijo—. Acabo de encontrar a los doce moros del hombre pez.

Iluminó con el quinqué. En la pared junto al hueco por el que subían las escaleras al Pay-Pay había un mural tallado, casi tan grande como una persona. Representaba a doce figuras sentadas a una mesa. Parecía que jugaban a las cartas. Se cubrían con túnicas y turbantes.

—No son doce moros —dijo Julieta—. Son los doce apóstoles.

Olía a humedad y a verdín, pero había sal en el aire. El suelo era tierra negra y revuelta.

—Ahí hay huellas —señaló Sebastián. En el suelo se adivinaban marcas que avanzaban en una dirección.

—Salvochea pasó por aquí —dijo el Pani.

—Pero esto podría ser de cualquiera —protestó Julieta.

Todos se dieron cuenta al mismo tiempo de que eso quizás era peor. Quién sabía lo que el dueño de aquellas huellas podía hacerles si lo encontraban. O si él los encontraba a ellos.

—¿Nos volvemos? —propuso Sebastián.

—Ni *mijita* —saltó Candela—. La gorda ha dicho que Salvochea fue el último que bajó por esas escaleras. Estas huellas son suyas y vamos a seguirlas. ¿Quién se viene?

—Yo —dijo Julieta al instante.

Sebastián y el Pani se encogieron de hombros. Echaron a caminar. Las huellas eran claras, y el túnel era lo bastante ancho como para que fueran juntos, hechos una piña. Lo único que se oía era el quejido del arnés de Candela. Pasaron varias bifurcaciones, lugares en los que las paredes se abrían a espacios más amplios con varias entradas en forma de arco.

Fueron varias las ocasiones en que Sebastián estuvo a punto de rozar la mano de Julieta, pero al final siempre se amilanaba. Si sólo tuviera un poquito, un poquito de valor.

Se detuvieron. El túnel desembocaba en una cueva. Ahí dentro olía a podrido, a comida echada a perder y, quién sabe, quizás a muerto. El techo se elevaba muy por encima de sus cabezas y se perdía en las tinieblas. El resplandor del quinqué no daba para ver el espacio entero, pero distinguieron aristas y listones, vigas de madera amontonadas, una carretilla volcada.

—Parece una mina —susurró el Pani.

Candela giró la lámpara alrededor. El resplandor iluminó un montón de basura,

pieles de plátano renegridas y jirones de tela y cáscaras de cebolla y botellas de vino vacías y escombros y carbón y quién sabía qué más cosas.

—Las huellas se acaban aquí.

O más bien se dispersaban. Se las veía ir arriba y abajo, alrededor del círculo que abarcaba la luz.

—Salvochea pasó mucho tiempo en esta sala.

—A lo mejor aquí es donde lo mataron —dijo Julieta.

Ninguno dijo ni media palabra. Todos se arrimaron al centro del área de luz.

—¿Creéis que estamos cerca del teatro romano? —preguntó el Pani.

—Cualquiera sabe si ese teatro existe —dijo Sebastián.

—Seguro que existe —dijo Candela—. Y no tiene que estar lejos.

La voz que respondió no pertenecía a ninguno de ellos.

—No, no lo está.

Sólo Sebastián vio la cara. Fue el único que la vio apagar la llama del quinqué de un soplido. Luego se diría a sí mismo que se lo imaginó, que eso que había creído ver no podía ser real. Incluso con todo lo que vino después, nunca llegó a creer del todo que había visto esa cara emergiendo de la oscuridad junto a Candela. Esa cara que no era una cara.

La oscuridad los engulló, y con ella vino el terror. Todos gritaron. Hubo un ruido de cristal roto cuando el quinqué se hizo pedazos. Sebastián quiso salir corriendo, pero no sabía adónde. Se tropezó con algo que quizá ni siquiera estaba allí. Cayó al suelo. Tocó cosas viscosas y con pelo, pero el miedo era más poderoso que el asco. Se arrastró hasta dar con una pared. Oyó los sollozos del Pani.

Algo se movía en torno a ellos. La voz volvió a hablar. Rasposa, susurrante y brusca.

—Cuatro niños perdidos. Cuatro niños pequeños, jugosos y tiernos. ¿No sabéis lo que les pasa a los niños que se cuelan en las cuevas de María Moco? ¡Que nunca más se les vuelve a ver!

Las lágrimas asomaron a los ojos de Sebastián. Eran lágrimas de terror y de pena, de pena por lo que estaba a punto de pasarles. Pensó en cadáveres vueltos a la vida. En el Teatro de los Horrores. En los monstruos que había en las sombras. Pensó en Madre. Y hasta en Padre pensó.

Una mano se cerró sobre la suya. El corazón se le subió a la boca. A punto, a puntito estuvo de gritar. Pero se dio cuenta de que la mano era delicada y pequeña, y estaba caliente al tacto. No era una mano de monstruo. Era una mano de chica. «La mano de Julieta —pensó—, me está dando la mano». El terror disminuyó, aunque se resistía a irse. Apretó con fuerza.

De pronto, la mano se separó. Algo se movió frente a él. Sebastián quiso manotear en su dirección, decirle que no se fuera. Pero no lo consiguió.

—Pani, ¿dónde estás? —oyó que preguntaba Candela. No hubo respuesta—. ¡Que dónde estás, te digo!

—Aquí.

—Pásame el betún.

Se oyó un murmullo áspero. Algo que se deslizaba por el suelo. Al momento, una llamita se iluminó entre las manos de una Candela aterrada y sucia. Sostenía entre las manos lo poco que quedaba del quinqué. Había prendido la mecha con el betún del Pani. La llama era diminuta y echaba muchísimo humo, una nube oscura y olorosa que picaba en la nariz y en los ojos. Pero había luz.

Se oyó un sonido brusco. Unas manos entraron en el ridículo círculo de luz y arañaron el suelo en dirección a Candela. Sebastián ahogó un grito. Candela adelantó la llama y las manos se hundieron en la oscuridad.

—Venid aquí todos. No puede entrar en la luz.

Obedecieron. Se apretujaron contra Candela.

—Por tu madre, Cande, que no se te apague —gimoteó el Pani.

La chillona voz de Candela se hundió en las tinieblas:

—¿Quién eres? ¿Eres María Moco?

Sebastián se maravilló de nuevo. Con lo chiquitaja que era, ¿de dónde sacaba esas agallas?

Las manos coriáceas volvieron a surgir de la oscuridad en otro punto del círculo de luz. Reptaban por el suelo como pálidas arañas, intentando acercárseles, pero no lo conseguían. Se sumergieron de nuevo en la negrura. La voz dijo:

—Éstas son mis cuevas. ¿Qué hacéis aquí?

—Estamos buscando a Fermín Salvochea —anunció Julieta.

Una mano volvió a introducirse en la luz, esta vez a la altura de los ojos de Julieta. Avanzó hacia ella como si fuera a darle un zarpazo. La chica retrocedió, al tiempo que Candela se interponía entre las dos. Echó la mecha hacia delante. La llamita iluminó algo, una silueta jorobada que retrocedió al instante. Se oyó un grito. El poco vello que Sebastián tenía en los brazos se erizó.

Aquello que tenían delante respiraba entrecortadamente. No se estaba quieto, se movía adelante y atrás, describía círculos alrededor de ellos. La voz dijo:

—Salvochea pasó por mis cuevas hace tres días.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Candela.

Cuando volvió a hablar, la voz se había vuelto melosa, quizás incluso seductora:

—Si hacéis algo por mí, yo puedo llevaros hasta él.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Sebastián, y se asombró de haber sido capaz de juntar tantas palabras en voz alta.

—Hay una cosa que ansío. Una cosa que tiene que ser mía.

—¿Qué es?

—En la calle Jabonería hay una casa vestida con flores muertas. En el primer piso encontraréis una cajita hecha de piedra ostionera. Traedme esa cajita y os llevaré hasta Salvochea.

—¿Y cómo vamos a entrar ahí dentro?

—¿Y a mí qué me importa cómo vais a entrar? —Soltó una risa desagradable que sonaba a nueces rotas—. Cajita, Salvochea. Y se acabó.

—Pero... —empezó a decir Sebastián, cuando un ruido lo interrumpió.

Venía del túnel por el que habían entrado. Pasos. Voces. Una claridad se insinuaba al fondo. Alguien se acercaba.

—Han tardado poco en encontraros —ladró aquella criatura—. Dadles recuerdos de mi parte.

Acto seguido, se oyó una palmada en aquel aire viciado. La mecha del quinqué se consumió entera con una llamarada. Volvieron a quedarse a oscuras. Las voces aumentaron. Un haz de luz entró en la sala a través del túnel. Lo siguió un hombre con el rostro desencajado. Llevaba en la mano una linterna. El hombre se quedó atónito al verlos.

—¡Aquí están!

La sala estaba atestada por la humareda del betún. Sólo estaban ellos cuatro, no había ni rastro de nadie más. Aparecieron más hombres, al menos diez. Sebastián escuchó gemir al Pani, y se dio cuenta en el acto de por qué.

Uno de ellos era el padre del pelirrojo.

—Te parecerá bonito. Hacerle eso a tu madre.

Ya había caído la noche. Sebastián estaba sentado en la cama. Un plato de papas en alcauciles, recalentado por tercera o cuarta vez, descansaba entre sus manos. Movía la cuchara con desgana, la vista fija en aquel caldo verdoso y cuajado.

—Y si te pasa algo, ¿qué? ¿Y si te llegas a caer en una poza? ¿Y si no llegan a dar con ustedes? ¿Y si se llegáis a topar con una alimaña ahí abajo? Entonces, ¿qué, eh?

Un rictus de preocupación retorcía la cara de Madre y reducía sus labios al tamaño de una nuez.

—Haz el favor de comer. —El chico obedeció con desgana—. ¿No te gusta?

Claro que no le gustaba. Las papas llevaban tres días en el fogón y se habían empezado a agriar. El sabor del ajo ensombrecía todo lo demás. Pero la cuestión de si le gustaba o no estaba fuera de discusión. Era lo que había, y había que comérselo. Asintió y se llevó una cucharada a la boca.

—¿Quién fue? —preguntó.

—¿Quién fue qué?

—¿Quién se chivó de que estábamos en las cuevas?

—¿Qué más dará eso ahora? Se lo dijeron al padre del Pani, vete tú a saber quién os vio. —Meneó la cabeza—. ¿Me quieres decir qué estabais haciendo allí abajo?

—Estábamos jugando.

Madre apretó las manos.

—Jugando. Y ole. Como no hay cosas con las que jugar aquí, os tenéis que meter en ese sitio dejado de la mano de Dios. ¿Es que no tenéis cabeza? Y encima con dos niñas escapadas del Hospicio. —Sebastián siguió comiendo—. Desde luego yo no sé qué voy a hacer contigo. Como no tengo bastante con tu padre, y ahora...

Ahora tú. Ahora tú, eso es lo que iba a decir. Ahora tú también te dedicas a darme disgustos. Sebastián la miró a los ojos. Quería decirle que él no era como Padre. Que él no se emborracharía, ni echaría su vida a perder, ni se inventaría embustes ni la defraudaría. Pero no le salió nada de eso.

—No nos ha pasado nada.

—Pero podía haberos pasado. Me han dicho que estaba todo lleno de humo de betún. Las mechas de betún son peligrosísimas, Sebastián. El humo te envenena y te hace ver cosas raras. Si tardan una *mijita* más en encontraros os podía haber matado.

Su voz se volvió quebradiza. En ese momento se abrió la puerta de la calle. Padre entró, los hombros hundidos y el semblante cocido por un día más de aguardiente y cartas. A saber cuánto habría perdido hoy. Al verlos, se quedó parado en la puerta, sin cerrarla. Madre se levantó y fue hasta él.

—Que te diga tu hijo qué ha hecho hoy, a ver qué te parece. Yo voy a calentarte un plato de papas en alcauciles.

—¿Todavía hay papas en alcauciles? —balbuceó Padre. Aunque estaba de

espaldas, Sebastián intuyó la gélida mirada con la que madre lo atravesó. Padre se encogió y la dejó pasar. Ella cerró la puerta tras de sí.

El silencio en el cuartucho no era tal. Se oían los pasos de los vecinos, las conversaciones apenas amortiguadas por unas paredes que eran poco más que tablones superpuestos. Los segundos en que su padre lo intentó distinguir en la penumbra de las bujías resonaron como trombones en sus oídos.

—¿Qué ha pasado, Chano? —compuso como pudo su lengua pastosa.

«Y dale». Dio una cucharada más. Arrugó la cara ante el sabor.

—A usted qué más le da.

—No seas así, Chano. Yo me preocupo por ti y por tu madre. —«Mentira»—. Anda, cuéntame por qué está tan disgustada.

«A lo mejor porque se ha vuelto usted a pasar todo el día dándole al vaso».

—¿Usted sabe dónde está el cuerpo de Bigote, Padre?

Él se acercó a la cama y se sentó a los pies, sin quitarse la chaqueta siquiera.

—No habrás hecho ninguna tontería, ¿no, Chano?

«Haga el favor de no llamarme Chano». Sebastián apretó la cuchara.

—He estado en las Cuevas de María Moco con el Pani.

Padre se pasó la mano por la cara. Sebastián vio cómo la melopea que traía se le bajaba de sopetón. Eso hizo que los dedos de terciopelo del miedo le acariciasen la nuca. Padre lo agarró por los hombros.

—Escúchame bien, Chano. No puedes bajar ahí nunca más, ¿te enteras? Ese sitio es muy peligroso. Júrame que no vais a volver por allí.

—Pero hemos visto a María Moco.

—María Moco no existe. ¿Te enteras? Es una pamplina que cuenta la gente, pero ya está. Habrás visto a una loca que se creerá María Moco. Hay gente muy pelig...

—Usted también la vio cuando estuvo abajo con Salvochea. En el teatro romano. ¿O es que era todo un embuste, Padre?

Él se levantó y recorrió los cinco pasos que lo separaban del otro extremo de la habitación. Dejó la chaqueta, raída y desgastada, sobre la silla frente a la mesa chacinera. Se desabotonó el chaleco, no menos raído y desgastado.

—Me vas a matar de un disgusto, Chano. Y a tu madre también.

—Total, que era todo mentira.

El mismo Sebastián se sorprendió de la decepción que adoptó su tono de voz. Quizá porque no era fingida.

Padre soltó todo el aire por la nariz. Se acercó de nuevo a él. Ya no se tambaleaba. Tenía la tez pálida. Sus manos temblaban.

—Si te sigo contando la historia de Salvochea, ¿me juras que no volverás a asomarte por las cuevas? ¿Me lo juras por tu madre, Chano?

Las papas en alcauciles ya estaban frías. La cuchara bailaba entre los dedos de Sebastián. Miró a su padre a los ojos. Asintió.

—Se lo juro, Padre.

Él suspiró.

—Está bien. Pero rapidito, porque como se entere tu madre de que te cuento estas cosas, nos mata a los dos. —Se detuvo un segundo, dudó—. Esta parte da mucha jindama, ¿eh? Como sueños, ya no te cuento más.

—No soñaré.

Padre empezó a hablar. Sebastián atendía, pensando en la cara que iba a poner el Pani cuando se lo contase.

El Pani se sentaba frente a la mesa de comer. Comparada con la suya, la alcoba donde Sebastián vivía con sus padres era un palacio. Las paredes estaban desconchadas, el estampado caído, abierto en diferentes sitios como heridas de cuchillo que supuraban óxido, calichas y barro. La única luz de todo el cuarto era una bujía que apenas iluminaba la mesa y que hacía bailar sombras endemoniadas en sus caras. Su madre estaba sentada junto a él. No lloraba, pero tenía el rostro hundido entre las manos. Su padre se movía arriba y abajo del cuarto. Tenía los puños apretados. Estaba sudando. Las venas del cuello se le marcaban. Los ojos desorbitados y rojizos. Apeataba.

—Al muchacho no sólo se le ocurre meterse en un sitio donde se podía haber matado —estaba diciendo su lengua fangosa, erizada de ansia y vino—. Además se gasta bote y medio de betún. ¿En qué? ¿En qué se lo gasta? ¿En qué se le ocurre gastárselo?

A cada pregunta daba un manotazo a la mesa. El mueble temblaba, a punto de descascarillarse. Su madre se sobresaltaba después de cada golpe, pero ni eso era capaz de hacerle apartar las manos del rostro. El Pani se cuidaba muy bien de llorar. La experiencia le decía que una sola lágrima empeoraría mucho las cosas.

Su padre se agachó. Su rostro turbio y **desabrido** frente a él. Lo que dijo a continuación no fue más que un susurro, y por eso fue mucho peor:

—Ese betún lo pago yo de mi bolsillo. Gastártelo, ¿te enteras?, gastártelo es lo mismo que robarme. A tu padre. Robarle a tu padre, eso es lo que estás haciendo.

Mierda. Iba a llorar. Sabía que no debía, pero no podía evitarlo. Le picaba la garganta. Los ojos se le estaban anegando.

—¿Sabes lo que hacen los moros con los ladrones? Les cortan la mano. Así aprenden.

—Lorenzo, por favor.

Tres palabras. Sólo tres palabras. Las trenzó el hilo estrangulado que era la voz de su madre. Había bajado las manos. Hasta la llama de la bujía tembló.

—¿Qué has dicho? —escupió su padre.

Ella negó con la cabeza. Despacio, muy despacio. Los labios retorcidos de pena y miedo.

—Por fav...

El puño impactó en medio de la cara de su madre. La lanzó de espaldas, volcando la silla. Ella gritó. Cayó al suelo, el tiempo justo para cubrirse la cara con los brazos. Padre le dio una patada en el estómago. Ella volvió a gritar. Tosió. Gimoteó. Otra patada. El Pani los observaba desde la silla. Las piernas no le respondían. No era capaz de cerrar los ojos. Su padre se agachó, metódico, y apartó los brazos de su madre. La abofeteó. Otra vez. Otra más. La sangre salpicó el suelo. La mano se cerró, se convirtió en un puño enorme casi por encantamiento. Se la incrustó en la cara. Un diente saltó de la boca y repiqueteó en el suelo; un sonido tan nítido y tan claro que

casi parecía irreal.

Su padre la dejó caer al suelo como si fuera un guiñapo de ropa sucia. Se volvió hacia él. El puño se abría y se cerraba. Una tenaza de hielo le retorció las entrañas. La sombra de su padre era una montaña. Una mano que no necesitaba ser rápida lo agarró del cuello y lo levantó en el aire. Un pulgar grande como un pistón presionó su garganta. Él desorbitó los ojos. La lengua salió de su boca sin que se lo ordenase. Los pies pataleaban en el aire. La cara de su padre se convirtió en varias caras, se multiplicó en un caleidoscopio de horror y de urgencia por la muerte que estaba a punto de abrazarlo.

—Si me vuelves a robar, te rebano el pescuezo, te abro en canal y vendo tus asaduras a los carniceros de la plaza de Abastos. —Se lo acercó, tanto que podría darle un beso o un mordisco—. ¿Te estás enterando?

Pero él ya no oía ni veía ni sentía nada. Un torno achicó el mundo con dos vueltas de oscuridad. Su padre se dio por satisfecho y lo dejó caer al suelo. Él respiró, boqueó y se agarró al aire a puñados, a arañazos.

La voz, muy lejana, abrió una brecha en el cuarto congestionado de noche.

—Mañana le vas a hacer todos los mandados a tu madre. Ella se queda en casa hasta que se ponga mejor.

Un sonido. Tardó en darse cuenta de que había sido un portazo. Se había ido a que la borrachera escampase en alguna otra esquina de la noche gaditana. Él siguió jadeando y gimiendo y, ahora sí, se permitió llorar. Un alambre de espino se retorcía en su garganta. A su lado, su madre temblaba y sollozaba casi en silencio. Como los años le habían enseñado a hacer.

Se arrastró hacia ella. Puso una mano temblorosa sobre su cuerpo.

—No me toques.

Tres palabras. Sólo tres palabras hilvanadas en el hilo estrangulado que era su voz. Había bajado las manos. Tenía la cara destrozada, el labio partido en dos, un ojo hinchado como un perillo, el pómulo abierto. Pero el otro ojo, el que quedaba al aire, se le clavó con una rabia y un desprecio que casi lo ahogaron más que la mano de su padre.

—Todo esto es por tu culpa. Por ladrón. Maldito sea el día en que te eché por el coño. Ojalá te hubieras perdido en esas cuevas y no te hubiéramos visto más el pelo.

Todo esto lo balbuceó a medias, entre esputos de sangre y los trozos de dientes molidos que caían de su boca.

Pero el Pani entendió cada palabra. Entendió incluso las que no dijo. Las que eran todavía peores. Así que retrocedió a gatas. Se arrastró hasta el lugar más oscuro del cuarto y cerró los ojos. Los cerró tan fuerte como pudo.

Y le pidió al sueño que lo sacase volando de allí.

Candela y Julieta estaban contra la pared de la capilla, junto a la pila bautismal. Ambas de rodillas, la piel pelada por la mordedura del mármol, el culo aún caliente de la tanda de avemarías que les habían dado dos monjas. Los brazos en cruz. Una pesada Biblia descansaba sobre cada mano. Hacía ya rato que la luz del día había desaparecido tras las cristaleras. Ahora la capilla estaba iluminada por cirios y velas sucias.

Una monja paseaba por la capilla. Enarbolaba la maldita regla y a veces se detenía a lanzarles una mirada reprobatoria. A pesar de estar contra la pared, Candela podía jurarlo. A su vera, Julieta sollozaba. Era la segunda vez en dos días que la castigaban. Y no sería la última.

—No llores, Julieta —pidió en un susurro.

—No quiero estar aquí —murmuró ella. Las lágrimas caían por sus mejillas y salpicaban el suelo—. Este sitio es horrible. Todo esto es horrible. Quiero volver a mi casa.

Los pasos de la monja volvieron hasta ellas.

—¡Julieta! —reverberó la voz de la hermana Teresa—. Si tantas ganas tienes todavía de hablar, vente conmigo. El padre Abel quiere verte.

—¡No! —chilló Candela. Su cara se crispó cuando intentó levantarse. La pierna buena le dio un latigazo; la mala lo secundó—. Hermana, por favor, con el padre Abel no. Por lo que más quie...

El reglazo le cruzó la cara. Las biblias retumbaron contra el suelo. Candela cayó cuan larga era. El mármol le raspó la piel. Una marca roja floreció en su mejilla.

—Tú te quedas aquí. Y pobrecita de ti si cuando vuelva no estás rezando. Vamos, Julieta.

Ella la siguió sin rechistar. Candela le lanzó una mirada desde el suelo. Lo que había en esa mirada le hizo un nudo en el estómago.

La monja la condujo a través del Hospicio. Los pasillos estaban vacíos. Las lamparitas de gas apenas iluminaban. Julieta aún no se había acostumbrado a aquel lugar. Subieron unas escaleras. La noche se agolpaba contra las ventanas. Estaba muy oscuro.

La puerta estaba al final de un estrecho corredor. Parecía incrustada a martillazos en la pared. A medida que se acercaban a ella, un temblor se adueñó del vientre de Julieta. Pensó en la mirada que le había lanzado Candela. La monja se recolocó el hábito, tomó aire y tocó a la puerta con los nudillos. Se oyó un ruido al otro lado. La hermana la entreabrió. Al otro lado se distinguía una especie de resplandor turbio.

—El padre Abel quiere hablar contigo. Contesta a todo lo que te pregunte. No le hagas enfadar.

Le dio un empujoncito que quizá pretendía ser suave pero no lo consiguió. Julieta entró en la habitación a trompicones. La puerta se cerró tras ella.

La luz de varios cirios rojos iluminaba el interior de la habitación. El padre Abel se sentaba tras un ancho escritorio de madera. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros. Pesadas cortinas colgaban de los ventanales.

Frente a la mesa del padre Abel había un reclinatorio.

—Pasa, Julieta.

El cura se levantó del sillón. Se acercó, al tiempo que ella retrocedía.

—¿Tienes miedo?

No, no era miedo. Era terror puro. Aquel hombre les había prometido que arderían en el fuego eterno del infierno esa misma mañana. Ahora parecía muy tranquilo, aunque su semblante pálido, casi de muerto, la intimidaba.

El sacerdote se apoyó en la mesa y cruzó los brazos. Le hizo un gesto con el mentón.

—Sobre el reclinatorio. —Ella obedeció—. No. De rodillas, no. Recuéstate boca abajo.

Ella dudó. El padre Abel ni se inmutó.

—¿Te lo tengo que repetir?

Julieta hizo lo que le mandaban. Apoyó la barriga en el reclinatorio y dejó caer el cuerpo hacia delante. Estaba a menos de un metro del padre Abel.

—Julieta, llevas muy poco tiempo aquí. Todavía hay muchas cosas que no entiendes. Pero una cosa que deberías ir sabiendo ya es que tienes que tener cuidado con qué compañías te buscas.

Ella no dijo nada, pero aquello no era una conversación.

—Hay gente mala en este mundo, Julieta. Pura y simplemente mala. Gente que quiere hacer daño. Que no respeta. Candela es así. Es una niña mala. No hace más que escaparse, una y otra vez. Nos escupe en la cara cada vez que la encontramos fuera. No sólo a nosotros, le escupe a Cristo. Hace llorar al niño Jesús.

Le costaba respirar en aquella postura, pero no se atrevía a moverse.

—No importa cuántos correctivos le apliquemos. No importa cuántas veces la atemos a la cama, ni cuántas veces la dejemos sin comer, ni cuántos baños de agua fría le demos. En cuanto desviamos la vista un segundo, ¡pum! —El cura dio una palmada. Julieta se sobresaltó—. Candela ha desaparecido de nuevo. El problema es que todavía no hemos encontrado el sitio por el que se escapa.

Se apartó del escritorio y dio un par de pasos en su dirección. Julieta se fijó en sus manos. Eran manos curtidas, ajadas. Tenían manchas amarillas en las uñas. Se percató de que le faltaba la última falange del dedo corazón derecho, y bajó la vista enseguida.

—Pero ahora tú me vas a decir por dónde se escapa Candela. ¿Verdad, Julieta?

Ella miraba hacia abajo. Hacia el suelo. La alfombra en mitad del cuarto sobre la que descansaba el reclinatorio. Los arabescos en la alfombra.

—Julieta, dime por dónde se escapa Candela.

Había un par de manchas marrones sobre la alfombra. Gotas de algo que se había

secado y nadie se había preocupado por limpiar.

—No te lo voy a repetir.

Ella siguió mirando hacia abajo. Pensó que ahora el cura empezaría a gritar, a insultarla y a amenazarla con el fuego del infierno y la condenación eterna.

Los dedos del padre Abel le subieron el uniforme hasta la cintura. Los ojos de Julieta se desorbitaron. El corazón empezó a dar cañonazos en su pecho.

—Eres una niña muy guapa, ¿lo sabías?

Se apartó de ella. Julieta, en la postura en que se encontraba, sólo pudo oír cómo una llave daba dos vueltas en la cerradura del despacho. Sus dedos se cerraron sobre el reloj que le colgaba del cuello. «Por favor, por favor, por favor».

El padre Abel se acercó.

—Muy, muy guapa.

Cuando la hermana llevó a Julieta al dormitorio, Candela ya estaba hecha un guiñapo en su cama. Hacía frío. La hermana le dio un beso en la frente y se alejó con su candil. Julieta permaneció allí. De pie. En la oscuridad.

—Lo siento mucho, Julieta —susurró Candela.

Julieta no respondió.

—Nos lo ha hecho a todas.

Julieta no respondió.

—A veces a los niños también.

Julieta no respondió.

—Ha sido culpa mía. No tenía que haberte llevado conmigo.

Julieta no respondió.

—Perdóname.

Julieta no respondió. Despacio, como si estuviera debajo del agua, se dejó caer sobre la cama. Se acomodó junto al cuerpo de Candela. Ella la abrazó.

—¿Me perdonas, Julieta? Perdóname, por favor. Di algo.

Pero Julieta no estaba allí.

VI Mojarras
30 de marzo de 1873

1

Salvochea le estaba esperando en la puerta del Café Apolo. Habían dado las ocho de la tarde hacía un rato largo. La claridad menguaba. Pronto la primavera terminaría de desperezarse, pero de momento ésta seguía siendo una hora de sombra. El alcalde estudiaba el reloj de bolsillo con el alacrán grabado. Cerró la tapa de golpe.

—Quince minutos tarde —dijo a modo de saludo—. De nuevo. Cádiz es tan cuna de la libertad que aquí cada uno hace lo que le da la real gana.

—Usted dispense, señor alcalde.

—No, hombre, yo qué voy a dispensar. Si empezase ahora a dispensar me pasaría todo el día dispensando. —Sonrió ante la expresión turbada del barbero—. No se preocupe, Juan. No estoy molesto con usted. Es que falta poco para el toque de queda y la gente no hace el menor caso.

Juaíco no supo qué contestar. Por supuesto que no hacían el menor caso. Sería la primera vez que un gaditano se doblegara así de fácil a una medida que se sacase de la manga el Ayuntamiento, por muy anarquista que fuera.

—¿Qué hago yo aquí, señor alcalde? ¿Por qué me ha traído?

—Porque la tijera es suya, Juan. Se la han confiado a usted y a usted le han pedido que la traiga aquí. Yo sólo le estoy escoltando.

Salvochea entró primero. El Café Apolo era desde hacía años la sede de la Tertulia Gaditana. Un coqueto lugar de encuentro, lo más parecido a un club para hombres sin serlo, con espejos en las paredes, recios butacones en las esquinas y una biblioteca en la primera planta. Allí se reunían una vez al mes mujeres de la alta burguesía, señoras a las que jamás les habían olido los dedos a hebras de tabaco o rechinado los huesos al ritmo de una máquina de coser. En aquella biblioteca se arremolinaban todas alrededor de la figura totémica de Margarita López de Morla, su fundadora, dispuestas a absorber cada palabra que saliera de sus labios.

De esa guisa las encontraron Salvochea y Juaíco. Una música de gramófono se desgranaba en el aire. El alcalde se cuadró delante de las señoras como si fuera un quinto en el ejército. Un carraspeo.

—¡... y cuentan que en la cueva se encontró a doce moros jugando a las cartas! —decía Margarita López de Morla en aquel momento. Las demás señoras cacarearon una risa recatada—. Pero mirad quién ha decidido unirse a nuestra tertulia. El nuevo alcalde, nada menos.

Salvochea hizo una reverencia. Tras él, Juaíco lo imitó con muy poco arte.

—Señoras, mis respetos. En realidad esperaba poder conversar con usted a solas, doña Margarita.

—Pues espero que no se canse de esperar —despachó ella—. Si visita usted nuestro palomar, lo mínimo que puede hacer es echarnos alpiste.

Margarita López de Morla vivía un cómodo ocaso en su reino de sufragistas. En tiempos de la Pepa, aquella constitución que prometía muchas libertades pero que

duró menos de lo que se tardó en redactarla, la anciana mujer había insuflado vida a la escena cultural gaditana. Hoy en día seguía poseyendo los ojos vivaces que le granjearon mil pretendientes y la lengua afilada que le permitió rechazarlos a todos. De ella se sirvió para preguntar con un apunte de malicia:

—¿Quién es su apuesto acompañante, señor alcalde? Me resulta familiar.

—Disculpen mis modales. Les presento a Juan Jiménez, uno de los mejores barberos de Cádiz.

Él intentó una reverencia, con desastrosos resultados. Las damas rieron. Juaíco empezó a ponerse colorado. A Margarita López de Morla no se le escapó la mirada lobuna que le dedicaban varias de las asistentes.

—Juan Jiménez, por supuesto. Su talento para el peinado es conocido en medio Cádiz y envidiado en el otro medio. Algo me dice que algún que otro repaso ha repartido entre mis tertulianas. —La picardía de un diablo cojuelo chisporroteaba en sus ojos.

Salvochea intentó reconducir la conversación.

—Si pudiéramos entrevistarnos con usted unos momentos...

—Estábamos comentando ahora mismo un autor al que quizás hayan leído, señor alcalde. Se llama Gustavo Adolfo Bécquer.

—Reconozco mi ignorancia.

—Ah, creo que a usted en concreto le encantaría. Fue un poeta sevillano. Que Dios lo tenga en su gloria, la tuberculosis se lo llevó hace unos años. Su poesía es de lo más evocadora, pero lo más emocionante son las historias que fue publicando en *El Contemporáneo* y en *La América*. Hace un par de años, Rodríguez Correa las compendió en una antología. *Rimas y Leyendas*, se llama.

—Señora, nosotros...

—En el mismo momento en que ustedes nos han interrumpido —puso énfasis en ambas palabras, «ustedes» e «interrumpido»—, comentábamos la posibilidad de realizar una colección parecida con nuestra tierra como protagonista. Quien más quien menos conoce una leyenda siniestra ocurrida en Cádiz.

—Sí —concedió Salvochea—, hay quien más y hay quien menos.

—¡Excelente! —aplaudió Margarita López de Morla, y su tono travieso dio paso a uno desafiante—. Entonces, le toca a usted.

—¿Cómo?

—Estábamos calentando esta fría noche con leyendas gaditanas al más puro estilo becqueriano. Han sido ustedes los últimos en llegar, así que es su turno.

—Lamento decepcionarlas, señoras, pero la verdad es que no conozco leyenda alguna.

—Yo sí —dijo Juaíco—. O sea, yo no sé quién es el Bécquer ese, pero cuentos de miedo me sé un montón.

Salvochea le dedicó la mirada que un náufrago dedicaría a un trozo de madera flotando en el mar. Le palmeó el hombro. Cada par de ojos orbitó hacia Juaíco. Él

carraspeó.

—Esta historia se la contó mi abuelo a mi padre y mi padre a mí. —Un suspiro azorado recorrió a las tertulianas—. Hace muchos años había un hidalgo gaditano caído en desgracia. Las guerras habían acabado con su fortuna. Le quedaba un título nobiliario que poco valor tenía.

Juaíco empezó a contar la historia que años más tarde contaría a su hijo Sebastián una víspera de Tosantos en un patiovecino de la calle Botica.

—... entonces una sombra salió del agua. Era grande y terrible. Era el Diablo.

Margarita López de Morla atendía con los labios apretados. El barbero no supo interpretar aquella expresión.

—... dentro de un año me despertaré, y tú habrás construido una torre para mí...

La puerta del café se abrió con un tintineo. Estaban tan absortos en la historia que nadie reparó en la persona que entró y se acercó.

—... nadie ha visto jamás esa torre desde las calles de Cádiz. Por eso la llaman La Bella Escondida. Dicen que se puede ver en las noches de luna llena desde las demás torres mirador, pero pocos se han atrevido a hacerlo.

Juaíco calló. El tímido aplauso de las tertulianas se vio interrumpido cuando la persona recién llegada dijo:

—Sin embargo, ése no es el final de la historia.

Juaíco y el alcalde se volvieron.

Boquiabiertos. Así fue como se quedaron.

Era la mujer más hermosa que habían visto jamás. Vestía un sencillo conjunto negro de corsé y falda con dobleces, que ocultaba y al mismo tiempo evidenciaba unas formas abundantes. El moño negro que recogía su pelo resaltaba unas facciones de estatua fenicia dominadas por dos ojos enormes, hipnóticos. Incluso desde aquella distancia era posible adivinar que olía a tierra mojada, a especias morunas, a mujer.

—Me cago en mi estampa, qué hembra —balbuceó Juaíco sin el menor pudor.

—¡Rosa, has venido! —tarareó Margarita López de Morla con una mirada de soslayo a Salvochea.

—He venido, y a tiempo de terminar la leyenda de este señor.

—Ése es el final que yo oí por boca de mi abuelo —tartamudeó Juaíco, incapaz de apartar la vista de la recién llegada.

—¿Qué final conoces tú, Rosa? —preguntó una de las asistentes.

—Uno muy diferente —respondió ella—. Al final de la historia tal y como la oí yo, el hidalgo, temeroso de que el Diablo en la torre diese con su hija, la encerró en el convento de la Candelaria, creyendo que allí estaría segura. Se equivocó.

»Un día, la hija del hidalgo se asomó a la ventana de su celda. Frente a ella vio a un joven caballero asomado a su vez a una ventana. Ambos se enamoraron en cuanto sus ojos se cruzaron. El caballero le susurraba palabras hermosas, le enviaba palomas mensajeras, le cantaba canciones. Le explicó que él también se hallaba prisionero, pero que existía la manera de que ambos estuvieran juntos.

»—Dibuja una puerta —le dijo—. Cuando te hagas mujer y de tus piernas caiga la primera sangre, dibuja con ella una puerta en tu pared. Esa puerta mágica te traerá hasta mí.

Rosa calló. Sus ojos se pasearon por el grupo de rostros ruborizados y bocas abiertas.

—¿Y qué pasó, Rosa?

Ella se encogió de hombros.

—Lo que tenía que pasar. La niña se hizo mujer y tuvo su primera sangre. Desapareció del convento y nadie la volvió a ver. El padre se volvió loco y pasó el resto de sus días persiguiendo a la Bella Escondida. Intentó alcanzarla saltando desde la Torre de Poniente de la catedral. No consiguió más que la muerte contra los adoquines del suelo.

El malestar cubrió con una ola de silencio a las tertulianas. Rosa soltó una risa grave.

—Es sólo una historia, queridas.

Juaíco sintió que se quedaba prendado al instante de aquel sonido ronco que enhebraba recuerdos de mujeres corsario y ron de caña.

—Felicidades, Rosa, has conseguido que nuestro ánimo naufrague como lo hacen los barcos cuando se apaga el Faro de las Puercas. —Margarita López de Morla se percató de que la recién llegada miraba a Salvochea—. Uy, qué modales tengo. Señor alcalde, permítame presentarle a Rosa. Sufragista, laica y articulista de *La Pensadora Gaditana*.

Juaíco sintió una maraña de celos revolviéndose en su estómago. Nadie le echaba cuentas, y eso que él había contado la historia del hidalgo. Rosa extendió la diestra. Salvochea la intentó atrapar como si fuera una rara mariposa. Ella se la estrechó con un movimiento firme.

—Saluda usted como una damisela, señor alcalde. Sin ánimo de ofender.

—No hay ofensa alguna, señora mía —replicó él, aunque vaya si la había—. ¿Hay algún apellido que acompañe a su nombre o prefiere usted que me olvide del segundo sin conocer el primero?

—Sería usted el primero que se olvidase de mí, señor —dijo ella—. Busque mis artículos bajo el nombre de Rosa Marina.

—Me da que nuestro buen alcalde te buscaría en el fondo del mar si hiciera falta, querida —trinó la anciana—. ¿Nos deleitarás con una leyenda propia para paliar el mal sabor que nos ha dejado el triste final de la hija del hidalgo?

Ella se mordió el labio inferior, un gesto pensativo que encandiló a los dos hombres.

—Lo haría si conociera alguna más, pero no es el caso. Y estos caballeros no han venido a escucharme hablar.

«No ni *na*, prenda», pensó Juaíco. Pero no le dio tiempo ni a abrir la boca.

—En ese caso, venga conmigo, señor alcalde —dijo la anciana—. Acompañenme a tomar un jerez mientras nuestras queridas tertulianas siguen con sus truculencias gaditanas.

La oronda anciana se levantó con aires de papisa. Salvochea le ofreció el brazo. El alcalde espió a Rosa por encima del hombro. Ella no le miraba, y al mismo tiempo se dio cuenta de su escrutinio; un poder que sólo una mujer podía poner en práctica.

Margarita López de Morla llevó a Salvochea hasta uno de los reservados de la planta baja. Juaíco se quedó encajado delante de la tal Rosa Marina.

—Juan —se presentó—. Juan Jiménez. Barbero, peluquero... lo que necesite. Si alguna vez le hiciera falta...

—Gracias, muy amable —cortó ella.

Juaíco, colorado como un tomate, fue en pos del alcalde.

Golpeó con los nudillos y entró en el reservado, la cabeza gacha y el semblante contrito. Margarita López de Morla se sentaba frente a Salvochea. Un jerez caro preñaba las dos copas, que ninguno había tocado.

Salvochea dijo:

—Juan, enséñele a doña Margarita lo que le confiaron hace dos días.

El barbero echó mano al bolsillo de la chaqueta, junto a los avíos de su Antonia. Puso sobre la mesa la media tijera.

La anciana se envaró.

—¿De dónde la ha sacado usted?

—Así que sabe usted qué es.

De repente, como quien se deshace de una careta, la traviesa jovialidad desapareció de un plumazo del rostro de la mujer. Escrutó al alcalde y a Juaíco, los ojos convertidos en dos rendijas. Cautela en sus palabras:

—¿Ha sido Calvario Soto o fray Espinosa?

—¿Fray Espinosa? —preguntó Juaíco.

—Señora De Morla —dijo Salvochea—. La persona que tenía esa media tijera ha muerto. Ha sido asesinada.

—Asesinada —repitió ella—. Ha sido Calvario, pues.

Salvochea asintió.

—Poco antes de morir dejó instrucciones de que este objeto llegase a sus manos. Le rogaría que me explicase por qué ha muerto Calvario Soto y, si lo sabe o lo sospecha, a manos de quién.

Margarita López de Morla se cubrió la boca con ambas manos.

—Calvario Soto ha sido una amiga, una compañera en mis muchos años sobre esta tierra. En más de una ocasión me hizo favores de los que no se pagan en la vida.

—Favores que tenían que ver con partos y purgas —apuntó Salvochea.

La anciana asintió.

—Hace unos meses, Calvario asistió a petición mía a un caso especialmente delicado.

—¿Tuvo que ver ese caso con el hecho de que terminase sus días trabajando en el Pay-Pay? —preguntó el alcalde.

—No lo sé, señor alcalde. Es de mi entender que recibió esa media tijera en pago. Por qué querría que la tuviera yo, es algo que se me escapa. —Dejó escapar un suspiro—. Pero si ese era su deseo, lo acepto de buena gana.

Alargó la mano hacia la tijera. Antes de que la tocase, Salvochea preguntó:

—¿Y ese tal fray Espinosa? ¿Quién es? ¿Qué tiene que ver en esto?

La mujer apartó la mano. Una expresión sombría nubló su semblante. Fue menos de un segundo, pero Juaíco la miró extrañado. Margarita López de Morla tomó aire y dio un trago de jerez.

—Su nombre es Amancio Espinosa. Es fraile, o lo fue hace tiempo. Él tiene la mitad que falta de esas tijeras.

—¿Cree que este objeto es el motivo de que Calvario Soto esté muerta?

—No lo creo, lo sé.

—Pero ¿por qué?

—No puedo contarle eso, señor alcalde. Es un juramento que contraí en el pasado, cuando aún no había terminado mi tiempo de hacer juramentos.

—Dígame al menos dónde puedo encontrarle.

Ella suspiró. Sus ojos no se habían apartado de la tijera, Juaíco se dio cuenta.

—Lo encontrará en la iglesia de Capuchinos. Y ahora, si no le importa...

Volvió a alargar la mano hacia la tijera.

Juaíco levantó al alcalde de un tirón.

—Ay, señor alcalde, que se nos había olvidado que tenía usted... la cosa... ya sabe... la cosa... la inauguración... del cortijo... del marqués...

—¿De qué está usted hablando, Juan?

—Venga, que llegamos tarde. Con Dios, señora. Usted paga, ¿verdad? Muchas gracias.

Juaíco sacó al alcalde casi en volandas del reservado. Lo fue llevando a empujones hasta la puerta de la calle.

—¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó Salvochea una vez hubieron salido.

—La vieja esa no es trigo limpio, señor alcalde.

—Pero ¿qué dice?

—Que se traía un trapicheo muy raro entre manos, se lo digo yo. —Juaíco resopló—. Ésa tenía muchas ganas de echarle mano a la media tijera. Que esa miradita me la conozco yo; que la he visto yo muchas veces jugando a las cartas.

—¿Y por qué, según usted?

—Yo qué sé. Pero sé cuando alguien lleva una sota de más en la mano.

—Está bien, Juan. Me fiaré de su instinto de jugador, por el momento. Ahora me va a hacer un favor.

—Lo que usted diga.

Salvochea todavía sostenía la media tijera. La hizo desaparecer en su gabán negro.

—Déjeme la tijera en préstamo y váyase a casa. Pero a casa de verdad. Nada de Pay-Pay ni timbas.

—¿Cómo?

—Ya estamos en toque de queda. Váyase con su mujer y abrácela esta noche. Mañana le espero a las ocho en el Ayuntamiento para el afeitado de rigor.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Averiguar lo que pueda de esta media tijera y de todo este embrollo.

Salvochea giró sobre sus talones. El barbero lo miraba atónito.

—¿No quiere que le acompañe?

Le contestó sin siquiera volverse.

—Lo que no quiero es tener que sacarle las castañas del fuego una tercera vez.

Y con eso se internó en la calle Ancha y en la noche gaditana. Juaíco se quedó ahí, muerto del asco, a la puerta del Café Apolo.

—Será cabrón —acertó a decir.

«Váyase a casa, dice el tío. Váyase a casa. Como si fuera tan fácil». Como si irse a casa, con la Antonia, fuese poco más que coger el camino y plantarse en la calle Botica. Así, sin más. «Váyase a casa, la media tijera me la quedo yo». Como si en aquella puñetera neblina no estuviera el cuerpo de Calvario Soto, con su garganta seca de sangre y sus brazos abiertos en cruz. Como si las gotas que caían de entre los dedos de la pobre mujer no formasen un río que fluía hacia él, que llevaba días mojándole los pies.

La noche se inclinaba del lado del amanecer. La calima se había espesado hasta tal punto que Juaíco creía estar más nadando que caminando. En casa del Penqui no habían querido saber nada de él. Después del cristo que se montó anoche, ni *mijita*. Juaíco se detuvo ante la puerta del Pay-Pay, pero acabó alejándose. Ahora salía del Pópulo por el Arco de la Rosa, sin haber probado un chato de vino en toda la noche. Hacía tiempo que no le pasaba. También hacía tiempo que no estaba tan asustado.

La niebla le había estado esperando.

El Arco de la Rosa daba a la plaza de la Catedral. El silencio a esa hora daba una jindama gorda. Sus zapatos levantaban un soniquete de canina en los adoquines. La catedral era una silueta negra escondida tras la bruma marina. Hacía pensar en un monstruo que acabase de surgir del mar. Las farolas de gas conjuraban espectros. Juaíco se frotó los brazos para espantar más la jindama que el frío. Entonces se dio cuenta de que estaba caminando en dirección contraria. Para ir a Botica tenía que dar media vuelta. «Cojones, Juaíco, parece mentira. Toda tu vida corriendo por los callejones de Cádiz haciéndole los mandados a tu madre, que te los conoces como la palma de tu mano, y ahora te pierdes».

—Tú no te has perdido, subnormal.

El corazón se le subió a la boca. La niebla se tragó el grito que brotó de su garganta. Se giró de un salto como si hubiera escuchando el rugido de un tigre.

—¿Pero qué mierda haces tú aquí?

María Moco estaba junto a él, chaparra, renegrada y sucia. La misma capa de mugre y ropas descompuestas la cubría y la convertía en un guiñapo contrahecho del que surgía aquella voz de cazalla y sal.

—María Moco va donde le da la real gana, subnormal.

—¿Y por qué no te da la real gana de dejarme en paz?

—Porque tú no quieres que te deje en paz. Mira dónde estás. Mira adónde vas. Tú no te has perdido. Lo que te pasa es que no quieres ir a la calle Botica.

—¿Ah, no? ¿Y adónde quiero ir, según tú?

—Ya lo sabes.

Juaíco chasqueó la lengua. Puta vieja loca.

Vaya si lo sabía.

«Váyase a casa».

«Le están haciendo la puñeta a Bigote».

«A Cádiz se le vienen encima tiempos muy complicados».

«La gente de Cádiz no quiere liberales».

«Uno necesita tener de su lado a gente que valga la pena».

«Salvochea está solo».

«Luisa dice que trabajas para el alcalde».

«Fermín. ¿Estamos?».

—Vamos, subnormal —dijo María—. Que ya es casi la hora.

—¿La hora de qué? Mira, no me vuelvas loco, haz el favor.

María Moco echó a andar sin volverse a comprobar si Juaíco la seguía.

Juaíco la siguió.

Caminaron en silencio. Tenía razón, el barbero sabía adónde iban. Menos de un cuarto de hora después se detenían ante un edificio de paredes blancas a tiro de piedra del Baluarte de los Mártires. Podría ser un edificio anodino, uno más en aquel rosario de rocas de litoral que era Cádiz. Podría, de no ser por los barrotes en las ventanas. Su fachada principal daba al Campo del Sur. Abajo, el mar se había convertido en una criatura muerta o expectante. La luz de las farolas, desdibujada por la niebla, convertía los contornos del edificio en una silueta extraña.

Juaíco había oído los gritos a medida que se acercaba. Resonaban a través de las ventanas ciegas, aunque parecían surgir de todas partes. Ponían la piel de gallina, sobre todo en una noche como aquella.

—¿Y ahora qué? —preguntó el barbero—. ¿Llamamos y les pedimos lumbre?

—Ahora sigues tú solo, subnormal. María Moco se va.

—¿Cómo que te vas?

Ella se puso de puntillas y lo agarró de la pechera. Apeataba a perros muertos. Lo obligó a agacharse y le dijo entre salivazos:

—Escúchame bien, subnormal. Salvochea necesita tu ayuda. Casi se ha cumplido un año. El Otro está sobre aviso. Las dos mitades de la tijera se mueven. Si no hacéis algo, pronto estarán unidas y entonces no habrá quien impida que el libro se abra. Se acerca una *pelúa* muy gorda.

María Moco lo soltó y retrocedió. La bruma la fue engullendo. Dio cinco pasos y se quedó ahí plantada, muy quieta.

—Te estoy viendo, María —dijo Juaíco—. La niebla no es tan espesa.

Ella no se movió. Juaíco soltó todo el aire por la nariz.

—María, que no te hagas la tonta. Que te estoy viendo.

Alargó la mano para tocarla. Dudó. ¿Y si ahora se caía la ropa al suelo y no había nada? ¿Y si desaparecía? Se armó de valor y le puso la mano en el hombro.

—¿María?

El guantazo resonó en la noche preñada.

El andrajo con patas que era María Moco se alejaba al trote, dejando caer terrones de caspa y liendres a su paso. Juaíco se llevó la mano a la mejilla.

—Será hija de puta. El **babetazo** que me ha *largao*.

Se volvió hacia el edificio. Encima de la puerta principal se veía un letrero emborronado. No hacía falta entender lo que ponía, todo el pueblo conocía el manicomio de Capuchinos. Juaíco se arrebujo en la chaqueta y fue hasta el portalón.

Los aldabonazos resonaron en la madrugada gaditana. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Pasaron los segundos. Dedos de escarcha acariciaban su columna. Un nuevo alarido le puso la piel de gallina. La humedad se introducía bajo su ropa, le helaba hasta los huesos. Aquello era una locura. «Valiente papafrita estás hecho, Juaíco. Más vale que tires para casa y te olvides de...».

Una serie de chasquidos metálicos sacudió la puerta. Se abrió una rendija. Por ella asomó una cara de moscatel. Las estrías de una almohada sucia marcaban sus pómulos, el cejo lobuno era una alambrada. El hombre escrutó al barbero de arriba abajo, y su frente se crispó aún más.

—¿Tú no eres Juaíco? ¿El niño de Pepi la cigarrera?

Él asintió. Le mostró esa sonrisa abierta que amansaba fieras y usureros.

—Digo. Y tú eres Frasco, ¿verdad? De la calle Pasquín.

—Qué bien que nos conozcamos los dos. Ahora te me vas a ir a tomar una *mijita* de por culo. ¿Tú crees que aquí estamos para bregar con pirriaques, a la hora que es?

Lanzó una mirada temerosa a las ventanas sobre sus cabezas; los gemidos de santa compañía continuaban brotando de ellas.

—¡No, no! No me cierres, Frasco, por tu madre. Perdona que me cuele a esta hora; es que tengo que ver al capellán.

—No me hagas llamar a un sereno, Juaíco. Anda, vete a tu casa.

—Y dale con vete a tu casa. Frasco, no me voy a mi casa ni a ningún lado. Necesito que me dejes entrar y me lleves hasta el capellán. Es cuestión de vida o muerte.

—¿Y eso? —preguntó en un alarde de pocas luces.

«Piensa. Piensa rápido».

—De muerte, más bien. Que se nos muere uno, Frasco, coño. Que estábamos en una timba donde el Penqui y a Matías Parra el almacenero le ha dado una cosa mala en la barriga —le tembló la voz—. Que ya son tres curas los que me niegan socorro, cojones, Frasco. Vengo corriendo desde la plaza de San Martín buscando a alguien que se apiade de él. Por mi madre de mi alma, Frasco. No lo hagas por mí, hazlo por un cristiano.

Frasco entrecerró los ojos. Juaíco era la inocencia hecha carne. Estaba convencido de que no iba a funcionar, pero o bien tenía una flor en el culo o el guarda estaba aún medio cuajado, porque se echó a un lado y le hizo un gesto con la cabeza.

—Venga, *padentro*.

Un coro de aullidos los escoltó entre los pasillos. El candil de Frasco apenas iluminaba. El barbero intentaba mantenerse pegado a sus talones. Atravesaron el claustro y se internaron en la parte trasera del sanatorio. Asomaban caras entre los barrotes de las ventanas que daban al patio, óvalos blancos sin facciones que les seguían con la mirada a través de aquella puta niebla cada vez más espesa.

Frasco se detuvo delante de una puerta de aspecto pesado. Tocó dos veces con el puño. No hubo respuesta y tocó otras dos. Al final se abrió. En el dintel apareció un hombre obeso, de cabeza calva y rostro hinchado.

—Padre —empezó Frasco—, disculpe que le levantemos a esta hora, pero hace falta dar una extremaun...

Juaíco apartó al guarda de una racha y se coló en la habitación.

—Calvario Soto.

—¿Qué?

—Frasco, haz el favor de dejarnos solos. Tengo que hablar con el cura.

—¿Y qué pasa con la extremaunción de Matías Parra?

—Déjalo, ya la habrá espichado y esto es más importante. —Se volvió hacia el capellán—. Calvario Soto, Padre.

—Me cago en tus muertos, Juaíco —barboteó el guarda—. Usted dispense, padre, el tajarina este me ha dado coba.

—Espera, Frasco —dijo el sacerdote, medio dormido—. Este hombre parece desesperado. A ver, deja que hable.

—Calvario Soto —repitió Juaíco, de pronto inseguro—. Vengo por Calvario Soto. Por la tijera, padre. La querían los contrabandistas y claro, tenían un gachón grandísimo con seis brazos, pero le dicen Pitiminí. Por lo visto la tijera era de la mujer de Liérganes, ¿entiende? Del hombre pez.

—Avisa que traigan las camisolas, Frasco. —Se volvió hacia Juaíco al tiempo que el guarda salía flechado por la puerta—. ¿Quién es la tal Calvario Soto, hijo? ¿Te ha hecho algo malo? Si quieres, puedo oírte en confesión.

—No, no, no. —Juaíco movió la cabeza—. Es a usted a quien he venido a oír yo. Usted, o sea, Calvario Soto está muerta, padre. La mataron hace dos noches. En el Pay-Pay. Dejó dicho que le dieran la media tijera a Margarita López de Morla.

—Comprendo, una desgracia. ¿Era conocida tuya esa señora? Aunque la pena nos ahogue, no es bueno querer ahogarla a ella en un vaso...

—No, no me entiende usted. Calvario Soto tenía la media tijera. Ahora la tiene Salvochea, pero usted tiene la otra mitad.

—¿La otra mitad de qué?

—De la tijera.

—¿De qué tijera?

—¡De la que tiene usted, cojones! —Juaíco estaba exasperado.

—Yo no tengo ninguna tijera, hijo.

Se oyeron las voces de los enfermeros trayendo la camisa. Juaíco se sentía más confuso por momentos.

—Pero, pero... nos dijeron que le dieron la otra mitad a fray Espinosa...

El capellán meneó la cabeza.

—¿Fray Espinosa? Yo no soy fray Espinosa.

—¿Lo qué?

—Yo soy el padre Carrasco. Fray Espinosa es un interno del sanatorio. Hace un año que está con nosotros.

No llegó a decir nada más. Un grito terrible desgarró el aire, acallando el murmullo de los locos y crispándoles los nervios ya crispados. Juaíco y el capellán intercambiaron una mirada.

—Fray Espinosa —dijo el sacerdote.

Juaíco fue el primero en salir corriendo. Se topó de cara con los enfermeros. Nadie se movió durante un segundo. El grito se repitió, y murió a medida que la garganta que lo emitía moría a su vez.

Los enfermeros hicieron además de abalanzarse sobre Juaíco. Y lo habrían reducido en un segundo, de no ser por el cadáver que en ese momento cayó del cielo.

Una de las ventanas del primer piso estalló. Una rebujina de pedazos de madera y astillas llovió sobre los adoquines como los despojos que arrancase un huracán. Un segundo después, un cuerpo se desplomó en el centro del claustro. El golpe sonó a muerte. Juaíco no tuvo ninguna duda de quién se trataba. «Me cago en la mar serena».

Lo que pasó a continuación fue mucho peor.

Juaíco se vio a sí mismo caminando hacia el cuerpo tendido en el suelo. Ni guardas ni enfermeros hicieron el menor intento de detenerle. El hombre estaba boca arriba, los brazos abiertos como si esperase la absolución de un Dios que hubiese decidido mirar hacia otro lado. Su cuello se abría en un brutal desgarró. Esta vez sí había sangre a esportones, en la boca del muerto y en el suelo y por todas partes.

Los gemidos de los locos se multiplicaron. Juaíco miró hacia arriba.

—Carajo —acertó a barbotear.

Sobre el tejado del sanatorio de Capuchinos aparecieron varias siluetas. Estaban encorvadas, como animales que acechaban una presa. Su piel era blancuzca y desagradable, sus facciones duras y al mismo tiempo fofas. Pero lo peor de todo eran sus rostros. Tenían dos ojos rojos a los lados de la cabeza y un agujero violáceo ribeteado de dientes. El resto era una superficie lisa y cerúlea.

Las criaturas alzaron la cabeza y aullaron. Su llamada no tardó en ser atendida.

Una forma terrible emergió de la niebla por encima del tejado. Era tan grande como una montaña en movimiento. Debía de tener al menos diez metros de altura, quizá más.

Era una torre.

Sobre la ventana destrozada que había escupido el cuerpo de fray Espinosa apareció una figura blanca, reluciente en medio de aquella oscuridad. Estaba envuelta en un manto de luz plateada. El barbero tembló. Cerca de él, el capellán de Capuchinos intentaba rezar entre lágrimas, arrodillado en el suelo. Frasco se había desmayado.

La figura de plata descendió como una pluma. Aterrizó delante de Juaíco, que fue incapaz de mover un músculo. Los gritos de los demás guardas, la alharaca de los locos... todo eso lo percibió lejos, muy lejos. Aquel ser hecho de nieve en un lugar que no conocía la nieve tendió hacia él una mano de rocío helado.

—No. Hoy no.

La voz sonó justo a su lado. Juaíco sólo llegó a vislumbrar el destello del acero y su silbido mordiendo el aire. La criatura plateada retrocedió con un siseo. Una figura oscura se interpuso entre ella y el barbero.

Llevaba un gabán negro.

Fermín Salvochea avanzó. En una mano enarbolaba la empuñadura de su bastón. De él desenvainó la hoja de un estoque. Con la otra mano empuñaba la vaina como si fuera un garrote. O una estaca.

—Juan —dijo el alcalde—. Quédese detrás de mí.

El ser de plata volvió a sisear. El sudario blanco que lo envolvía se agitó en un aleteo. Su silueta se fundió en la niebla. No tardó ni un segundo en desaparecer.

Quienes no desaparecieron fueron las criaturas del tejado.

Al contrario, se dejaron caer al claustro.

—Ay, *omá* —gimió Juaíco.

La primera de ellas se abalanzó sobre Salvochea. El alcalde giró sobre sí mismo y le clavó el estoque en el corazón. Sus movimientos, precisos como los de un cirujano, arrancaron jirones blancos en la niebla. La criatura se deshizo en un líquido repugnante que dejó un charco de espuma en el suelo.

Otro de los monstruos apareció Dios sabía de dónde e intentó desgarrarle la garganta. Salvochea saltó en vertical y le soltó una patada en el pecho. El ser cayó de espaldas. Antes de que se levantase, Salvochea le incrustó vaina del estoque entre las costillas. Aquella cosa bramó y se hizo espuma. La vaina cayó al suelo.

Salvochea se volvió. Una tercera criatura cerró los brazos alrededor de su pecho, impidiéndole moverse. Abrió unas fauces enormes, goteantes y hediondas.

Juaíco no se paró a pensarlo. En un momento estaba quieto, observando estupefacto la escena que se desarrollaba ante él, y al siguiente corría los pocos metros que lo separaban del alcalde y su atacante. Se agachó. La vaina del estoque apareció en su mano. Era de madera. Acababa en punta. Sintió su contacto y supo lo que tenía que hacer.

Salvochea lo vio venir. Clavó los tacones en la tierra y pivotó sobre ellos, haciendo girar al monstruo. La espalda de la criatura quedó a merced de Juaíco. El barbero hincó el bastón donde le parecía que estaba el corazón. El ser lanzó un berrido. Se derrumbó.

Juaíco arrugó la cara. De cerca, el monstruo no parecía tan monstruo. Estaba en cueros y cubierto de verdín. Despedía un olor a bajamar que tiraba para atrás. Antes de que Juaíco enguipase más detalles, se convulsionó y su piel se licuó como el mercurio. En menos de un latido sólo quedó aquel salpicón de espuma marina.

Juaíco miró más allá de Salvochea. Frente a ellos había al menos cinco criaturas más. El estoque del alcalde hizo una filigrana en el aire. Juaíco recogió la vaina y la afirmó en las manos. Estaban hombro con hombro. Era una sensación reconfortante. Aunque estuvieran a punto de morir.

Las criaturas se acercaron. Despacio. Gruñían. Babeaban.

—¿Qué hacemos ahora?

—Déjeme a mí —dijo Salvochea.

Uno de los monstruos alzó la cabeza y rugió. Desde las ventanas, los locos de Capuchinos respondieron con una salva de gemidos. Los cinco echaron a correr a cuatro patas hacia ellos. El corazón de Juaíco galopaba. Sus piernas eran de barro. No estaba preparado.

Salvochea clavó el estoque en el suelo. Hincó una rodilla en tierra. Se abrió el gabán de un tirón. Los monstruos corrían. Doce metros. Juaíco oyó un traqueteo mecánico y Salvochea tendió los brazos hacia delante. Diez metros. Una detonación. Una criatura cayó al suelo. Un fogonazo. Otra criatura se derrumbó. Siete metros. Bum. Una cabeza explotó. Cinco metros. Juaíco contempló anonadado el retroceso en los hombros de Salvochea. Bum. La penúltima desapareció en una vaharada de

espuma. Dos metros.

La última criatura saltó sobre Salvochea. El alcalde agarró el estoque y la ensartó en el aire. El último de aquellos seres se retorció entre gruñidos desesperados antes de convertirse en espuma.

Salvochea se irguió.

Juaíco se lo quedó mirando. No sabía si tenía la boca abierta, pero lo sospechaba.

—Pero... pero...

Salvochea no dijo nada. Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—Pero ¿usted quién coño es? —acertó a preguntar el barbero.

Las gafas ahumadas del alcalde le respondieron con un destello.

—Fermín Salvochea. Cazador de vampiros.

El humo de las chimeneas en la fábrica de tabaco cubría el cielo como la sombra de un ave carroñera. Las gigantescas grúas en los astilleros, remaches sobre remaches sobre remaches, movían cargas sin destino salidas del sueño de un ingeniero loco. Resonaba el mugido de titánicos cargueros que atracaban en el muelle. Estibadores que habían olvidado el color del sol consumían un cigarro tras otro mientras tiraban de sus maromas con desgana, esperando que la enfermedad que los estaba matando cumpliera de una vez su negra promesa de noche. Las calles eran un laberinto donde los edificios se arrimaban unos a otros intentando huir de la humedad, donde la piedra era hija del mar, donde la voz de los piratas aún se oía entre barboteos de leyenda y estupor.

Una de esas calles se llamaba Sacramento.

Por ella avanzaba Fermín Salvochea. Juaíco le seguía.

El alcalde no estaba contento.

—Tres veces —decía en ese momento—. Tres veces en tres días he tenido que venir a salvarle. Le pedí que se fuera a su casa. ¿No le parece que estaría bien hacerle caso a su alcalde en una petición tan sencilla? Aquí ni toque de queda ni mi hermana.

—Usted ha puesto el toque de queda para proteger a la gente, ¿verdad?

—Lo he intentado, aunque aquí todo se toma a cachondeo. Pero vamos, qué le voy a contar que usted no sepa. A usted no hay quien le proteja, Juan, porque no le da la gana. ¿Puede explicarme qué estaba haciendo en Capuchinos?

—Quería ayudarle. Creía que estaba usted solo.

—Estoy solo, pero le diría que lo prefiero así. Estas cosas son muy peligrosas.

—Ya me he dado cuenta.

—Pues es mejor que lo olvide todo, Juan, aunque algo me dice que no va a hacerlo.

Juaíco se detuvo. Salvochea lo imitó después de avanzar unos pasos. Estaban al pie de la Torre Tavira, la torre vigía más alta de Cádiz, en mitad de la calle Sacramento y a pocos metros del Mercado de Abastos.

El barbero abrió los brazos en un gesto de rendición.

—Ya he visto demasiado, señor alcalde. Ahora no puedo dar media vuelta y hacer como que no ha pasado nada.

—¿No tiene usted miedo?

—Anda que no ni *na*.

Salvochea pareció discutir consigo mismo por unos segundos. Al final dijo:

—Si va usted a seguir metiéndose en problemas, más vale que se quede cerca. Así le tendré un ojo echado. —Rebuscó en el gabán y sacó la media tijera. Se la tendió—. Guárdela. Al fin y al cabo se la confiaron a usted.

—Gracias —dijo él, no muy seguro de si tenía que agradecersele—. ¿Y la otra media?

—Desaparecida. En la celda de fray Espinosa no había nada —contestó—. Sígame.

Salvochea subió de dos zancadas los escalones hasta el portalón de la torre. Manipuló el pomo, pero no paso nada. Juaíco se acercó.

—Creía que la Torre Tavira estaba cerrad...

No llegó a decir más. Las losas de mármol del suelo se abrieron bajo sus pies. Juaíco gritó. De pronto se vio deslizándose por una rampa resbaladiza. No había lugar donde agarrarse. Continuó gritando. Ay, madre, que se iba a arrancar la cabeza de un [zarpajazo](#). Pegó las manos al cuerpo y cerró los ojos con fuerza. Y claro, gritó otra vez.

Aterrizó sobre algo blando. Cuando abrió los ojos, descubrió que estaba sobre un montón de paja y plumas. Tosió. Se apartó del jergón improvisado intentando controlar el mareo y las arcadas. Le dio por enguipar hacia arriba y fue entonces cuando su vida cambió para siempre.

El tobogán los había llevado al sótano de la Torre Tavira.

La torre estaba hueca por dentro.

Y dentro había maravillas.

La construcción tenía al menos cinco pisos de suelo enrejado, conectados por dos escaleras de caracol y plataformas móviles. Un sistema de poleas desplazaba tuberías y piezas de metal de un lado a otro. Cada planta estaba abarrotada por una mezcla de ingenios, artefactos, fresadoras, tornos y demás maquinaria incomprensible para el barbero. Reconoció fuelles que alimentaban hornos en los que se calentaba plata para hacer balas, prototipos de máquinas voladoras y subacuáticas, algo parecido a una gran bolsa de tela que en teoría contenía aire para frenar la caída de un hombre que cayese desde gran altura. Vio tentetiesos de madera y metal que habían recibido disparos, cuchilladas y cosas peores. Modelos de gabanes tachonados con planchas de metal por dentro, capaces de aguantar un trabucazo.

Qué cabrón.

—Bienvenido a mi casa, Juan.

Salvochea apareció a su lado. Él también había caído en el montón de paja, probablemente con más arte que Juaíco. No parecía mareado ni aturdido.

Una voz llegó hasta ellos amortiguada por el ronroneo de los ingenios mecánicos:

—A buenas horas.

Juaíco reparó en que, al fondo de la planta baja, una cortina ocultaba toda una sección. Parte de la cortina se desplazó para dejar pasar una especie de pequeño carromato metálico en el que cabía una persona. Lo ocupaba un hombre joven, de piel morena y expresión agria. Dirigió el armatoste hacia ellos, avanzando a saltos y pequeñas explosiones de aceite y vapor.

—Juan —dijo Salvochea, de pronto serio—. Permítame presentarle a Nicolás Mejías. Era... es mi colaborador. No hay perito en todo el mundo que iguale su maña con las maravillas tecnológicas. Su nombre se escribirá con letras de oro en la

historia, no lo dude. Sin él no tendría a mi alcance ni la mitad de las herramientas que necesito para cazar.

—Ni una décima parte, querrás decir —puntualizó Mejías, la vista clavada en Juaíco—. Mi nombre no se escribirá en ningún lado. A los gitanos nada más que nos registran en el cuartelillo.

—Mucho gusto —dijo el barbero, acobardado, alargando la mano.

—Tenga cuidado —advirtió él, los brazos cruzados—, salir a cazar es peligroso. A veces no se vuelve entero.

Juaíco cayó en la cuenta. Nicolás Mejías no tenía piernas. Su torso desaparecía en aquel extraño aparato con ruedas. El barbero intuyó en la expresión severa de Salvochea una historia en la que prefirió no ahondar.

—Nicolás —dijo el alcalde—. ¿Cómo va el prototipo?

El gitano apartó la mirada del barbero, que agradeció el capote.

—Pues aún sigue siendo eso, un prototipo. Es pronto todavía, quedan muchas pruebas que hacer y muchas tuercas que apretar.

—Da igual. Enséñale a Juan lo que es capaz de idear tu cerebro, amigo mío.

Los labios de Mejías se fruncieron, pero terminó asintiendo.

—Síganme.

Les llevó hasta una de las cortinas del fondo. La agarró con una mano manchada de quién sabe qué productos químicos y la apartó de un tirón.

Juaíco quedó boquiabierto una vez más.

Tras la cortina había un gigante de metal. Un autómatas como un trinquete, hecho de acero y bronce. Era tan alto como dos hombres, de poderosos músculos mecánicos y una coraza por piel. Todo su cuerpo rebosaba tubos, cañones y engranajes. Juaíco creyó adivinar una especie de motor en su espalda, aunque no tenía ni idea de qué lo propulsaba.

—Hermoso —dijo Salvochea—. Algún día salvarás vidas, Nicolás.

—Ya lo estoy haciendo. La tuya.

En el centro del cuerpo del gigante había un hueco con forma de persona. Juaíco comprendió que las palancas y volantes que se multiplicaban en su interior eran los mandos que manejaban al cachivache. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Cuándo estará listo? —preguntó el alcalde.

—Pronto. Antes de que te mueras, espero.

Salvochea asintió, como si esa fecha límite le satisficiera.

—Sigue así, Nicolás. Vales tu peso en oro.

—Si ese peso incluye la silla, adjudicado.

—Te dejamos seguir trabajando. Voy a enseñarle a Juan el resto del refugio.

—Entonces, ¿se queda a cenar?

El alcalde no contestó. Echó a andar hacia una de las plataformas móviles. Juaíco le fue a la zaga, aunque no pudo evitar echar un ojo hacia Mejías y su juguete.

—Tenga cuidado —dibujaron los labios del gitano.

El Mijita llegó al cementerio de San José en mitad de la noche. Nadie se cruzó con él en el camino de tierra que salía de la ciudad y llevaba hasta el camposanto. Sabía que su madre no se preguntaría dónde estaba. Nunca lo había hecho.

Se detuvo frente a la tapia. No era muy alta y encima estaba llenita de desconchones. La trepó sin dificultad. Cayó al otro lado, entre una nubecilla de polvo y calichas. Bajo la luz de aquella luna casi llena se adivinaban las formas de las lápidas. Se le antojaron cabezas que se hubiesen girado para mirarle. Qué curioso.

Un caminito se internaba entre las tumbas. El Mijita, pues nadie lo llamaba ya de otra manera aunque su nombre fuese bien distinto, lo recorrió sin prisa. La idea de que un vigilante o un sereno lo descubriesen aleteó en su cabeza como un insecto, y como tal se la sacudió. Allí no había vigilantes.

Y si los había, pobres de ellos.

Tardó bastante tiempo en dar con el mausoleo, pero no le importó. Se encontraba a gusto allí. Pasaba los dedos por los nombres tallados en las lápidas, jugaba a imaginarse cómo sería sentir pena por aquellos huesos que se pudrían bajo sus pies, por aquella carne que se descomponía en un ramillete de gusanos y que revelaba calaveras.

Por fin dio con el mausoleo que buscaba. La puerta estaba abierta, pero no le sorprendió. ¿Cómo iba a estar, si no?

Entró. Las escaleras descendían.

Encendió un cerillo. El resplandor de la llama iluminó los escalones. El calor de la llamita se acercaba poco a poco a sus dedos. Mientras bajaba, dejó que la llama le acariciase la piel antes de soltarla. Paladeó el dolor sordo en la yema de los dedos. Dejó caer la cerilla y encendió otra.

Llegó abajo del todo. Olía muy fuerte, como olían las carnicerías del Mercado de Abastos a última hora de la tarde. Adelantó la cerilla, inspeccionando el interior.

Uno de los nichos estaba abierto.

El corazón empezó a latirle con fuerza, en el pecho y en las sienes. Qué curioso. Se acuclilló delante del nicho. A través de la abertura sólo se vislumbraba oscuridad. La cerilla se apagó. El Mijita movió la cabeza. Paladeó el regusto de las tinieblas en su boca del mismo modo que paladeaba el tacto del fuego en sus dedos. Rebuscó en la cajita y sacó otra cerilla. La encendió.

Un soplo de aire la apagó al instante. Qué curioso. El Mijita encendió otra cerilla. La llama duró apenas un segundo hasta que otra ráfaga acabó con ella.

Entonces comprendió.

Arrojó la caja de cerillas lejos.

Y empezó a hablar con las tinieblas dentro del nicho abierto.

—Hola —dijo.

No hubo respuesta.

—Te vi en el Pay-Pay.

No hubo respuesta.

—Me dijiste tu nombre y me dejaste vivir.

No hubo respuesta.

—Tú mataste a la vieja.

No hubo respuesta.

—Deberías haber matado a mi madre.

No hubo respuesta.

—La odio. Odio todo lo que está de este lado. No quiero estar más aquí. Quiero estar contigo. Quiero servirte. Aprender de ti.

Entonces sí hubo respuesta.

El Mijita adelantó una mano. La introdujo por la abertura del nicho.

Oh.

Qué curioso.

—Es usted el hombre más peligroso del mundo, señor alcalde.

Él esbozó una media sonrisa con un tinte amargo. Se situaron sobre una plataforma pequeña equipada con un pedestal, sobre el que descansaba un panel con diferentes palancas. Accionó una de ellas. La plataforma tembló y empezó a ascender. Juaíco se tambaleó, pero el alcalde lo sujetó.

—No se preocupe. Uno se acostumbra enseguida.

Juaíco no quiso decirle que esperaba no tener que acostumbrarse en la vida.

—Mi familia compró este lugar hace años —le explicó mientras ascendían—. Los Salvochea siempre nos hemos distinguido por nuestro buen olfato en los negocios. Las finanzas de mi gente han pagado todo esto.

—Ustedes... ustedes se dedican a cazar —no podía decirlo—... a cazar...

—No, no, mi familia jamás ha estado enterada de la existencia de esos seres.

—Qué suerte.

—Mis padres quisieron la mejor educación para mí. Me enviaron a Londres cuando cumplí quince años. Esperaban hacer de mí un hombre de provecho. Allí encontré algo que decidió el resto de mi vida.

—¿Lo qué?

La plataforma llegó a su destino, una terraza que terminaba en una puerta metálica cubierta de remaches. Estaban en la parte más alta de la torre. La mano del alcalde sujetó el pomo corredizo, pero antes de moverlo se volvió hacia él.

—Vampiros, Juan. Encontré vampiros en Londres. Pero también encontré gente dispuesta a cazarlos. Esa gente me entrenó, a mí y a varios como yo.

Empujó la puerta. Al otro lado no había más que oscuridad. Salvochea entró, pero Juaíco se quedó en el dintel. Escudriñó dentro, pero no se veía un carajo.

—¿Y cómo se lucha contra esos... esos...?

—Vampiros. Es una palabra rara, lo sé. Pase, por favor.

Juaíco obedeció. Se oyó un chasquido y la puerta se cerró a su espalda. La voz de Salvochea atravesó la oscuridad:

—Llevan mucho tiempo por aquí, casi tanto como nosotros. Cada pueblo les ha puesto un nombre. Vampiro. *Nosferatu*. *Nachzehr*. *Strigoi*. Los franceses los llaman *revenants*. Contra ellos se lucha de dos maneras. Una es la ciencia, como ya ha visto.

Más chasquidos y tintineos. En ese momento, un punto de luz surgió sobre sus cabezas.

—La otra, la magia.

El punto de luz se convirtió en un rayo plateado que descendió hasta ellos. Bajo su luz, Juaíco pudo ver a Salvochea, que estaba junto a una especie de mesa circular. Su superficie era blanca y cóncava, como un plato del que podrían comer cien personas. El rayo de luz plateada incidía sobre la mesa. De pronto, Cádiz apareció en ella.

—Yo lo llamo *camera obscura* —dijo el alcalde—. Captura la luz de la luna y la proyecta sobre este lienzo. De ese modo puede uno ver todo lo que la luna está mirando. Observe.

Movió unos engranajes junto a la mesa. La imagen giró, mostrando una zona diferente de la ciudad. Algo se deslizó entre las casas. Algo grande. Una sombra ocultó la vista de los tejados por un momento. Salvochea toqueteó el mecanismo hasta que la imagen se enfocó.

Juaíco se quedó sin habla.

Una torre se desplazaba entre los edificios de Cádiz. Una torre enorme, rojiza y de delicada factura. Tenía la base octogonal. Juaíco la reconoció: era la misma que había aparecido sobre el tejado del sanatorio de Capuchinos. El barbero miró a Salvochea con los ojos desorbitados.

—¡La Bella Escondida! —exclamó Juaíco.

—La torre errante de Cádiz. La leyenda es cierta, Juan. Es imposible acceder a ella desde el suelo, porque está en continuo movimiento. Algunas noches se la puede ver rondando por la ciudad. Está buscando.

—¿A quién?

—No lo sé. Pero sé que estaba esta noche en Capuchinos cuando aparecieron esos seres.

—¿Cree que tiene que ver con la media tijera?

Salvochea asintió.

—Una de las cosas que aprendí cuando volví de mis años en Inglaterra es que el mal anida en todas partes, y Cádiz no es la excepción. No creo en el Diablo más de lo que creo en Dios, pero hay algo maligno en esa torre. Algo que tiene que ver con la muerte de Calvario Soto y de fray Espinosa. Con Liérganes y con esas dos mitades de una tijera que, por lo visto, perteneció a su esposa.

«Se acerca una *pelúa* muy gorda —recordó Juaíco que le había dicho la loca entre escupitajos—. Las dos mitades de la tijera se mueven. Pronto estarán unidas y entonces no habrá quien impida que el libro se abra». Pero, ¿qué libro? ¿Qué era lo que se acercaba?

«El Otro está sobre aviso».

—Voy a averiguar qué es ese algo —proseguía Salvochea—. Una carrera política ayuda a proteger al pueblo de taras como el clero o la monarquía, pero hay otras amenazas nocturnas con las que no se puede luchar a cara descubierta.

—Usted lo hace con gafas.

Salvochea rió, quizá por primera vez.

—Estas gafas sirven para mucho más que para proteger la vista. Quizá algún día le explique cómo funcionan.

Juaíco no estuvo seguro de querer aprender más.

—¿Por qué me enseña todo esto?

Salvochea se inclinó hacia él.

—Porque hay vampiros en Cádiz. Y si usted no me hace caso cuando le digo que se vaya a su casa, entonces va a ayudarme a cazarlos.

—Yo sólo soy barbero —protestó. Pensaba en el tal Nicolás Mejías y en sus piernas.

Lo dijo con toda intención. Salvochea demudó el rostro.

—Sé que esto es peligroso. Podemos terminar muertos, o algo peor. Pero no creo que usted quiera abandonar.

—¿Por qué?

—Porque no para de cruzarse en mi camino.

Juaíco contempló la imagen de Cádiz en el lienzo blanco. El sol saldría dentro de poco. La Bella Escondida se desplazaba entre los tejados.

—Si la otra media tijera estaba en Capuchinos —dijo al fin—, ese bicho de plata se la llevó. Margarita López de Morla no suelta prenda. Y todavía no sabemos qué papel jugaba fray Espinosa en todo esto. ¿Qué hacemos?

Los bigotes de Salvochea se menearon.

—Bueno, eso será mejor preguntárselo a él.

—¿Lo qué?

La plataforma traqueteaba en su descenso. Juaíco se retorció las manos. El olor a combustible era preocupante. «Estás en el sitio más volátil de Cádiz, Juaíco. Ole tus huevos toreros».

—Los vampiros existen, Juan —dijo Salvochea—. Son seres que vuelven de la tumba. Se alimentan de la sangre de sus víctimas; y su mordisco es capaz de crear un nuevo espécimen. Los mata la plata, el fuego y un pedazo de fresno alojado en el corazón. La luz del sol los quema, por eso se esconden en lugares como sótanos, cuevas, o el fondo del mar.

La plataforma se detuvo con un chasquido. Estaban en un piso intermedio. Las máquinas de Mejías conversaban entre ellas con su voz martilleante. Todo el piso era una única habitación de anchas paredes chorreantes de óxido, iluminadas por un sistema de lámparas interconectadas por conductos. Juaíco vio lo que había al fondo, y sintió que el terror caía sobre él como un cubo de agua helada.

—Lo que usted vio en el callejón del Duende no eran vampiros. Las cosas que nos atacaron en Capuchinos tampoco. Son sus sirvientes. Yo los llamo mojarras.

—Mojarras.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. Vienen del mar. Viven en las profundidades, donde no brilla el sol. Los crean con cadáveres de ahogados. Son poco más que rémoras. Tienen algunos de los poderes del vampiro: ven en la oscuridad, poseen una fuerza descomunal. Por desgracia, carecen de inteligencia y no se les puede interrogar.

En el otro extremo de la estancia había un complejo aparato con arneses colgando del techo, como un columpio de pesadilla. Un cuerpo colgaba de él. Diferentes hebillas y ligas sujetaban sus brazos, piernas y cabeza, abriéndolos como un aspa humana.

—En cambio, a nuestro amigo aquí presente sí.

Era el cuerpo de fray Espinosa.

—Ay, Dios. Pero, pero ¿cómo lo ha traído hasta aquí?

Salvochea le enseñó de nuevo aquella media sonrisa.

—No habría llegado tan lejos sin tener algún as escondido en la manga, ¿verdad?

—Está usted como un cencerro —musitó el barbero—. Este hombre está tieso, señor alcalde.

Salvochea negó con la cabeza.

—Usted lo vio con sus propios ojos. A él lo han convertido en vampiro, a Calvario Soto no. Tenemos que averiguar por qué. Fray Espinosa nos lo va a decir.

Ése fue el punto de no retorno. Juaíco lo vio claro. Dar media vuelta, correr hasta el piso de abajo, trepar a gatas por la rampa hasta la entrada y bajar por Sacramento en dirección al barrio de Santa María, a su casa en la calle Botica, a su Antonia. Olvidar de una vez y para siempre al loco ese. La alternativa era hociocar con las

reglas de su mundo, claudicar, comerse con papas todo lo que estaba viendo y terminar convirtiéndose en algo como Fermín Salvochea.

Cazavampiros. Eso había dicho. Juan Jiménez, barbero o cazavampiros. No había punto medio.

Juaíco estaba dando media vuelta cuando fray Espinosa abrió los ojos.

El barbero gritó. Vaya si lo hizo. Fue un grito corto, apenas lo que soltaría uno si se cortase de pronto o se diese un martillazo. Su propio miedo cercenó el grito de raíz ante la visión del vampiro.

Porque estaba claro que era un vampiro. Su modo de mover el cuello, su modo de mirar, de relamerse. No había nada humano ahí, nada que tuviera que ver con la vida. Ahí sólo había muerte, pero una muerte que Juaíco nunca había presenciado. Una muerte que regresaba.

«Dios permite esto», pensó Juaíco. El Dios al que Antonia rezaba los domingos en la iglesia de la Merced permitía que existiese una criatura así, que le mirase con aquellos ojos enormes, que les mostrase aquella mueca que ningún ser humano podría jamás imitar.

—Buenas noches —saludó Salvochea en tono grave.

El vampiro habló.

—*Fermín Salvochea. Tu fama te precede. Te conocemos.*

Juaíco dio un paso lateral, luego otro, y luego otro, hasta parapetarse detrás del alcalde. Éste desenvainó la hoja oculta en el bastón. Muy, muy despacio.

—Y esto, ¿también lo conoces?

El vampiro le mostró una lengua negra, retorcida y goteante. De alguna manera, su boca había crecido, los dientes que asomaban entre los labios eran gruesos y afilados. Dientes hechos para desgarrar.

—*No puedes matarnos a todos.*

—Para empezar voy a matarte a ti. Luego ya si eso me iré ocupando de los demás.

—*Somos demasiados para ti. Y seremos más.*

El alcalde decidió ir al grano:

—Te mordió. Te dio a beber su sangre. Te convirtió en vampiro. A Calvario Soto no. ¿Por qué?

—*Te arrancaremos la lengua, Salvochea. Me la restregaré por las ingles.*

—Las ligas que te atan tienen hebras de plata entre ellas. Estás a un metro del suelo. No intentes romperlas, ahórrate el esfuerzo y a mí el tiempo. ¿Por qué no convirtió a Calvario Soto?

La criatura rugió. Era un animal, Juaíco lo veía claro. No había belleza en aquella vida más allá de la muerte, no había eterna juventud ni amores inmortales. Había fealdad, hambre, pozos negros y humeantes, simas oceánicas.

—*¡La puta se nos adelantó! ¡Se abrió la garganta! ¡Rechazó el regalo!*

—Se suicidó —tradujo Salvochea—. Os bebisteis su sangre, pero no pudisteis

convertirla.

El vampiro se revolvió en el arnés de una manera brutal. Juaíco temía que las cuerdas cediesen, pero no lo hicieron.

—Te propongo un trato. Si contestas a lo que voy a preguntarte, te liberaré. Tendrás la oportunidad de hacerme todo eso de la lengua y las ingles que has dicho antes.

La bestia no respondió. Se limitó a estrangular al alcalde con la mirada.

—Sabía que aceptarías. En alguna parte de ese cuerpo que ocupas están los recuerdos de fray Espinosa. Quiero que busques en ellos y me respondas. ¿De acuerdo?

—*Voy a destriparte.*

—Estupendo, empecemos: ¿por qué queríais matar a Calvario Soto?

El vampiro cerró los ojos. Empezaba a hacer mucho calor, o eso le parecía a Juaíco. La criatura arrugó las facciones, que de repente se le antojaron menos crudas.

—*Calvario* —susurró—. *Pobre Calvario. No tenía culpa de nada. Debieron castigarme a mí, nada más que a mí.*

—¿Qué castigo? —insistió Salvochea—. ¿Quién os castigó?

—*Ninguno tuvimos la culpa. Los dos hicimos lo que era menester. Yo escuché a la pobre niña en confesión... ¿qué mal hay en ello? Y Calvario, Calvario...*

—La pobre niña —repitió Salvochea—. Calvario practicaba abortos. ¿A quién asistió?

El vampiro negó con fuerza.

—*No. No, no, no. Calvario no habría hecho eso. Ella amaba la vida. A ella la obligaron... la obligaron...*

—¿Quién? ¿Quién la obligó, padre? ¿Quién la obligó a servir en el Pay-Pay? ¿Quién lo recluyó a usted en Capuchinos?

El cuerpo sufrió una convulsión. Volvió a abrir los ojos. Ojos de fiera. Cuando habló, el fraile ya no estaba allí. Fue el vampiro quien dijo una única palabra, tan cargada de odio que Juaíco dio un paso atrás:

—*Aramburu.*

Fermín Salvochea asintió de forma pensativa.

—Gracias, padre. Y gracias a ti también, seas quien seas.

—*No tengo nombre. Jamás me pusieron uno.*

—No sufras. Yo escribiré uno en la mancha que dejes en el suelo.

—*Libérame. Has prometido liberarme.*

—Cierto.

Salvochea desenvainó el estoque con un movimiento de relámpago.

Se lo clavó en el pecho.

—Quedas liberado.

Si ver a un vampiro vivo había bastado para quedarse turulato, la visión de su muerte acompañaría a Juaíco hasta el último día de su vida. No fue ni de lejos tan

limpio como con las mojarras. El monstruo empezó a chillar como una camada de gatos. Sus ojos se licuaron. En las oquedades ardía un fuego sin nombre. La mandíbula se rompió, pero no dejó de aullar. Un desagradable chorretón de sangre negra brotó de la herida. Se sacudió como si su cuerpo estuviera repleto de serpientes. Juaíco cayó de rodillas y se cubrió los oídos. Él también gritó, pero fue para detener aquel sonido preñado de todos los terrores de la noche.

Y de pronto, se acabó.

Juaíco se encontró gritando solo.

El arnés estaba vacío. Chorros de agua de mar caían de él.

Salvochea le palmeó el hombro.

—La muerte de un vampiro no es un espectáculo agradable. Será mejor que se acostumbre lo más rápido que pueda. Por lo que nos ha contado, va usted a presenciar muchas en los próximos días.

—¿Qué carajo ha pasado aquí? —gimió él—. Por Dios bendito y todos los santos, ¿qué ha hecho usted?

Salvochea se le acercó. Limpió el estoque con un pañuelo y lo devolvió a la vaina. Se agachó a su lado.

—Dios no tiene nada que ver en esto, Juan. Aquí sólo hay monstruos. Cazadores o cazados, pero monstruos.

—Quiero irme a mi casa.

—No. No quiere. De haberlo querido, lo habría hecho ya. Usted quiere quedarse. Quiere proteger a Antonia. A quienquiera que visite en el Pay-Pay. Usted quiere acabar con más de esas bestias. Que Cádiz quede limpio de una vez por todas.

Juaíco se sorbió los mocos de un modo sonoro y desagradable. Miró a Salvochea, y por primera vez se dio cuenta de que le daba miedo. Aquel hombre no era sólo un político. Era algo más, algo distinto. Quizás algo demasiado parecido a la criatura que acababa de asesinar. Sí, ése era el verbo. Asesinar.

Pero tenía razón. Juaíco no volvería a pegar ojo sin echar un vistazo a la ventana, sin preguntarse cuándo llegaría la noche en que una de esas cosas llamase a ella con dedos de invierno.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Tenemos una pista nueva —dijo el alcalde—. Una muy buena.

—¿Cuál?

Salvochea sacó el reloj con el alacrán grabado y comprobó la hora.

—Mañana vamos a asistir a un baile de máscaras en la casa Aramburu.

Juaíco lo miró.

—Usted, de dormir, nada, ¿no?

VII La casa de las flores muertas
30 de septiembre de 1907

1

Sebastián abrió los ojos y enseguida pensó que algo iba mal. La oscuridad inundaba el cuartucho. Normalmente entraba un resquicio de luz por los ventanucos, algo de claridad desde las lámparas de gas del patinillo o la luz de la luna. Esa noche la luna no brillaba. Pero debería brillar, estaba casi llena. Algo iba mal.

Padre y Madre estaban inmóviles en la cama que compartían con él. Sebastián distinguía los bultos, pero no se atrevía a alargar la mano y tocarlos. Sería todo más fácil si hubiera luna. Pero si hubiera luna, él seguiría durmiendo. La oscuridad no habría venido a despertarle con su caricia de hollín.

Acababan de llamar a la puerta. Sebastián no lo había oído, pero lo sabía. Había alguien al otro lado, y ese alguien había golpeado la madera una, dos, tres veces. Eso era lo que lo había despertado. Ese alguien estaba ahí, al otro lado de la puerta, esperando a que le abriesen. Y Padre y Madre seguían durmiendo. Dentro de poco llamaría otra vez y algo malo sucedería. Si tenía que volver a llamar, se enfadaría, Sebastián estaba seguro. Fuera quien fuese, no le gustaba que le hiciesen esperar. Pero fuera de la cama estaba la oscuridad, y el frío, y el miedo.

Sebastián se encontró de pie en mitad del cuartucho. No sabía cómo había sido, pero allí estaba. Podía distinguir los muebles, las esquinas, las aristas y retazos que flotaban en medio de la tiniebla.

Ahora sabía que no estaba solo en el cuarto.

Había entrado. Quienquiera que estuviera en la puerta, había entrado. Había venido a por él. Un coche fúnebre aguardaba frente a la puerta del número 7 de la calle Botica. Un ataúd lleno de sangre esperaba dentro del coche. Sebastián tenía unas terribles, terribles ganas de orinar. Ahora estaba desprotegido. No había sábanas que mantuviesen lo malo fuera.

«Tienen muchos nombres.

»Vampiro. *Nosferatu*. *Strigoi*.

»Yo los llamo mojarras».

Algo se movió a un metro de Sebastián. Un pedazo de negrura con forma humana se desprendió de esa oscuridad aún más grande que lo abarcaba todo. Sebastián se heló por dentro. La silueta dio un paso en su dirección. Luego otro. Otro más. El suelo crujía bajo su peso. Las sombras retrocedían a su paso. Sebastián se sintió muy pequeño. La silueta se detuvo ante él. Era alta. De hombros anchos. «Tienen muchos nombres».

Pronunció tres palabras.

—Deje de buscarme.

Los ojos de Sebastián se desorbitaron. La silueta avanzó un paso más y abrió su capa. Cubrió a Sebastián con ella y la negrura borró el cuartucho, la cama, a Padre, a Madre, a Sebastián y a todo lo demás.

Nombres.

Strigoi.
Nosferatu.
Vampiros.

2

—Vampiros, Pani. Así se llaman. Pero tienen muchos más nombres.

—Qué bien.

Sebastián había dado con él en la alameda Apodaca, la avenida cuajada de árboles que abarcaba la parte norte de la ciudad, desde el Baluarte de la Candelaria hasta San Carlos. La alameda estaba abarrotada de gente con poco o nada que hacer, paseantes de buena cuna y mucho ocio que se daban su paseo el lunes por la mañana, señoritas con sus pretendientes que buscaban un roce robado a la guardia perenne de carabinas bigotudas. Los comercios ya estaban abiertos. El Pani, pertrechado con sus avíos de embetunar, se pateaba la alameda arriba y abajo, poniendo esa cara de niño desnutrido y triste que tan bien le salía.

—Salvochea capturó uno —prosiguió Sebastián—. Con mi padre. En el sanatorio de Capuchinos.

—Estoy trabajando, Sebastián.

—Y María Moco le endiñó una *guantá* a mi padre.

—Quillo, ¿me quieres dejar? —exclamó el Pani. Varias personas que estaban alrededor se volvieron hacia ellos con cara de disgusto. La misma cara puso el Pani al ver que se alejaban—. Me parece estupendo que ahora te creas todo lo que te cuenta tu padre, pero esto es el mundo real. Aquí hay que apencar, hincar los codos y dejarse la piel si no quieres que te larguen fresco.

Sebastián retrocedió un paso ante la monserga del Pani. Se rascó la ceja sin darse cuenta.

—Pani, Salvochea vino a verme anoche.

El pelirrojo se detuvo. Dudó, pero fue sólo un segundo.

—Vete a contarle pamplinas a tu hermana. ¿No te das cuenta de que todo eso son tonterías? No había ninguna mujer con dos cuerpos en el Pay-Pay. El Goliat no es gabacho. La vieja que vimos ayer en las cuevas no era más que una loca. Y Salvochea no fue a verte a tu casa. Eso lo habrás soñado.

—¡Sí, y un carajo! —soltó él. Entonces se dio cuenta de lo que le pasaba al Pani—. ¿Te ha hecho algo tu padre?

El otro le dio un empujón.

—¡Que me dejes!

Salió corriendo antes de que pudiera decir nada más. Aunque el pelirrojo no hubiera sido tres veces más rápido que él, a Sebastián no se le habría ocurrido seguirle. Se enfurruñó. Pues que le dieran. Si no quería escucharle, peor para él.

Tendría que contar sólo con las niñas.

—No podemos, Cararroncha.

—¿Por qué?

Candela se encogió de hombros. Estaba al otro lado de la reja del Hospicio. En el patio, los abuelos se sentaban al sol, intentando calentarse con sus débiles rayos. Los niños daban patadas a un guiñapo de josifas que sólo con mucha imaginación recordaba a una pelota. Otros jugaban al coger o al mangüiti. Varias beatas se paseaban entre ellos, repartiendo sus buenos pellizcos y sus cates fortuitos. De momento no se habían percatado de que Candela hablaba con él a través de la reja.

Sebastián echó una mirada por encima del hombro de Candela. Julieta estaba en un rincón del patio, sentada en el suelo, contemplando la nada.

—Se nos cayó el pelo cuando nos pillaron ayer en las cuevas —explicó Candela. El punto contrariado que tenía su voz le pasó desapercibido a Sebastián.

—¿Qué os hicieron? ¿Más avemarías?

—Ojalá... mira, nos tienen el ojo echado. Hoy no creo que podamos salir a jugar.

—¿A jugar? —exclamó él. No quería admitir que lo que más le molestaba era la indiferencia de Julieta—. ¿Qué pasa, que no te has enterado de lo que te acabo de contar? ¡Que son vampiros, Candela!

—Lo que tú digas. Pero no vamos a poder salir. A lo mejor mañana o pasado.

Sebastián intentó jugar su última carta.

—Salvochea me visitó anoche.

Ella parpadeó.

—A ti.

Sebastián asintió.

—Te visitó a ti.

Sebastián asintió.

—En tu casa.

Sebastián asintió.

—¿Y qué estabas haciendo tú?

—Estaba durmiendo. Me despertó él.

Candela ladeó la cabeza.

—Ya. Lo mismo tú también tendrías que descansar hoy. ¿No trabajas por la tarde en la botica del Perejil?

Sebastián apretó los labios. Le daba muchísima rabia que no le creyeran. Ni se le pasó por la cabeza que él llevaba ya demasiado tiempo sin creer a Padre. Intuyó que las lágrimas estaban a punto de asomar por la comisura de sus ojos. Dio media vuelta.

—Pues vosotras os lo perdéis.

—¡Sebastián! —llamó Candela. Él ya se alejaba Campo del Sur arriba.

Una monja apareció a su lado.

—Candelita, ¿qué haces? ¿Ya andas enredando?

Ella lo siguió con la vista.
—No hago nada, hermana.

La calle Jabonería era una de las arterias principales de Santa María. El barrio de los gitanos era un lugar que muchos señoritos temían o al menos evitaban. Las farolas de gas solían estar apagadas de noche. Pocos serenos entraban, y los que lo hacían apretaban el paso y preferían ignorar los murmullos que brotaban como hongos de las esquinas.

Para Sebastián, sin embargo, Santa María era su casa. La calle Botica quedaba a tiro de piedra, y aunque Madre siempre le había dicho que se anduviese con cuidado por aquel lugar, Sebastián había crecido como crecen todos los niños, sin juzgar ni condenar a nadie. Había sitios peores, como el barrio de San Carlos, por donde a veces desaparecía la gente por la noche y no se la volvía a ver.

Jabonería era una cuesta tan estrecha que los balcones, atestados de macetas y perolas, casi se tocaban. El nazareno de Santa María subía esa cuesta cuando iba de recogida a su iglesia en Semana Santa, un camino plagado de saetas espontáneas, oles y lágrimas. Los edificios parecían combarse unos sobre otros para proteger secretos que no les importaban a sus habitantes. Algunos rincones no conocían la caricia del sol.

La fachada del número doce estaba casi en ruinas, apuntalada aquí y allá por vigas churretosas comiditas por el óxido. En eso apenas se distinguía del resto de edificios de la calle. Lo que sí la distinguía eran las flores. Las balconadas de los tres pisos reventaban de flores que un día fueron rojas y azules, pero que ahora estaban secas y chuchurridas. Cubrían todo el edificio como una segunda piel.

—Una casa vestida de flores muertas. —Sebastián repitió las palabras que les había dicho María Moco—. Una cajita de piedra ostionera en el primer piso.

Había pocos payos en la calle, y los que había apretaban el paso, la atención fija en el suelo. Sentados en un portal, tres gitanos jóvenes escrutaban a Sebastián con poco recato y todavía menos humor. Uno jugueteaba con una navajita, poco más que un mondadientes, pero cualquiera sabía de qué sería capaz en aquellas manos morenas.

El portón del número doce estaba entornado. Sebastián entró. Un pasillito en sombras daba al patio vecino. Olía a humedad y a sudor. Se adivinaban efigies de cristos en las paredes.

Una mano le cayó sobre el hombro.

—¿Adónde vas tú?

La mano lo obligó a volverse. Lo primero que Sebastián vio fue un tabuco apoyado en la pared. El gitano a su lado tendría unos veinte años, llevaba pantalones negros y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Unas patillas negras y gruesas le daban a su rostro ceñudo un aire tosco. Pero, sobre todo, Sebastián vio aquel trabucazo ahí plantado como si fuera un mueble viejo.

El gitano lo sacudió.

—Ya te puedes ir **najando** de aquí.

«Piensa, por tu madre. Di algo».

—Vengo... vengo de parte de mi madre.

—¿Y quién es tu madre?

«Di otra cosa. Eso no».

—Antonia Díaz. La costurera de Botica.

Para su sorpresa, el gitano apartó la mano.

—¿La Antonia? ¿Qué le pasa?

—Me ha dicho que le tome las medidas al señor, que se va a hacer un traje.

—¿A qué señor?

Ojú. Sebastián contrajo la cara.

—No... no me acuerdo. Me ha dicho el número doce de Jabonería, pero se me ha olvidado el nombre. Que no se entere mi madre, por lo que usted más quiera.

El gitano soltó el aire por la nariz en una risa que ni era risa ni era *na*.

—Anda, sube al tercero. El señor que estás buscando está allí arriba. Di que el Onofre te ha dejado pasar.

Sebastián bajó la cabeza.

—Muchas gracias.

Se encaminó al patiovecino. La voz del Onofre resonó en el pasillo:

—El señor se llama don Nicolás Mejías. No te vuelvas a olvidar.

La primera niña en desmayarse se llamaba Catalina y llevaba toda su vida en el Hospicio. Cayó redonda en mitad de la clase, mientras sor Virtudes repasaba la vida de santa Eulalia. Catalina levantó la mano, fue a pedirle a la hermana permiso para ir al servicio (permiso que sor Virtudes rara vez condecía, pues creía a pies juntillas que las ganas de orinar eran penitencia que el Señor mandaba por pensamientos impuros, y por lo tanto había que aguantarlas hasta que el dolor te doblase por la mitad), y no llegó a pronunciar palabra. Puso los ojos en blanco y dio con los huesos en el suelo, dejando un espumarajo rojizo en las baldosas. En un primer momento nadie supo cómo reaccionar, hasta que el grito de la monja se contagió a toda la clase. Santa Eulalia quedó olvidada en el santoral.

Candela lo vio todo desde su pupitre, como también vio llegar al doctor Ojeda, todo acalorado y con la camisa coja. El médico atravesó el patio a la carrera, escoltado por otra de las monjas. El padre Abel lo recibió extendiendo una mano. El doctor la estrechó en lugar de besarla. El ceño fruncido del padre Abel le pasó justo por encima del nivel de urgencia que delataba su semblante. Todo esto lo vio Candela desde el patio y lo entendió, como también entendió que empezaba a darse cuenta de estas cosas porque poco a poco dejaba de ser una niña.

El segundo y tercer desmayo sucedieron en menos de una hora. El cuarto y quinto tuvieron lugar a primera hora de la tarde. Les retrasaron el almuerzo y los hacinaron con los vejetes en el patio. Una monja cuyo nombre Candela no conocía porque casi nunca pasaba por su ala repartía cazuelitas de un puchero soso que a duras penas calentaba el cuerpo. Se oía el murmullo tranquilo de las olas en la playa de la Caleta. Y con el murmullo llegaban las palabras que rumiaban los viejos en sus bocas desdentadas: fiebres, tisis, peste, mortal. Un cazamariposas invisible las atrapaba al vuelo y las echaba al caldero que en ese momento era la cabeza de Candela. La humedad de la tarde clavaba agujitas en su pierna. Tenía que caminar alrededor del patio para que no se le durmiese.

De algún modo, Julieta se las arreglaba para estar siempre en el rabillo de su ojo, quieta, la mirada perdida, pero a la vista. Ansiosa por ser rescatada de la realidad que vivían las niñas del Hospicio. A veces se abrían las cortinas del primer piso y la silueta de buitre del padre Abel se perfilaba contra una luz de bujías. Aquellos ojos hundidos buscaban algo o a alguien, y Candela le rezaba a nadie en particular para que no fuese a ella.

El doctor Ojeda salió al patio cuando el día empezaba a flaquear. Tenía la corbata desabrochada y parecía haber perdido pelo desde que entró aquella mañana. Caminó bordeando el azoramiento entre los niños y ancianos que se aglomeraban en el patio. Sólo los ojos de Candela frenaron su avance cuando le salieron al paso.

—¿Qué es lo que pasa, doctor?

Ojeda meneó la cabeza. El sudor dibujaba en su frente un mapa de islas por

descubrir. Cuando habló, en su voz había una calma que no conseguía esconder el espanto.

—Tus compañeros han empeorado, Candela. Se está extendiendo.

Ojeda dejó el maletín en el suelo y se agachó junto a ella.

—Mira, vas a tener que hacerme un favor. —Candela asintió con vehemencia—. Los han metido a todos en el ala oeste. No te acerques por ahí, ¿de acuerdo? Bajo ningún concepto —dudó—. ¿Sabes qué significa bajo ningún concepto?

—Que ni harta de vino.

Él volvió a sonreír.

—Exacto. Ni harta de vino te acerques al ala oeste.

—Pero ¿qué es lo que tienen?

El ceño del doctor hizo una pirueta que empezaba en el desconcierto y terminaba en el miedo.

—No lo sé aún, Candela. Estas cosas llevan tiempo. Tengo que hacer pruebas...

—Su timbre vagó por el aire, lejos de ella—. Es muy extraño. Presentan una terrible anemia y una cianosis parecida a la de los ahogados...

Algo borboteó en la cabeza de Candela. Se atrevió a preguntar:

—¿Vendrá usted otra vez?

—Me parece que estaré mucho por aquí, sí. Acuérdate de lo que te he dicho: no te acerques allí.

Le palmeó el hombro y fue hacia la puerta. Apenas había cerrado la cancela, ella salió flechada hacia Julieta. La niña rubia alzó la vista con desgana. Candela pudo por fin soltar la palabra que no se había atrevido a decirle al doctor Ojeda:

—Vampiros.

Julieta la miró como si no hubiera dicho nada. Candela se agachó junto a ella. Le temblaban las tripas. Abría y cerraba los puños. Si parecía una loca, estaba en el sitio justo.

—Vampiros, Julieta. Vam-pi-ros. Muertos que vuelven de la tumba. Cuerpos que parecen ahogados.

—Ha sido culpa mía —dijo ella—. Algo debí hacer mal. No debí haber salido. Así no me habría...

Candela le dio una bofetada.

Julieta se tocó la mejilla, boquiabierta.

—Escúchame. —Candela se puso en cuclillas frente a ella y la agarró de los hombros—. Te lo voy a decir una vez y te lo voy a repetir todas las veces que te haga falta: no ha sido culpa tuya. Nunca es culpa nuestra, ¿te enteras? Nunca. El padre Abel es un hijo de la grandísima puta, y nadie tiene la culpa de lo que ha pasado más que él. Y si no te lo crees ahora, te lo voy a seguir repitiendo hasta que te entre en la mollera. ¿Estamos?

Julieta desvió la vista. Candela se preparó para darle otra bofetada, porque aquel era el único modo en que había aprendido a tratar con otras niñas, el único modo que

le había enseñado aquel mundo de hombres que sólo sabían comunicarse a base de bofetadas a mano abierta.

Entonces Julieta la miró a los ojos.

Y dijo:

—Estamos.

Y esta vez le tocó a Candela apartar la vista. Una picazón trémula y templada le había salido en los ojos, quién sabía qué era. Lo único que acertó a hacer fue abrazar a Julieta fuerte, muy fuerte, y secarse las comisuras de los ojos con la manga del uniforme.

—Algún día pagará por todo lo que ha hecho. A ti, a mí y a todas las niñas del Hospicio —dijo en un murmullo acuoso y grave, y se besó el pulgar—. Por éstas.

Para cuando se separaron, tenía aún la voz tomada, pero acertó a decir:

—Hay vampiros en el Hospicio. Se están comiendo a los niños.

—¿Y qué hacemos?

—Para empezar, contárselo a Sebastián y al Pani.

6

«Buena la has liado, Sebastián. Como te cojan te vas a hartar de reír. Ayer mismo te perdiste en las cuevas de María Moco y hoy te cueles en la casa de Nicolás Mejías».

Sebastián ya estaba dentro. Ahora no podía volver. Tenía que encontrar esa cajita de piedra ostionera del primer piso. Para que la vieja de las cuevas, fuera o no María Moco, los llevase hasta Salvochea.

Ojalá el Pani estuviera allí. Ojalá estuviera Julieta.

Candela no. Si Candela estuviera allí, se plantaría delante de Nicolás Mejías con los brazos en jarras y le exigiría que le entregase la cajita. Menuda era. Sebastián amagó una sonrisa. Luego se azuzó a sí mismo. Tenía que ponerse en movimiento.

Verías qué cara ponían cuando les enseñase la cajita.

La pátina de roña que cubría la cristalera en las alturas sumía el patiovecino en sombras. Había velas en soportes que iluminaban el interior con un resplandor muy pobre. Más cuadros con vírgenes y mártires colgaban de las paredes. Unos escalones irregulares ascendían hacia una oscuridad de casa de bruja. Desde los pisos superiores se oía una voz desgranando un cante jondo, moroso y grave. Una guitarra le hacía compás, tan lánguida como el mismo aire allí dentro. Algún que otro «ole» rubricaba los acordes.

Sebastián subió las escaleras casi a ciegas. Ollas abolladas y sartenes compartían espacio con ristras de ajos y guindillas en los cordeles que recorrían las paredes. Flotaba un aroma no del todo desagradable. Siete puertas se distribuían alrededor del hueco que daba al patio. Una de ellas estaba entreabierta. Se acercó de puntillas. A través de la abertura se adivinaba un resplandor huidizo.

Se oyeron pasos en la escalera. Sebastián abrió la puerta y entró. Cerró y se aplastó contra la pared, intentando no respirar tan fuerte. De pronto fue consciente de lo que pasaría si lo pillaban. Pensó en el trabuco del gitano en la entrada. Contuvo como pudo un escalofrío, y entonces se dio cuenta de dónde estaba.

Era una habitación pequeña y sin ventilación. Podría haber sido un cuartucho o una alacena en su día, pero ahora su propósito era bien distinto. No había centímetro de pared que no estuviera cubierto por estampitas de santos, vírgenes, mártires y cristos en diferentes grados de sufrimiento. Distinguió rosarios, cruces de Caravaca, estrellas judías, medias lunas moras y otras medallitas con símbolos que no había visto en su vida. Colgaban de clavos amartillados aprisa y corriendo, que abrían grietas como heridas en las paredes. Y en el centro de aquel sepulcro improvisado en media tarde descansaba una mesita sobre la que brillaba una multitud de cirios medio derretidos.

Fuera se oían voces, pero algo hizo que Sebastián las ignorase. Se acercó con una reverencia que jamás había sentido en la iglesia. Su mano se movió hacia su pecho sin que él se lo ordenara y acarició el duro antiguo que colgaba de su cuello. Sobre la mesita, a modo de altar, las velas formaban un semicírculo alrededor de un objeto.

Era una cajita hecha de piedra ostionera.

Sebastián alargó la mano. No sabía si un rayo caería de alguna parte y lo fulminaría en cuanto la tocara. Aun así, lo hizo. La sostuvo en sus manos. Estaba muy fría. No era pesada al tacto. La abrió.

Contempló con asombro lo que había en su interior.

La media tijera era alargada y fina. Tenía filigranas grabadas en un costado, y un engarce elegante y florido donde debería engancharse la otra mitad, dondequiera que estuviese. El agujero para sujetarla era estrecho. Estaba hecha para que la usasen dedos delicados. Sebastián imaginó dedos como los de Julieta.

Una mano le cayó sobre el hombro.

Esto ya lo había vivido.

Pero esta vez, la cara del Onofre evidenciaba una emoción bien distinta.

—¿Limpia, señor?

El Pani puso carita de pena ante dos gachones vestidos de punta en blanco que paseaban por el parque Genovés. El parque siempre solía ser un buen sitio para engargolarse algún primo; los señoritos con poca faena y mucho parné gustaban de darse su vueltecita mañanera entre los cipreses. La tierra del parque y las escobas de los barrenderos se aliaban para llenarles de cochambre los botines; y por supuesto allí estaba el Pani, tan decaído y tan pobrecito como siempre, dispuesto a aligerarles el monedero al tiempo que les clareaba la conciencia.

Sólo había que tener maña para reconocer a los pelagatos que se confundían con el chavalerío adinerado, embutidos en un traje alquilado o directamente tangado. Estos últimos solían ir a la caza de señoritingas de cabeza ligera y enaguas sueltas que preñar entre azaleas y palmas gastando poco más que una o dos poesías escamoteadas a Garcilaso. La broma les salía por una paliza de padres o hermanos y un casamiento por cojones que ellos admitían con la cabeza gacha y el corazón alegre, porque la barriga en cuestión solía venir adobada en fajos de billetes, casonas en propiedad y puestos en las empresas familiares. Lo malo es que aquellos profesionales del braguetazo te arreaban una patada en cuanto venías con intención de hacerles gastar aunque fuera un real en betún.

De momento parecía que éste no era el caso.

—Venga, una cosa ligera.

Uno de los prendas colocó la bota sobre el cajón del Pani como quien pisa una mierda. Le dedicó un segundo de atención y tardó lo mismo en olvidarse de su cara. Se volvió hacia su interlocutor mientras el Pani se aplicaba, cagándose en los muertos de los dos de propina y por lo bajini.

—Lo que te decía, Fulgencio, nada más que encontraron unas enaguas manchadas de sangre.

—Quiá.

—Que sí, hombre. Por lo visto hacía la calle por las murallas de San Carlos y por allí cerca le dieron matarile. Bueno, le dieron matarile o se la llevaron en volandas, porque aparte de las enaguas y la sangre no se encontró nada más.

—¡A ver si va a ser el mismo destripador de Londres, que se ha venido aquí a darse unas curas en el balneario!

Los dos compartieron la risa más falsa que el Pani había oído en mucho tiempo.

—Niño, ¿le queda mucho a la faena?

—Ahora mismo acabo, señor —dijo el Pani, haciendo como que se aligeraba, pero poniendo la oreja.

—De todos modos, tampoco es que fuera la primera. Todo el mundo sabe que por San Carlos no hay que acercarse, y menos de noche.

—Amén.

—Tú me dirás... pues yo estoy en que algo tienen que ver los del teatro.

El Pani se puso tenso.

—¿Los del Gran *Jiñao* ese?

—Los mismos —adoptó un tono de confianza—. Son extranjeros. ¿Quién te dice a ti que el tal Edgardo Poe no es el mismo Destripador?

El Pani no pudo reprimirse:

—¡Eso no es verdad! —exclamó.

—¡Pero bueno! —El prenda apartó la pierna y le largó un puntapié en el pecho. El Pani cayó de espaldas—. ¿Tú quién te crees que eres para interrumpir a los mayores?

El pelirrojo apenas llegó a tocar el suelo. Se puso en pie de un salto. Algo hecho de fuego le brotó del pecho y subió hasta su garganta.

—¡Me cago en la reputísima madre que te echó por el coño, muerto de hambre!

Ni se paró a pensar en lo que hacía. Una plasta de betún voló y le aterrizó al prenda en mitad de la cara. Colgajos negros cayeron por su camisa, chaleco y pantalones.

—¡Serás hijo de puta!

La segunda plasta voló al tiempo que lo hacía también el Pani. Los gritos de los dos señoritos venidos a menos resonaron por el parque, pero el pelirrojo ya se alejaba a la carrera. La cajita de betunes tableteaba a su espalda, mal enganchada al hombro. El Pani saltó un seto como si no estuviera allí y bordeó la fuente de los niños meones. No lo iban a cazar en la vida. Echó una mirada atrás para darse el gusto de verlos en la distancia, y eso fue su perdición. Chocó contra algo duro. La misma velocidad de la carrera lo tiró al suelo. Unas manos lo agarraron y lo levantaron. El Pani alzó la vista, dispuesto a morder, a arañar y a sacar algún ojo si hacía falta.

Luego reconoció a quien lo agarraba.

«Mierda».

—Don Cristóbal Paniagua, ¿me quiere usted decir a qué vienen esas prisas?

—Me quieren pegar, don Basilio.

—¡Cogedlo ahí!

Tonto no era el Perejil. En cuanto vio acercarse a la carrera a los dos señoritos, congestionados y descompuestos, sujetó con más fuerza al Pani. Ellos se detuvieron, jadeando.

—Te cogimos, hijo de siete padres —resolló el primero—. Te vas a enterar. Muchas gracias por agarrarnos al malnacido este, caballero.

—Malnacido aquí no hay ninguno, muy señor mío —dijo el vozarrón del Perejil. El Pani habría jurado que no era la misma voz del hombre que lo había detenido—. Todo ha sido un malentendido. Lamento mucho el sofocón que se han dado corriendo, pero van a tener ustedes que volverse por donde han venido.

Los dos se quedaron de piedra. De pronto se irguieron, muy tiesos, intentando parecer amenazantes.

—¿Usted quién se ha creído que es? ¿Es que hoy está todo el mundo loco en Cádiz?

—En Cádiz está todo el mundo loco desde antes de que usted naciera, joven.

El primero de ellos hizo además de agarrar al pelirrojo. La mano del Perejil salió disparada. De pronto le retorció la muñeca. El prenda puso cara de estreñido, todo rojo y arqueado como el lomo de un gato.

—¡Suélteme, oiga!

El Perejil no movió ni un músculo de la cara. Parapetado a su espalda, el Pani pensó que le iba a romper el brazo. Por el ángulo en que lo tenía ya, con un giro de muñeca ése no tocaba más la guitarra.

—Por favor, señor —gimoteó el prenda.

Con la mano libre, el boticario se hurgó en el bolsillo de la chaqueta. Sacó un par de billetes y los puso entre aquellos dedos amoratados.

—Esto para el tinte —silabeó, muy despacio—. Ya se están ustedes najando de aquí. Aunque si lo prefieren, me quito la chaqueta y lo discutimos como lo haría John L. Sullivan.

Soltó la mano del gachón, que retrocedió con los brazos en alto como si le estuvieran apuntando con un arma. Su contrapartida le echó un brazo por el hombro, haciendo como que lo contenía pero en realidad acelerando su mutis a empujoncitos.

—No hace falta llegar a esos extremos —tartamudeó—. Que se diga que los hermanos Florentino y Fulgencio Luna no son razonables. También nosotros fuimos pillastres en nuestra época.

—Me lo puedo imaginar —dijo el Perejil sin el menor rastro de afabilidad o conciliación—. Ala, arreando.

Los dos se perdieron por el paseíllo de palmeras del parque. El boticario se volvió al Pani, que lo había contemplado extasiado todo el tiempo. El pelirrojo parpadeó, todavía sin creerse el espectáculo que acababa de presenciar.

—Cualquier día me va a matar usted de un disgusto, Cristóbal —dijo, y su voz volvió a ser la del boticario gruñón que ya conocía.

—Usted perdone, don Basilio —tartamudeó.

—Me estoy cansando de perdonar cosas, ¿sabe? ¿Me puede usted decir dónde está su amigo Sebastián? Vengo buscándolo desde Feduchy. Hoy tenía que trabajar en la botica y no ha aparecido.

El pelirrojo se dio una palmada en la frente.

—La casa vestida de flores muertas —murmuró.

—¿Cómo dice?

El Pani salió corriendo.

—Me cago en la leche que mamó —maldijo el boticario.

La sala donde habían metido a Sebastián estaba llena de maravillas.

Era estrecha y alargada. La ocupaba una única mesa que se extendía de un extremo a otro. Sobre ella se amontonaba una multitud de ingenios mecánicos en miniatura, planos y diseños de naves voladoras y subacuáticas, herramientas de todas las hechuras y tamaños, tubos de ensayo, matraces con líquidos fosforescentes y hasta pequeñas jaulas con ratas blanquísimas que se echaban su pedazo de siesta.

Una luz destemplada entraba por una claraboya. No había más muebles aparte de la silla de mimbre en la que habían sentado a Sebastián. El Onofre le había atado las muñecas a la silla con dos vueltas de hilo de bramante. Sebastián empezó a forcejear en cuanto se cerró la puerta, más por inercia que por una verdadera esperanza de escapar, pero los arañazos en la piel pronto le convencieron de que se estuviera quietecito. Lo habían pillado bien pillado, de ésa no lo iba a salvar ni la caridad. Ahora la cuestión era cuál iba a ser su castigo.

La puerta se abrió.

Entró un gitano espigado y con pinta de peligroso. Empujaba una silla de ruedas de aspecto anacrónico. Sobre ella iba un anciano con una barba larga y negra ribeteada de estrías canosas. Una manta basta y marrón cubría su regazo. Su cara era un amasijo de arrugas y viejas cicatrices, la nariz un morrocotudo boniato plagado de venillas templadas al calor de valdepeñas y fandangos. Se tocaba la cabeza con un sombrero negro y gastado. Los ojos que se atisbaban bajo el ala eran turbios, iris oscuros flotando en una estrechez acuosa y amarillenta. La inteligencia y la amargura que desprendían trincaron a Sebastián por el estómago.

El gitano más joven detuvo la silla frente a Sebastián y salió.

—Usted... usted es Nicolás Mejías —dijo Sebastián con un hilo de voz.

El anciano no respondió. Lo estudió de arriba abajo. Cuando habló, lo hizo con una voz agrietada y áspera:

—¿Por qué la media tijera?

Sebastián no pudo evitar echarse a temblar.

—Quédate callado si quieres, faltaría más. Pero a la próxima que no me contestes, te corto un dedo. Tú verás. ¿Por qué la media tijera? ¿Fue lo primero que viste o venías buscándola?

—Venía buscándola —respondió al instante.

—¿Por qué venías buscándola?

Sebastián dudó. El anciano no. Echó mano a la mesa y agarró algo parecido a una llave inglesa con un canto afilado. Con un golpe de rueda se colocó detrás de Sebastián y llevó la herramienta a su índice derecho.

—¡Me lo pidió María Moco! —chilló Sebastián.

El anciano apretó el filo de la herramienta sin llegar a cortar. Despedía un olor suave y denso, como a alguna especie de aceite de máquina. Le echó encima un

aliento de tabaco negro y bilis.

—¿Seguro que era María Moco?

Él asintió, tragando saliva y lágrimas.

—Mis amigos y yo nos perdimos en las cuevas y nos encontramos con ella. Nos pidió que le llevase la cajita. Yo no sabía qué tenía dentro. No lo sabía, de verdad. Si hubiera sabido que tenía la media tijera no la habría cogido.

—¿Qué sabes tú de esa tijera?

—Sé lo que me contó mi padre. —Sebastián podría contarle hasta la última vez que manchó los calzones—. Nada más.

—¿Tu padre? ¿Y quién es tu padre?

—Juan Jiménez.

Mejías lo soltó.

—El hijo de Juaíco...

Las ruedas rechinaron. Movié la silla hasta colocarse delante de él.

—No sé lo que te ha contado tu padre, pero las cosas no son como tú crees. Tu padre es un bala perdida y un mentiroso.

—Yo sólo quiero encontrar a Fermín Salvochea —balbuceó él.

—Salvochea está muerto.

—Sí, pero ha vuelto de la tumba.

El anciano resopló.

—Desde luego eres hijo de Juaíco. Cuentos y embustes, nada más.

Aquello debería haber hecho saltar un resorte dentro de Sebastián. Y puede que así fuera, pero fue un resorte desconocido. Respiró hondo.

—Yo no soy como mi padre. Córteme el dedo si quiere. No soy un mentiroso ni un ladrón. Sólo quiero saber por qué ha desaparecido el cuerpo de Salvochea y qué tiene que ver esa media tijera.

Nicolás Mejías se le acercó. Algo se movió en aquellos ojos turbios.

—La media tijera no es ni para ti ni para quien te la haya pedido. Salvochea me la confió antes de bajar a las cuevas.

—¿Por qué es tan importante esa tijera?

—No es una tijera. Es una llave.

—¿Cómo que una llave?

—Es una llave que abre un secreto.

—Un secreto —repitió Sebastián. Ninguna reacción por parte de Mejías—. ¿Cuál es ese secreto?

El anciano soltó una risotada plagada de flemas crujientes. No había rastro de humor en ella.

—Ese secreto le costó la vida a Salvochea. ¿De verdad te crees que te lo voy a decir así, por las buenas?

Sebastián apretó los dientes.

—Sí. Creo que me lo va a decir. Me lo va a decir porque se ha dado cuenta de que

digo la verdad: yo no soy como mi padre. Ni lo soy ni lo seré nunca.

Nicolás Mejías volvió a resoplar.

—A lo mejor te le pareces más de lo que crees. Esos cojones no se los he visto ni a mis nietos Evaristo y Tancredo.

Dio media vuelta en la silla de ruedas. La empujó hasta la puerta y la abrió. Sin embargo, antes de salir se detuvo. Apenas giró la cabeza para decir:

—Ese secreto está a buen recaudo en el convento de la Candelaria. Y allí tiene que quedarse. Igual que tú te vas a quedar aquí.

Salió, dejándolo solo y atado en mitad del laboratorio. El portazo y el ruido del cerrojo rubricaron una sencilla verdad: de allí no iba a salir.

No había manera de dar con Julieta y Candela. El Pani se había asomado por entre las rejas del Hospicio, con poca confianza de que fuese a encontrarlas allí. Vio mucho guirigay en el patio. Oteó como pudo entre la multitud de viejos y huérfanos, pero ni rastro de ellas. Podía pasarse el resto de la tarde esperando a que aparecieran. O podía buscar a Sebastián.

Llego al barrio de Santa María con la lengua fuera y el corazón desbocado. Jabonería empezaba a despertar de su letargo. Las gitanas volvían con las pocas ramitas que no habían colocado a algún babeta por unas gotas de buenaventura. Luces de vela empezaban a titilar tras las ventanas, se desperezaban los soniquetes y las palmas. Las calles, en cambio, seguían desiertas. La vida de los gitanos de Cádiz discurría por meandros muy diferentes a la del resto de la ciudad, y allí no empezaba hasta la puesta de sol.

El Pani se detuvo delante del número doce. Lo cubría el mismo sudario de flores muertas que Sebastián contemplase aquella mañana. Apoyado en la puerta, un gitano se limaba las uñas con una navaja. Sus ojos se apartaron un instante de su tarea para dedicarle una mirada torcida al pelirrojo. Él siguió caminando como si estuviese acostumbrado a que lo amenazasen dos ojos estrábicos. Dobló muy digno la esquina con la calle de la Merced y se aplastó contra el muro como una rata mojada. Por aquella puerta iba a ser imposible entrar. Quizás era mejor irse a su casa. Total, ni siquiera sabía si Sebastián estaba allí dentro o no.

Pero si lo estaba, podía estar en apuros.

Ya verías qué cara se le quedaba cuando entrase a salvarlo.

Pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo podía colarse en la casa? Su vista vagó sin rumbo. Se sopló el flequillo. La manera estaba ahí, sólo tenía que dar con ella. ¿Ofrecerle al gitano un embetunado? Ni hablar. ¿Distraerlo? ¿Fingir un desmayo? «Te quieres ir al carajo, Pani. Piensa algo de verdad».

Caminó arriba y abajo en la esquina. Para ayudarse a pensar, empezó a darle pataditas a la boca del bajante que se ascendía por la pared de la casa.

Se lo quedó mirando.

Eso era.

«Te vas a matar, Pani.

»A la mierda».

Dio un par de tirones al bajante. Parecía bien soldado. Aguantaría, tenía que aguantar. Se afianzó al hombro la cajita con los avíos de embetunar. Le dio una vuelta a la correa de cuero para asegurarla. De un salto, se encalomó al tubo de metal. Apoyó los pies. Los alféizares y los tendederos servirían de apoyo.

«Enga, parriba».

Empezó a ascender, al principio inseguro, pero enseguida con rapidez. Un balcón se abrió a su derecha a la altura del segundo piso. Se asomó una gitana entrada en

carnes y embutida en un luto riguroso. El Pani dio un salto y subió un metro más. La gitana miró a un lado y a otro. No lo vio. Volvió al interior. El Pani suspiró aliviado. Fue entonces cuando la tubería cedió.

Toda su piel se erizó. El metal soltó un gemido como el de una rueda de carromato mal engrasada. Saltó un perno y luego otro. «Mierda, mierda, mierda». Se empezó a separar del muro. El Pani ni siquiera se paró a pensar. Subió como pudo los últimos metros. Para cuando estuvo a la altura del alféizar, el bajante se separaba ya más de un metro del tejado. Tomó impulsó sobre lo que no parecía más que aire. Saltó.

Aterrizó justo a tiempo de oír la escandalera que armaba el bajante al derrumbarse.

«Por los pelos, Pani, picha».

Los primeros gritos no tardaron en oírse desde la calle. Miró a izquierda y derecha. La tarde languidecía. Los tenderos se desparramaban por el tablero blanco que era la ciudad. En la terraza había un lavadero y un par de sillas de madera carcomida, dispuestas alrededor de una caja de fruta a modo de mesa, con manchurroneos de grasa y círculos de café negro. Las casas del barrio estaban [enchampeladas](#) unas con otras; apenas las separaba el salto de un patinillo de menos de un metro. La calle de la Merced descendía a su izquierda, y Jabonería se abría a derecha. El pelirrojo echó a correr en dirección al doce, esquivando ropa tendida, colchones comidos por la lluvia y por las pulgas, maletas viejas y hasta un perro atado a un hierro, medio amodorrado por la caricia de aquel sol que ya casi besaba la línea del mar en la lejanía.

Se detuvo. La casa de las flores muertas estaba al otro lado de la calle. Los edificios parecían muy cercanos cuando se miraban desde abajo, pero la distancia aquí arriba le encogía el estómago.

—Venga, Pani, que no se diga... —volvió a asomarse—... o que se diga, yo qué sé.

Cogió carrerilla. Abría y cerraba las manos como si en ellas estuviese el secreto para volar. «Uno, dos...». Echó a correr hacia la cornisa. Se iba a estampar, se iba a estampar, iba a terminar destrozado entre los adoquines de la calle. Llegó al borde. Saltó.

Por un momento, sintió que volaba. Luego empezó a caer. El pretil de enfrente parecía muy lejano. Se iba a... cayó en la azotea. El tobillo le crujió de un modo que le dio escalofríos. Rodó sobre sí mismo hasta que se detuvo, todo arañado y magullado.

Apoyó el pie. Una descarga de dolor le subió por la pierna.

—La leche que yo mamé.

Se irguió como pudo y se sacudió el polvo. Había aterrizado junto a una claraboya.

Se quedó mirándola.

Sonrió.

El cierre de la claraboya saltó al primer tirón. El Pani asomó la cabeza.

—Qué bien te veo, Chanito.

Desde abajo, Sebastián lo contemplaba estupefacto.

Qué cara se le había quedado.

—¿Pero tú cómo has llegado hasta ahí arriba? —susurró.

—Anda que ibas listo si no estuviera yo para sacarte las castañas del fuego.

—A ver si es verdad y me sacas de aquí. Estoy atado.

—Ya me he fijado. ¿Has encontrado la cajita?

—Sí. Y no te vas a creer lo que había dentro.

—¿Qué?

—Luego te lo cuento. Sácame de aquí.

—¿La tienes contigo?

—Sí, claro. Me han pillado, me han encerrado aquí dentro, me han atado y me han metido la cajita en el bolsillo de la chaqueta para que no se me olvide.

—No te pongas así.

—Quillo, ¿quieres hacer el favor de bajar y desatarme?

—Voy, voy, voy.

El Pani se descolgó sin la menor dificultad. Abrió las manos y cayó al suelo con gracilidad. Sólo al aterrizar se le contrajo el rostro y se tambaleó.

—Te has hecho daño —constató Sebastián.

—No me he hecho daño. Ha sido un traspies. Espera, que te desato.

—¿Ya no estás enfadado?

—Yo no estaba enfadado. Estaba...

El Pani dio un paso en su dirección, un paso que terminó en una cojetada y casi con el pelirrojo en el suelo. En el siguiente apoyó sólo la punta del pie. Los otros tres fueron saltos a la pata coja.

—Estupendo —se quejó Sebastián—. Ha venido a rescatarme el Cojo de Villaornate.

—Si quieres me voy, mongolo —dijo el Pani mientras bregaba contra las ataduras.

—No me digas mongolo.

—Te digo como me da la gana, que te estoy rescatando. —Uno de los nudos se abrió. El Pani se centró en la otra mano—. ¿Por qué te han metido aquí?

—¿Te parece poco por colarme y robar?

—Yo qué sé... Hala, ¿todo esto qué es?

Se acababa de fijar en la mesa de los inventos.

—Pani.

La cara se le iluminó como debía de iluminárseles a los señoritos cuando sus padres los cubrían de regalos en sus cumpleaños.

—Pani, las ataduras.

Pero el Pani ya se alejaba de él y se aproximaba a la mesa como un depredador. Sus dedos reptaron por el aire, ansiosos por tocar, desprecintar, volcar y escamotear.

—Pani, por tu madre.

—Pero, pero... ¡esto es una mina! ¿De dónde han salido todas estas cosas?

—Me cago en tu perra cara, Pani —se quejó Sebastián, usando la mano libre para forcejear con las ataduras que quedaban.

El interpelado se subió de un salto a la mesa. Empezó a recorrer toda su longitud. Cogía instrumentos, los estudiaba, los retorció, los desechaba y se volvía hacia otros.

—¿Te crees ahora la historia de tu padre? —preguntó.

—Yo qué sé. —El último nudo casi estaba.

—¿Y por qué está aquí la media tijera?

—Salvochea se la dio a Nicolás Mejías antes de bajar a las cuevas.

—¿Cómo que Nicolás Mejías? —exclamó el Pani, dando un respingo—. ¿Qué me estás diciendo, que estamos en su casa?

Por desgracia, el respingo lo dio cuando sostenía dos matraces con líquidos extraños.

—¡Cuida...! —empezó a decir Sebastián.

El Pani trastabilló de la sorpresa y ambos viales se estrellaron contra el suelo.

Los líquidos que contenían se mezclaron.

Y luego fue lo de la explosión.

No había manera de encontrar al Pani. Julieta y Candela habían buscado por el parque Genovés, por el Mentidero, por la plaza de Fragela. Pero nada. Ni rastro del pelirrojo. La luz del ocaso jugueteaba entre la estrechez de las calles y los reflejos en los balcones.

—No podemos perder más tiempo, Julieta. Se nos va a hacer de noche.

—Pues buscamos a Sebastián y no al Pani. Estamos en las mismas.

—No, en las mismas no. Sabemos dónde ha ido Sebastián.

—La casa vestida de flores muertas... ¿estás segura? ¿Habrás ido a buscar la cajita de piedra ostionera para María Moco?

—Y tan segura. El carajote ha ido solo, me juego el cuello.

Echaron a andar por la calle Sacramento abajo, hacia Santa María.

—Hay que ser tonto —resopló Candela, mientras luchaba por mantener el ritmo —. Como se le haya ocurrido entrar solo en la casa, se va a enterar.

—Hay que ser muy valiente —murmuró Julieta.

—Muy carajote es lo que hay que ser —repitió Candela.

—Podemos ir más despacio, si quieres.

—No.

—A mí no me importa.

—¡Que no! ¡Vamos!

Julieta siguió un rato callada. Al cabo, dijo:

—Seguro que a Sebastián no le ha pasado nada.

—¿Y a mí qué me importa lo que pase a Sebastián? Lo que pasa es que si lo pillan, será muy difícil volver a por la cajita, y entonces a ver cómo encontramos a tu abuelo.

—Está bien, lo que tú digas.

Candela apretó más el paso, al borde de la asfixia. Se sentía rara, como si estuviese a punto de ponerse la piel de gallina. Recorrieron todavía unos metros más hasta que le dijo entre hipidos:

—A Sebastián le gustas mucho.

Julieta no respondió.

—Que le gustas mucho, digo.

—Lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? ¿Y a mí qué me cuentas?

Ninguna de las dos añadió nada más.

Cuando llegaron al número doce de Jabonería, el cielo se había cubierto con un manto púrpura. Las calles de Santa María estaban desiertas. Por las ventanas asomaban lucecitas titilantes. Se detuvieron delante de la casa, sin saber que el Pani abría una claraboya en el tejado en aquel mismo momento. Contemplaron al gitano de patillas generosas y anchos hombros que había en la puerta. Quizá Julieta intuyó el

trabuco que apoyaba en la pared tras el portón, porque dijo:

—A lo mejor deberíamos volver. En el Hospicio van a empezar a buscarnos, si no lo han hecho ya.

—Ahora estamos aquí y tenemos que entrar. Sebastián podría estar en peligro.

—También podría no haber entrado. O haberse ido ya.

—Eres una cagueta. —Candela echó a andar, dispuesta a enfrentarse al gitano con poco más que aquel manojito de agallas.

Había recorrido la mitad de los pasos que los separaban cuando se oyó la explosión.

Las ventanas de la casa pegaron un reventón. Una columna de humo azul se elevó, profusa y violenta, hacia aquel cielo moribundo. El tiparraco de la puerta se tiró cuerpo a tierra como si los fanfarrones de antaño estuvieran otra vez dando cañonazos.

Se oyeron gritos dentro de la casa. Más estruendo de cristales rotos.

—¡Me cago en mi santa calavera! —oyó Candela que exclamaba el gitano. Echó mano al trabuco y entró gateando en la casa.

Candela se volvió:

—¡Ahora, Julieta! ¡La ocasión la pintan calva!

Dicho lo cual, siguió el mismo camino que había tomado el gitano.

Julieta suspiró. Las caninas también las pintaban así.

Echó a correr tras ella.

A partir de ahí, todo fue muy confuso. La humareda azul se había extendido por la casa como la más espesa de las nieblas. Se oían gritos y más gritos. Algo que sonó como un cañonazo. Julieta chilló. Algo o alguien pasó corriendo a su vera. Gateó como pudo, intentando orientarse. Vio cristos sangrantes y santos en pleno martirio que flotaban sobre un resplandor de velas exangües. Ni rastro de Candela. La escandalera había cobrado ecos de sinfonía. Tropezó casi por casualidad con unas escaleras que ascendían. Vio unos pies perderse en ellas y pensó que pertenecían a Candela. La llamó a gritos. Alguien contestó, pero tampoco supo de quién se trataba. Atisbó siluetas en la oscuridad, puertas que se abrían y otras que daban portazos. Una mujer desdentada gritaba maldiciones y una cara grande y oscura surgió de la nada azul y le preguntó quién era ella y qué hacía allí. Julieta corrió y corrió. Chocó contra algo duro. Unas manos pequeñas y otras robustas intentaron agarrarla. Trató de esconderse detrás de un taquillón de roble negro como negra era aquella casa. Le salieron al paso varias piernas que corrían, pero no se detuvieron. El estruendo de cristales y los gritos competían en las alturas. Se arrastró. Llevaba un rato llorando. Su llanto convocó ante ella una puerta cerrada y el pomo que se giraba y un cuartucho lleno de velas y rosarios y cosas que no entendía. De pronto había una cajita entre sus manos mientras unas voces gritaban «se ha escapado, se ha escapado, por el techo, cogedlo, me cago en la Virgen, cogedlo vivo». Luego sus pasos aterrados y un laberinto azul del que creía que no saldría. Candela apareció a su lado, la abrazó y volvió a desaparecer. Quizás esa parte la imaginó. Le picaban los ojos, la garganta, la piel. Estaba bajando unos peldaños que la tomaron por sorpresa y a traición. El camino hasta la puerta de la calle apareció ante ella. Lo recorrió entre toses y arcadas. Lo único que no vio fue aquella mano morena y sucia que se cerró sobre su antebrazo y aquella boca enorme que le desgarró la manga de un bocado poco certero mientras una voz gritaba entre la neblina:

—¡Tancredo, muerde!

—Me cago en mi estampa.

Esta vez Sebastián tuvo que ayudar al Pani a encaramarse a la verja de la Conejera. Una vez dentro, el pelirrojo le pasó un brazo por los hombros y se apoyó en él para subir los escalones. Ambos estaban tan chamuscados, desarrapados y cubiertos de aquel polverío azul que asemejaban dos aparecidos.

Ya había anochecido. Sebastián encendió varias velas. El Pani se desprendió de la caja con los avíos de embetunar que le colgaba del hombro y la dejó en un rincón. Se quitó el zapato. Tenía el tobillo izquierdo hinchado como un membrillo y del mismo color. Ambos lo miraron con aprensión.

—Me cago en tu estampa —convino Sebastián.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Si lo tuviéramos todavía, podrías untarte el purgante que te dio el Perejil para tu madre.

—Qué gracioso. Yo aquí cojo y tú soltando pamplinas.

—Tenemos que avisar a las niñas.

—Olvídate. Ya es de noche. Estarán durmiendo.

—Que os lo creéis ustedes —dijo una tercera voz.

Se sobresaltaron. Candela estaba en la puerta. Venía toda descompuesta, sudando y con el uniforme del Hospicio descolocado. Ella también estaba cubierta de polvo azul.

—¡Candela! —Sebastián se abalanzó sobre ella. Se abrazaron, para separarse un segundo después. Candela parpadeó. Luego se acercó a cojetadas hasta el Pani y le dio un abrazo.

—¿Qué haces? —El Pani la apartó de una racha.

—¿Y yo qué sé?

—¿Tú también te colaste en la casa de Jabonería? —preguntó Sebastián, raudo y veloz.

—Julieta y yo fuimos a rescataros cuando se armó el *tangai*. —Los miró de arriba abajo—. ¿Fuisteis ustedes?

Sebastián y el Pani asintieron en perfecta coreografía.

—A mí me encerraron en un laboratorio —explicó Sebastián—. El Pani vino a salvarme, pero como es carajote, le dio por toquetear donde no debía y aquello pegó un *esplotío*.

—No veas qué *pechá* de correr —apostilló el Pani, aunque su tobillo hinchado hablaba por sí solo.

—¿Y vosotras?

—Nosotras os buscamos por todas partes. Como no había ni rastro de ustedes, fuimos a Jabonería. Aprovechamos la explosión para meternos dentro, pero con todo el jaleo, Julieta se perdió.

—¿Cómo? —exclamó Sebastián—. ¿Y la dejaste sola en la casa de los gitanos?

—¿Y qué iba a hacer?

—Estoy aquí.

La voz había venido de la entrada. Todos se volvieron. Podría haber estado un rato ahí; no se habían enterado. Se acercó a la luz. Se la veía tranquila, tan etérea como siempre, aunque cubierta del mismo polvillo azul que ellos.

Julieta se sentó y extendió las palmas abiertas.

—Esta vez sí tengo una prenda para la Conejera.

En sus manos sostenía la cajita de piedra ostionera.

—Ole —soltó el Pani—. ¡Ole, ole y ole la rubia!

Candela la abrazó, secundada por los aplausos desacompañados del Pani.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Candela. Extendió la mano pero no se atrevió a tocarla.

Ella se encogió de hombros.

—Di con la puerta buena y nadie me vio al salir.

—¿En serio? ¿Con la pajarraca que había allí formada?

—Ábrela, Julieta —pidió Candela.

Ella obedeció. Se inclinaron. La media tijera desprendía pequeños destellos a la luz de las velas. No parecía gran cosa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el Pani.

—Pues dársela a María Moco —dijo Candela—. Y que nos lleve hasta Salvochea.

«No es trigo limpio». Sin motivo alguno, las palabras que su padre le dijo a Salvochea en la puerta del Café Apolo reverberaron en la cabeza de Sebastián.

—Esperarse —dijo—. No vayáis tan ligero. Si lo que cuenta mi padre es verdad, por lo menos dos personas la han espichado por culpa de esta media tijera.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo el Pani—. Eso fue hace treinta y cuatro años. Ya es historia.

—Ni *mijita* —dijo Candela—. Sigue habiendo vampiros. En el Hospicio.

—¿Qué dices?

—Un vampiro se está comiendo a los niños.

—¿Estás segura?

Candela asintió.

—Tiene que ser Bigote. Por eso ha desaparecido el cuerpo. Ha vuelto del patio de las malvas y se ha escondido en el Hospicio. Se está alimentando.

—Pero ¿cómo va a ser eso? —exclamó el Pani—. Salvochea era bueno. Luchaba contra esos bichos.

—Pero ahora es uno de ellos —se obcecó Candela—. Seguro que bajó a las cuevas y lo convirtieron en un vampiro.

—Eso no lo sabemos —dijo Julieta.

—No, si saber, no sabemos *na* —dijo el Pani—. No sabemos dónde está la otra mitad ni para qué sirve.

—Para abrir un secreto —saltó Sebastián, y se explicó—. Nicolás Mejías me dijo que esa tijera abre un secreto que está escondido en el Convento de la Candelaria.

—Vamos a buscar a tu padre —sugirió el Pani—. A ver si nos cuenta más.

—Ya es muy tarde —protestó Julieta—. ¿Y si nos están buscando en el Hospicio?

—Pues que busquen —zanjó Candela, y se puso de pie.

La noche había caído hacía rato, pero eso sólo significaba más gasto de aceite de ballena. El doctor Ojeda tardaba más de diez minutos en encender todos los quinqués que necesitaba para ver. Hacía tiempo que había probado con lamparillas de gas, pero sus ojos no se acostumbraban a aquella luz artificial. Prefería mil veces perder un cuarto de hora andando arriba y abajo del estudio mecha en mano, a cambio de disfrutar de aquel aroma sordo y familiar.

Había pasado el día consultando tomos de anatomía, vademécums de enfermedades raras y diferentes volúmenes de epidemiología, pero no daba con la respuesta. Aquello era imposible. Los pacientes infectados presentaban los síntomas del proceso al que el mar sometía el cuerpo de un ahogado. Los pulmones encharcados, los labios cerúleos, la hipotermia y la cianosis. Amén de las pupas propias del escorbuto. Hasta encontró muestras de agua salada en los pulmones. Sin embargo, ninguno de los niños había tenido contacto con el mar.

Los ojos le picaban del esfuerzo. Se los apretó. ¿Se estaba volviendo loco? Una de las posibilidades, una que no quería siquiera contemplar, era que alguien en el Hospicio los estuviese ahogando. Pero aquello tampoco tenía sentido. Era como si los niños se estuviesen ahogando poco a poco cada noche.

El suave murmullo de la estilográfica sobre el papel se detuvo. Cada noche. Ojeda levantó la vista. Les sucedía por la noche. ¿Qué era lo que pasaba durante el sueño para que ese estado de ahogo progresivo se manifestase?

Los golpes en la puerta lo sobresaltaron. Ojeda consultó su reloj de bolsillo. Aquella no era hora de ir llamando a las puertas, pero ya estaba acostumbrado a las llamadas intempestivas y sabía que aquel tono sólo podía significar una cosa.

Fue hasta la puerta y abrió. Al otro lado, flotando en medio de la oscuridad, estaba el rostro enjuto de sor Inés. Ojeda entornó los ojos, seguro de lo que iba a decirle antes incluso de que la voz de la monja surgiese de sus labios temblorosos:

—Los niños, doctor Ojeda. Los niños.

Llegaron a la calle Botica en tropel, sin pararse a pensar en qué hora era ni a quién despertarían. Frenaron en seco. Don Hipólito salía del portal del siete acompañado de sus dos matones. El orondo ricachón se detuvo al verlos. Tenía el semblante espantado. Se acercó a Sebastián y le palmeó el hombro.

—Lo siento mucho, chavea.

Cuatro palabras, no más que eso. Suficientes para que una bola de puro terror bloquease las tripas de Sebastián.

Entraron. Los vecinos cuchicheaban en el patiovecino, junto a la puerta de los baños.

—¿Qué pasa? —preguntó el Pani en voz alta.

Dos vecinas se volvieron y les vieron. Se sucedieron los codazos. Los demás vecinos se fueron quedando en silencio. Fue entonces cuando Sebastián se dio cuenta de que no los miraban a ellos.

Lo miraban a él.

Un sonido amortiguado llegó desde el fondo del patiovecino, donde estaban los baños comunes. Se repitió. Volvió a repetirse. Sebastián lo reconoció a la tercera. Era el sonido de alguien vomitando.

Los vecinos se separaron como si los hubiera hendido un tajo de aire helado. Un camino se abrió entre ellos hasta la misma puerta de los baños. Volvió a oírse aquel sonido. Era lo único que se oía, el resto del mundo se había apagado. Sebastián dio un paso adelante. Muy despacio, como si estuviera bajo el agua, avanzó hasta la puerta. La Pura, la Ramona, la Rogelia, Antonio *el Puntilla*... todos los que estaban allí reunidos apartaban la vista. Sólo la madre del Pani lo miró a los ojos. En ellos Sebastián vio algo que no supo o no quiso interpretar. Enguipó por encima de su hombro; Julieta, Candela y el Pani seguían en la puerta. Ahora los separaba una distancia que Sebastián intuyó insalvable.

Se detuvo ante la puerta. El silencio ahogaba al mundo, y sin embargo no era silencio, porque las arcadas se sucedían, y por debajo de ellas se percibían los susurros angustiados de Madre. «Si ahora suena la sirena de Astilleros, no tendré que abrir la puerta. Si no se oye nada, tendré que abrirla».

No se oyó nada.

Sebastián abrió la puerta.

Rojo. Todo lo que vio fue rojo. Salpicones de rojo manchando el suelo, las paredes, a Madre y a Padre. Rojo por todas partes, un rojo oscuro y virulento que salía de la boca de Padre a medida que se sucedían las arcadas. Padre estaba agachado junto a los baños. Madre lo sujetaba como podía, pero Padre se le escurría en aquel rojo que se comía el mundo, a ellos dos, que ya llegaba a los pies de Sebastián, que pronto subiría por sus piernas y lo devoraría a él también.

—¿Quién ha dejado entrar al niño? —oyó que preguntaban, y era la voz de Madre

—. ¿Quién ha sido el hijo de puta que lo ha dejado entrar?!

Nadie respondió. Ni siquiera él. El olor de aquel rojo imposible preñaba el aire.

—No mires, Sebastián. Tu padre está malo, pero enseguida se pondrá bien.

Pero Sebastián ya no oía la voz de Madre. Sebastián miraba los ojos de Padre, vueltos hacia arriba. Padre no estaba allí. Sebastián tampoco.

La noche extendía sus alas. La luz de la velita parecía ridícula en el cuartucho. Madre estaba abajo, escamondando los baños con agua de javel. Padre, cubierto con la paduana hasta el cuello, descansaba sobre la cama. Sebastián se sentaba a su vera. En su cabeza no había espacio para nada que no fuese aquel rojo, aquel olor, aquel miedo.

—Chano.

La voz de Padre era débil, y sin embargo sonó en sus oídos como un cañonazo.

—¿Cómo se encuentra, Padre? —Sabía que era una pregunta absurda, pero pocas palabras venían a su mente en aquel momento.

—Bien. No te preocupes. Algo que he comido me ha sentado mal, pero ahora estoy mejorcito.

«¿Qué le ha pasado?», habría podido preguntar Sebastián. Pero no había ninguna razón para hacerlo. Nadie se lo había dicho, pero hasta él se daba cuenta de que las borracheras, las noches durmiendo a la intemperie, las visitas al Pay-Pay y a casa del Penqui eran la razón de aquello. Así que lo que dijo fue:

—Hemos encontrado la media tijera, Padre.

Él cerró los ojos. Mucho tiempo. Sebastián pensó que se había quedado dormido, hasta que el hilo de su voz volvió a tensarse:

—Por lo que más quieras, Chano, no te acerques a las cuevas de María Moco. Olvídate de todo lo que te he contado.

—Está bien, Padre, lo que usted diga.

Él movió la cabeza.

—Eres tan mentiroso y tan sinvergüenza como tu padre. ¿Ha sido Mejías? ¿Os la ha dado él?

En lugar de responder, Sebastián le devolvió una pregunta:

—Mejías me ha contado que no es una tijera. Que es una llave que abre un secreto.

Juaíco suspiró.

—No vas a parar hasta que te lo cuente todo, ¿verdad?

—No hace falta que me cuente nada, Padre. Mejor descanse.

—Ya descansaré pronto, no te preocupes. Acércate, haz el favor. Queda todavía mucho por contar.

Sebastián obedeció. Padre paladeó su propia muerte en la boca.

—¿Dónde nos habíamos quedado?

VIII La Mascarada
31 de marzo de 1873

1

—Esto es lo que hay, Juaíco. O te lo pones o te vas vestido de calle.

—Vestido de calle me tenía que ir, Antonia, pero de calle Ancha. ¿No estás viendo que me tira por todos lados, mujer?

—Pues te aguantas. Es lo único que he podido componerte de un día para otro.

Juaíco estaba de pie sobre un taburete minúsculo. Arrodillada en el suelo frente a él, Antonia le cogía el dobladillo a unos pantalones de un horroroso tono caqui. «Pero caqui, caqui —pensó él—. De la vaqui». Se agachó un segundo y tomó el rostro de su mujer entre las manos.

—Pero ¿por qué te querré yo a ti tanto?

Ella le apartó de un manotazo.

—A ver si te estás quieto, que encima te voy a pinchar. —Un rosario de arrugas de puro regocijo se dibujó en sus ojos—. Y no me seas zalamero, que te lo voy a hacer igual.

A través de la ventana, la calle Botica hervía de actividad. Eran las seis de la tarde, el primer turno de los Astilleros volvía a casa apestando a hollín, petróleo y cardenillo. Un afilador pasó bajo la ventana y tocó el silbato. En todo el patiovecino, las mujeres que oían su llamada corrían a ponerse un trapo en la cabeza. Daba suerte, decían, y en Cádiz de eso se necesita a paletadas.

Una nube oscura pasó por la cabeza de Juaíco.

—Antonia.

Ella levantó la vista, con su trapo en la cabeza. Los disgustos que le había dado la vida al lado de aquel cagabandurrias la habían hecho envejecer prematuramente. Tenía manos de piedra pómez, las carnes empezaban a colgarle, sus ojos ya no brillaban. Unas canas muy prematuras teñían poco a poco el rodete en la parte de atrás de su cabeza. En agosto cumpliría veintitrés años. Aún no le había dado un hijo. Se había echado el luto desde hacía año y medio, el tiempo que había pasado desde que su padre faltó por un dolor miserere que le dio en la barriga.

Dios, cómo la quería.

—¿Qué te pasa, Juaíco? ¿Qué tienes?

—Si yo te pidiera una cosa, ¿me harías caso aunque sea por una vez?

—A ver, ¿en qué disloque te has metido ahora? ¿Ya te has juntado otra vez con el Penqui?

—Que no, *joé*, que no es eso —mintió—. Si yo te pidiera que te fueras unos días con tu prima Encarni a Chiclana, ¿lo harías?

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres, meterme en casa a una gachí de esas con las que te ven por la calle Novena? —Se le saltaron las lágrimas—. En mi casa, nada menos. Yo es que no sé qué hacer contigo, Juaíco...

Se le rompió la voz. El barbero saltó del taburete y se arrodilló a su lado. La

abrazó y le secó las lágrimas a besos. Se le cayó el trapo de la cabeza. Ella lloró mansamente en su hombro. Ambos eran conscientes de que no había desmentido lo que Antonia acababa de tirarle a la cara.

—Pero mira que eres tonta —dijo en cambio, sin dejar de abrazarla—. ¿A quién voy a meter yo en casa, mujer?

—Entonces ¿qué vas a hacer? —sorbió sonoramente por la nariz—. ¿Quieres montar una timba aquí?

—¡Que no voy a hacer nada en casa, cojones! —Ella se encogió—. Mira, te lo digo por tu bien. Están pasando cosas... he visto... si a ti te pasase algo...

Un repentino chinarro se incrustó en su garganta. Fue lo único que impidió que no se lo contase todo en ese mismo momento. Todo lo que había pasado las noches anteriores. Aquellos monstruos del Pópulo, la muerte de Calvario Soto, los contrabandistas de Liérganes, la Bella Escondida, las mojarras. Aquel monstruo que había sido fray Espinosa.

Juaíco guardó silencio. Era mejor para ella. Antonia lo miró sorprendida al ver el brillo en sus ojos.

—Ay, Juan, no me tengas así. ¿Qué pasa?

Entonces se le ocurrió.

—Nada, mujer, ¿qué me va a pasar? Es por el alcalde. Bigote tiene que irse de viaje y quiere que le acompañe. Una semana en Sevilla, nada menos. Todo pagado.

—¿Y por eso tengo que irme yo a Chiclana con la Encarni?

—Porque me da miedo que te quedes sola en casa.

—Pues poquito miedo te da cuando no vuelves hasta las claras del día.

—No es lo mismo, y tú lo sabes. —Se apretó un poco más contra ella—. Anda, di que sí. Hazlo por tener contento a tu hombre.

Ella le volvió a apartar de un suave empujón. Aunque sus mejillas estaban mojadas, sonreía.

—A mi hombre había que darle hasta en el cielo de la boca. Venga, súbete otra vez, que tienes que estar en el sitio ése dentro de tres horas.

Él le devolvió la sonrisa.

—Mañana mismo te quiero en Chiclana, ¿estamos?

Se subió de un salto al taburete. Su sonrisa no se evaporó hasta que Antonia bajó la cabeza para seguir cogiéndole el dobladillo.

2

La berlina avanzaba al trote por la calle San Francisco. Era un vehículo de envergadura, casi rozaba los muros de las casas. La gente tenía que refugiarse en las caspuertas o retroceder hasta la bocacalle más cercana, para evitar que el armatoste se los llevara por delante. Aquella parte de la ciudad no estaba hecha para alardes.

En el pescante, Fermín Salvochea llevaba las riendas con suavidad. Vestía una levita más elegante que de costumbre, con un chaleco ribeteado en gris y sus sempiternas gafas ahumadas, aunque estuviese ya anocheciendo. A su lado, un repeinado Juaíco no hacía más que aflojarse el cuello del traje que Antonia le había respuntado en cuestión de horas. Se sentía tan cómodo como un buzo en el fondo del mar. Los zapatos de charol negro le apretaban. Sudaba.

—¿Por qué no hemos ido andando? San Antonio no está tan lejos.

—En este baile de máscaras somos algo más que Fermín Salvochea y Juan Jiménez, mi querido amigo. Somos el Ayuntamiento de Cádiz. En un juego de poderes como el que se nos viene encima, no está de más un poco de boato.

Atravesando el callejón del Tinte, estuvieron a punto de arrollar a una señora mayor que salía de una casa. Los gritos de la anciana se perdieron calle abajo.

—Pero visto que vamos en carruaje, podríamos ir dentro, digo yo. ¿Por qué no tiene usted cochero, como todos los ricos?

—Tengo dos manos que se sobran y se bastan para conducir. Además, no suelo dejar mis juguetes en manos de neófitos.

—¿De quién?

—¡Cochero, látigo atrás! —gritó alguien.

—Tenemos polizones.

—Déjelos que disfruten. Algún día todo el transporte público será gratuito. —Sus bigotes se menearon—. Ah, ya estamos.

Emergieron a la plaza de San Antonio al mismo tiempo que el sol se rendía al abrazo del Atlántico. La familia Aramburu no había escatimado gastos a la hora de organizar su baile de máscaras. La plaza se había convertido en un hervidero de carruajes bastante más lujosos que el de Salvochea.

La Casa Aramburu se situaba junto al Casino. Criados de gruesas patillas escoltaban a la nobleza gaditana hasta la puerta. Pequeños globos de helio arrastraban lamparitas de aceite de ballena entre la multitud. Daba la impresión de que se encontraban en un cuento de hadas. Las luces de la Casa Aramburu estaban encendidas. En la escalinata principal aguardaba una pareja de chambelanes que anunciaba a los asistentes.

—Increíble —masculló Salvochea—. Esta gente ha hecho de la ostentación un arte.

—Y que lo diga.

—No es para menos. Los Aramburu son la tercera familia más poderosa de Cádiz.

O la segunda, depende de a quién se le pregunte.

—¿Y los Salvochea? —preguntó Juaíco con malicia y sin pensárselo—. Usted dispense, señor alcalde. No pretendía...

Salvochea soltó una risita ronca.

—Nada que dispensar. Soy muy consciente de que la economía relajada de mi familia me ha permitido llegar a muchos sitios. Pero eso no significa que se olvide uno del resto de sus congéneres. Respondiendo a su pregunta, las finanzas de los Salvochea no les llegan a la suela de los talones a esta gente. —Meneó la cabeza—. Parece mentira que acaben de salir de un luto.

—¿Luto?

—Sufrieron una desgracia hará poco menos de un año. Beatriz Aramburu, la benjamina de la familia, murió a causa de unas fiebres.

—Pues no se nota que les duela mucho.

Salvochea dejó el carruaje en un lado de la plaza. Bajó de un salto, con Juaíco a su lado y el bastón en la diestra. Se cubrió el rostro con una sencilla máscara negra, a juego con su levita de enterrador. Le quedaba muy rara puesta encima de las gafas, pero Juaíco no se atrevió a decírselo.

—¿Tiene usted su máscara?

—Aquí mismo, señor alcalde —dijo, colocándose una careta roja que le había traído el alcalde. Según Salvochea, pertenecía a un personaje de una especie de comedia del arte. *Pamplinela* o algo por el estilo.

—¡Fermín Salvochea y acompañante! —anunció uno de los chambelanes cuando pasaron a su lado. El barbero dio un respingo. No se lo esperaba.

En el recibidor, los criados recogían abrigos, chaqués y sombreros. Una escalera de mármol llevaba a los pisos superiores. Más criados subían y bajaban, llevando bandejas de copas llenas de un líquido dorado con burbujas que Juaíco no había visto en su vida.

Un soniquete de conversaciones resonaba sobre sus cabezas. Lo aderezaba una música lejana, quizá proveniente de los pisos superiores. La variedad de máscaras iba desde lo más sencillo hasta intrincados diseños móviles hechos con piezas de metales preciosos e incrustaciones de joyas. Al barbero se le descolgó la mandíbula al ver aquellas carnes apretadas en corsés. Cazó al vuelo una de las copas de un camarero que descendía por la escalinata. Salvochea se la quitó de la mano y la apoyó en la bandeja de otro camarero que ascendía.

—Recuerde, estamos aquí para investigar. Nuestra prioridad es averiguar qué papel juega la familia Aramburu en esta historia. No nos conviene separarnos. Ante cualquier indicio de actividad vamp...

No acabó la frase.

Juaíco comprendió por qué en cuanto la vio.

Acababa de cruzar la puerta de entrada. Tenía el pelo recogido en un tocado del que surgían bucles negros que le daban aspecto de diosa romana. Su piel era blanca

como un estanque bajo la luz de una luna imposible. Llevaba un sencillo vestido negro con corsé y una máscara a juego, que no podía ocultar aquellos dos ojos hechiceros. Los hombres que pasaban junto a ella quedaban prendados de su figura de pleamar. Sus esposas se enfurruñaban con ellos y apretaban el paso, de repente avergonzadas sin motivo aparente. Era una aparición en la tierra. Un regalo del país de las hadas.

El chambelán la contemplaba boquiabierto. Ella le hizo un mohín divertido. El barbero supo que habría hecho muchas, muchas cosas por ser el destinatario de aquel gesto.

—Ya que no piensa anunciarme —dijo la mujer con una voz de seda—, pasaré envuelta en misterio, si a usted no le importa.

El hombre boqueó, aunque ella ya se dirigía a las escaleras. Pasó junto a ellos dos y le dedicó una sonrisa a Salvochea. Juaíco se sorprendió deseando estrangular al alcalde. Se oyó la voz del chambelán anunciándola por fin.

—¡La señorita Rosa Marina!

—Juan —dijo Salvochea al instante—. Creo... o sea... digo, sería buena idea separarnos. Investigue un poco. Intente encontrar... —hizo gancho con los índices delante de la boca, imitando unos colmillos—... ya sabe.

—Vampiros, sí. Vaya, hombre, vaya, que yo le aviso.

Agarró una copa de otra bandeja. Esta vez Salvochea no se lo impidió. El barbero la liquidó de un trago. Hacía cosquillas.

Fermín Salvochea estaba curtido en las maneras de moverse en sociedad. Sabía que no era educado abordar a una dama en mitad de un baile de máscaras. Por eso decidió orbitar alrededor de Rosa Marina esperando la oportunidad de engancharse a la primera persona que pudiera usar de bisagra. Algo le decía que Margarita López de Morla no andaría lejos. Una copa de un vino oloroso apareció en su mano. Captaba fragmentos de conversaciones esquivas, pero estaba demasiado concentrado en memorizar cada uno de los gestos de Rosa Marina para prestarles atención.

La Casa Aramburu constaba de cuatro pisos y un desván, si bien la planta baja apenas alojaba las cocinas y el moderno garaje. La mascarada se desarrollaba entre las plantas primera y segunda. Una orquesta desgranaba música ligera para acompañar la ingestión de alcohol y el coqueteo de la burguesía. Los prohombres gaditanos jugaban al billar en el salón de caza, bajo la atenta mirada de varias cabezas disecadas de animales africanos. En otro de los salones se intercambiaban elogios sobre los *hors d'oeuvres* y cuchicheos sobre la alta sociedad, y viceversa.

Así no había manera. La gente detenía a Salvochea, ansiosa por conocer al representante de la República en Cádiz y de ver cómo podían sacar provecho de su puesto. Estrechaba manos, departía unos segundos, concertaba citas que no llegarían a nada. Rosa Marina había desaparecido una vez más.

Una mano lo agarró del brazo y lo obligó a girarse.

Osvaldo Aramburu estaba delante de él. Vestía un llamativo traje verde y violeta, luctuoso, con una casaca constelada de rubíes y una máscara carmesí que le cubría el lado izquierdo del rostro. El sable seguía colgando de su cadera. Su voz chillona le arañó los oídos:

—Señor alcalde, quisiera una palabra con usted.

—¿Una palabra, señor? Una historia entera.

—¿Qué?

—Nada, no te esfuerces. ¿Qué se te ofrece, Osvaldo?

La mano continuaba cerrada alrededor de su brazo. El alcalde fue muy consciente del contacto de sus dedos crispados. La música de la orquesta aumentó el ritmo, un violín venido de las tierras de Eire empezó a sonar de forma sincopada. Osvaldo lo llevó aparte con brusquedad. Los camareros los esquivaron al pasar.

—Esperaba que no vinieras, pero aquí estás. Sólo quiero advertirte de una cosa: esta noche es muy importante para mí, así que límitate a ser un invitado más y no un político. ¿Me entiendes?

—Entiendo que cometes un tremendo error si piensas que se me puede separar como capas de una cebolla antes de echarla a un puchero.

—Mira, Fermín —silabeó—. En la Banca Aramburu lo único que manda es el capital. Ni tú ni tu invento afrancesado tenéis vela en este entierro. La República caerá antes de lo que piensas. Los Aramburu no queremos ideas revolucionarias en

nuestra casa, y menos mientras estamos de luto.

—Viendo la que habéis montado aquí, nadie diría que os dura el luto por la pobre Beatriz.

Él parpadeó, como si Salvochea le hubiera propinado un revés. Miró a izquierda y derecha, buscando con los ojos a otros partícipes de aquel escándalo. Nadie les prestaba atención.

—Por supuesto que seguimos de luto —un susurro crispado.

—¿Y qué hacéis celebrando un baile de máscaras?

—¿Es que no me has oído? —Osvaldo Aramburu soltó un estridente gritito de chacal. Ahora sí, varias cabezas se giraron en su dirección—. Hoy es un día muy importante...

—... para ti, sí. Ya me había enterado. Felicidades por lo que sea. Ahora, si me disculpas, tengo que jugar con los mayores.

Hizo ademán de pasar a su lado. Él lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—Esta conversación no ha acabado —masculló.

—Ni siquiera debería haber empezado —contestó Salvochea en su oído—. Aparta esa mano o te quedas sin ella.

En ese momento sonó el estallido de un centenar de cristales hechos añicos.

Juaíco salió de detrás de la cortina. Se recompuso la casaca, se cerró un botón suelto de la camisa. Tenía la máscara ladeada. Se la recolocó. Atrapó una copa de la bandeja de un criado y la apuró al instante. La cortina se removió y dejó salir a una mujer joven concentrada en componerse el tocado del pelo. Pasó a su lado y le rozó el hombro.

—Esta semana te espero en casa, Juaíco. Me va a hacer falta que me hagas los rizos.

Él la observó alejarse entre la multitud, contoneándose satisfecha. Otro criado se acercaba, así que cogió una nueva copa mientras dejaba la que acababa de vaciar.

Desde luego, aquel líquido hacía su efecto. Juaíco podía echarse al colete botella y media de mollate sin pestañear, pero después de un par de copas de aquella maravilla con burbujas la sala había empezado a dar vueltas. Luego esa música del demonio, tan distinta de lo que se escuchaba en los baches de Santa María, que se le metía a uno en el cuerpo y le daba ganas de bailar y bailar.

«Vampiros, Juan. Por aquí hay vampiros. Nospatatu. Mojarras». Con el traje y la puñetera capa tenía más calor que removiendo un puchero. Qué sudor, qué calor y qué picor daban la máscara y sus castas.

Cualquiera sabía por dónde andaba Salvochea. El alcalde se había ido en pos de la mujerona que había entrado justo después de ellos, la de las intelectuales. Ya le gustaría a él meterse debajo de esa bajera y aspirar el olor que debía de desprender aquella piel de peladilla.

«Juaíco, que te pierdes». Otra vez la voz de su Antonia. Siempre apareciendo en el peor momento posible. «Antonia, carajo, ¿pero no ves que estoy pensando en...?».

Entonces vio al Goliat.

El Arropía estaba a su lado, la cara hinchada y violácea cortesía del tacón de Juaíco. Eran los únicos sin máscara. Se los veía incómodos, fuera de lugar en aquel comedero de pudientes. Escoltaban a don Hipólito, tan calvo y tan gordo, tan sudoroso y tan nuevo rico que era imposible no reírse de él, de sus patéticos intentos por abordar a quien pasase a su lado con abortos de conversación. La gente se dedicaba a ignorarle, lo cual no hacía sino aumentar el brillante sudor en su calva y enrojecer su doble papada. Los resoplidos arrítmicos que salían de su nariz podían haber sido las humaredas que soltaba el Vapor del Dique.

«Juaíco, que te pierdes».

«Y tanto, Antonia». Y tanto que se iba a perder. No le iban a volver a ver el pelo. Ni esos tres hijos de puta ni el gallito de Salvochea ni los pollitos de mi compadre. «Ahora mismito...».

El barbero giró sobre sus talones. Lo que no vio fue que en su trayectoria había un camarero con una bandeja repleta de copas vacías.

El estrépito fue monumental. La orquesta, que ni siquiera estaba en esa sala, dejó

de tocar. Las conversaciones quedaron guillotizadas, las risas ahogadas de súbito. Cada par de ojos se volvió hacia Juaíco. Incluyendo a los tres que quería haber evitado.

El barbero miró por encima del hombro.

La cara congestionada de don Hipólito lo enfilaba como un miura.

Un chasquido de dedos. El Arropía metió la mano en el bolsillo de la chaqueta gris. El Goliat, cuyos puños no hacía falta esconderlos, se dirigió hacia él.

Juaíco echó a correr. Culebreó con un golpe de cadera entre dos parejas de señoritos abigarrados. La mano del gabacho lo agarró de la chaqueta. Echó los brazos atrás y se impulsó hacia abajo. La chaqueta se quedó en la mano del Goliat. Juaíco dio dos zancadas y se subió de un salto al respaldo de un sofá. El mueble cayó al suelo. El impulso lo lanzó fuera la habitación. El Arropía corría en su dirección. Resbaló en el champán derramado y dio con sus huesos torcidos entre los cristales del suelo. Aulló.

—¡Cogedlo ahí! —gritó don Hipólito—. ¡Al ladrón!

La gente reaccionó. Hubo un par de caballeros que se lanzaron encima de Juaíco. Él se deslizó por el suelo y los dejó atrás. Se encaramó a la barandilla de las escaleras. Si caía del segundo piso no se espachurraría, pero podía romperse un tobillo, lo cual significaba la misma muerte a manos de aquel par de cabestros.

El Goliat apareció por la puerta del salón. Juaíco dio un salto y se situó al otro lado de la barandilla. Las señoras caían desmayadas. El gabacho intentó imitar a Juaíco y subirse a la barandilla de la escalera, pero era mucho más voluminoso que él y carecía de equilibrio. Resbaló, pero no cayó. Entonces Juaíco vio claro lo que tenía que hacer.

Volvió a salvar el hueco de la escalera y cayó sobre la espalda del franchute. Ni siquiera entonces el jaquetón soltó ruido alguno. Juaíco bajó al suelo y corrió hacia otra de las salas, la que tenía balcón. Pasó al lado de un camarero que portaba otra bandeja. Atrapó una copa de champán y la despachó de un trago sin dejar de correr.

—No hay que tener cojones para esto ni *na*, Juaíco —se dijo.

Entonces, con un grito, saltó por el balcón del segundo piso.

La gente se apresuró a asomarse a ver el cadáver que debía de haber dos pisos más abajo. El Goliat se abrió paso a empujones. No había nada abajo. El Arropía y don Hipólito llegaron a su lado.

—Se nos ha escapado —masculló el jorobado—. Me cago en sus muertos.

—Encontradlo —musitó don Hipólito—. No dejéis cuarto sin buscar, pero no llaméis más la atención.

El Arropía dijo algo más, pero Juaíco ya no lo oyó. Colgaba de la parte inferior del balcón. Las piernas le bailaban al aire, presagiando lo que podía pasarle si se soltaba. No tenía ni idea qué hacer a continuación. La tensión en los brazos era insoportable. «Ay, *omaíta*».

Miró hacia abajo. En el primer piso había un balcón igual que el de arriba, pero

éste estaba cerrado. Juaíco apretó las mandíbulas. Se balanceó. Sudaba como un condenado. Si se pasaba con el impulso, podía atravesar la ventana del balcón y acabar ensartado en cristales. Si se quedaba corto, le esperaba una caída de varios metros.

Se lanzó.

Aterrizó en medio del balcón, a cuatro patas. La pierna le dio un latigazo. Se mordió la mano para no gritar. Le cayeron dos lagrimones. Intentó comprobar si podía ponerse en pie. Le dolía, pero aguantaba.

Hora de najarse. Ya estaba bien de mandangas. Se acercó al balcón. La ventana estaba entreabierta, pero la cortina no dejaba ver el interior. Alargó la mano para apartarla, y entonces oyó la voz:

—Tenemos a Salvochea justo donde queremos.

Al oír el estrépito de los cristales, Fermín Salvochea estuvo seguro de que se trataba de Juan. Se alejó de Osvaldo Aramburu y echó a andar hacia a la escalera. Subía los primeros escalones, la mano apretada en el pomo del bastón, cuando se cruzó con el gigantón y el jorobado. El hombre al que acompañaban llevaba en el rostro enmascarado un estigma sangrante de bochorno y orgullo herido.

Salvochea se echó a un lado. Creyó comprender lo que había sucedido. Sin embargo, Juan debía de haberse puesto a salvo; de lo contrario aquellos botarates no seguirían allí. El alcalde se permitió dedicar su mente a otros pensamientos. Cruzó el bastón bajo el brazo y salió andando con paso marcial hacia la biblioteca.

Tal y como había supuesto, las damas de la Tertulia Gaditana se habían congregado allí. El silencio se hizo entre las sufragistas tan pronto como cruzó el umbral.

Salvochea se excusó con una elegante reverencia.

—Les pido mil perdones si interrumpo —dijo el alcalde a modo de saludo—. Me sería muy grato compartir su conversación en esta velada.

A través de los anteojos ahumados vio que Rosa Marina se sentaba a la derecha de Margarita López de Morla. La anciana estrechó los ojos menos de un segundo, para luego volver a interpretar su dicharachero personaje.

—No sea tan zalamero, alcalde. No es nuestra conversación lo que viene usted persiguiendo. Me da que con una conversación en concreto le basta y le sobra.

Él hizo ademán de replicar para paliar el calor que le subía a las mejillas, pero le interrumpió el sonido de una campanilla reverberando en las escaleras. Las cejas de Margarita López de Morla se alzaron, dándole aún más aspecto de hada o de niña prematuramente envejecida.

—Comienza el baile —dijo con tono cantarín—. Mi querido alcalde, la providencia le ha traído en el momento adecuado. Sea tan amable de escoltarnos a Rosa y a mí hasta el salón de baile. Al paso que se mueven estos huesos, le dará tiempo a contarnos toda su carrera política.

—Sus huesos están en mejor estado que los míos, señora López de Morla —dijo él, tendiendo ambos brazos para que las dos damas colocaran los suyos en torno.

—No se equivoque de lado —contestó ella situándose a su derecha—. Los piropos tiene que lanzarlos a babor.

El salón de baile estaba situado en la segunda planta. Para cuando subieron, ya habían limpiado el estropicio de cristales y champán. Todos los invitados pasaron a una sala de dimensiones hercúleas. Nada menos que cinco lámparas de araña pendían del techo. Regias cortinas de color corinto ocultaban los ventanales y dejaban fuera al resto de un Cádiz industrial, exhausto y tizado de hollín. El suelo, ajedrezado, había sido pulido y repulido infinidad de veces hasta darle un lustre de estrellas. En una esquina de la sala se arracimaba un auténtico orfeón de músicos acompañados de una

soprano que, según comentaban, habían traído expresamente de Viena. Se preparaban para tocar sin descanso durante las siguientes horas.

Dos personas se situaron delante del escenario. Un hombre mayor, estrecho y frágil como un junco, embutido en un chaqué azul oscuro de corte militar, y una dama de pelo cano y generosas formas apenas disimuladas por un vestido esmeralda. Todas las miradas se centraron en ellos. No había nadie en la fiesta que no los conociera. Se trataba de Guillermina y Obdulio Aramburu, dos de los tres mellizos que regían los destinos de la Banca Aramburu y, por ende, de la mitad de Cádiz.

Obdulio levantó una copa medio vacía, que su hermana golpeó repetidas veces con el dorso de uno de sus anillos. Se hizo el silencio.

—Queridos amigos —declamó—. Os agradecemos que hayáis decidido compartir esta noche de celebración con nosotros. Poco hay en realidad que celebrar, pues la pena que se adueñó de nuestra familia hace un año sigue presente.

Le tembló la voz. Hubo algunos murmullos que Guillermina Aramburu acalló con el filo de su mirada. La mujer tomó el relevo:

—Hoy habría sido el cumpleaños de nuestra querida sobrina, Beatriz. Habría cumplido dieciocho años si las fiebres no nos la hubieran arrebatado.

—Empero —retomó Obdulio—, hemos decidido aprovechar esta fecha tan señalada para romper el luto que nuestra familia guarda desde entonces. Tenemos que daros una feliz nueva. Ya no es tiempo de duelos. Hoy os anunciamos el compromiso de nuestro querido primogénito, Osvaldo Aramburu, con la señorita Rosa Marina.

Salvochea se envaró. Los aplausos llovieron sobre ellos. Rosa rompió su contacto. El alcalde creyó adivinar compasión en los elocuentes ojos de Margarita López de Morla. No acertó a decir nada cuando Rosa Marina se acercó a los dos cabezas de la familia Aramburu y saludó a la congregación con una piadosa reverencia. Hubo más aplausos, mientras Obdulio y Guillermina Aramburu buscaban a su sobrino entre la multitud.

—Bueno —carraspeó Obdulio—. Osvaldo debe de haberse ausentado por algún motivo. Os rogamos que le disculpéis a él y a mi hermano Ernesto. La pena del recuerdo de Beatriz debe de haberles vencido.

—Pero es tradición que el baile dé comienzo con la pareja homenajeadada —le susurró Guillermina, quizá más alto de lo que pretendía.

—¡Que el alcalde tome el lugar del novio en el primer baile! —gritó Margarita López de Morla, haciendo hueco con las manos—. ¡Que se note que Cádiz bendice la unión de los novios! ¡Vivan los novios!

Hubo varios murmullos de asentimiento. Muchos secundaron con varios vivas. Salvochea miró a la anciana, horrorizado como no lo había estado en su vida. Ella le lanzó un guiño.

—No me dé las gracias. Tómelo como una ofrenda de paz.

—Esto es de lo más inusual —protestó Guillermina Aramburu cuando las voces se apagaron.

—Bueno —Obdulio se encogió de hombros—, no podemos tener a la gente aquí esperando. Cualquiera sabe dónde se ha metido el niño.

Margarita le dio un empujoncito a Salvochea. Él se acercó a trompicones, aturdido como si hubiera recibido un martillazo. Se detuvo junto a Rosa Marina y le hizo la reverencia más torpe de su vida.

—Señora —dijo, tomándole la mano.

Los músicos empezaron a tocar.

—Señorita —replicó ella, mientras las notas del primer vals de la noche los envolvían—. No adelante usted acontecimientos.

Salvochea posó una mano en la cintura de Rosa Marina. Ella le correspondió con una mano en su hombro. Las otras dos manos libres se encontraron en el aire. Empezaron a girar.

—Hermosa música —dijo Salvochea en tono neutro.

—¿Quiere usted aprovechar lo que dure este vals para hablar de gustos musicales? —desafió ella—. ¿O hay algo que vuecencia desee decirme?

—Nada, aparte de mis felicitaciones. ¿Qué opina su familia del compromiso, señora? ¿Cómo es que su padre de usted no ha entregado la mano?

—Carezco de familia, señor alcalde. —Su voz se endureció—. Y deje de llamarme señora. Aún no estoy casada.

—Sólo está usted prometida a otro hombre. Y no a cualquier hombre. A uno que desprecia las libertades del pueblo. Un hombre rico.

—¿Rico, como usted? —Salvochea no respondió—. No juzgue un libro por su portada, mi querido alcalde. Tengo mis razones.

—Hágame partícipe de ellas si quiere mi comprensión.

Ella volvió el rostro.

—No es comprensión lo que necesito.

—¿Y qué es lo que necesita? —Rosa negó con la cabeza—. Se lo ruego, señora. Si puedo prestarle algún servicio...

Rosa Marina negó con la cabeza.

—Hablemos de otra cosa, señor alcalde.

—Hablemos de lo que a usted se le antoje, Rosa.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre y ambos se dieron cuenta. Ella volvió a mirarlo.

—Anoche mentí cuando dije que no conocía ninguna leyenda. Sí que conozco una. ¿Quiere oírla?

—De usted oiría lo que fuera. Cuénteme la leyenda y que la noche dure lo que tenga que durar.

Ella apoyó la barbilla en el hombro del alcalde. Su voz le hizo cosquillas por dentro.

—Hace mucho tiempo, en Cádiz vivía un marino mercante con su mujer y su hija. Era un hombre próspero, había recorrido los siete mares. Siempre que regresaba de

un viaje le traía a su hija un espejo. La niña los guardaba en una habitación sin ventanas, en una casa siempre sobrevolada por albatros y gaviotas.

La música continuaba, cadenciosa.

—Un día, el Diablo susurró al oído de la madre que su esposo la engañaba. Le dijo que, cada vez que se hacía a la mar, terminaba varando entre las piernas de otra mujer. La esposa enloqueció de celos. Empezó a ver los rostros de esas otras mujeres en los espejos que el marino traía a su hija. Llegó a sentir celos incluso de la pequeña, de los besos que le robaba al marino y de las miradas tiernas que no le dedicaba a ella. Y como pasa siempre que el demonio medra entre los hombres, ocurrió una tragedia.

Los dos continuaban girando y girando. Todas las miradas estaban prendadas de ellos, algunas más amigables que otras.

—Un día, la niña jugaba en el cuarto de los espejos cuando oyó un ruido. De uno de los espejos, traído de la mismísima corte del maharajá de Kapurtala, surgió una niña igual que ella. «Vamos a jugar a un juego», le dijo. «Entra en el espejo y déjame salir a mí. Cuando venga mamá le daremos una sorpresa». La niña obedeció y el espejo se la tragó. En ese momento su madre entraba con una bandejita y dos vasos humeantes.

La música alcanzó el *crescendo* al mismo tiempo que Rosa acababa su historia.

—Cuando el marino volvió, encontró a su mujer y a la niña muertas en el suelo de la habitación de los espejos. Él también enloqueció, pero fue de dolor. Se ahorcó en el mismo cuarto donde su esposa se había quitado la vida y había matado a su hija... sin saber que la verdadera niña la veía desde dentro del espejo donde se había intercambiado con su reflejo.

La orquesta bajó el ritmo. El vals estaba a punto de terminar.

—Es una historia triste, pero muy hermosa. Como usted.

Rosa Marina acercó sus labios al oído de Salvochea.

Las palabras que pronunciaron no eran las que él esperaba:

—¿Ha encontrado usted ya la otra mitad de la tijera?

Faltó poco para que el alcalde se detuviera. Reaccionó al momento y continuó bailando. Sólo pareció que había pisado a la novia.

—¿Qué sabe usted de la tijera?

—¿La tiene usted o no?

—¿Por qué le interesa a usted la tijera?

Fue como encender un fósforo. Las manos de Rosa Marina se apretaron en su hombro y su mano como si hubieran sufrido un espasmo. Sus ojos negros lo atravesaron desde detrás de la máscara.

—Pertenece a una persona muy querida que ya no está entre nosotros.

Una tecla tocó una única nota sostenida en la cabeza de Salvochea.

—Beatriz Aramburu —dijo—. Esa tijera le pertenece a ella.

La constatación estaba ahí mismo, en la cara de Rosa.

—No es una tijera. Es una llave.

Rosa se separó con brusquedad. En ese mismo instante terminó el vals, salvándolos a ambos del bochorno. Los envolvió un gran aplauso. Un muro de risas y protocolos se levantó entre ellos. Guillermina Aramburu surgió de algún lugar como una cobra. Tomó a Rosa Marina del brazo y se la llevó. Salvochea quedó flotando en un océano de manos a estrechar y favores que prometer, mientras aquella mujer hecha de seda oscura se perdía en la lejanía. Sólo sus ojos siguieron en contacto más allá de su máscara negra. Había algo incandescente en ellos.

Alguien le agarró del brazo. Pensó que Osvaldo había vuelto. Giró sobre sus talones, pero la cara con la que se encontró pertenecía a Juaíco. El sueño en el que le había sumido Rosa Marina se rompió.

—¡Beatriz Aramburu! —exclamaron alcalde y barbero al mismo tiempo, y a continuación—: ¿Usted también lo sabe?

—Usted primero —dijo Salvochea—. ¿Qué ha averiguado?

Juaíco inspiró hondo.

6

—Tenemos a Salvochea justo donde queremos.

Era una voz grave, solemne. Una voz ocre que hacía pensar en árboles partidos por la mitad. Presagiaba tormentas de una furia por el momento dormida.

Juaíco se arrebujó tras la ventana.

—¿Y dónde queremos, Ernesto?

Reconoció ese segundo timbre en el acto. Lo había oído a voz en grito hacía tres días, en el despacho de Salvochea. Dios no necesitaba citas, pero por lo visto el obispo de Cádiz podía reunirse sin problemas con el tal Ernesto para conspirar contra el alcalde.

—De nuestro lado —contestó Ernesto—. Les está dando caza. Sólo tenemos que esperar a que descubra dónde se oculta y la mate.

—Pero ¿a qué precio? —contestó el obispo con el humor de una gusana ensartada en un anzuelo—. ¿Has visto lo que ha hecho con el convento de la Candelaria? Nunca debió permitírsele llegar a la alcaldía. Ahora dicen que quiere quitar todas las imágenes religiosas de las calles...

—Pues que las quite. Y que el Diablo se lleve tu convento de la Candelaria. A mí lo que me importa es la seguridad de mi familia. Esa condenada torre está dando vueltas por Cádiz y yo soy su próximo huésped.

Las manos de Juaíco se convirtieron en puños. ¿Qué estaba pasando ahí?

Se oyeron unos golpes leves, nudillos sobre la madera. Una puerta se abrió y volvió a cerrarse.

—Padre. —Era una tercera voz, que Juaíco también reconoció.

—¿Has hablado con él? ¿Le has explicado lo que sucede?

—No he podido. Ese hombre es insufrible.

—Osvaldo... —El timbre de Ernesto Aramburu estaba tenso como una cuerda de guitarra—. No quiero pensar que tu temperamento te haya llevado a hacerle un desplante a Salvochea.

—¡Te he dicho que no! —explotó Osvaldo—. He intentado convencerle de que nos ayude, ganarme su confianza. Pero me ha insultado. Te ha insultado a ti. Incluso a la memoria de Beatriz, lo juro.

Hubo un silencio.

—Eso es bajo incluso para ti, Osvaldo —dijo el obispo—. Jurar en falso sobre el nombre de Beatriz...

Más silencio. Juaíco empezaba a preguntarse si se habían ido, cuando la voz de Ernesto Aramburu volvió a oírse. La tormenta estaba despertando.

—No volveréis a pronunciar el nombre de Beatriz en esta casa. ¿Me oís bien? —Un par de murmullos apocados por respuesta—. Beatriz no existe. Nunca ha existido. Ésa es la realidad. Y quien quiera negarla terminará compartiendo celda en Capuchinos con ese maldito cura.

—En cuanto a Capuchinos, me han notificado que anoche... —empezó el obispo, pero Osvaldo le interrumpió:

—Ésa debe de ser la razón de que la habitación de mi hermana siga intacta, ¿verdad, padre? ¿Dónde encaja lo que contiene ese cuarto en tu realidad?

Las siguientes palabras fueron secas y precisas. Sin embargo, el veneno inyectado en ellas puso los vellos de punta a Juaíco.

—Salid de aquí. Los dos.

No volvió a escucharse nada en un rato. Juaíco alargó varias veces la mano hacia la cristalera, pero no tuvo arrestos para tocarla. Al cabo, se oyeron los primeros compases de un vals en alguna parte de la casa. Música para ricos. La puerta se abrió y se cerró de nuevo. Sólo entonces se atrevió a entrar.

Ahora podía ver dónde había tenido lugar la conversación. Era un lúgubre despacho cubierto de paneles de roble. Una escribanía gigantesca dominaba el centro de la habitación, justo al lado del balcón principal y bajo un cuadro con la severa efigie de Ernesto Aramburu en persona. Las luces estaban apagadas, pero gracias a la luz de la luna llena uno podía orientarse dentro. Y Juaíco se orientó hasta la mesa de los brandys y dio un buen buche de una de las botellas.

Tenía que encontrar a Salvochea.

El alcalde asintió ante la explicación de Juaíco.

—Hay que encontrar la habitación de Beatriz Aramburu. Quizá la otra media tijera esté allí.

—¿Y cómo lo hacemos?

La orquesta preparaba la segunda pieza, y las parejas se repartían entre risas. Salvochea oteó alrededor.

—¿A quién está usted buscando? —preguntó el barbero.

—A nadie —dijo Salvochea sin dejar de escudriñar—. El baile está empezando. No creo que encontremos ninguna traba. Vamos, la habitación debe de estar en el último piso.

Subieron las escaleras sin el menor disimulo. Apenas un par de criados los siguieron con la vista, pero no dijeron ni mu. Un sirviente demasiado indiscreto con los caprichos de los pudientes tenía asegurado el camino a la calle.

La música y el soniquete de las conversaciones se apagaron cuando llegaron al tercer piso. Juaíco podría haber jurado que una sombra se movió al final del último tramo de escaleras, pero fue una impresión tan leve que la creyó producto de su imaginación.

Se encontraban en una estancia cuadrada en la que se repartían las puertas de varias habitaciones. Todo estaba muy quieto. El zumbido de una mosca les habría sobresaltado. Pero allí no había moscas.

—Aquí sucede algo extraño —constató Salvochea—. Sugiero que nos apresuremos.

El primer picaporte apenas giró. Pasó lo mismo con el segundo. Y con el tercero.

—Debimos prever que las habitaciones estarían cerradas con llave —se lamentó el alcalde.

Se oyó un chasquido. Fue muy débil; habría pasado desapercibido en un lugar menos silencioso que aquel salón. Vino de una de las puertas del otro extremo de la sala.

—¡La puerta! —exclamó Salvochea.

Ambos se precipitaron sobre ella. El pomo no giraba. Salvochea lanzó un exabrupto y golpeó la madera con la palma de la mano.

—La acaban de cerrar por dentro.

—Déjeme a mí, señor alcalde.

Juaíco echó mano de los avíos de afeitar que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Desenvolvió el lienzo. En uno de los extremos había una pequeña doblez. Hurgando en ella, el barbero sacó dos alambres, uno fino y otro rizado en espiral.

Salvochea encrespó los bigotes. El barbero se encogió de hombros.

—Está la cosa mala. Cortes y afeitados a veces no bastan para sacar adelante una casa.

—Ya, ni para pagar deudas a las cartas. ¿Puede abrirla?

—¿Que si puedo? —Sin dejar de mirarle a los ojos, el barbero introdujo las ganzúas en la cerradura. Un giro de muñeca, y el mecanismo saltó con un chasquido.

—Es usted bueno, lo admito. Pero algún día tendremos que hablar usted y yo largo y tendido. Ahora, vamos.

Giró el pomo de la puerta.

Una luna intrusa, gigantesca, iluminaba la habitación. Bañaba los enormes armarios, el espejo de cuerpo entero, el biombo y el vestidor, esa cama con dosel que llevaba más de un año sin ocupante, la falsa alfombra persa y el tocador con docenas de tarros cuyas esencias jamás se usarían. Y habría brillado sobre Fermín Salvochea y Juaíco, de no ser porque la bloqueaba la figura que se encaramaba en la ventana.

Estaba agazapada en el poyete, la cabeza alzada y la espalda estirada, como si se preparase para saludar a la luna con un aullido. Sus formas eran redondas, rotundas en un traje negro tan ajustado al cuerpo que despertaba pudor. En una mano sostenía un libro de tapas negras y agrietadas. En cuanto la puerta se abrió, volvió el rostro hacia ellos. Un rostro que, a pesar de estar oculto tras una máscara negra, Salvochea no tuvo problemas en reconocer.

Lo había tenido a pocos centímetros durante un vals.

—Señor alcalde —dijo Rosa Marina con voz de gata—. Llega usted tarde.

—¡No! —gritó Salvochea.

Rosa Marina hizo ademán de saltar por la ventana. En el mismo momento en que tomaba impulso, dos piernas aparecieron en la abertura y le endiñaron sendas patadas en el pecho. La mujer cayó de nuevo al centro de la habitación. Rodó hasta topar con un tocador. Jarrones y tarritos de perfume se hicieron añicos en el suelo, pero ella siguió apretando el libro contra sí.

El dueño de las piernas entró de un salto. Tanto Salvochea como Juaíco reconocieron su perfil a la luz de la luna.

—Ay, *omá*, otra vez no —gimió el barbero.

—Esto no tiene nada que ver contigo, alacrán —dijo Liérganes, sin apartar la vista de Rosa Marina—. Tú, seas quien seas, ese libro no es tuyo. Me pertenece por derecho.

Rosa Marina se puso en pie de un salto. Echó mano a su espalda. De pronto enarbolaba un látigo, de esos que Juaíco había visto usar a los domadores de los circos. La mujer lo hizo chasquear en el suelo.

—¿De verdad crees que te lo voy a entregar sólo con que me lo pidas?

Liérganes le mostró una sonrisa aserrada. El príncipe de los contrabandistas flexionó las rodillas. Dos cuchillos curvos aparecieron en sus manos.

—Por supuesto que no.

Rosa Marina pegó un latigazo, pero no contra Liérganes. El látigo se enrolló en la lámpara de araña que colgaba del techo. La mujer lo estiró y corrió por el lateral de la habitación. Dio un salto y, aprovechando la tensión del látigo, siguió corriendo por la

pared. Se impulsó y se lanzó al vacío a través de la ventana. Todo sucedió en menos de un segundo.

—Joder —dijo Juaíco.

—¡Hija de la gran puta! —gritó Liérganes.

Los tres hombres se abalanzaron sobre la ventana. No había rastro de Rosa Marina. Tampoco les dio tiempo a buscar, porque algo acaparó su atención al momento.

Había un edificio en mitad de la plaza de San Antonio. Un edificio que antes no estaba allí. Su enorme sombra crecía sobre la Casa Aramburu a medida que se acercaba.

La Bella Escondida.

—Me cago en la mar serena —dijo el barbero.

Entonces empezaron los gritos.

La criatura mordió con fuerza el cuello de Guillermina Aramburu. Desgarró un trozo de carne de un tirón. Ella chilló. La sangre salió a borbotones de la herida y ahogó su voz. Cayó muerta al suelo, pero el monstruo continuó mordiendo.

El salón de baile se había convertido en un infierno rojo. Las cristaleras habían explotado, rociando a los invitados con una lluvia de cristales afilados. Por las ventanas había entrado una miríada de aquellas criaturas que el alcalde llamaba mojarras. Cadáveres de ahogados revividos por un vampiro.

Estaban sembrando el terror en la Casa Aramburu.

Los asistentes al baile intentaban huir. No lo conseguían. Las mojarras se lanzaban sobre ellos, dientes y garras y bocas y ojos de pez hambriento. Había quienes caían al suelo, abrazándose a sí mismos, suplicando una muerte rápida e indolora. No la recibían. Otros intentaban esconderse en la chimenea, tras las cortinas, bajo las mesas. Tampoco duraban mucho.

Salvochea, Juaíco y Liérganes irrumpieron en el salón. Cinco mojarras devoraban a la cantante vienesa. Sus chillidos habían perdido toda armonía.

—Esto es el infierno —murmuró el barbero, aunque nunca recordaría haberlo dicho.

En una esquina del salón, Obdulio Aramburu se cubría la cara con las manos, como si eso pudiera protegerlo de alguna manera. Al otro extremo de la sala, no lejos de donde se encontraban ellos, el obispo de Cádiz acababa de caer al suelo de espaldas. Uno de los monstruos bebía con fruición de la herida que le había abierto en la garganta. Detrás de él, un aterrorizado Ernesto Aramburu permanecía de pie, las manos tendidas hacia delante como si suplicara perdón. Tenía la mirada de un loco.

Una mojarra se lanzó sobre ellos. Liérganes esquivó sus garras y le descargó siete puñaladas en el torso en menos de un latido. La criatura le enseñó los dientes y rugió.

—¿Pero esto qué coño es? —masculló el rey de los contrabandistas.

Antes de que le desgarrase la garganta, un alfanje le hendió la cabeza. Los doce moros, la guardia personal de Liérganes, rodearon a su rey. La criatura medio descabezada siguió moviéndose. Salvochea desenvainó el sable y le atravesó el pecho.

En mitad de la sala apareció una luz blanca. La misma criatura de plata a la que se habían enfrentado en el sanatorio de Capuchinos se paseaba por aquel pandemonio. Agarró a un invitado al azar y le mordió el cuello. Chorros de sangre.

Bajo la luz de las lámparas pudieron distinguirla. Se trataba de una mujer envuelta en un sudario. Por fin pudieron ponerle nombre.

—Beatriz Aramburu —volvieron a decir al unísono.

Beatriz Aramburu acorraló a su hermano Osvaldo contra una pared. El pelirrojo no dejó de chillar cuando la vampiresa que fue su hermana acercó aquella boca afilada a su cuello.

Otro de aquellos monstruos se volvió en su dirección. Con un rugido, echó a correr hacia ellos, soltando espumarajos de sangre ajena por la boca. Juaíco se escondió de un salto detrás del alcalde. Salvochea fintó con el sable y lo decapitó.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. Estamos en desventaja.

—No hace falta que lo jures —dijo el hombre pez, y gritó a sus hombres—. ¡Vámonos!

Los doce moros se fueron abriendo paso a base de alfanjazos, protegiendo a Liérganes. Orbitaron lejos de ellos como una tabla que se aleja de un naufrago. La horrenda refriega se encargó de separarlos.

—Maldita sea —se lamentó el alcalde. Se volvió a Juaíco y señaló con la cabeza a Ernesto Aramburu—. Ese hombre nos necesita. Sígame.

Sin mediar más palabra, echó a correr a través de las mojarras hacia el anciano.

Juaíco tuvo tiempo de cagarse en Dios, en la Virgen y en todos los santos mientras corría tras el alcalde, esquivando zarpazos y dentelladas.

Salvochea acabó con la mojarra que más cerca estaba de Ernesto Aramburu. Extendió la mano ante el anciano.

—Si quiere vivir, venga conm...

—¡Vámonos de aquí ya, cojones! —le interrumpió Juaíco, llegando hasta ellos.

Salvochea envainó el estoque y se lo tendió a Juaíco.

—Aguánteme el bastón y agárrese fuerte a mí, Juan. —Sujetó a Ernesto Aramburu—. Esto está diseñado para soportar el peso de dos personas. No sé si podrá con tres.

—¿Esto? ¿Qué es esto? —preguntó Juaíco.

El alcalde apoyó un pie en la ventana y entreabrió su gabán negro. De algún lugar sacó una palanca de acero, atada a un cordel metálico que desaparecía dentro de la prenda. Giró un extremo de la palanca y de ella surgieron tres garfios. Los clavó en el alféizar. A su alrededor todo era ya caos y muerte. Cuando lo vio encaramarse al poyete, el barbero se aferró a él tan fuerte como a su primera novia.

Salvochea cogió a Ernesto Aramburu por los hombros y se lanzó al vacío.

Pegaron un gran cacharrazo contra el suelo, pero una magulladura era mejor que la muerte que les esperaba arriba. Salvochea se levantó en el acto. Frente a ellos estaba la Bella Escondida, en mitad de la plaza de San Antonio. Un banco de niebla rodeaba su base.

Las mojarras se encaramaban a ella como parásitos. Algunas empezaron a saltar hacia abajo.

—¡Al carruaje! —exclamó Salvochea—. ¡Ahora!

Llevaron a Ernesto Aramburu hasta el vehículo. Salvochea saltó al pescante. Juaíco metió al anciano en su interior a empellones. Las mojarras aterrizaron cerca de ellos. Había al menos veinte. El barbero se encaramó al carruaje.

—¡Arreando!

Salvochea azuzó las riendas. Los caballos salieron al galope. Las mojarras los

perseguían. El coche se tambaleaba con una zarabanda metálica. Pasaron entre los demás vehículos. Borearon la Bella Escondida y salieron en estampida hacia la calle Cervantes. El carruaje arrancó chispas en las esquinas. Saltaron lascas de los balcones del primer piso.

Juaíco miró hacia atrás. La Bella Escondida sobresalía entre los tejados. Se movía en su dirección. Y las mojarras también.

La berlina dobló en San José, pasó como un rayo junto al Oratorio de San Felipe y volvió a girar en Sacramento. Estuvo a punto de volcar en todas las ocasiones. El corazón de Juaíco iba a explotar. Las mojarras les iban a la zaga. Se sujetaban a los balcones, corrían en vertical por las paredes, saltaban de un lado a otro de la calle. Cada vez más cerca.

—¡Nos van a alcanzar!

—Métase dentro, Juan —dijo Salvochea, muy tranquilo.

—¿Cómo que me meta dentro? ¡Le estoy diciendo que nos van a alcanzar!

Salvochea volvió la cara hacia él. Juaíco sintió una gota de miedo puro salpicando el manantial de terror que ya le ahogaba.

—Dentro.

El barbero se retrepó en el pescante para entrar por un lateral. La berlina golpeó contra un bordillo. Juaíco perdió pie. Se agarró a un lado del carruaje. Una mojarra aterrizó en el techo. Se cernió sobre él. Juaíco vio la muerte en sus ojos, sin saber que estaba en su boca.

—Eh.

El monstruo volvió la cabeza. Un estallido surgió del brazo de Salvochea. La cabeza del monstruo explotó. Juaíco habría podido ver la pistola que se introducía por la manga del gabán, pero estaba demasiado ocupado intentando no perder la vida. Más mojarras saltaban entre los tejados en pos de ellos. A lo lejos, la silueta de la Bella Escondida se agrandaba por momentos.

«Nos está persiguiendo una torre. Estupendo».

La puerta del carruaje se abrió por un lado. En el hueco asomó la mano de Ernesto Aramburu. Agarró el cinturón de Juaíco y tiró de él hacia dentro. El barbero cayó encima del banquero. De buena gana le habría abrazado, pero entonces una trampilla se abrió desde el pescante y Salvochea se escurrió hacia el interior del carruaje.

—Pero ¿qué está haciendo? ¿Quién conduce los caballos?

—Nadie —dijo Salvochea.

Entonces Juaíco se dio cuenta de que bajo el pescante había una serie de palancas, llaves y manivelas. Salvochea toqueteó varias de ellas. Hubo un chasquido metálico. El eje que ataba a los caballos se desprendió de la berlina y quedó atrás. Los animales continuaron corriendo, libres, mientras el carruaje perdía velocidad. Juaíco estaba a punto de gritar de nuevo cuando Salvochea tocó otra palanca. La parte frontal del asiento ascendió con un ruido de pistones. El alcalde se volvió hacia ellos.

—Agárrense a lo que puedan.

Accionó una manivela de color rojo. Hubo un terrible sonido de madera rota y remaches torturados por la presión. Las mojarras estaban sobre ellos. De algún lugar surgió una vaharada de vapor. Juaíco creyó que el carruaje se partía en dos.

El carruaje se partió en dos.

Los restos de la carcasa cayeron a un lado de la calle. De la nube de vapor surgió algo, otra cosa. Era como una bicicleta, pero provista de un motor, como los nuevos coches que los ricos hacían pasar por la avenida del Muelle. Salvochea la guiaba.

Ernesto Aramburu y Juaíco se acurrucaban en una especie de vehículo supletorio, unido a la bicicleta a motor por un brazo mecánico. Todo el conjunto era de lo más estrambótico.

También era rápido.

Salvochea pulsó un botón. El ingenio soltó un rugido y expulsó una vaharada de humo negrísimo. Se lanzaron hacia delante a una velocidad vertiginosa. Las mojarras quedaron atrás. La silueta de la torre aún les seguía por entre las azoteas. El vehículo aceleraba por la calle Sacramento. Los portales y las esquinas eran un manchurrón desdibujado. El ruido del motor ensordecía. El viento les arañaba la cara.

Una de las pocas mojarras que se había adelantado cayó justo a su espalda. Se agarró a la cabineta donde iban Aramburu y Juaíco. Salvochea bajó la cabeza y accionó una nueva palanca. Con una llamarada, el vehículo se impulsó todavía más. El fuego que surgía de la parte trasera envolvió al monstruo. Éste cayó al suelo en medio de una hoguera azul.

La bicicleta a motor se alejó.

Para cuando llegaron a la Torre Tavira, se habían quitado de encima a las mojarras. Desde allí, la silueta de la torre era como un presagio lejano. Se fue diluyendo en la oscuridad de la noche hasta perderse. Salvochea detuvo el vehículo.

—Tenemos muchas preguntas que hacerle, señor Aramburu.

No hubo respuesta.

El alcalde se volvió.

Tanto Aramburu como Juaíco yacían inconscientes en la cabineta.

La expresión de Salvochea se agrió cuando vio la marca de colmillos en el cuello de Ernesto Aramburu.

La Bella Escondida se desplazaba por Cádiz. Vigilando. Buscando. Esperando. Desde la *camera obscura*, Salvochea seguía sus evoluciones. Su cabeza se movía al mismo tiempo que la torre, como una cobra que siguiera su presa antes de morder. Pero en realidad, aunque sus ojos estuvieran fijos en la silueta ambulante, en su mente estaba viendo una escena muy diferente.

«Señor alcalde, llega usted tarde».

Sonaron unos golpes en la puerta.

—Adelante.

Asomó la cabeza de Juaíco.

—Se ha despertado.

—¿Cómo se encuentra?

El barbero negó.

Junto a la *camera obscura* había un cuartito. Un sobrio jergón de paja ocupaba casi todas sus reducidas dimensiones. Ernesto Aramburu estaba sentado en el jergón. Temblor en sus manos consteladas de vitíligo. Estaba despeinado, la ropa descompuesta, la expresión ausente.

—Señor Aramburu —llamó Salvochea.

Él salió de su ensimismamiento y lo miró a los ojos. Una desagradable gota de saliva brillaba en su labio inferior. Cuando habló, no era el hombre más poderoso de Cádiz quien lo hacía. Era un anciano que lo había perdido todo.

—Los... los han... matado. Están muertos. Todos.

Salvochea negó con la cabeza.

—No, señor Aramburu. No lo están. La mayoría de los asistentes a su baile han sido mordidos por un vampiro. Como usted. Volverán en pocas horas o en unos días, depende de lo fuertes que sean. Seguirán caminando por el mundo hasta que acabemos con Beatriz.

Había hablado con lentitud, asegurándose de pronunciar todas las palabras de manera entendible. Al oír el nombre de su hija muerta, el banquero desorbitó los ojos.

—Beatriz —repitió Aramburu entre temblores—. Así que ya lo ha averiguado.

El alcalde asintió.

—Su hija es una vampiresa. Su hija estaba esta noche en la mascarada. Su hija comandaba a esas criaturas. Su hija le mordió. Es su hija, Beatriz, el principio de todo. Y usted me va a decir por qué.

El rencor que prendió en los ojos del anciano hizo que Juaíco se echara hacia atrás.

—Usted no sabe nada de mí ni de mi familia. Mi hija está muerta.

—No, señor Aramburu. Su hija está no-muerta. Y usted lo estará dentro de poco.

Ante la expresión desconcertada del viejo, Salvochea lo agarró de la pechera. De un tirón, le desgarró la camisa. Su boca ya abierta de asombro se desencajó por

completo al ver la marca de colmillos que tenía del cuello al hombro. El contorno de la herida se había vuelto verdoso. Apestaba.

—Beatriz le ha matado, señor Aramburu. A usted no podemos salvarle, pero a otra gente sí. Sólo tenemos que acabar con el origen del mal.

—El origen del mal —repitió el viejo, y enterró el rostro entre las manos.

—El origen del mal. Beatriz. Podría haberlo dejado morir en su casa, señor Aramburu, pero le necesito. Díganos dónde está enterrada, se lo ruego.

Aramburu sollozó.

—El origen del mal no es Beatriz. Soy yo.

Juaíco, apoyado en la puerta, separó los brazos que había tenido cruzados hasta ese momento y se inclinó hacia delante.

—Deberían habernos visto —prosiguió el anciano—. Tanta determinación, tanta rectitud. Tan callados en la habitación, alrededor de la cama. Tan fríos, inmovibles ante las súplicas de Beatriz. Mi niña... ay, mi niña...

El barbero abrió boca para hablar, pero Salvochea lo contuvo con un gesto.

—No queríamos que terminase así. Todo salió mal. Calvario Soto era... se suponía que era una experta. Margarita la había enviado varias veces a nuestra familia. Ya lo hizo con Guillermina en su día. —Sacudió la cabeza—. Espinosa nos suplicó que no lo hiciéramos. Nos lo pidió por caridad cristiana. Llegó a amenazarnos con las llamas del infierno. Yo le pagué encerrándolo en un frenopático.

—Le practicó un aborto a Beatriz. —Salvochea, con un hilo de voz.

Las manos del anciano descendieron, como un telón que se abre para revelar horrores.

—La comadrona mató a la criatura en su vientre. Beatriz chilló todo el tiempo. Mi niña. Mi pobre niña —subrayó el posesivo apretando los puños—. La habían deshonrado. Se había atrevido a levantarse las faldas ante un cualquiera. Mi niña no podía ser una sucia ramera.

Y en el trueno de su voz vieron los dos a la bestia que despertaba. Quizá fuera el efecto de la mordedura, o quizás el infierno ya vivía dentro de aquel hombre.

—Encerró a fray Espinosa en Capuchinos y envió a Calvario Soto al Pay-Pay. Le prohibió volver a ejercer de partera y tuvo que buscarse la vida dándole purgas a meretrices —murmuró Salvochea—. ¿Qué hizo con Beatriz?

—La encerramos en el convento de la Candelaria. Pero algo salió mal. Amaneció muerta al día siguiente —suspiró—. Tiene usted que entenderlo. No podía saberse lo que había sucedido con Beatriz. Esa criatura habría traído una desgracia intolerable sobre los Aramburu.

Salvochea lanzó el brazo hacia delante, rápido como un escorpión en su picadura. Lo agarró del cuello y se lo acercó. El rostro de Ernesto Aramburu se duplicó, distorsionado en el reflejo de dos lentes ahumadas.

—Ya la ha traído, señor Aramburu. En el Imperio austrohúngaro piensan que los vampiros vuelven de la tumba para vengarse de los familiares que los malogaron en

vida. —Lo soltó con brusquedad. La cabeza del anciano golpeó la pared—. Se lo voy a preguntar una vez más: ¿dónde está enterrada Beatriz?

El temblor de las manos del anciano se extendió a todo su cuerpo.

—Está en el mausoleo de mi familia, en el cementerio de San José.

El alcalde se volvió hacia Juaíco.

—Juan, ¿le importa dejarnos solos al señor Aramburu y a mí?

Juaíco se tensó.

—¿Qué va a hacer?

Las lentes de Salvochea le respondieron con una ecuanimidad asesina. Ni un músculo se movió en el rostro del alcalde. Juaíco comprendió.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Ernesto Aramburu.

El barbero no se quedó a escuchar la respuesta.

Cerró la puerta al salir.

La criatura que había sido Osvaldo Aramburu arrastraba su cuerpo por la calle Veedor. Cada paso era una tortura. Tropezaba. Caía y volvía a levantarse entre estertores. Un fuego sin nombre le ardía dentro. El aire era frío. El cielo estaba empedrado de estrellas.

El silencio había caído sobre la Casa Aramburu.

Jadeaba. Volvió a caer. Al levantarse, se rompió una uña, pero no sintió dolor. Ya no era como antes. Algo había sucedido. Algo no había permitido que la oscuridad lo arrastrase al fondo. Algo lo había traído de vuelta. Lo había encontrado allí, en las profundidades. Lo había abrazado. Había sido hermoso. Oscuro y hermoso.

Poco a poco, su conciencia se fue desplegando. Por fin pudo aguantar el equilibrio. Estiró los brazos. Sus huesos crujieron. Abrió la boca sin ser aún consciente de que era su boca. Una lengua negra se paseó por encima de un rosario de colmillos.

La luna llena, dueña y señora del Cádiz nocturno y de sus habitantes, estaba en su cénit.

—*Todo es por tu culpa, Salvochea* —dijo con una voz ronca, que no era la suya y al mismo tiempo lo era—. *La desgracia ha caído sobre mi casa. Por tu culpa.*

El aire reverberó. Algo se acercaba, pero él no se dio cuenta. Su piel era negra. El pelo rojo que tuvo antaño había desaparecido. Se había convertido en otra cosa.

—*Ahora y siempre, soy tu archienemigo, Fermín Salvochea. No descansaré hasta ver tu vida destrozada.*

Se oyó un ruido a su espalda.

Entre las sombras de la calle Veedor se dibujó una silueta oscura.

—Yo puedo darte lo que más deseas —susurró—. Venganza. La cabeza de Salvochea.

—Sí —contestó él—. Sí.

La silueta se apartó. Detrás de ella había un niño. Un niño feo, menudo, con un desagradable antojo en forma de fresón en el cuello.

—Sé cómo puedes hacerles daño —dijo.

Señaló hacia la calle Botica.

IX El día en que todo cambió
1 de octubre de 1907

1

El día en que todo cambió empezó como empezaban todos los días en Cádiz. Sebastián abrió los ojos. Esta vez no recordó lo que había soñado la noche anterior. No le hizo falta. Lo golpeó el recuerdo de la sangre de Padre manchando las paredes y el suelo de los baños. Y la historia que le contó a medida que la debilidad lo iba arrastrando a un sueño que, Sebastián estaba seguro, poco podía reparar ya.

Giró la cabeza. La cama estaba vacía. Se irguió. Detrás del biombo, Madre daba puntadas a algún encargo. Esta vez no cantineaba ninguna copla mientras cosía. Se limitaba a hacer lo que todos los gaditanos: seguir para adelante como podía.

—¿Dónde... —Sebastián carraspeó—... dónde está Padre?

Los dedos de Madre se detuvieron.

—Ha salido.

Y siguió dando pespuntos, sin alzar siquiera la cabeza.

Sebastián se irguió en la cama.

—¿Cómo que ha salido? ¿Estando como está?

Ahora sí, Madre dejó aparte el pantalón y se volvió hacia él.

—Tu padre no está de ninguna manera. Ayer se puso así porque algo le sentaría malamente, pero hoy ya se encontraba mejor. Ha salido a ver si le sale algún encargo.

«Mentira. Mentira, mentira, mentira». La palabra rebotó una y mil veces dentro de Sebastián, pero no se atrevió a salir por su boca. En lugar de eso, se acercó a Madre y dejó escapar lo que había detrás de esa palabra.

—Tengo miedo de que Padre se muera.

Madre alargó una mano hacia él. Sebastián se encogió.

Lo atrajo hacia sí y lo abrazó.

—Tu padre no se va a morir, Sebastián. Tiene demasiada *pocavergüenza* para morir. Tú hazle caso a tu madre. Se va a poner bien.

—¿Usted sabe la historia de Salvochea, Madre?

Madre era una mujer hecha de silencios; eso Sebastián lo había entendido desde muy chico. Pocas veces caía en un pronto o en una mala contestación. Esta vez no fue distinto. Midió a su hijo con la mirada, pesando en una balanza los años que habían transcurrido desde que era un niño y los que aún tendrían que pasar para que fuese un hombre. Como siempre hacía.

—Sé las cosas que tu padre cuenta —dijo al fin.

—Hemos encontrado la media tijera.

Ella le agarró de los hombros.

—Escúchame, Sebastián. Lo mejor que se puede hacer con tu padre es no hacer caso a todo lo que dice. Ya sabes lo que le gusta contar pamplinas.

—Pero la tijera es de verdad. —Ella asintió—. ¿Qué más es verdad?

—¿No puedes olvidarte? ¿Dejarlo correr y seguir siendo un niño, por ahora? Sebastián negó con la cabeza, muy despacio.

Madre chasqueó la lengua.

—Eres igual que tu padre, ¿sabes? No sé de qué me sorprende.

—Yo no quiero ser igual que Padre.

Eso se le había escapado sin pensar. Madre volvió a cubrirlo con esa mirada encallecida.

—No lo decides tú, Sebastián. Por más que ahora no quieras, algún día te encontrarás descubriendo que os parecéis. Más de lo que tú te crees. Y cuando llegue ese día, a lo mejor ya no te parece tan mal.

Él no respondió, pero Madre supo ver la respuesta en su mentón protuberante y semblante amargo.

—Tienes que prometerme que tendrás cuidado. De ti, del Pani y de esas dos niñas que os acompañan.

—¿Cómo sabe usted...?

—Lo sé porque soy tu madre, Sebastián. Las madres lo sabemos todo. No te olvides.

Él asintió, luego negó, y luego volvió a asentir, no muy seguro de cuál era la respuesta adecuada.

Y así empezó el día en que todo cambió.

2

El doctor Ojeda se dejó caer en uno de los reclinitorios de la capilla. Se le caían los ojos. Estaba exhausto. No creía poder volver a levantarse. Había sido una noche muy larga; la más larga de su vida con diferencia. En su mente seguía viviendo los gritos, los vómitos, los espasmos, las oraciones que el padre Abel entonaba a voz en grito, los llantos de las monjas y las súplicas a un Dios que había permanecido mudo, impertérrito durante las largas horas de agonía de los niños.

Todo para nada.

Se cubrió los ojos con las manos. La capilla estaba en silencio. Una luz demacrada y trémula se colaba por las cristaleras. Los cinco ataúdes estaban dispuestos en semicírculo en el ábside. Las hermanas habían lavado sus cuerpecitos, los habían embutido en uniformes nuevos y los habían acomodado dentro de los pequeños ataúdes. Sacando fuerzas de donde no las había, Ojeda se levantó y se acercó a ellos. Les habían cruzado los brazos sobre el pecho. Sus ojos estaban cerrados.

Aquella era la peor parte de su profesión. La muerte era una prerrogativa de la vida; era una de las primeras lecciones que uno comprendía como médico. Pero aun así, cuando la muerte se presentaba envuelta en aquel ropaje de dolor y sangre, dejaba a su paso una sombra difícil de esquivar.

—Escorbuto —dijo entre dientes—. ¿Cómo... carajo... os contagiasteis de escorbuto? ¿Cómo ha sido tan rápido?

Los niños tenían por fin el semblante sereno, aunque la enfermedad había sembrado eccemas por toda su piel. Lo peor eran sus bocas. No había baño que limpiase las pupas, los bubones y los desgarros con los que la enfermedad había deformado sus caritas.

—Una lástima.

La voz sobresaltó a Ojeda. Se volvió. El padre Abel apareció entre las sombras de la capilla, las manos cruzadas a la espalda. El alzacuellos parecía demasiado pequeño para su garganta; la piel estaba apretada, como si le ahogara. Hubo algo en su manera de andar que desagradó a Ojeda. La luz de los cirios mecía las sombras de su rostro aguileño.

—Me gustaría haber podido ser de más ayuda.

El sacerdote se detuvo a su lado. Contemplaba a los niños, absorto.

—La mano del hombre llega hasta donde Dios se lo permite. Ha sido Su voluntad que estas criaturas estén ahora en Su seno.

—Pues podría haberse ahorrado tanto dolor y tanta penuria —replicó Ojeda.

El cura le dedicó una mirada de soslayo.

—No somos nadie para juzgar los designios del Cielo.

El médico negó. Una suerte de calor se extendía por su vientre, una tenaza retorció los músculos de sus hombros y sus brazos.

—Voy a hacer un escrito al Ayuntamiento —dijo—. Propondré que clausuren este lugar y reubiquen a los...

—No.

—¿Cómo?

El padre Abel se encaró con él. Estaba muy cerca, tanto que podía ver la red de venillas rojas que se extendía alrededor de sus iris.

—Usted no hará nada de eso. No escribiré a nadie.

—Estos niños han muerto de escorbuto, padre. Una enfermedad que sólo se da en alta mar, cuando se deteriora el agua y los alimentos de los barcos. ¿Se da cuenta de las condiciones en las que está el Hospicio para que pase esto?

—Las condiciones del Hospicio son impecables —dijo el cura con un siseo—. Esto no ha tenido nada que ver.

—¿Y con qué ha tenido que ver, según usted?

Una sonrisa sibilina partió las facciones afiladas del sacerdote.

—Mandato divino.

Ojeda sacudió la cabeza, incrédulo.

—Padre, siga usted pensando en sus dogmas y en Cristo que los fundó, si quiere. Ya veremos qué pasa cuando se persone la autoridad para desalojar el Hospicio.

El médico giró sobre sus talones y fue hacia la puerta de la capilla.

La voz del padre Abel resonó en las bóvedas.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor Ojeda. Nosotros haremos lo mismo.

Ojeda se giró. El cura había desaparecido; debía de haber entrado en la sacristía. Estaba solo en la capilla. De pronto había refrescado. Una mortaja hecha de silencio cubría la estancia. El crucifijo sobre el que moría Cristo parecía una cosa lejana y perdida en medio del altar. Se descubrió temblando sin motivo alguno. Debía de ser el cansancio. Se volvió hacia la salida.

Oyó el sonido al tiempo que alargaba la mano hacia la puerta. Un susurro reverberó en el aire y llegó hasta él, cercano y lejano al mismo tiempo. Se volvió. Nada se movía. Los cinco ataúdes abiertos seguían junto al altar, con sus cinco criaturitas de brazos cruzados entre cubiertas de terciopelo rojo. Para toda la eternidad.

Se apretó el puente de la nariz con dos dedos. Necesitaba pegar una cabezada. Se restregó los brazos para espantar el frío y salió.

Candela enguipó al doctor cruzando el patio. Salió corriendo tras él tan rápido como le permitía el arnés.

—¡Doctor! —llamó—. ¡Doctor Ojeda!

Él se volvió. Su expresión atribulada se suavizó al verla.

—Candela...

Llegó hasta él. El médico se agachó a su vera.

—Tiene usted que ayudarnos, doctor. Los niños se están convirtiendo en vampiros.

—¿En vampiros?

—Sí, doctor. Es Fermín Salvochea. Se ha levantado de la tumba. Está escondido aquí en el Hospicio y los está convirtiendo en vampiros.

—Candela, ¿qué es lo que dijimos el otro día? —Ella lo miró desconcertada—. Que no había que creerse los sermones del padre Abel a pies juntillas.

—Pero... son vampiros del mar —dijo ella, enfurruñada—. Espíritus de ahogados que vuelven. Los mata esa enfermedad del mar y luego vuelven.

—Candela, eso no son más que... —La frase murió en sus labios—. ¿Qué has dicho?

—Vampiros del mar. Los mata el mar y vuelven de la tumba convertidos en vampiros.

Ojeda miró hacia arriba. Candela siguió su mirada. El padre Abel los espiaba desde la ventana de su despacho.

—Mira, Candela, hazme un favor. Tú sabes cómo salir del Hospicio cuando quieras, ¿verdad? —Ella asintió—. Pues quiero que salgas esta noche. No duermas aquí. ¿Tienes algún sitio donde dormir?

Volvió a asentir. Se ruborizó.

—Mi amigo... el Pani. En casa de mi amigo el Pani.

—Quiero que pases la noche en casa de tu amigo el Pani.

—¿El Hospicio es peligroso?

—No lo sé, Candela. No lo sé. Pero espero saberlo pronto.

—Tengo que decírselo a mi amiga Julieta.

—Está bien. Díselo a ella y a nadie más. —La abrazó—. Seguro que no es nada; sólo una idea loca. No te preocupes.

El médico se levantó y fue hacia el portón de la verja. Candela echó un vistazo alrededor del patio.

No había rastro de Julieta.

El Pani le estaba esperando junto a la iglesia de Santo Domingo. Sebastián, que bajaba por la Cuesta de la Higuera, se detuvo en cuanto lo vio. En su cuello se veían unas marcas violáceas, marcas que sólo podía haber hecho una mano que apretase con una fuerza descomunal. Pero no fue eso lo que paralizó a Sebastián, sino la expresión en el rostro del Pani.

—No sabía dónde más buscarte —le dijo el pelirrojo con la voz atiplada—. ¿Tu... tu padre?

—Está bien. Le dio un ataque, nada más. —El Pani ladeó la cabeza—. Es lo que dice mi madre.

—Ya...

—¿Qué te pasa?

—Ha pasado una cosa, Sebastián.

—¿Qué ha pasado? —Vio que el Pani tenía los ojos húmedos—. Pani, no me asustes, por tu *mare*.

—Mejor que vengas conmigo. Creo que todavía no lo han retirado.

—¿Lo qué no han retirado?

—Ven.

Bajaron por la calle Sopranis hasta el Ayuntamiento, lo bordearon y subieron por Pelota, Cobos y Manzanares. Sebastián no paraba de preguntar a qué venía tanta prisa. A cada paso estaba más seguro de que no quería llegar al sitio donde el Pani lo llevaba.

Escucharon el rumor desde la esquina con Ruiz de Bustamante. En la entrada de la calle Villalobos se arremolinaba una patulea de gente que intentaba otear más allá de un cinturón de policías, empujando y forcejeando con ellos. Había demasiada gente para ver qué se ocultaba detrás.

—Por aquí —dijo el Pani, muy bajito.

Bordearon por la calle Nicaragua y se colaron por detrás. Desde allí podía verse mejor, aunque Sebastián deseó al momento que no hubiera sido el caso. Se le hizo un nudo en el estómago.

Varios policías rodeaban el cuerpo del Pellejito. El mudo estaba tirado en mitad de la calle, despatarrado sobre un charco de sangre. Sentado en el bordillo, el Piñonate se cubría el rostro con las manos. Emitía unos hipidos parecidos a los de un niño pequeño, un llanto desconsolado que arañaba el alma.

—¿Pero... pero qué...? —Sebastián no llegó a formular la pregunta, porque en realidad no quería saber la respuesta. Prefería cerrar ojos y oídos y no volver a saber nada.

Un guardia ayudó al Piñonate a levantarse. Lo acompañó hasta uno de los coches de caballos que habían dejado a la entrada de la calle. Allí lo metieron. El policía dio dos golpes en el pescante y el carruaje salió al trote. Sebastián y el Pani lo siguieron

con la vista.

—Vamos —dijo el pelirrojo.

—¿Adónde?

El Pani se encaminaba hacia los policías.

—Señor —le dijo el pelirrojo a un guardia—. ¿Nos puede decir qué le ha pasado a nuestro padre?

Él lo miró con el semblante torcido. El pelirrojo le mostró su rostro angelical de niño desamparado.

—¿Es vuestro padre? —El Pani asintió—. Será mejor que os quedéis aquí. Os van a hacer unas preguntas.

—Déjenos ir a verlo, señor, por favor —insistió con voz acuosa—. Que nos lo han matado.

El policía se atusó los bigotes.

—Anda, acercarse, pero una cosa ligera.

—¿Se puede saber qué hacemos? —le susurró Sebastián cuando dejaron atrás al guardia.

—Investigar, mongolo.

Sin embargo, una cosa era ver a Edgardo Poe buscando monos asesinos y otra tener delante a un muerto. Sebastián luchó por controlar las ganas de vomitar. Al Pellejito le habían abierto la cabeza. Tenía rota la parte de atrás del cráneo. Los ojos de par en par, igual que la boca. Un charco de un líquido oscuro se extendía por los adoquines, más parecido a la melaza que a lo que Sebastián pensaba que sería la sangre.

—¡Ay, padre mío, que me lo han matado! —se lamentó el Pani, cayendo de rodillas a su lado.

Sebastián lo imitó. No podía mirar a la cara del cadáver. Pobre Pellejito. Quién sabía por qué le habían hecho esto. Quién sabía qué sería ahora del Piñonate, sin un lazarillo que lo acompañase. Entendía bien el llanto que había desgranado ahí mismo, en el bordillo. Sabía reconocer la raíz de ese llanto, porque él también la había descubierto en su interior anoche mismo, cuando vio a su padre vomitando caños de sangre en la casa de la calle Botica.

El Pellejito aún tenía el lápiz gastado entre los dedos de la mano derecha. En la otra mano sostenía su cuadernito. Sebastián se inclinó y lo recogió.

—Eh —dijo una voz a su espalda—. ¿Qué hacéis?

Otro de los guardias se acercaba a ellos con cara de pocos amigos.

—Anda, pues resulta que no es nuestro padre —dijo el Pani—. Más vale que nos najemos, que Padre estará en casa esperándonos.

Si pensaba que la jugada le iba a salir bien, iba listo. El guardia les echó mano encima a los dos y los levantó de un tirón.

—Ahora mismito os venís para el cuartelillo. —Se fijó en Sebastián—. ¿Y tú qué llevas ahí?

Sebastián escondió el cuadernito a la espalda, pero no sirvió de nada. El policía lo sacudió. Y le habría obligado a soltar el cuadernito si en ese momento los mirones del otro lado de la calle no hubieran roto el cordón de policías. Dos personas pasaron por debajo del nudo de brazos y obligaron a uno de los guardias a volverse. De pronto una multitud de curiosos y exaltados abrieron la línea y se abalanzaron hacia el Pellejito y el resto de los policías, exigiendo a voz en grito justicia, venganza, más seguridad y hasta República, que cualquier ocasión era buena. El policía que sujetaba al Pani y a Sebastián se vio arrollado por la multitud. Los soltó. Ambos echaron a correr en cuanto tocaron el suelo.

No pararon hasta llegar a la iglesia de San Agustín. Se apoyaron en los escalones, exhaustos.

—Eres carajote —resopló Sebastián—. ¿Para qué tenías que meterte ahí en medio?

—Para investigar, mongolo —replicó él—. ¿O te crees que esto no ha tenido que ver con Salvochea? A lo mejor ha sido hasta él.

—Y dale con Salvochea. Ahora todo lo que pasa en Cádiz es culpa de Salvochea...

Pero él también lo creía. No sabía por qué, pero algo le decía que así había sido.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó el Pani.

—El cuaderno del Pellejito.

—¡Una pista! —exclamó el pelirrojo—. ¿Qué pone? ¡A lo mejor pone el nombre del asesino!

—Tú estás tonto.

Sin embargo, Sebastián lo abrió. El cuaderno era una sucesión de mensajes de agradecimiento por las limosnas, de lamentaciones por su desgracia y la del ciego y de listas de la compra. Sebastián leyó la mitad del diálogo que habían tenido hacía dos días y sintió una punzada en el pecho. Se preguntó cómo se habían entendido entre sí el Pellejito y el Piñonate, uno incapaz de hablar y el otro incapaz de ver las notas.

—Mira al final —surigió el Pani—. Seguro que escribió el nombre del asesino antes de morir.

—Menos mal que el de las novelas soy yo, picha.

Pero Sebastián lo hizo. La última página tenía cinco frases garabateadas con letra apresurada. Ninguna era un nombre.

¿Que estais haciendo?

¿Por que?

Nosotros no hemos

visto nada

Por favor

—¿Te das cuenta de lo que significa esto, Pani?

—Sí —dijo el pelirrojo, y se lo quedó mirando—. No, en verdad no. ¿Qué significa?

—«Qué estáis haciendo» —leyó Sebastián—. Eran más de uno. Y conocían al Pellejito y al Piñonate.

—¿Por qué?

—Porque si no, se habrían acercado a mendigar y no a preguntar qué estaban haciendo. —Sebastián se rascó la ceja—. Pillaron a alguien a quien conocían haciendo algo. Se acercaron. Hablaron con ellos, o al menos el Pellejito habló. «Nosotros no hemos visto nada. Por favor». Algo pasó, no sé qué, y los mataron.

—Hijos de puta.

—Hijos de puta.

Sebastián recorrió las últimas frases del Pellejito con los dedos. Sintió una impotencia y una rabia a las que no sabía poner brida. No era justo. Ninguno de los dos era capaz de matar a una mosca, y a uno le habían abierto la cabeza y al otro lo habían dejado desamparado... ¿Por qué? ¿Qué habían visto?

Una mancha transparentaba la esquina inferior de la página. Parecía un goterón de aceite o algo similar. Sebastián lo olisqueó. El olor le resultó familiar, pero no fue capaz de ubicarlo.

La voz del Pani lo sacó de su ensimismamiento.

—Necesitamos ayuda.

—Pues ya me dirás a quién se la pedimos.

El pelirrojo le dio un puñetazo en el hombro.

—¿A quién va a ser, mongolo?

—Vampiros —dijo Edgardo Poe—. Habéis encontrado vampiros.

Sebastián y el Pani se atropellaron en sus explicaciones.

—... un vampiro...

—... la tijera es una llave...

—... Fermín Salvochea...

—... que abre un secreto...

—... se está comiendo a los niños en el Hospicio...

—... un secreto escondido en un convento...

—Ya, ya, ya. —Poe chasqueó la lengua—. ¿Robáis vino de cocinar a vuestras madres?

—¡No! —estalló el Pani—. Bueno, sí, ¡pero lo de los vampiros es cierto!

Edgardo Poe cruzó una mirada con Leonor, la mujer pelirroja. El interior de la caravana seguía oliendo a chotuno. Entre los investigadores de lo oculto se llevaba poco eso de abrir las ventanas, por lo visto. Poe los había vuelto a recibir en batín. Todo parecía idéntico a la última vez que lo visitaron. Sólo el miedo que sentían era distinto.

—Ayúdenos, señor Poe, por favor.

Poe se cruzó de brazos en el sillón. Se rascó la perilla.

—Todavía tenéis nada de dinero, ¿me equivoco? —Los dos se quedaron callados—. Ya imaginaba.

—Esto es más importante que el dinero, señor Poe —dijo el Pani.

—Quizá para vosotros. Pero investigar es el trabajo de mí. ¿Por qué yo voy a trabajar sin dinero?

—Por favor, señor Poe. ¿No hay algo que podamos hacer por usted sin dinero? Podemos limpiar, o cargar cosas o hacerle recados... lo que nos pida.

Poe pareció meditar la respuesta. La consultó en silencio con la mujer. Ella se acomodó el escote y dijo:

—Vamos a hacer una cosa. —Rebuscó en un mueble minúsculo y sacó un fajo de los mismos folletos que le habían largado a Sebastián hacía días. Se lo puso en las manos al Pani—. Vais a repartirnos estos folletos del espectáculo por todo Cádiz.

Sebastián vio el fajo y se rascó la ceja.

—Son un montón...

Poe asintió.

—Mañana caminaremos por Cádiz —dijo, con un gesto de prestidigitador—. Si vemos cada esquina tiene un panfleto del *Grand Guignol*, cada persona tiene un panfleto en la mano, entonces ayudamos. Sin dinero.

—¿Y no puede ayudarnos hoy?

—Mañana —zanjó el guachisnái.

—Pero...

—Ni peros ni manzanas —saltó la mujer—. Mañana, toda Cádiz empapelada. Y empezamos a hablar.

6

Salieron del carromato compungidos y cabizbajos. El Pani le dio una patada a un adoquín.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Investigar es más difícil cuando se meten los mayores.

—Todo es más difícil con los mayores —dijo Sebastián—. A Poe le pueden ir dando. Vamos a seguir nosotros.

—Pero ¿qué hacemos? ¿Buscamos la otra mitad de la tijera?

Sebastián negó con la cabeza.

—Esa tijera abre un secreto que está a buen recaudo en el convento de la Candelaria. Allí es donde tenemos que ir.

—Pero ¿cómo va a abrir una tijera un secreto?

—¿Y yo qué sé? Es lo que me dijo Nicolás Mejías.

—Estaría hasta arriba de grifa.

—Lo que sea. Vamos al convento.

—No nos dejarán entrar ni locos.

—Pues nos colaremos.

—¡Por fin os encuentro!

El corazón les dio un vuelco. Candela se acercaba a cojetadas calle arriba.

—No hay rastro de Julieta por ningún lado —anunció entre jadeos—. Creo que Salvochea la ha atrapado.

Sebastián arrugó el semblante.

—Entonces no hay tiempo que perder. Vamos.

Echaron a andar. Candela los siguió.

—¿Adónde vamos?

El convento de la Candelaria se encontraba medio en ruinas. Vigas torcidas y oxidadas surgían de las paredes derruidas. Listones cambembos de madera mal barnizada y medio podrida apuntalaban la fachada. Un reguero de cascotes se desparramaba por una de las esquinas; daba la impresión de que la construcción sangraba gravilla. Las tapias estaban salpicados de huecos en los que el viento imitaba la respiración de un gigante enfermo.

Ni los serenos ni los barrenderos se acercaban por allí, y no sólo por el miedo a que el edificio se derrumbara sobre sus cabezas en cuanto saltase el levante. El convento estaba en pleno barrio de San Carlos, donde no eran raras las desapariciones y las muertes a navajazos. El cadáver del Pellejito había aparecido a menos de dos calles de allí. Las farolas estaban rotas y los adoquines acumulaban una suciedad que sólo se iba con la lluvia.

Candela, Sebastián y el Pani estaban de pie ante la puerta principal. La carcoma se había cebado con aquellos portones de madera. Los remaches supuraban chorretones de óxido como una herida infectada supura pus. Sendos aldabones colgaban de las puertas. Los tres estuvieron tácitamente de acuerdo en que aquellos mamotretos se caerían al suelo en cuanto los tocaran.

—¿No dijo tu padre que Salvochea había cerrado este sitio? —recordó el Pani. Sebastián asintió.

—Algo debió de pasar para que cambiase de idea.

«O era también mentira», pero eso no lo dijo.

—¿Y qué hacemos? —intervino Candela—. ¿Trepamos por una ventana? Desde aquí enguipo lo menos tres o cuatro sitios por donde colarnos, pero me da que la pared entera se va a caer en cuanto nos arreguindemos.

—En algún sitio tiene que haber una entrada que no se nos vaya a caer encima —tercio el Pani.

—Al final nos vamos a llevar aquí toda la tarde y no vamos a entrar, verás tú —se quejó Candela.

Seguían porfiando cuando la puerta se abrió con un estertor. En el hueco apareció una cara con más arrugas que una bolsa de pasas. Era una mujer que, según le pareció a Sebastián, debía de haber cumplido todos los años que podía cumplir una persona. Se cubría con un sencillo hábito del todo negro.

—¿Se puede saber qué escandalera es ésta? —preguntó con una voz que, por una vez, eran tan frágil como su aspecto—. Se os escucha desde Medina Sidonia. Aquí no tenemos cepillo. Si andáis buscando limosna, mejor que os lleguéis a la iglesia de San Lorenzo.

Se miraron entre ellos, amilanados. Fue Sebastián quien dio un paso al frente.

—No venimos por limosna, hermana.

—Nadie lo diría.

—Estamos buscando un secreto —anunció—. El secreto por el que murió Fermín Salvochea.

La monja se agachó hasta que su rostro quedó a la misma altura que el de ellos.

—Marchaos de una vez a chincar a otra parte.

Sebastián comprendió que estaba a punto de cerrar de un portazo.

—Vamos a seguir viniendo todos los días hasta que nos deje entrar, hermana —advirtió—. Y si sigue sin abrirnos, nos colaremos por algún lado. Por muy *malaje* que se ponga usted, tarde o temprano vamos a entrar.

Sintió las miradas de admiración del Pani y de Candela. La expresión de la beata cambió, pero le fue difícil interpretarla. Al final, se echó a un lado y dio un agónico tirón a la puerta, que se desplazó unos centímetros, lo justo para que entrasen.

—Como vea que le echáis mano a algo, os vais a ir a dormir con el culo caliente.

—Pero ¿quién va a querer robar nada de aquí? —le susurró el Pani a Sebastián.

—Tú calla, que me he enterado —ladró la monja. El pelirrojo enmudeció.

El Pani tenía razón. Si el exterior era una ruina, en el interior del convento de la Candelaria parecía que había explotado una bomba de esas que los anarquistas ponían en Madrid. Las columnas estaban agujereadas, la mayoría de los tabiques medio derruidos. Despuntaban listones de madera podrida y pedazos de lo que tal vez fueran marcos de ventana que colgaban como ahorcados entre los restos del primer piso. Había tapetes carcomidos en las paredes, figuras de santos a las que les faltaban extremidades o cabezas, pedestales huérfanos, candeleros torcidos y arcadas que temblaban sólo con el rumor de sus pasos. Aquel lugar era una trampa de suelos falsos, astillas hambrientas y picos cargados de gangrena e infecciones.

Todo estaba en silencio. Hasta la luz que entraba por los ventanales mellados parecía avejentada. Sebastián se preguntó cómo harían en invierno, cuando el frío se colase por aquellos huecos.

Caminaron menos de tres minutos. Giraron varias veces en pasillos donde se amontonaban los restos de aquel cadáver de edificio. Sebastián arrugó la nariz. En el aire flotaba un aroma a cirio mal quemado que no disimulaba un hedor más profundo, a excremento de animal, a pajarería.

Se detuvieron delante de una puerta en las mismas condiciones que el resto del convento. La monja tocó con suavidad.

—Sor María —llamó—. Tiene usted visita. Es un asunto relacionado con Fermín Salvochea.

La puerta tardó menos de un segundo en abrirse. Al otro lado había una monja bien entrada en la cincuentena. Llevaba el mismo atuendo negro que la monja más anciana, pero su rostro era más claro y anguloso. Unas marcas violáceas, como viejas cicatrices, recorrían sus facciones y las afeaban. Aun así, no llegaban a conjurar lo hipnótico de aquellos ojos grandes y negros, de aquella piel clara.

Sebastián no estuvo seguro de por qué, pero sintió una atracción instantánea hacia aquella mujer. Lo bañó una vergüenza como no había experimentado en su vida. Se

trataba de una monja, por Dios. Pero la tibia sensación que despertaba en él su olor a azahar no entendía de rangos eclesiásticos. Se volvió avergonzado, para encontrarse con la misma vergüenza en los ojos del Pani. Sólo Candela parecía inmune al hechizo.

—Soy el hijo de Juan Jiménez —dijo Sebastián como un santo y seña—. Tenemos la mitad de la tijera.

La monja los estudió con detenimiento.

—Pasad.

—Esto no es una fonda —advirtió la anciana—. Que sea una cosa rapidita, sor María. Y no me pienso mover de esta puerta. Ni se os ocurra pensar que os vais a escapar.

La habitación era de dimensiones ridículas. Ni siquiera el costurero de Madre habría cabido allí dentro. Las paredes quizá habían sido blancas en su día, pero ahora exhibían las manchas con las que el aliento, la humedad y el tiempo conspiraban para recordar a los humanos que no estarían siempre en este mundo. La claridad entraba casi a hurtadillas por una ventana también agujereada y sucia, iluminando un jergón de paja, una silla coja y una mesa sobre la que descansaban una bacinilla con agua y un libro.

El Pani le dio un doloroso codazo a Sebastián.

—Ése es el libro que vi en el Pay Pay —le susurró al oído—. Ésta es la monja.

Sor María se sentó.

—¿Se parece esto a lo que esperabais encontrar aquí dentro?

Ninguno se atrevió a poner en palabras una respuesta por miedo a que no fuera la que ella esperaba. Lo más que pudo hacer Sebastián fue negar con la cabeza. La monja lo secundó.

—Yo pensé lo mismo cuando llegué. Pero uno siempre se acostumbra. Por lo menos aquí dentro no hay espejos. —Clavó la vista en la pared como si en ella hubiese una ventana que llevase a otro lugar, otro tiempo—. ¿Qué queréis de mí?

—Estamos buscando a Fermín Salvochea —dijo Sebastián.

La monja le mostró algo parecido a una sonrisa, aunque de sonrisa sólo tenía el nombre.

—Por desgracia ha muerto.

—Ya lo sabemos. Pero creemos que ha vuelto de la tumba.

—¿De dónde habéis sacado esa idea?

Era verdad, se dijo Sebastián. ¿De dónde habían sacado esa idea? Allá donde iban lo único que encontraban eran pruebas de que Salvochea la había espichado y nada más. Pero la historia de Padre... y los niños del Hospicio...

—Hermana —saltó Candela—. Vamos dando palos de ciego. El cuerpo de Fermín Salvochea ha desaparecido. No sabemos dónde está. Sólo sabemos que algo está matando a los niños del Hospicio y que de algún modo todo tiene que ver con Salvochea, con una tijera de plata partida en dos y con un secreto que está escondido

aquí dentro.

Sor María frunció los labios. Una nube cubrió su semblante, pero duró poco más de un segundo. Le acarició el rostro con una mano de piel blanquísima.

—Eres muy guapa, ¿sabes? ¿Ya eres mujer? —Candela apartó la vista—. No te preocupes. No tienes que tener prisa. Todo se complica cuando dejas de ser un niño, y el camino no tiene vuelta atrás. —Cerró los ojos un momento y respiró hondo—. Hace poco robaron en nuestro convento. Se llevaron una cosa muy preciada, tanto para mí como para Fermín. Debería haberlo llevado conmigo en todo momento. Juré que lo haría. Pero el trasiego de los años nos vuelve descuidados, pensamos que los recuerdos están enterrados y nunca volverán a surgir.

—¿Qué es lo que se llevaron? —quiso saber Sebastián, aunque ya lo sospechaba.

—Esto.

La monja echó mano a la mesita de noche y cogió el libro. Se lo mostró. Tenía una encuadernación ajada y negra. Lo recorría una banda metálica dorada. Sebastián lo reconoció, a pesar de que era la primera vez que lo veía. «El mismo libro que había en la habitación de Beatriz Aramburu. El libro por el que murió Salvochea».

—Ahí dentro está el secreto que abre la tijera —murmuró. No era una pregunta.

—En cuanto me di cuenta de que lo habían robado, se lo confesé a Fermín. Él fue a recuperarlo. Eso le costó la vida.

—Pero ¿cómo sabía que estaba en las cuevas de María Moco?

—Porque hay algo allí abajo que quiere tener este libro a toda costa.

Un escalofrío les recorrió la espalda.

—Eso de ahí abajo no es María Moco, ¿verdad? —preguntó Sebastián. La monja negó—. ¿Lo robó ella?

La monja negó con la cabeza.

—Lo robaron dos niños gitanos. Dos gemelos. Tendrían vuestra edad. Pero Fermín estuvo seguro de que lo robaron para ella. Tiene muchos nombres y muchas caras. Muchos le sirven incluso sin saberlo.

Los tres cruzaron una mirada. Los gemelos gitanos. Evaristo y Tancredo Mejías.

El Pani preguntó:

—Si lo importante es el secreto dentro del libro, ¿para qué sirve la tijera, hermana?

Ella le contestó con otra pregunta:

—¿Sabéis lo que es un *Liber Umbrarum*?

—¿Nosotros? —El pelirrojo se sopló el flequillo—. Nosotros qué vamos a saber.

Ella les mostró la que quizá fuese su primera sonrisa sincera.

—No importa. Lo único importante es que tijera y libro están unidos irremediabilmente. Uno no sirve sin la otra.

Sebastián chasqueó los dedos.

—Salvochea le dio la mitad a Mejías antes de bajar a las cuevas a por el libro. Debió de esconder la otra mitad para evitar que la robaran.

—Fermín siempre jugó con un as bajo la manga —dijo la monja—. Más de uno, incluso.

—¿Y sabe usted dónde está la otra media tijera? —preguntó Sebastián.

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo ayudarlos.

Antes de que pudieran añadir nada, se oyeron golpes en la puerta. La voz amortiguada de la monja portera llegó hasta ellos:

—Id terminando, que ya casi estamos en vísperas.

La monja se levantó.

—Es hora de que os vayáis.

Obedecieron, cabizbajos. Antes de abrir la puerta, Sebastián se volvió hacia ella. Se quedó mirando aquellos ojos oceánicos como si fuera la última vez que fuera a verlos. Contempló aquel libro negro y extraño. El libro que, según su padre, fue robado del cuarto de Beatriz Aramburu por una mujer de ojos oceánicos. Tragó saliva.

—Hermana, ¿puedo preguntarle otra cosa? —Ella le conminó con un gesto—. ¿Es usted Rosa Marina?

La monja asintió despacio, como reticente. Se pasó una mano por las cicatrices del rostro, recordando a través del tacto.

—Lo fui hace muchos años. No pasa un día que no piense en las decisiones que me hicieron dejar el mundo y recluirme aquí dentro.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó el Pani.

La noche cayó sobre su semblante.

—Mentirme a mí y al mundo entero. Amar a un hombre a quien no podía amar. Darle una hija que no quería tener.

Sebastián asintió. De pronto sentía que lo entendía todo.

—Usted y Salvochea —murmuró—. Su hija tuvo una hija, hermana. Se llama Julieta.

Los ojos de sor María, quien fuera aquella mujer embrujadora llamada Rosa Marina, se humedecieron. Ninguno dijo nada más.

La hermana portera les dio con la puerta en la cara al salir. El Pani puso en palabras lo que todos pensaban:

—El libro puede quedarse aquí. Lo que necesitamos es la otra mitad de la tijera.

—Pues nos hemos quedado sin sitios donde buscar —se quejó Candela.

—Para empezar —dijo Sebastián—, vamos a esconder nuestra mitad.

—Tiene que ser en un escondite donde ni María Moco ni los Mejías la encuentren.

—¿Y dónde la escondemos?

—¿Dónde va a ser? En el sitio más secreto de Cádiz: en la Conejera.

Todos estuvieron de acuerdo. Echaron a andar sin mediar más palabras.

El cielo empezaba a oscurecer. De pronto, Sebastián dio una palmada en la frente.

—Mierda. El Perejil. Ayer no fui y hoy llego tardísimo.

—Te va a matar —dijo Candela.

—Peor. Se lo va a decir a mi madre.

—Está bien —dijo el Pani—. Te dejamos en la botica y nosotros vamos a esconder la media tijera en la Conejera.

Por suerte, Feduchy quedaba a tiro de piedra del convento, en el mismo barrio de San Carlos. Apretaron el paso.

—Verás la que me va a caer —se lamentó Sebastián.

—Dile que es cosa de tu padre —sugirió Candela—. O de tu madre. Que te ha tenido haciendo mandados ayer y hoy.

Él meneó la cabeza.

—Ni hablar. Me pillaría la mentira enseguida. Y si no me la pilla, es capaz de ir a hablar con mi mad...

Clavó los talones en el suelo. Candela, que iba un poco más rezagada, se tropezó con él. Se quedó quieto en la misma esquina con Feduchy.

—¿Se puede saber qué pasa? —exclamó Candela.

Sebastián retrocedió tan rápido como pudo. Se ocultó tras la esquina y se pegó a la pared. Candela y el Pani lo imitaron. El pelirrojo le hizo un ademán interrogativo.

—Pani, hazme el favor de asomarte a la esquina. Que no se te vea, por lo que tú más quieras. Dime a quién ves.

El Pani obedeció. Se asomó lo suficiente para ver con un ojo.

—Mierda —masticó la palabra como si pudiera probar el sabor—. Es tu padre.

Se asomaron con mucho cuidado. El padre de Sebastián estaba a la puerta de la botica del Perejil. La reja estaba echada.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó al Pani, un tono más alto de lo que hubieran querido. Padre volvió la cabeza hacia ellos.

Los tres se zambulleron tras la esquina. Esperaron. Padre no apareció. Cuando reunieron valor para volver a asomarse, vieron que seguía delante de la puerta de la

botica. Tocó dos veces el timbre. Esperó. Tocó otras dos.

—¿Pero qué hace? —susurró Candela—. ¿Ha ido a buscarte?

Padre tenía muy mal aspecto. Estaba pálido y tembloroso. No eran los bamboleos con los que el vino solía mecerlo. Esta vez eran temblores de enfermo, casi espasmos afiebrados. Las ojeras marcaban surcos violáceos bajo sus ojos. Parecía un fantasma.

La reja de la botica se abrió. Asomó la cara del Perejil. Miró a su padre de arriba abajo y murmuró algo. «El niño no está aquí —imaginó Sebastián que decía—. No lo he visto en dos días. Me ha dejado tirado como una colilla y he tenido que cerrar la botica». Ahora Padre negaría con la cabeza, con gesto enfadado, y seguiría buscand...

El Perejil se hizo a un lado. Padre entró. Cuando lo hizo, el boticario miró a un lado y a otro de la calle y volvió a cerrar la verja por dentro.

A la vuelta de la esquina, los tres se miraron intrigados.

—¿Qué tienen que ver tu padre y el Perejil? —preguntó Candela.

Sebastián negó con la cabeza. La imagen de la sangre manchando las baldosas de los baños volvió a destellar en su cabeza como un rayo que, por una vez, preludiese el trueno y no al revés.

—No lo sé —se limitó a decir, y repitió—: No lo sé...

—Vámonos —sugirió el Pani—. Ahora no puedes entrar ahí. Ya te enterarás después.

Pero Sebastián no estaba seguro de querer enterarse.

Por el camino, Candela les habló de la muerte de los niños en el Hospicio. Del doctor Ojeda, y de lo que le había pedido aquella misma mañana. Tenía que dormir fuera del Hospicio. En casa de alguien.

—En la mía, ni hablar —dijo el Pani—. Si mi padre se entera...

No terminó la frase. Candela no le pidió que lo hiciera, ni mucho menos Sebastián. Tenían muy claro todo lo que cabía en esas palabras hechas de nada.

—Podrías dormir en la Conejera —sugirió el pelirrojo.

—No me va a quedar otra. Espero no pelarme de frío allí arriba.

Mientras hablaban, subieron por la calle Montañés hasta la esquina con Sacramento. Allí, en la cima de la cuesta que terminaba junto al Mercado de Abastos, se levantaba la Torre Tavira. Los tres la miraron al pasar, de pronto en silencio, intimidados por su silueta pero sobre todo por el recuerdo de la historia del padre de Sebastián.

—¿Os habéis preguntado —preguntó de pronto el Pani—, dónde estará Liérganes?

—¿Qué?

—Hemos visto al Goliat, a Luisa... hasta a María Moco. ¿Dónde estará Liérganes?

—Cualquiera sabe —dijo Sebastián—. A lo mejor no existe.

—¿Cómo no va a existir? —preguntó el Pani.

Sebastián se sentía enfurruñado por algún motivo. Algún motivo que no tenía que ver con su padre. Ni con el Perejil. Ni con nada.

—Pues que a lo mejor es todo mentira, Pani. A lo mejor no hay vampiros. A lo mejor el cuerpo de Salvochea se lo ha llevado algún tarado. A lo mejor la vieja loca de las cuevas es sólo eso, una vieja loca. —Les enseñó la media tijera—. A lo mejor esto no es más que una tijera rota.

—No puede ser —dijo Candela.

—¿Por qué?

—Porque no. —En su voz había algo que Sebastián no supo reconocer como una súplica—. Porque si todo es como tú dices, entonces tu padre no es más que un tajarina, y yo no soy más que una huérfana coja, y los niños del Hospicio se han muerto porque la comida está podrida, y Julieta no es nieta de nadie y ahora está tan tranquila en el Hospicio mirando las musarañas. Y no quiero que sea así, Sebastián. No quiero.

Por favor. Esas eran las palabras que no pronunció pero que Sebastián recordaría de todo lo que acababa de decir. Por favor. Los ojos de Candela eran agua. Alargó una mano hacia ella.

—Se podéis ir los dos al mismísimo carajo. —El Pani se sopló el flequillo—. Son vampiros porque si no es muy aburrido. Y para aburrirse ya está esto.

Abarcó con los brazos la calle, la ciudad, el mundo entero, la vida real, aquella vida de hambre, de miseria, de betún y horas en la botica y rezos y todo lo demás.

Ellos dos le sonrieron. Candela le dio al Pani un puñetazo en el hombro.

—Valiente papafrita estás hecho, Pani.

Siguieron caminando.

—Lo mismo te puedes quedar en mi casa —le dijo Sebastián a Candela—. Cuando mi madre se acueste, te dejo abierta la puerta y te metes debajo de la cama. Muy cómodo no será, pero menos da una piedra.

—Del tirón —dijo Candela—. Gracias.

—Tú estás al plato y a la tajada, ¿eh, Chano? —comentó el Pani.

—A tu perra cara estoy yo. Y no me llames Chano.

—No quieres que te llame *na*, picha.

La calle estaba desierta a aquella hora en que el cielo se incendiaba de un salvaje naranja que presagiaba una primavera furtiva. El Pani pegó dos saltos y se encaramó a la reja de la Conejera. Sebastián lo siguió y le tendió la mano a Candela. Ella la rechazó con un manotazo y una sonrisa. A veces podía ser tan sencillo como eso. A veces todo estaba en su sitio.

Quedaban pocas horas para que acabase el día en que todo cambió.

Se dieron cuenta cuando subían las escaleras al segundo piso. Voces. Había alguien en la Conejera. Una risa. Si llegaron a cruzar una mirada, la oscuridad del patinillo se la tragó junto a todo lo demás que había allí dentro. Subieron con cautela. Las voces se repitieron. La puerta estaba entreabierta.

Entraron sin subterfugios ni gritos, embargados por la perplejidad. Lo que vieron dentro hizo que sus brazos cayeran, que sus mandíbulas los imitasen, que un crujido de papel de estraza arrugase el corazón de Sebastián.

Tancredo Mejías estaba de pie junto a las escaleras que subían hasta la garita. Miraba hacia arriba, como intentando descifrar el funcionamiento de esos escalones que se perdían en la oscuridad. En el centro de la Conejera, junto a la mesita de tres patas, estaba sentada Julieta. Evaristo Mejías, con la misma ropa y la misma cara que su mellizo, se acababa de separar de ella y los miraba. Sebastián vio la expresión de victoria en la cara del chico gitano, la expresión de vergüenza y sorpresa en la cara de Julieta, y ya no vio nada más.

—No veas la cueva que tenéis aquí montada —dijo Evaristo, levantándose—. Nos gusta mucho.

Sebastián chilló o creyó que chillaba. Una nube negra cegó su visión. Esa noche soñaría que se lanzaba sobre Evaristo, que intentaba descargar sobre él una lluvia de golpes, que Evaristo era un gigante y le agarraba la cabeza entre dos dedos y se lo iba acercando a su boca llena de dientes renegridos y afilados. Lo que pasó, según le contaron después, es que el Pani y Candela lo agarraron por donde pudieron y salieron por patas con él en volandas. Corrieron y corrieron mientras él creía que derrotaba a Evaristo y que salvaba a Julieta, aunque en su fuero interno sabía de sobra que ni podía salvar a Julieta ni ella necesitaba que la salvase.

Llegaron a la calle Botica callados y apesadumbrados. Ninguno acertaba a decir nada. Todavía no. La herida estaba abierta, pero no sangraría hasta el día siguiente. El Pani se despidió de ellos al pie de las escaleras que subían a su casa. Esta vez Sebastián no lo siguió con la mirada.

—Espera aquí —le dijo a Candela, y fue hasta su puerta—. Cuando mi madre se duerma, saldré a avisarte.

—Sebastián —llamó Candela. Él se volvió. Sus ojos estaban viendo algo más allá de ella. No había vampiros ni brujas que se comparasen con el cruento mordisco de la realidad.

Sebastián entró. Madre seguía tal y como la dejó por la mañana, encorvada en su esquinita tras el biombo, en la misma postura que algún día le costaría los riñones o la postraría en una cama. Sin embargo, algo había cambiado. La Singer volvía a estar ahí, ocupando el hueco que nunca debió abandonar.

Madre se levantó nada más verlo y fue hasta él.

—¿Qué te ha pasado, Sebastián? —Le tomó la cara entre las manos—. ¿Le ha pasado algo a tu padre? Háblame, Sebastián. ¿Estás malo?

—No me pasa nada, Madre.

Madre lo apartó. Sus ojos escarbaron dentro de él con esa pericia que sólo las madres tienen.

—La Singer ha vuelto —comentó él.

—Don Hipólito ha mandado a dos hombres a que nos la suban. Dicen que todo está perdonado, no sé por qué. —Le comprobó la frente—. ¿Seguro que estás bien? ¿No me engañas?

Él dejó escapar un largo suspiro. Si empezaba a hablar, terminaría llorando, y no quería hacerlo delante de su madre. Ella ya había visto demasiadas lágrimas. Y las que quedaban.

—Usted conoce la historia de Salvochea, ¿verdad, Madre?

—Sí, hijo.

—¿Me la cuenta?

Esos segundos. Siempre esos segundos en que su cabeza daba los últimos respuntes a las frases, en que recapacitaba lo que decirle y, sobre todo, lo que no decirle.

—Anda, tira para la cama.

Madre apagó el quinqué que iluminaba los avíos de la costura. Se sentó a su lado. Afuera se había levantado viento. Sebastián esperó que Candela no se pusiera mala por estar allí fuera.

—Tu padre también me contó esta historia que no se puede contar a nadie —dijo Madre—. ¿Qué prefieres que te cuente, lo que tu padre cuenta o lo que pasó en realidad?

Esta vez fue Sebastián quien se tomó aquellos segundos de pausa. Los paladeó hasta que no supo qué hacer con ellos. Se tumbó en la cama y miró al techo.

—Cuénteme lo que cuenta Padre —pidió—. Por hoy ya he tenido bastante realidad.

Madre le acarició el pelo.

—Está bien —dijo—. ¿Hasta dónde sabes?

Candela tiritaba. Octubre acababa de empezar y ya hurgaba con dedos de noche por los pliegues de su uniforme. ¿Cómo es que Sebastián tardaba tanto? Desde el otro lado del patinillo le llegaron ruidos amortiguados por unas paredes que tampoco se esforzaban mucho por amortiguar. Gritos, muebles que se arrastraban, platos rotos. Supuso que provenían de la casa del Pani. Otro día más en la vida del pelirrojo.

Quien nacía ciego nunca llegaba a echar de menos un mundo de colores y formas. Del mismo modo, Candela no podía echar de menos una familia, pues nunca había conocido una. Nadie le había contado nunca las historias fantásticas que el padre de Sebastián se inventaba en las vísperas de Tosantos. Nunca había tenido a alguien que se sentase a su lado en la cama y le hablase de piratas voladores. Candela sólo conocía el frío de las losetas del Hospicio, los pellizcos de las monjas y el reguero ininterrumpido de niños mal alimentados, enfermos o deformes.

Y sin embargo, esa noche se sorprendió anhelando tener alguien que le hablase de piratas. Incluso que gritase y rompiese platos. Tener a alguien.

La puerta se abrió. Sebastián se asomó, con un dedo en los labios.

—Entra. No hagas ruido.

Candela vio por primera vez el cuartucho donde Sebastián vivía con su familia, el biombo detrás del que Madre se atrincheraba a trajinar en su costura, la mesita chacinera, los muebles descascarillados, la cama en una esquina, sobre la cual ahora descansaba el bulto de la madre de Sebastián. Allí adentro se estaba calentito.

—Métete debajo de la cama.

Candela obedeció. El suelo estaba duro, pero era mucho mejor que estar a la intemperie con la humedad. Y todavía mejor que morir a manos del vampiro que se estaba comiendo a los niños del Hospicio.

Intentó acomodarse como pudo, pero lo que podía no era mucho. Entonces algo se movió en la cama, sobre ella. Dos pies aparecieron en el lateral. Sebastián. Se agachó y entró con ella ahí abajo. Le tendió un trapo deshilachado.

—Toma. Tengo esta manta desde que era pequeño. No abriga mucho, pero menos es nada. Así no te entra frío en los costados.

—Gracias.

Estaban muy cerca el uno del otro. Candela aspiró el olor de Sebastián. No era desagradable. Él la miraba y ella lo miraba a él. Una frase se forjó en medio de aquel lugar estrecho e incómodo, una frase de apenas dos palabras, pero con un peso que llevaba mucho tiempo ahogándola. Sintió cómo las palabras reptaban por su vientre, hacia su garganta. Cuando estaban a punto de salir, Sebastián dijo:

—No parecía que Julieta estuviera allí obligada, ¿verdad?

Y las palabras se ajaron y desaparecieron justo al borde de los labios de Candela. Apenas dos palabras que fueron reemplazadas por otras dos.

—Eres idiota.

—¿Cómo?

—Un idiota, es lo que eres, Sebastián. Un carajote, un babeta, un papafrita y un idiota.

—¿Por qué me dices eso?

Candela no lo pensó. No lo pensó en absoluto. Simplemente se giró como pudo en aquel hueco estrecho, se inclinó hacia él y le plantó un beso. Sebastián tenía los labios carnosos, su contacto era suave y templado como suave y templada era la sensación en su vientre ante su contacto.

Cuando se separó, apenas era capaz de distinguir nada. Se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados, pero abrirlos no mejoró la cosa. En mitad de la oscuridad, Sebastián era poco más que un contorno negro. Creyó intuir aquellos ojos grandes fijos en ella.

—Vuélvete arriba, anda —pidió al fin, al ver que él no decía nada.

Sebastián tardó todavía un poco en hablar. Carraspeó. Volvió a carraspear. Había tantas cosas que Candela habría querido oírle decir. Lo que Sebastián dijo fue:

—Mi madre también conoce la historia de Salvochea. Me ha contado un poco más. No la he dejado contarme mucho, porque sabía que estabas fuera y no quería que te pusieras mala —titubeó—. ¿Quieres oír lo que me ha contado?

Candela suspiró.

—Claro.

***X La Belle Dame sans Merci
1 de abril, 1873***

1

Antonia apartó el plato, asqueada. Las papas en alcauciles le salían de pena, tenía que admitirlo. Desde luego, el arte que Dios le había dado para la costura no lo iba a tener para la cocina en la vida. Menos mal que su hombre era capaz de zamparse cualquier cosa si la acompañaba de un chato de vino.

Apoyó los codos en la mesa chacinera y se masajeó la frente. Juaíco se había ido hacía horas al baile de ricachones donde tenía que acompañar a Bigote. Cualquiera sabía dónde estaba. Había anochecido hacía un rato largo. Un desasosiego inusitado recorría el cuerpo de Antonia. Fuera se oían ruidos la mar de extraños, como gritos lejanos. Se asomó en un par de ocasiones a la ventana que daba a la calle Botica y creyó ver sombras moviéndose, rápidas y furtivas. No por primera vez, Antonia lamentó no haberle hecho caso a Juaíco y haberse marchado.

Pero no. Ni *mijita*. No se iba a ir sólo porque él se lo pidiera. No le daba la gana. Llevaba ya demasiado tiempo a su lado como para saber cuándo le estaba mintiendo, y vaya si mentía esta vez. O al menos, si no mentía, estaba dejando fuera una tajada grande de verdad. Y eso no. Nanai. Antonia era muy consciente del maldito lugar donde el mundo la había puesto por haber nacido mujer. Sabía que el papel al que la había relegado aquella perra vida suponía respetar, obedecer, cuidar y perdonar. Sobre todo perdonar al pelagatos del que había tenido la desgracia de enamorarse. Y se esforzaba, se esforzaba por cumplir al menos tres de aquellos puntos. Pero la obediencia no. Muy loca o muy ingenua tendría que ser para obedecer a un cantamañanas como Juaíco...

Se oyó un ruido fuera.

... por mucha razón que tuviese esta vez.

«Vamos a tranquilizarnos», se dijo. Volvió a dar una cucharada a las papas en alcauciles. Tragó rápido para no mantener el sabor en la boca mucho tiempo. «Vamos a comer y a esperar a que vuelva Juaíco. Si vuelve otra vez a las claras del día, pues vale. El caso es que vuelva». Mañana lo obligaría a explicárselo todo.

Volvió a oírse el ruido. Pasos. Eran pasos lentos, pesados, que subían hasta su puerta. Antonia se puso en pie sin darle la orden a sus músculos.

—¿Juan? —preguntó en voz alta—. Juaíco, ¿eres tú?

Quienquiera que fuese, se había detenido delante de la puerta. Antonia tuvo un súbito presentimiento y agarró una de las agujas de punto, las largas, las de acero. La sostuvo ante sí. Descubrió que la mano le temblaba.

Iba a decir algo más cuando la puerta se abrió sola.

El temblor de la mano se volvió incontrolable. La criatura que atravesó la puerta se la quedó mirando. Le mostró una ristra de dientes en una imitación demoníaca de sonrisa.

—*Tú eres la mujer del barbero* —dijo con esa voz. Esa voz, Dios mío—. *Va a ser un placer ahorcarte con tus tripas.*

—N-no t-te acerques.

—*Me encantaría estar aquí para ver la cara del barbero y de Salvochea cuando descubran tu cuerpo mañana. Así sabrán lo que se siente cuando te arrancan a tu familia.*

Se le acercaba. Tenía la piel renegrida y oscura. Y los ojos. Aquellos ojos. Antonia retrocedió hasta que su cuerpo dio con la mesa chacinera. El terror la atenazaba.

—No me vas a hacer nada.

«Por favor —pensó—. Por favor». Pero el empuje del miedo era demasiado fuerte. Se sintió flaquear. Le fallaron los dedos. La aguja de coser cayó al suelo con un tintineo lejano. El monstruo sonrió.

—*Te mantendré viva tanto como pueda. Cuanto más sufras, más sufrirán ellos.*

La criatura se abalanzó sobre ella con un rugido. Antonia se echó hacia atrás. La mesa se volcó. Cerró los ojos, esperando el zarpazo, el mordisco, lo que fuera. Sin embargo, el rugido se convirtió en un agudo chillido. Abrió los ojos de nuevo.

El monstruo se retorcía de dolor en el fondo del cuartucho. Algo le cubría parte de una pierna. Antonia se fijó en lo que era: el plato de papas en alcauciles había salido volando al volcarse la mesa. Parte del guiso le había salpicado.

—¿Papas en alcauciles? —preguntó, atónita—. ¿De verdad te hacen daño las papas en alcauciles?

Por única respuesta, el monstruo volvió a proferir aquel espantoso berrido. Dio un paso en su dirección. Antonia reaccionó. Se arrodilló, cogió puñados de las papas en alcauciles desparramadas en el suelo y se los lanzó. Un pegotón impactó en el pecho del monstruo. Salió humo de su piel. La criatura volvió a gemir como una alimaña. Retrocedió. Antonia se descubrió gritando:

—¡¿Qué te he dicho?! ¡¿Qué te he dicho, desgraciado?! No me vas a hacer nada. ¡Lárgate de aquí!

Voló más guiso a puñados. Algunos se estamparon contra la pared. Otros acertaron sobre el monstruo, arrancándole más gritos. Éste dio media vuelta y se lanzó a través de la puerta, lanzando maldiciones en algún idioma que Antonia esperaba no volver a oír en su vida.

Cayó al suelo hecha un guiñapo. Descubrió que se había orinado encima, pero poco importaba. Consiguió adelantarse hasta la puerta y cerrar. Movié una cómoda descascarillada y la atrancó. Sólo entonces se permitió morderse la mano y empezar a gritar.

El olor del guiso cargado de ajo inundaba el aire.

—¿Dónde estás? —sollozaba cuando los temblores le permitían tomar aire—. ¿Dónde estás, Juaíco? ¿En qué te has metido ahora?

—¿Qué vamos a hacer?

Había amanecido hacía tiempo. Salvochea y Juaíco recorrían el camino que salía de las Puertas de Tierra, las murallas que rodeaban Cádiz. Aquella lengua de tierra rodeada de océano y salinas conectaba la ciudad con el continente. En su día había sido recorrida por un acueducto romano, por bueyes fenicios, por caballos árabes y por las botas de los soldados que Napoleón envió a tirar bombas para que las gaditanas se hicieran tirabuzones. Llevaba allí mucho más tiempo que ellos, salpicada de chozas, viñas y pescadores.

Los beduinos, como se llamaba a los que establecían sus casas en aquella zona medio desierta, los miraban con curiosidad. No era común que la gente de Cádiz dejase la ciudad para pasar por allí, y menos dos gachones solos a pie. Salvochea llevaba su bastón y un maletín de aspecto pesado. Aún quedaban varias horas hasta el anochecer. La humedad extendía su reino; el cielo se había vestido de gris para la ocasión. Los huesos de los viejos rechinaban.

—Entraremos en el mausoleo. Abriremos la tumba de Beatriz Aramburu. Le clavaremos una estaca en el corazón y le cortaremos la cabeza. Así se habrá acabado la maldición y todos volveremos a nuestras miserables vidas.

—¿Desde cuándo es usted tan amargo, señor alcalde?

Salvochea se detuvo. El sol se reflejó en sus gafas, en sus facciones de estatua honorífica.

—Desde que he visto morir a decenas de personas a manos de esas criaturas, Juan.

PROFETIZA SOBRE ESTOS HUESOS. Ésa era la inscripción que se leía sobre la entrada del cementerio de San José, a medio camino entre la entrada del Cádiz antiguo y la boca de la Cortadura. No lejos de allí se levantaba la única iglesia de Puertatierra, la que daba nombre al cementerio. El resto era un terreno fértil salpicado de chozas, campos de cultivo y marisma.

Las tapias blancas del cementerio se extendían a izquierda y derecha, su beso de cal resplandeciendo bajo aquel cielo contrahecho. A la espalda del cementerio, el océano bramaba desde la playa de la Victoria. Había sal en el aire. Unas nubes oscuras crecían en el horizonte. Se avecinaba un chaparrón gordo, y allí no había dónde guarecerse.

—Esto es viento del sur —aseguró Juaíco—. Deberíamos esperarnos a que mejore un poco, no nos vaya a caer un aguacero.

—Usted no es un cobarde, Juan. Sé que tiene miedo, pero yo también lo tengo. El valor radica en reconocer ese miedo y domeñarlo.

—Señor alcalde, que esto me da mucha jindama...

—Más jindama le dará cuando bajemos.

—¿Cuando bajemos adónde?

Salvochea no contestó. Atravesaron la puerta del cementerio. El camposanto se abría ante ellos con su rosario de lápidas y sus ángeles erosionados por la caricia continua del mar. Una ligera brisa de levante se había despertado. Jugaba con los faldones del gabán de Salvochea y aventaba esa jindama que Juaíco no podía ocultar. No se veía un alma en todo el cementerio.

Desde la entrada se abría una red de pequeñas vías que las viejecitas atravesaban como moscas en una tela de araña, camino a saludar a sus esposos ausentes y contarles sus penas del día, del mes, del año. No había ramo de flores que no estuviera mustio, ni vela que no estuviera exhausta, ni lápida que no se hubiera emborronado. El cementerio llevaba pocos años abierto, pero la proximidad de la muerte ya lo había cubierto con el lustre del pasado que no volvería.

Juaíco enguipaba a todas partes. Esperaba que una mano surgiese del suelo, o que una lápida estallase en mil pedazos, o que se abriese una boca de tierra en alguna parte y gritase su nombre. Chocó con la espalda de Salvochea cuando éste se detuvo.

—Está ahí.

Entonces Juaíco empezó a tener miedo de verdad.

El mausoleo de los Aramburu era un mamotreto de mármol en mitad del mosaico de lápidas y nichos que se repartían a su alrededor como fanáticos postrados ante un profeta. Lo rodeaba una valla de hierro, ennegrecidos y retorcidos los barrotes, sus puntas afiladas por obra y gracia de una perversa erosión. La valla crecía y se arqueaba hasta formar puertas dobles surgidas de la pesadilla de un arquitecto de catedrales. Encima de ellas había una inscripción; el metal había sido doblegado para escribir el apellido de la familia: Aramburu. No quedaba rastro del baño de oro que debió de recibir en su día, apenas el recuerdo de unas salpicaduras doradas.

Las puertas estaban abiertas. Batían con desgana siguiendo los caprichos de aquella brisa que presagiaba un temporal de los que asesinan marineros y se carcajean en la ventana de sus viudas. El cielo se ennegrecía por momentos.

—Vámonos a casa, señor alcalde. Por lo que usted más quiera.

—No. Esta vez no hay alternativa, Juan.

Salvochea echó a andar hacia el mausoleo.

—Lo que me preocupa es que no la haya después —le dijo el barbero a nadie.

Las puertas del mausoleo estaban descolgadas, rotas en dos como si un temporal hubiera descargado toda su furia sobre ellas. Salvochea no se detuvo a señalar que las virutas y esquirlas de roble habían caído hacia fuera, no hacia dentro. A Juaíco no le hizo falta.

El alcalde se volvió hacia él. Lo agarró por los hombros.

—Juan, quiero que me escuche con toda su atención. Lo que hay ahí abajo no es una mojarra. Es una vampiresa, y esta vez no está atada por ligas de plata. Es el origen de lo que está pasando en Cádiz. Vamos a bajar y a matarla. ¿Me entiende?

Él asintió. De repente no se sentía con fuerzas para hablar. Un temblor empecinado le recorría el estómago y se extendía hasta sus extremidades.

—Nuestro día es su noche. Ahora está durmiendo. No creo que se defienda, pero si lo hace, corra. No la mire a los ojos. Si ve que hace el menor movimiento, dé media vuelta y corra, Juan. Se lo repetiré una tercera vez para que se lo meta en la mollera: corra. No se preocupe por mí. Sólo corra.

Ojalá no hubiera dicho aquello. Dios bendito y la Virgen y todos los santos, ojalá no hubiera dejado claro lo peligrosa que era aquella cosa que ahora mismo dormitaba bajo sus pies. Juaíco se mordió el labio inferior. Temblaba tanto que se hizo sangre. Ay, Dios. Sangre. En ese mismo momento cayó la primera gota sobre ellos. Le siguió otra. Y otra. Hasta un borrico lo habría interpretado como un mal presagio.

—Está lloviendo —dijo el barbero, la obviedad más absoluta, pero algo tenía que decir para rellenar aquel silencio asesino.

Salvochea no dio muestras de haberle oído. Giró sobre sus talones y, como era su costumbre, no se detuvo a comprobar si le seguía. Cruzó las puertas y se internó en la oscuridad. Al instante se encendió una luz en el interior del mausoleo. Alguien había provisto la entrada con dos quinqués de chiste. El alcalde acababa de encender uno. Lo sacó de su soporte y se lo tendió.

—Necesitará usted esto.

Había dieciséis escalones hasta el fondo de la cripta. Dieciséis escalones como dieciséis clavos en el pecho, como dieciséis martillazos en su propio ataúd, como dieciséis viejas riéndose hasta las lágrimas en su entierro. Salvochea iba delante. Juaíco no se detuvo ni un instante a pensar por qué carajo no se quitaba aquellos malditos anteojos. Estaba demasiado ocupado contando escalones.

Las escaleras terminaban en una sala ovalada, con el techo abombado. El quinqué no bastaba para iluminar todas las dimensiones de la estancia. En el centro mismo, un pedestal soportaba el peso de una estatua. Era una figura de piedra, un hombre o una mujer cubierto por completo por una túnica que no dejaba ver sus facciones. Se conservaba tan bien que por un segundo Juaíco pensó que se trataba de una persona que les esperaba ahí abajo. Estuvo a punto de gritar.

—Deje el quinqué en el suelo, Juan.

Él obedeció, y fue entonces cuando se fijó en los cascotes. El suelo de la estancia se hallaba cubierto de gravilla, trozos de mármol y polvo. El barbero no se dio cuenta de qué eran hasta que vio el agujero en la lápida de uno de los nichos. Cosa extraña, a sus pies había un par de cerillas medio consumidas.

Salvochea se llevó un dedo a los labios. Depositó en el suelo el maletín y lo abrió. A Juaíco le temblaba la mandíbula. El castañeteo de sus dientes acompañaba al siseo de la lluvia al final de la escalera, en aquel otro mundo tan, tan lejano de este horror. El alcalde extrajo dos cosas del maletín. La primera era un martillo de cabeza gruesa y aspecto rudo.

La otra era una estaca de madera.

—Fresno —anunció en un susurro—. Ninguna otra madera los mata. La encina no consigue una punta lo bastante efectiva, y el chopo se quiebra al primer martillazo. Del pino ni hablamos. Hay cazadores que han probado el roble o el alcornoque y se han llevado una sorpresa desagradable.

Hablaba del mismo modo calmado con que se había dirigido a Ernesto Aramburu. El mismo con el que le había pedido que saliera antes de matarlo. Se levantó, caminó los cinco pasos que los separaban y le plantó los dos trastos en las manos. Juaíco soltó un gemido de perro al que su amo endiña una patada.

—¿Por qué me las da?

—Porque va a ser usted quien lo haga.

Él negó varias veces con la cabeza, cada vez con más energía. Se le humedecieron los ojos. Hizo ademán de soltar martillo y estaca. El ruido de la lluvia cada vez parecía más cercano. Tuvo la sensación de que si salía corriendo ahora, habría más de dieciséis escalones entre él y el exterior. Si por mal de Dios se equivocaba y contaba aunque fueran diecisiete, se volvería loco. Loco.

—No me haga usted esto, señor alcalde.

—Juan —dijo él—. Vamos a poner fin a esto. Usted ha decidido acompañarme. Necesita matar a uno de ellos. Es lo que hacemos los cazavampiros.

»Soy barbero. Soy barbero, maldita sea tu estampa, hijo de la grandísima puta, cabrón malnacido, sólo soy un barbero al que tú has arrastrado de mala manera a esta pesadilla porque te ha salido de tus santos cojones, porque te habías quedado sin amiguito con quien echarte tus correrías metiendo pedazos de madera en el pecho de los muertos. Soy barbero y no cazador de nada, si yo no he matado nunca ni a una mosca, si yo lo que quiero es irme con mi Antonia y que me dejéis todos en paz, que no he hecho nada para verme metido en este fregado.

»No he hecho nada».

Juaíco no dijo nada de todo eso. Las palabras bulleron en su cabeza, pero se quedaron ahí. Fuera despuntó el primer rayo. Pasaron los segundos y lo secundó el trueno. Ese fue el tiempo que necesitó para que la rabia y el pavor dejasen de hervir en su estómago. Miró hacia el hueco en el nicho, un círculo irregular de nada negra, la boca de un lobo que venía a comerse a todos los niños de una generación, el pozo

donde se ahogaba la inocencia de aquella muchacha a la que habían amarrado a una cama de familia rica mientras le arrancaban del cuerpo la vida que llevaba dentro.

—Lo que usted diga, señor alcalde.

Salvochea introdujo las manos en el hueco como los domadores que metían la cabeza en la boca de un león en los circos, sin dudarle, sin pestañear. Dio un tirón y sacó la mitad de la caja. Juaíco no se detuvo a pensar en la fuerza que debía de tener para mover él solo el ataúd. De otro tirón lo sacó fuera.

Hubo un momento de silencio. La llama del quinqué osciló. Un nido de serpientes se convulsionó en las sombras que envolvían a los dos hombres. Un segundo rayo brilló en la lejanía. El trueno que lo siguió tardó bastante menos. Daba la impresión de que algo se acercaba, quizá algo más grande y más insidioso que una tormenta. Juaíco fingió que se daba fuerza apretando martillo y estaca. Le picaban los pulgares.

Salvochea abrió los dos enganches de la tapa. La cogió en peso y la retiró. Él y Salvochea se miraron. Retándose en silencio en bajar la vista, a enfrentarse al contenido de aquella caja de madera. La lluvia los espiaba desde el exterior. El viento se carcajeaba entre las tumbas.

Miraron dentro.

Beatriz Aramburu era rubia. Llevaba una mortaja blanca, el vestido de novia que jamás se pondría. De la cofia de nácar surgían interminables bucles dorados que no habían perdido el lustre. Llevaba un año muerta y su piel seguía siendo marfil tallado. Sus menudas manos cruzadas sobre el pecho se habían hecho para acariciar, para sostener el mundo entero entre ellas, para atrapar lágrimas antes de que besaran el suelo. Su cuerpo era un arabesco de plata en aquel mundo feo, yermo y terroso. Era la belleza hecha carne.

Tenía la boca llena de sangre.

La sangre cubría su mentón, sus labios, sus mejillas. Se había secado, dándole un aspecto aún más truculento. Eran las facciones de un monstruo, afiladas y crueles de un modo que no se podía explicar. Juaíco creyó haber visto el mal en los ojos de la criatura en la que se había convertido fray Espinosa. Ahora supo que no era así. El fraile era la sombra, Beatriz Aramburu era el árbol que la proyectaba. Un árbol retorcido, del que sólo brotaban frutos con nombre de dolor, de horror, de muerte.

—Es el momento.

¿Había sido Salvochea quien había hablado? Juaíco no lo sabía. Estaba demasiado extasiado contemplando aquella terrorífica estampa. Pero entendió. Esta vez el trueno sonó casi a la par que el relámpago que lo precedía. La tormenta clamaba una venganza incomprensible por encima de sus cabezas. Sí, era el momento. Era el final de todos los caminos, el día en que se pagaban culpas de las que nadie había oído hablar.

Juaíco sostuvo ambas herramientas con una mano, mientras extendía la otra, la derecha, la suya, la buena, frente al rostro. En horizontal. Estaba temblando. Cerró los ojos. Expulsó todo el aire por la nariz. Pensó en Antonia, su Antonia. Que estuviera

bien, por Dios. Que no fuese muy dura con él cuando se enterase de todo. Que él la quería, de verdad que la quería. Lo que pasaba es que era un tarambana al que le perdía la primera mariposa con faldas que pasase volando a su lado. Que no dejase de iluminarle su recuerdo.

Abrió los ojos. La mano ya no temblaba. El mejor barbero de Algeciras a Ronda empuñó la estaca. La situó sobre el pecho de Beatriz Aramburu.

—Más a la derecha.

Salvochea de nuevo. Juaíco obedeció.

—Más abajo.

Movió un poco la punta de la estaca. La apoyó sobre la carne muerta. El frío que emanaba aquel cuerpo trepó por la madera hasta su mano. Se le durmió, no sentía nada. No hacía falta. Era con la otra con la que tenía que acertar. Inspiró fuerte. Levantó el martillo.

Beatriz Aramburu abrió los ojos.

Juaíco gritó.

El quinqué se apagó.

«Corra».

«Corra, Juan».

Eso había dicho Salvochea.

«Corra y no mire atrás».

Pero ¿qué pasaba si no había adónde correr? ¿Y si el mundo se había convertido en un pozo de absoluta negrura? ¿Y si el viento se había convertido en un cuchillo que cortaba la piel entre aullidos? ¿Y si el corazón de Juaíco se había convertido en un fruto podrido, una pasa encogida de terror puro? ¿Y si la tormenta se había convertido en la risa desdentada de una bruja?

¿Y si allí dentro había un ser tan depravado, tan horrendo, que su sola visión bastaba para hacer que Juaíco deseara arrancarse los ojos?

Ojos. Esos ojos.

5

No contó los escalones al subir. Seguía lloviendo, pero la tormenta había perdido su intensidad. Las ventanas en Cádiz estarían cerradas, los niños escondidos bajo las sábanas. Juaíco emergió de las tinieblas. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había pasado allí dentro. Miró al cielo, luego a las tumbas, luego a sus propias manos.

Quiso empezar a gritar, y se dio cuenta de que llevaba tiempo haciéndolo.

Vio aparecer la figura entre las tumbas. En mitad de su delirio, creyó reconocer a la muerte. No pensó que a la muerte ya la había dejado atrás. Echó a correr hacia ella, llorando y riendo y chillando nombres que nadie sabría traducir del lenguaje de los locos. Ella extendió los brazos para recibirle. Cayó en su regazo como quien se tumba en la cama de la que ya no se levantará jamás. Olía a azahar.

La oscuridad se lo llevó a otro lugar. Un lugar mejor.

XI La noche en que todo cambió
2 de octubre, 1907

1

Sebastián se desperezó. Le dolía todo el cuerpo. Intentó erguirse y se dio en la cabeza con algo. Entonces su cerebro empezó a funcionar y se dio cuenta de que había dormido debajo de la cama.

Estaba abrazado a Candela.

Ella abrió los ojos. Se separaron al instante como si tuvieran algo contagioso. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—Sebastián —llamó la voz de Madre—. Haced el favor de salir de ahí.

Salieron reptando de debajo de la cama. Madre los contemplaba desde el biombo. Sebastián no encontró en su expresión el enfado que estaba esperando, pero desde luego contenta tampoco estaba.

—Os parecerá bonito.

Los dos bajaron la vista.

—Los niños se están poniendo enfermos en el Hospicio, Madre. Candela no quería...

—Candela no quería, claro. ¿Y tú, Sebastián? ¿Qué querías tú?

—Yo mejor me voy —musitó Candela.

—Tú te quedas quieta ahí. A ver si te crees que vas a dormir en mi casa como si fuera una fonda y luego te vas a quitar de en medio.

Candela se encogió todavía más, si eso era posible.

—Sebastián, tú te vas a la calle.

—¿Yo?

—Hay que ir a comprar leche. Algo habrá que ponerle de comer a esta niña. —La sorpresa los golpeó como una ráfaga de poniente—. Dile a la Manoli que te lo deje fiado; ya haré yo por pagárselo luego.

Sebastián salió sin decir ni media. Candela se quedó a solas con la madre de Sebastián. Ella tenía las manos cruzadas delante del cuerpo, el semblante de hielo, los labios apretados. Suficiente para aterrorizar a cualquier muchacha de trece años. Pero Candela no era una cagueta.

—¿Cómo se llama usted, señora?

—¿Lo qué?

—Conozco a su hijo desde que era chica. —«Desde que empecé a escaparme del Hospicio», pero eso no lo dijo—. Pero para mí siempre ha sido usted la madre de Sebastián. No sé su nombre.

Ella resopló por la nariz. La miró de arriba abajo.

—El padre de Sebastián se disfrazaba para verme, ¿sabes? —Candela no comprendió—. Yo empecé con la costura desde muy pequeña, porque mi familia no podía meterme en un colegio. Tuve que ponerme a trabajar, como todo el mundo por aquel entonces. El padre de Sebastián se vestía de señorito y venía diciendo que lo mandaba su madre a hacerse un traje, que quería que yo le tomase las medidas. A día

de hoy no sé de dónde sacaba la ropa cara, ni lo quiero saber.

Meneó la cabeza, enredada en su recuerdo.

—El *joío* aprovechaba y trataba a mi madre por la punta del pie, como si fuera un señorito de verdad. La pobre no lo podía ni ver. Cuando mi madre no se fijaba, él me cogía de la mano. Alguna que otra vez se agachaba y me daba un beso en la mejilla.

Entonces aquella mujer forjada en lutos y desencuentros hizo algo maravilloso: se echó a reír. Candela nunca la había oído reírse, y apostó que Sebastián tampoco. Era una risa cristalina, de las que se contagian. La hizo sonreír sin darse cuenta.

—¿Qué edad tenían ustedes?

—Pues la vuestra, hija, la vuestra, qué edad íbamos a tener. La edad de enamorarse.

Candela volvió a bajar la cabeza. Le costó muchísimo decir:

—Sebastián está enamorado de otra.

Cuando quiso darse cuenta, la madre de Sebastián estaba junto a ella. Le tomó el rostro entre las manos.

—Sebastián no está enamorado de otra. Sebastián es más tonto que una caída de espaldas, pero no es culpa suya. Es que ha nacido hombre, y eso no tiene enmienda.

—¿Y qué hago?

—Rezar por que no se parezca mucho a su padre. Porque si se parece, te quedan muchas lágrimas que derramar.

Candela no pudo reprimir el impulso: la abrazó. Ella la recibió sin aspavientos. Le acarició el pelo. La madre de Sebastián olía bien; en su olor estaba la semilla del de Sebastián, podía sentirlo. Olía a tierra, a otoño. A madre.

—Antonia.

—¿Qué?

—Es mi nombre. Antonia.

2

Salieron de la calle Botica a media mañana, tras haber desayunado su pedazo de **migote** caliente. Padre todavía no había vuelto. Una leve preocupación nublaba el semblante de Madre. Abotonó la chaqueta a Sebastián hasta arriba.

—Como hagas el tonto con esa niña —le dijo, muy bajito— te va a faltar calle para correr. ¿Estamos?

Él asintió despacio. Madre le dio un cachete en el culo para que se fuera y volvió a la casa.

Candela lo esperaba en el patinillo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Sebastián.

—¿Yo? Nada, ¿por qué?

—Porque no la he visto nunca así.

—Así, ¿cómo?

—Contenta.

Encontraron al Pani nada más llegar a la plaza de la Merced. Se pararon en seco en cuanto lo vieron. El pelirrojo sonreía. Todas las esquinas de la plaza estaban empapeladas con panfletos del Teatro de los Horrores. La línea de panfletos subía por la calle del Público y bajaba hasta Sopranis. El Pani estaba enterito pringado de manchas de cola, pero más satisfecho que un cochino en un charco.

—¿Cómo se quedáis? Me he levantado temprano y me he puesto al lío mientras ustedes se tocabais por abajo. —El pelirrojo parpadeó al ver cómo los dos se sonrojaban—. ¿Se habéis tocado por abajo?

—¿De dónde has sacado la cola para pegar todo esto? —preguntó Sebastián.

—No me lo puedo creer. Tú las matas callando, ¿eh?

—¡Que de dónde has sacado la cola, carajote!

—Se la he tangado al Puntilla, que le estaba llegando una remesa. Lo malo es que no tenía brocha y he tenido que hacerlo con las manos. Me he puesto perdido, pero ha quedado de categoría, ¿no?

—Eres el mejor, Pani —dijo Candela, y le plantó un beso en la sucia mejilla. Ahora le tocó el turno al Pani de sonrojarse.

—Poe va a tener que investigar con nosotros, no le queda otra —dijo Sebastián.

—Eso si cumple su palabra —apuntó Candela.

—La va a cumplir —aseguró el Pani—. Ya lo veréis.

3

Resultó que el Pani había empapelado la mayoría de las esquinas del Campo del Sur, la plaza de Abastos, las paredes del edificio de Correos, la entrada al Muelle, el Palillero y hasta varios tranvías de los que hacían el trayecto hasta la Cortadura. Poe sonrió al ver su obra. Le revolvió el pelo y se limpió la mano en un pañuelo. A su lado, Leonor asentía apreciativa.

—Bien, muchacho —dijo el extranjero—. Esto trae a mucha gente al teatro.

—Entonces, ¿nos ayudará, señor Poe? —preguntó Sebastián.

—¡Claro que nos ayudará! —exclamó el Pani. Sus ojos rodaron hacia Poe—. ¿Verdad?

—¿Qué es que queréis hacer?

Se miraron. El pelirrojo se encogió de hombros.

—No hay rastro de la otra media tijera, así que...

—Investigar en el Hospicio —soltó Candela del tirón—. Han muerto niños.

—Hay vampiros —tradujo el Pani.

—Vampiros, sí —consultó con Leonor—. Vampiros en el Hospicio.

—Haremos lo siguiente —dijo la mujer—. Iremos a ese Hospicio con vosotros, qué remedio. Hablaremos con el director y aprovecharemos para investigar.

Edgardo Poe asintió. Les mostró una sonrisilla afectada.

—Buena propuesta, ¿sí?

—Pero ¿y nosotros? —preguntó Sebastián—. ¿No será sospechoso si nos encajamos allí con ustedes?

El guachisnái se encogió de hombros.

—Decimos que ayudáis en el teatro por dinero. Siempre hacemos cuando llegamos a una ciudad.

El Pani agitó los puños al aire, entusiasmado.

—¡Vamos a cazar vampiros!

El señor Edgardo A. Poe se había vestido con sus mejores galas para visitar el Hospicio. Llevaba una levita negra con chaleco esmeralda y gemelos plateados. Se había repeinado aquella débil pelambarrera e incluso su bigotito refulgía aceitado.

—Ni que fuera a ver a la reina de Saba —comentó Sebastián. El Pani le chistó.

Fueron en coche de caballos hasta la entrada, a pesar de que no se encontraba a más de veinte minutos caminando. Leonor iba del brazo de Poe, también envuelta en un elegante vestido escarlata. Candela se había adelantado. Si la veían fuera del Hospicio y encima llegando en coche le caerían más avemarías de lo que su culo podría resistir, por muy duro que fuera.

La berlina traqueteaba por el Campo del Sur. El otoño había retrocedido un par de pasos aquella mañana, quizá para tomar impulso. Una brisa agradable bailaba con las bajeras y camisolas colgadas en los cordeles de los lavaderos. La gente recorría el paseo junto al mar, desde guardias a chavales que llevaban a la carrera notas con mensajes de amor de los ricos, barrenderos o pimpis que salían a ver si pescaban a alguna paseante descuidada y le sacaban un par de cafés o un vermut.

—¡Cochero, látigo atrás! —gritó alguien desde la calle. Fue entonces cuando Sebastián y el Pani se dieron cuenta de que era la primera vez en su vida que viajaban dentro de un coche de caballos.

Se bajaron a las mismas puertas del Hospicio. En aquella media mañana templada y clara, frente a la playa de la Caleta y con el cielo despejado, parecía el edificio más inocente del mundo. Ni siquiera aquella verja medio oxidada o los barrotes en las ventanas podían conjurar la impresión de que allí no pasaba nada, de que el Hospicio y sus ocupantes no se dedicaban a otra cosa que no fuera ver el lento discurrir de las horas en una satisfecha modorra.

Les abrió una monja rolliza que no habían visto antes. Con un cabeceo, les regaló una sonrisa que podría haber pasado por auténtica.

—¿Qué se les ofrece?

—Buenos días, hermana. Mi nombre es Edgardo Allan Poe. Vengo hablar con el director.

La monja los escrutó de arriba abajo.

—¿Usted no es el del teatro?

—Correcto. El director, por favor.

—Claro, claro —titubeó, mirando a los dos niños—. ¿Me puede decir de qué se trata?

—Es un asunto importante, yo prefiero discutir en persona.

Ella asintió. Se excusó un segundo y cerró la baraja. Se dirigió adentro.

—Esto es una patochada —dijo Leonor, mirando a todas partes menos al Hospicio.

—Vamos a hacer un favor a los chicos —contestó Poe—. Nada más.

—Pues espero que sea rapidito. Pronto seguimos camino y tenemos que empezar a preparar todo. No estamos como para ir perdiendo el tiempo.

—No perdemos... ah. Ahí viene.

La monja regordeta volvía acompañada de otra, más espigada, de semblante pálido y estricto. A esta sí la reconocieron: habían visto a sor Inés poner el culo de Candela a caldo en numerosas ocasiones.

Poe alargó una mano en un gesto elegante. Sor Inés no se la estrechó.

—El padre Abel está muy ocupado. No va a poder recibirle.

—Pero, oiga...

—No tengo que oír nada. Oiga usted, que se lo voy a repetir: el padre Abel está muy ocupado. No va a poder recibirle. Buenos días le dé a usted Dios.

Sor Inés dio un empujón para cerrar la verja. La mano que se interpuso y la sujetó no pertenecía a Edgardo Poe, ni mucho menos.

—¿Quién se cree usted que es? —preguntó Leonor—. Ahora mismo nos está dejando pasar, de lo contrario volveremos en un cuarto de hora con la policía.

—¿Y qué tendría que hacer la policía aquí?

—Eso lo verán ellos. Al parecer ha habido varios casos de niños fallecidos aquí dentro. Es cosa normal cuando se trata con almas descarriadas como las que tienen ustedes aquí. Lo que es menos normal es que se mueran tantos a la vez. A lo mejor la policía tiene algo que decir al respecto. Así que nos deja pasar ahora o a lo mejor luego se lleva un porrazo en ese bigote tan feo que tiene usted.

Sor Inés se quedó lívida ante la diatriba de Leonor. Tembló el rastro de vello sobre su labio. Mordió el aire con una sola palabra:

—Síganme.

—Tiene mucho carácter —les susurró Poe a los dos cuando avanzaban por el patio.

Candela los vio atravesar uno de los pasillos. Casi saltó de su pupitre; se contuvo a duras penas. Se había colado en el Hospicio sin que la vieran, usando la salida de la cocina. Había ido a hurtadillas hasta el aula. La clase acababa de empezar. Entró haciéndose la dormida. Aguantó la ligera reprimenda de sor Virtudes como quien oye llover. La pobre era un cachito de pan.

—Psst.

Julieta estaba en el pupitre de al lado. Candela arrugó el ceño.

—Psst —insistió Julieta.

—Ni me hables.

—Tengo que contarte una cosa.

—Eres una traidora. Los has llevado a la Conejera.

—No, no. Te estás equivocando.

—A ver esos cuchicheos —canturreó la hermana desde la pizarra.

Hundieron la cabeza en el pupitre. Al cabo de unos segundos, Julieta volvió a la carga.

—Tengo que contarte una cosa.

—¡No quiero que me cuentes nada! —siseó Candela—. ¡Eres...!

—Niñas —llamó sor Virtudes con un deje irritado—. Una más y os voy a tener que castigar.

De nuevo guardaron silencio.

—Vamos a ver —retomó la hermana—. El misterio de la Trinidad se resume en...

Candela no pudo contenerse.

—¿Por qué tenías que llevarlos a la Conejera? —susurró—. De todas las cosas que podías hacernos.

—Tú no lo entiendes.

—Pues no, no lo entiendo. Éramos tus amigos.

Sor Virtudes dio un golpecito en la pizarra. La tiza se rompió entre sus dedos. Una única arruga se dibujó en su entrecejo.

—Bueno, se acabó. Ahora mismo os llevo con el padre Abel.

El padre Abel vestía su acostumbrada sotana con el alzacuellos demasiado estrecho. Los recibió en su despacho, una habitación con pinta de guarida donde anidase un animal de rapiña. Los techos eran altos. Las paredes tenían recubrimientos de roble, como de roble era el majestuoso escritorio que dominaba el centro de la estancia. El cura se repantigaba en un sillón de marqués. Les miraba de hito en hito: Poe, Leonor, el Pani y Sebastián. A su espalda, las pesadas cortinas de raso estaban entrecerradas. Apenas dejaban pasar una diminuta hoja de luz, que pegaba de pleno en la coronilla despejada del sacerdote. Su rostro estaba en sombras. Tanto el Pani como Sebastián comprendieron que la disposición de muebles y ventanas no era casualidad.

—Discúlpeme si no comprendo bien, señor Poe —estaba diciendo el padre Abel en ese momento—. ... ¿qué hacen ustedes en mi orfanato?

Poe carraspeó.

—Soy investigador de lo oculto, padre. He perseguido asesinos. He cazado brujas. He expulsado demonios. He descubierto tumbas de faraones enterradas...

—Eso a mí me importa un pimiento. Vaya al grano.

Poe volvió a carraspear.

—En mis viajes ayudo a gente con problemas con el sobrenatural...

—Por un precio, imagino. —La carraspera de Poe parecía no tener fin—. ¿Y qué le hace pensar que aquí necesitamos su ayuda?

Poe les echó una mirada de soslayo.

—¿No han tenido ustedes un caso de cinco niños muertos...?

—Por intoxicación. Estamos compungidos, señor Poe. Hacemos lo que podemos para mantener nuestro Hospicio con las mejores condiciones sanitarias, pero a veces estas cosas suceden. Es una tragedia. Pero no veo dónde coincide esto con el terreno de sus patochadas.

—Disculpe, pero...

El padre Abel se levantó.

—No, señor Poe. No disculpo nada. No es usted más que un charlatán de feria con una patulea de desheredados que quieren aprovecharse de la buena fe de nuestra institución.

Leonor intervino:

—Si tan seguro está de que hay una explicación racional, no le importará que veamos a los niños, ¿verdad?

La boca del padre Abel se retorció en una mueca lobuna.

—¿De verdad quieren ustedes ver cinco cadáveres de niños? —Se volvió hacia Poe—. ¿Sabe usted siquiera de lo que está hablando? ¿Entiende usted algo de los estragos que hace la enfermedad en el cuerpo de un infante? ¿Las deformidades? ¿El olor?

Poe tragó saliva. En ese momento tocaron a la puerta. El padre Abel abrió la

boca. Sebastián tuvo la intuición de que de esa boca saldría un ladrido, pero el sacerdote volvió a cerrarla, quizá por afán de guardar las apariencias.

—Adelante —se limitó a decir.

La puerta se abrió.

—Usted dispense, padre Abel —dijo la monja bajo el dintel—. Le traigo a estas dos, que estaban alborotando en clase.

Llevaba a Candela y a Julieta con ella. Al ver a la chica rubia, un pinchazo atravesó el pecho de Sebastián. Cruzó la vista con ella un instante y la volvió a apartar. Se fijó en el padre Abel, y entonces comprendió que la mueca de antes no era lobuna. Ésta sí.

—Acabáramos —dijo el cura—. Qué casualidad, que precisamente ahora que están sus dos compadritos en mi despacho, estas dos desgraciadas se las arreglen para que las manden aquí. Señor Poe, ¿cómo se ha dejado usted embaucar para mezclarse en todo esto?

Poe vaciló. Sebastián supo verlo, estaba a punto de disculparse e irse. Quién sabía si el padre Abel le estrecharía la mano, le desearía mucha suerte con todo y le pediría que los dejase a ellos en el despacho, sólo para tener una pequeña conversación amistosa. Se inclinó hacia Poe y tironeó de su manga.

—Vampiros, señor Poe —susurró—. Aquí hay vampiros.

Poe lo miró. Arrugaba la boca en un gesto ambiguo. A su lado, el Pani apoyaba el peso de un pie a otro. Se notaba que se moría de ganas de echar a correr. Lo que no estaba claro era en qué dirección sería más fácil escaquearse de allí.

—¿Qué hago con ellas, padre? —interrumpió la monja, todavía sujetando a Julieta y Candela.

El cura soltó el aire por la nariz.

—Déjelas aquí, hermana. Vamos a darles una lección —dijo, y se dirigió a Poe—. Vamos a enterrar a los niños esta tarde. Si satisfago su morbosa y despreciable curiosidad, si le dejo echar un vistazo a las camas donde murieron y a los ataúdes donde ahora descansan sus envolturas mortales, ¿accederá usted a irse con viento fresco y dejarnos con nuestro dolor?

Poe parpadeó ante la diatriba. El padre Abel estaba acostumbrado a hablar en público, y sobre todo a que se hiciera caso a todo lo que decía. El investigador miró a Leonor y asintió, turbado.

El sacerdote abrió el primer cajón del escritorio y sacó un pesado manajo de llaves sujeto con una anilla dorada.

—Quizás es mejor que vayamos usted y yo. Los niños pueden...

—Los niños vienen.

Nadie se atrevió a replicarle.

El ala en cuarentena estaba sumergida en un silencio de naufragio. Todos los cortinajes estaban corridos. Una penumbra submarina convertía los contornos de las camas en sombras difusas. Supusieron que el padre Abel lo quería así. Sus pasos reverberaban. El arnés de Candela rechinaba a un ritmo destemplado. Eran una extraña comitiva: Edgardo Poe, tan peripuesto, con sus pintas de tísico y su perilla descuidada; Leonor, tan abultada y exuberante de su brazo; el padre Abel, a paso marcial, dueño de todo lo que les rodeaba, y los cuatro niños, tres de ellos muy juntos, la cuarta caminando unos pasos atrás. Ninguno de ellos se atrevía a pronunciar palabra. No en aquel lugar preñado de enfermedad y alientos moribundos.

—Un médico ha estado asistiendo a los internos desde que dio comienzo el brote. —La voz del padre Abel hizo eco en las alturas—. Por suerte, pudimos localizar con rapidez a los internos enfermos y aislarlos en este ala. Hemos denodado nuestros esfuerzos en dar con el origen de la enfermedad. A pesar de que los casos de infecciones siguen creciendo, estamos orgullosos de afirmar que los hemos minimizado.

Se detuvieron en el centro del dormitorio. Había ocho camas ocupadas por cuatro niños, dos niñas y otros tantos ancianos. Sus respiraciones cenagosas se trenzaban en el aire. A la vera de cada cama descasaban dos cubos para vómitos y heces, aunque ninguno se atrevió a acercarse y comprobar cuál era cuál. El olor mareaba. Sebastián, sin darse cuenta, se acercó a Candela. Ella hizo lo propio. Sus manos se encontraron.

El padre Abel se cruzó de brazos.

—¿Ve usted criaturas de la noche por algún lado, señor Poe? ¿Algo sobrenatural, quizá? ¿Espectros? Porque lo que yo veo es gente muy enferma.

Poe se pasó una lengua muy fina por los labios. Se acercó con pasos tímidos a una de las camas. La niña que la ocupaba miraba al techo. Desgranaba una respiración desacompasada y febril. La enfermedad la había desfigurado. Bultos y bubas deformaban su boca. Un sudor maloliente impregnaba la almohada. La piel estaba cerúlea, los ojos inyectados en sangre. Sus pequeñas manos estrujaban las sábanas entre temblores. Por alguna razón, esa imagen se incrustó a martillo en el cerebro de Sebastián, esas manitas retorcidas agarrando las sábanas amarillentas.

—¿Y bien, señor Poe?

—No... —Se le quebró la voz. Volvió a empezar—: No veo...

—¿Sí? No le oigo bien, señor Poe.

—No... aprecio... signos de... vampirismo.

—Claro. No los aprecia porque no los hay, señor Poe. Pero no se preocupe, sus ayudantes aquí presentes pueden echarle una mano.

Empujó sin la menor suavidad a Candela, apartándola del contacto de Sebastián. La hizo avanzar un par de pasos hacia otra de las camas. Sobre ella yacía una anciana enferma en una duermevela endemoniada. Su boca era un amasijo de piel violácea y

protuberancias atravesadas de venas renegridas. Había perdido buena parte del pelo, sobre su cabeza apenas quedaban pequeños parches que más parecían estropajo deshilachado. La fiebre desbordaba sus ojos, se extendía por su cuerpo. Incluso a esa distancia podía notarse el calor que la consumía desde dentro. A Candela se le saltaron las lágrimas.

El padre Abel se regodeaba. Echó mano de Sebastián para que se acercase. Él se libró de un tirón, quizás esperando una bofetada de respuesta. El cura se limitó a sonreír. Intentó agarrar al Pani. El pelirrojo dio un salto hacia atrás.

—Esto es lo que queríais ver —escupió el padre Abel—. Esto es lo que hay detrás de vuestras fantasías. Perseguir fantasmas y sacramantecas por las calles de Cádiz está de categoría, sobre todo si luego estas dos golfas os dejan meterles la mano debajo del uniforme. Pero aquí yo tengo que bregar con gente que se muere. ¿Os estáis enterando?

Había ido perdiendo la compostura poco a poco, como si cada palabra saliese de su boca con un anzuelo que la desgarrase un poco más. Los enfermos empezaron a gemir. Sus voces se superponían, se alimentaban y se multiplicaban en los techos abombados formando un coro infernal. Julieta se tapó los oídos. El Pani estaba a punto de salir por patas. La palidez de Poe se acentuaba.

—Vámonos de aquí, por favor —pidió Leonor, lívida.

Los ojos del padre Abel rebosaban de una satisfacción animal, depredadora. Quizá por eso fue más terrible cuando recuperó la compostura y habló, muy calmado:

—Si esta parte les ha resultado interesante, señor Poe, señora, esperen a ver los cadáveres.

Atravesaron las cocinas a paso vivo. Las monjas allí asignadas los siguieron con la vista. Candela y Julieta no pudieron evitar echar una mirada al viejo horno del fondo. Llegaron al vestíbulo trasero, el que daba a la calle de la Rosa. Allí había una sencilla puerta de madera con un candado. El padre Abel sacó el manajo de llaves y buceó entre ellas.

—La mantenemos cerrada en todo momento —comentó casi de memoria, sin mucho interés en quién le oía—. Hay mucha humedad y no queremos arriesgarnos a que los niños merodeen y se partan la crisma. Sólo yo tengo la llave, y está bien que así sea.

—¿Qué es lo que hay tras esa puerta? —tartamudeó Poe.

El candado se abrió con un chasquido. El cura le miró a los ojos.

—¿Qué va a haber, señor Poe? Las criptas.

Al otro lado de la puerta, unas escaleras descendían. Dos pequeños quinqués colgaban de sendos soportes. El padre Abel cogió uno y lo encendió. Poe hizo ademán de tomar el otro, pero el cura lo congeló con la mirada.

—No será necesario. No estaremos mucho tiempo ahí abajo.

—Aun así...

—¿Sabe que estoy perdiendo mucho tiempo atendiendo a sus memeces? Quizá debería quejarme a las autoridades. No está usted cometiendo delito alguno, pero ya sabe lo que está pasando estos días en Cádiz. Me he enterado de que ayer encontraron el cadáver de un pedigüeño por San Carlos. Supongo que cualquier excusa le valdría a la policía para echar un vistazo en su espectaculito de variedades para asustar a las viejas. —Hizo una señal con el mentón—. Abajo.

Descendieron las escaleras en un silencio del que florecían temores y presagios. El aire estaba preñado de un hedor a humedad, a cosas que se pudrían por el agua salada, a piedra ostionera recubierta de generaciones de verdín. Se oía la respiración acelerada del Pani. El círculo de luz del quinqué apenas daba para iluminarlos a todos. Se pegaron tanto como podían al padre Abel.

Llegaron abajo. La oscuridad tenía peso y consistencia, se apretaba contra las aristas de luz que dibujaba el quinqué. La sentían como un animal que despertase de un largo invierno, furioso al descubrirlos en su guarida. Se oía el rumor de las olas.

—Como todo en Cádiz —explicó el padre Abel—, las cuevas bajo el hospicio también fueron hogar de piratas y fenicios. Desde hace generaciones, tanto las monjas como los internos descansan en este suelo. Aquí enterramos bebés que la naturaleza rechaza y ancianos a los que se lleva el invierno. Es por aquí.

Los guió en medio de aquel espacio negro que parecía infinito. El suelo era terroso, gravilla que recordaba a arena mojada. Pasaron junto a columnas y conjuntos de lápidas incrustadas en el suelo. No podían haber caminado más de veinte pasos, pero se les antojó una distancia mucho mayor.

Pasaron junto a una puerta cerrada. Un candado de aspecto pesado colgaba del pomo.

—¿Qué hay ahí? —tartamudeó Candela.

—Nada que te importe —contestó el cura—. Es el sepulcro donde se entierra a los sacerdotes de la institución.

Candela echó una última mirada a aquella puerta. La dejaron atrás.

—Ah —dijo el padre Abel—, hemos llegado.

Los cinco ataúdes estaban dispuestos junto a otros tantos agujeros en aquel suelo esponjoso. El padre Abel caminó entre ellos, obligándoles a seguirlo para no alejarse de la luz. Poe estaba macilento. Si se hubiera tumbado en uno de los ataúdes, habría parecido un cadáver.

Claro que tumbarse en uno de los ataúdes habría supuesto compartir espacio con los niños.

Tenían las mismas deformaciones, las mismas facciones retorcidas por el escorbuto. Sus manitas eran garras. Los brazos pegados al costado, las bocas cerradas, las mandíbulas atadas con trapos viejos. Si en ese momento abrían los ojos, se moriría allí mismo, pensó Sebastián. El rumor de aquel mar que allí no suponía consuelo alguno entraba a paletadas en los oídos.

—¿Qué le parece, señor Poe? ¿Son estos los espectros que buscaba?

Edgardo Poe, investigador de lo oculto, no respondió. Quizás intentó hacerlo, quizá sus labios se despegaron y una mano invisible hurgó en su cabeza buscando palabras que poner en ellos. Pero la realidad es que no dijo nada. Contemplaba los ataúdes, como hipnotizado.

—Edgardo —llamó Leonor.

—No —masculló Poe.

—¿No, qué, señor Poe?

—No —repitió con un hilo de voz—. Aquí no hay vampiros.

—Aquí no hay vampiros —repitió el padre Abel. Por primera vez, los miró a ellos cuatro—. Porque los vampiros no existen. Porque este hombre es un charlatán. Porque ustedes sois cuatro imbéciles que se han creído que pueden perturbar el sueño de los muertos por una fantasía estúpida.

Ellos cuatro bajaron la vista, derrotados. Pero el padre Abel no pensaba darles tregua.

—¿Sabe una cosa? Las condiciones en el Hospicio son bastante duras. La muerte aquí no es algo inusual, sobre todo teniendo internos de edad avanzada. No sabría decir la cantidad de veces que he recorrido estos pasillos para officiar un funeral. Podría decirse que me los conozco de memoria. —Soltó una risita que allí abajo sonó como uñas negras arañando una pizarra—. De hecho, podría incluso apagar la luz y salir de aquí en la oscuridad.

Dicho lo cual, retorció la válvula del quinqué.

La llama empezó a menguar.

—No haga eso —suplicó Poe en un hilo de voz—. Por favor.

El corazón de Sebastián galopaba en su pecho, en sus oídos, en su garganta. Los ojos se le habían salido de las órbitas. La mandíbula de Julieta temblaba. El Pani castañeteaba los dientes, abrazado a Candela. Sólo ella miraba con un odio terrible al cura. Por el amor de Dios, ahora se daban cuenta. Habían accedido a meterse en una tumba bajo tierra con aquel maníaco.

El padre Abel volvió a girar la válvula. El resplandor creció.

—Pero ¿qué se cree, que estoy loco? Si cierro esto, no saldrán ustedes nunca de aquí, hombre.

Poe se apretó contra Leonor.

—¿Podemos irnos ya? —suplicó.

El padre Abel asintió.

—Por supuesto. —Su voz bajó varios tonos cuando pronunció las siguientes cuatro palabras—. Fuera de mi orfanato.

Poe avanzaba a paso vivo por el Campo del Sur. Leonor le iba a la zaga. Esta vez no se habían molestado en parar un carruaje. El Pani los seguía casi a la carrera. A varios metros de distancia, con la lengua fuera, Sebastián correteaba tras ellos.

Se habían tirado media mañana metidos ahí dentro. A pesar de la buena temperatura, la mar estaba picadita; las olas restallaban contra la muralla, bañando el Campo del Sur con erráticos esputos de agua preñada de sal y algas revueltas.

—Señor Poe, por favor —suplicaba el Pani—. Por favor. No puede irse así.

—Vaya si puedo. Mira cómo puedo.

Había algo en él. Su modo de andar, esa cadencia lánguida y afectada, esos ademanes de tísico en las últimas, de algún modo habían cambiado desde que salieran a toda prisa del Hospicio. El Pani había salido corriendo detrás de él. Sebastián apenas tuvo tiempo de echar una mirada a Candela, parapetada detrás de las rejas de la entrada.

—Hablamos luego —le dijo, tan bajo y tan turbado que no supo si ella lo había entendido.

Candela asintió. Agitó la mano en el aire.

—Hasta luego, Sebastián.

—Adiós, Candela.

Y, por alguna razón, Sebastián sintió una presión inexplicable en el pecho. Algo que no había sentido antes, ni siquiera ante la proximidad de Julieta.

—¡Ahí dentro hay algo malo, señor Poe! —la súplica del Pani lo sacó de su ensimismamiento.

—Claro que hay algo —seguía diciendo Poe al aire, sin siquiera dedicarles una mirada—. Hay un montón de niños enfermos.

Dejaron atrás la iglesia de Santa Cruz. Se divisaba ya la Plaza de Toros. Los tres carromatos del Grand Guignol de Poe descansaban a su sombra como pulgas durmiendo junto a un animal enorme. Un par de hombres holgazaneaban junto a la carpa.

—¡Vosotros! —gritó Poe—. ¡Id preparando los bártulos, que nos vamos mañana por la mañana!

—¿Ya? —preguntó uno de ellos.

—Ya —se limitó a responder él. Abrió la puerta de su carromato.

—Haced lo que dice —advirtió Leonor. Tenía el peinado descompuesto.

El Pani se plantó delante de ellos.

—No puede irse, señor Poe. Los vampiros...

—¡No existen los vampiros! —explotó Poe—. ¡No existen! ¡Son sólo invenciones, cuentos de viejas para que gente como yo se gane el pan! ¿Es que no lo entiendes?

—¿No puedes dejarnos en paz? —pidió Leonor, perdida ya toda compostura.

Sebastián les dio alcance por fin. Lo primero que advirtió fueron los dos gruesos regueros de lágrimas que corrían por las mejillas del Pani.

—Es usted un cobarde —acusó el pelirrojo entre hipidos—. Cuando se enfrentó al gorila asesino en la plaza de la Catedral, me dijo usted que...

Poe no le dio tiempo a terminar. Se metió en el carromato. Sebastián pensó que cerraría de un portazo, pero volvió a salir a los pocos segundos. Llevaba una especie de abrigo entre las manos. Lo arrojó al suelo, a los pies del Pani. Sebastián sintió un vacío en el estómago al verlo. Supuso que no era nada comparado con lo que sentía el Pani.

Era una piel de gorila. Un disfraz.

Entonces Sebastián se dio cuenta de qué había cambiado en Poe.

Ya no tenía acento.

—Ahí tienes al gorila, imbécil. —Se acercó, muy despacio—. A ver si te enteras. Esto es farándula. ¿Sabes lo que significa? Significa espectáculo. Facilito, para que lo entiendas: mentiras.

La mandíbula del Pani temblaba. Retrocedió un paso.

—Mentiras —prosiguió Poe—, ¿entiendes? Mentiras bonitas, mentiras feas, mentiras emocionantes, incluso mentiras terroríficas, pero todo mentiras.

Sebastián se acercó a su amigo. El pelirrojo negaba con la cabeza.

—Es usted un hijo de puta, señor Poe.

—No me llames señor Poe. Me llamo Jacinto y soy de Vigo. Edgardo Poe lleva más de cincuenta años muerto. Yo sólo me encontré en su día con un libro que recopilaba sus cuentos y me eché a la carretera a contárselos a los imbéciles como vosotros.

—No es verdad —dijo un Pani ronco, muy ronco—. Es usted investigador de lo oculto. Un héroe.

—Sí, los cojones un héroe.

—Jacinto, por favor. —Leonor lo agarró del brazo—. Vámonos dentro.

—Jacinto, ¿qué te han hecho los dos rapaces? —dijo uno de los trabajadores—. Déjalos en paz, hombre, que los estás haciendo llorar.

—Mejor. Que aprendan que llorar es lo único que podemos hacer en la vida. Cuanto antes se den cuenta de que esto es lo que hay, mejor. —Se volvió hacia ellos—. Ya va siendo hora de que dejéis de creer en héroes, en vampiros y en *bruxas*. Nada de esto...

Antes de que terminase la frase, el Pani lo empujó. Los pies de Poe, o Jacinto, o como se llamase, se enredaron con la piel falsa del gorila. Cayó al suelo de culo. Alguno de sus hombres se rió por lo bajo.

—¡Cogedme a ese hijo de puta! —chilló, pero el Pani ya había echado a correr.

Sebastián corrió tras él. Le dio alcance en la esquina con Botica, como no podía ser de otra manera. El Pani se había sentado en el escalón del número tres, donde vivían Juanito *el Choco* y Vicente *el Negro*. El pelirrojo escondía la cara en el hueco

del codo. Sebastián se sentó a su vera, sin saber qué decir.

Porque, ¿qué había que decir? El padre Abel era un sádico y un hijo de la grandísima puta, pero ya habían visto lo que había dentro del Hospicio. Niños enfermos y niños muertos. Nada de vampiros. Nada de seres que vuelven de la tumba. Nada de investigadores de lo oculto. El cura tenía razón: Poe era un charlatán. Y ellos habían estado haciendo el tonto todo el tiempo.

Todo el tiempo.

—Lo siento mucho —le dijo.

El Pani levantó la cara. Las lágrimas la surcaban a toda vela. Su voz le llegó enfangada por el llanto.

—Vete al carajo, Sebastián.

—¿Qué?

—Que te vayas al carajo. Todo esto es culpa tuya por meterme en el coco los embustes de tu padre. Vete al mismísimo carajo, ¿te enteras? —Se sorbió los mocos con un sonido crudo y jugoso—. Ésta no te la perdono en la vida.

—No es culpa mía...

—Anda que no. Es culpa tuya y de tu padre. —Las lágrimas salpicaban los adoquines a sus pies—. Tu padre es un mentiroso y un pirriaque. El mío va a matar a mi madre cualquier día y a lo mejor a mí también. Los cazadores de vampiros no existen, ni los investigadores de lo oculto ni los héroes.

Sebastián soltó todo el aire por la nariz. El Pani lo miró desde el estanque trémulo que eran sus ojos.

—Lárgate de aquí. No quiero verte.

Sebastián giró sobre sus talones y echó a andar calle abajo. Se fue caminando despacio hasta su casa. Madre lo estaría esperando para que le hiciera los mandados atrasados. Luego iría a la botica y le pediría perdón al Perejil. La vida en Cádiz, aquella historia de perdedores, no dejaba espacio para más.

El padre Abel se hurgaba entre las uñas con la navajita que le quitó a Evaristo Mejías la semana pasada. Estaba repantigado en su escritorio, las piernas cruzadas sobre la madera embarnizada. El orden sobre el escritorio era casi demencial. Y sin embargo, él no dudaba en tirar al suelo las bolitas parduscas que se sacaba de debajo de las uñas. Frente a él, Candela y Julieta estaban de rodillas. Cada una sostenía cuatro biblias gordas, atiborradas de páginas y de pecados, dos en cada mano. Ambas sudaban. La cara de Candela estaba contraída en una mueca de dolor.

El padre Abel se pasó la lengua por los labios. Consultó el carillón en la pared.

—Lo estáis haciendo muy bien. Dios os está dando fuerzas para soportar este trance. Porque quiere que lo soportéis. Dios se preocupa por vosotras, y quiere que aprovechéis esta oportunidad para considerar vuestros pecados. Es el mejor momento para que dejéis de ser unas pequeñas hijas de puta y me digáis por dónde habéis estado saliendo de mi orfanato.

—Por... por el... coño de tu hermana... —Candela masticó las palabras como si tuviera la boca llena de fango. Los calambres eran una tortura.

El padre Abel sonrió.

—Eso está precioso. Pre-cio-so.

Julieta se encogió. El cura se levantó de la silla y se contoneó por el despacho. Olía a eucalipto, un perfume que flotaba en el aire y apenas podía cubrir otro olor más desagradable.

Se colocó detrás de ellas. Las contempló con un gesto contrito. Pasó un segundo, dos, tres. Nada. Entonces el padre Abel se inclinó y desgarró el uniforme de Candela de un tirón. La espalda de la niña quedó al aire.

—¿Sabes que nadie se va a enterar si se me antoja despellejarte?

El sacerdote apoyó la navajita justo debajo de su nuca. Candela chilló al frío contacto del metal. Una de las biblias se le escurrió y retumbó en el suelo. El cura saltó como una fiera. Le cogió la cabeza y la empujó. Candela cayó, y con ella las demás biblias. El padre Abel le apretó la cabeza contra el suelo.

—¡Mira lo que has hecho! —siseó—. ¿Así respetas la palabra de Dios, refregándola por el barro? Eres una malnacida, una ignorante y una ramera.

A su lado, Julieta sollozaba. Su cuerpo entero temblaba.

El padre Abel susurró al oído de Candela:

—Satanás tiene un sitio reservado para ti en el infierno, eso lo tengo muy claro. Pero antes, voy a encargarme de que tengas aquí un aperitivo de lo que te espera allí abajo.

Sonaron dos golpes en la puerta.

—¿Qué pasa? —ladró el cura.

La puerta se entornó. Asomó la cabeza de sor Inés. Contempló la escena durante varios segundos: Julieta de rodillas, el padre Abel sujetando la cabeza de Candela

contra el suelo.

—Usted dispense, padre.

—Que qué pasa —dijo éste, muy despacio, vocalizando. Sin soltar a Candela.

—Se nos ha muerto otro niño.

El padre soltó un exabrupto. Se levantó. Los músculos de la mandíbula se marcaban en su rostro sudoroso. Se acercó a Julieta, inclinándose hasta que sus caras estuvieron a la misma altura.

—No creas que hemos terminado —le dijo, y desabrochó el primer botón de su uniforme—. Tú eres la siguiente. Seguro que tienes más ganas de hablar que esta perdida...

Se detuvo. Contempló la cadenita alrededor del cuello de Julieta, de la que colgaba el reloj.

Sus ojos reptaron por el aire hasta sor Inés.

—¿De dónde ha sacado la niña este collar, hermana?

La monja se encogió sólo con el sonido de su voz.

—L-lo tenía cu-cuando la trajeron, padre. No pensé que...

—Por supuesto que no pensó. Aquí el único que piensa soy yo, cada día lo tengo más claro. —De un tirón, arrancó el collar del reloj de su cuello. Julieta gimió—. Lleve a estas dos a su dormitorio, hermana. Seguiremos más tarde.

—Lo que usted diga, padre.

—Y otra cosa: quiero verla en mi despacho después de vísperas. Vamos a rezar por ellas y por usted, a ver si aprende un poco a pensar antes de permitir estupideces.

El sacerdote salió del despacho como una exhalación, todavía con el reloj en la mano. Sor Inés les habló:

—Julieta, haz el favor de dejar esas biblias con cuidado en el escritorio y ayuda a Candela.

Julieta obedeció. Tenía los ojos enrojecidos, las manos temblorosas. Sor Inés las llevó por el pasillo a trompicones, apremiándolas como si no hubiera sucedido nada distinto a una caída en el patio. Ninguna era capaz de mover los brazos.

—Esto os pasa por revoltosas —comentó sor Inés—. Todo sería más fácil si os portarais bien.

El quejido del arnés de Candela en los pasillos vacíos fue la única contestación. Cuando llegaron al dormitorio, la monja las dejó en la cama que ahora compartían. Candela temblaba. Tenía la cara sucia y congestionada. La monja se fue, todavía murmurando lo traviesas que eran.

Julieta se tumbó a su lado. Le acarició el pelo.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué nos traicionaste? —preguntó Candela.

Julieta se sobresaltó. Candela había hablado con mucha más energía de la que había mostrado en todo el camino. De pronto, se irguió en la cama. No había ni rastro de la pobre huerfanita herida.

—Creía que estabas...

—Tengo el culo muy duro, y la cabeza más —dijo Candela, aunque no podía disimular el temblor de los brazos—. *Contra* más hecha polvo pareces, más antes se cansan de pegarte. ¿Por qué los llevaste a la Conejera?

Julieta la miró unos segundos. Luego meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Tú no lo entiendes.

—Anda que no. La Conejera es nuestro sitio. No tenías derecho a llevarlos allí. Los gemelos fueron los que robaron el libro negro. Por su culpa murió Salvochea.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes?

Julieta la agarró por los hombros.

—¿Sabes qué te digo? Que estoy harta de ser la niña delicada que todo el mundo tiene que cuidar para que no se rompa. Estoy hasta la coronilla de ser la que todo el mundo trata con la punta del pie. Ahora mismo te vas a callar la boca y vas a escuchar lo que te tengo que contar. Luego me dices si os he traicionado o no.

Candela parpadeó. El dormitorio estaba vacío y triste a aquella hora de la tarde. Pronto oscurecería; las sombras empezaban a alargarse. Julieta no esperó a que le diera permiso. Empezó a hablar y Candela no pudo hacer otra cosa más que atender.

Era ya media tarde cuando Sebastián llegó a la calle Feduchy. Se detuvo frente a la botica del Perejil. La verja estaba echada. El montañés había cerrado hoy por alguna razón. De pronto, Sebastián pensó en su padre. Su padre con sus trolas, sus borracheras, sus secretos. Su padre, que era un desconocido. Su padre, que le había estado contando estupideces, largando pamplinas desde que se muriera aquel pobre hombre que una vez fue alcalde y al que no debía de haber conocido más que en sus fantasías.

Su padre, entrando a hurtadillas en la botica del Perejil ayer mismo.

La primera patada a la verja vino acompañada de un grito. Las siguientes las pegó en silencio. La verja de la botica temblaba con un repiqueteo metálico. Una voz de mujer le imprecó desde un balcón, pero él la ignoró. Que llamase a los guardias, qué más le daba. En algún momento dejó de dar patadas y cayó al suelo de culo, jadeando y gimoteando a la vez. Hundió la cabeza entre las rodillas y allí dejó que el llanto lo abrazase.

—¿Ya se ha quedado usted tranquilo?

Dio un respingo. Detrás de la verja, la puerta de la botica estaba abierta. Don Basilio Pérez Gil lo contemplaba desde el dintel, los brazos cruzados y el ceño más pronunciado que nunca.

Eso no impidió que la bilis subiera hasta la garganta de Sebastián.

—Estoy harto —dijo—. Estoy harto de las mentiras de todo el mundo.

—No sé qué mosca le ha picado a usted, pero este es el tercer día que falta al trabajo, y para cuando aparece, se lía a patadas con mi puerta. Le voy a agradecer que se marche a su casa y se calme. Ya hablaremos usted y yo en otro momento.

—¿Qué hacía mi padre aquí ayer? —escupió—. ¿Por qué le dejó usted entrar? ¿Qué se traen entre manos?

El boticario se acarició las barbas. Abrió la verja. Se acercó a él y le ofreció la mano.

—Pase para adentro, ande. Vamos a quitarle el sofocón.

Sebastián aceptó esa mano. Era grande y callosa, más fría de lo que había imaginado. El Perejil tiró de él y lo ayudó a levantarse.

Dentro, volvió a sentarlo frente a la hornilla, como un par de días atrás. Le trajo una infusión maloliente.

—No le he echado miel, porque lo último que necesita usted ahora mismo es emocionarse. ¿Puede hacer el favor de decirme dónde se metió ayer y por qué la ha tomado con mi verja?

Sebastián miró el fondo de su taza humeante como si ahí estuviera la respuesta. Pero claro que ahí dentro no estaba. No tenía ni idea de dónde estaría. No tenía ni idea de cuál era la respuesta porque, para empezar, ni siquiera sabía cuál era la pregunta. Sólo sabía que aquello había empezado como una aventura más. Con cuatro

críos creyéndose investigadores de lo oculto.

—Llevamos días buscando el cadáver de Fermín Salvochea —dijo entre dientes. El Perejil se echó hacia atrás en su asiento.

—No me diga.

Pero vaya si le dijo. Se lo dijo todo, de hecho. Empezó a hablar despacio, entre pequeños sorbos de aquel líquido caliente y oloroso. Le habló de su carrera hasta el Campo del Sur para ver la carpa de Poe, Julieta en el coche, la Conejera, la investigación, el Pay-Pay, María Moco, el laboratorio de Mejías, la media tijera, el convento de la Candelaria, el libro negro, el Hospicio. Pero sobre todo, le habló de la historia de su padre. De aquel Fermín Salvochea que cazaba vampiros de noche acompañado de un barbero borracho y putero. De su aventura en busca de unas tijeras que eran la llave de un secreto por el que había muerto mucha gente.

El Perejil atendió a su explicación en silencio, asintiendo de vez en cuando, dando sorbos a su propia infusión. Sebastián descubrió que contar el relato lo calmaba. Desvelar la historia paso por paso a otra persona, explicar el miedo que habían sentido en las cuevas o la emoción de encontrar la media tijera en el santuario de los gitanos. Comprendió por qué Padre contaba historias.

—Ahora el Pani no quiere hablar conmigo —concluyó—. Hemos estado haciendo el idiota todo el tiempo. Y no sé dónde está mi padre, si se está muriendo o se ha muerto en cualquier esquina de Cádiz o qué. Sólo sé que ayer lo vi entrar aquí.

—¿Y no se le ocurrió a usted pensar que a lo mejor su padre le está buscando a usted también? ¿Que a lo mejor vino a preguntarme si le he visto y a decirme lo preocupado que está por usted?

Él meneó la cabeza.

—No le creo.

Basilio Pérez Gil, el boticario santanderino cuya vida terminó varando en Cádiz, inspiró profundamente y luego soltó todo el aire. Sebastián tuvo el presentimiento de que lo echaría de la botica en ese mismo momento, hartado ya de oír estupideces.

Sin embargo, el Perejil dijo:

—¿Sabía usted que ésta ha sido la segunda muerte de Fermín Salvochea?

Los ojos de Sebastián se salieron de sus órbitas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Su padre también me ha contado toda la historia.

Los ojos de Sebastián se ensancharon. El Perejil dejó la taza en el suelo junto a la hornilla. Se pasó una mano por la blanca barba.

Y empezó a hablar.

El viento jugueteaba con los cascotes. Las monjas se atareaban antes de la hora de los rezos. La puerta de la celda se abrió. Ella esperaba al otro lado.

—Te estaba esperando, Juaíco.

Cómo había cambiado, por Dios.

Juaíco se sentó en la cama junto a ella.

—Hace mucho tiempo, Rosa.

—Hace treinta años, Juaíco.

—Treinta y cuatro.

—Tu hijo estuvo aquí.

—Me lo imaginaba.

—Está buscando la tijera.

Silencio.

—Me estoy muriendo, Rosa.

—Todos nos morimos, Juaíco. Yo estoy preparada. ¿Lo estás tú?

Juaíco negó con la cabeza.

—No sabes lo que he hecho, Rosa.

Ella le acarició el rostro.

—La culpa es más fiel que la mejor de las amantes. Te visita por la noche. No te deja dormir, y cuando conquistas aunque sea un par de horas, se cuela en tus sueños y te ahoga por dentro. No se lo permitas, Juaíco.

—Hace años que no sé quién soy.

—Llevas toda tu vida mirando al pasado —replicó ella—. ¿No sería hora de que empezases a mirar al futuro? ¿A Sebastián?

Juaíco asintió. Rosa Marina le tendió el libro negro. Él lo tomó en sus manos.

—Ten mucho cuidado, Juaíco.

13

Para cuando el Perejil terminó, ya había anochecido. Ésa fue la noche en que cambió todo. Pasaron muchas cosas antes del alba, y la mayoría pasaron al mismo tiempo. Algunas podrían haberse evitado, otras no. Todas decidieron de alguna manera el final de esta historia que no podía contarse a nadie.

Esto es todo lo que sucedió.

—No puedo creerlo —dice Candela.

Y es todo lo que llega a decir. Julieta la mira, esperando su veredicto.

—Todo es verdad.

Candela se inclina hacia ella y le da un abrazo. Julieta suspira.

—Tenemos que seguir investigando.

—¿Cómo que investigando? —pregunta la niña rubia—. ¿Qué quieres investigar?

Candela recapacita.

—Lo primero que vamos a hacer —dice— es ir a por tu reloj. El reloj de tu abuelo.

—Pero si el padre Abel se lo ha quedado. Lo tendrá en su despacho...

Julieta ve lo que hay en la expresión de Candela antes de que diga:

—Exacto.

La oscuridad trepa desde el mar para cuando el Pani vuelve a su casa. El pelirrojo ha estado vagando por las calles, los ojos enrojecidos y un agujero en la boca del estómago. La caja de los betunes pesa más que un muerto. En su cabeza se ha peleado un millón de veces con Sebastián, con Candela, con Julieta y sobre todo con Poe. Con ese puñetero investigador de lo oculto que en verdad es un gallego embustero, que le ha hecho creer que existen los héroes y que uno puede enfrentarse a bestias salvajes y vampiros sólo con valor. El Pani no lo sabe, pero en su mente reverbera justo la misma frase que ha acompañado a Sebastián desde hace años, desde que tuvo una conversación sobre piratas y duros antiguos de plata en la rebotica del Perejil.

Qué criaajo idiota.

El Pani apura el paso. Ha refrescado. Hay luz en casa, como siempre. Y se oyen gritos, como siempre. Cada escalón que sube es un puente que se quema. Llega hasta la puerta. Lo sobresalta el estrépito de algo que se rompe contra el suelo, aunque no debería. No es la primera vez. No es la última vez. Y sin embargo, no se acostumbra.

Abre la puerta. La voz de su padre, torva y embarrada, lo recibe como una salva a muerto.

—Ya está aquí el que faltaba.

Jacinto Rivas, pues ese es su nombre y no otro, está repantigado en el butacón dentro del carromato. Le tiembla un ojo. Da pequeñas caladas a una pipa que envenena el aire con un humo aromático y picante. Tiene la mirada perdida. Quién sabe lo que está viendo en este momento. Quién querría saberlo. El disfraz de mono reposa sobre su regazo. Sus dedos lo acarician con desgana, ausentes como ausente

está él.

Suenan dos golpes en la puerta del carromato. Se abre sin esperar respuesta. Es el mismo hombre que le advirtió que dejase a los chavales en paz.

—La carpa ya está desmontada, Jacinto. En un par de horas estará todo recogido. Mañana por la mañana...

—No —contesta él—. Si estamos listos para marchar en dos horas, en dos horas marchamos.

El hombre frunce el ceño.

—Pero, hombre, ¿cómo vamos a irnos en plena noche? ¿Qué quieres, que nos rompamos la crisma en el camino?

—He dicho que marchamos ya, Bernardo. Prefiero romperme lo que sea a pasar una noche más en Cádiz.

—Pero ¿qué pasó para que te entrase tanta urgencia? ¿Fue por esos niños?

Jacinto Rivas, Edgardo Allan Poe, da una nueva calada a la pipa. Menea la cabeza. En ese momento Bernardo descubre que su jefe tiene la mirada de un loco.

—No. Por esos niños no.

Falta poco para completas. Hace tiempo que han rezado el ángelus y la noche ya ha caído. Los huérfanos descansan en sus camas. En el dormitorio imperan las respiraciones pesadas, los ronquidos y los cuchicheos de aquellas a las que el sueño todavía esquiva.

Un pie baja de una cama y toca el suelo. Lo sigue otro. Otros dos. Candela y Julieta se levantan intentando hacer el menor ruido posible. Ambas saben qué tienen que hacer. Con pasos lentos y cuidadosos, avanzan hasta la puerta del dormitorio. Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, distinguen al menos a diez niñas sentadas en sus camas, mirándolas en silencio.

Llegan hasta la puerta. La silla en la que suele dormir sor Inés cuando le toca guardia está vacía. Candela gira el pomo. Se abre. La madera araña el suelo con un quejido agudo. Esperan, paralizadas, a que alguna monja aparezca. Nadie acude. Candela tira un poco más de la puerta, con cuidado. Cuando el hueco es lo bastante grande como para que las dos pasen, salen al pasillo.

Por la noche, el Hospicio es un lugar muy diferente. Las sombras se arremolinan en cada esquina. Hay dedos oscuros en los rincones, ojos vacíos que las espían a cada paso que dan. Caminan despacio para que el arnés no proteste. No son conscientes de que parecen fantasmas de niñas muertas.

Se detienen delante de la puerta del despacho. La cubren motivos grabados, caritas de ángeles que a esta hora de tinieblas podrían ser gárgolas. El pomo se les antoja demasiado pequeño para una hoja tan grande y pesada. Se miran. Es Candela quien lo agarra. Julieta posa su mano sobre la de ella. Juntas, lo giran.

Sebastián se encamina calle Feduchy abajo. La luna llena ya es dueña de un cielo preñado de estrellas que para él no significan nada. Lo que el Perejil le ha contado retumba en su cabeza. Cada vez entiende menos de esta historia de venganzas y vidas subterráneas. Enfila hacia Botica. El silencio de las calles lo mece en un suave arrullo. Cádiz vigila sus pasos.

El despacho del padre Abel es la boca de un lobo, y eso que ninguna de las dos ha visto un lobo en su vida. Las cortinas siguen corridas. Candela se acerca a una de ellas y la descorre. Fuera, una luna enorme, hambrienta, ilumina la playa de la Caleta, el Balneario y el patio del Hospicio. Sus rayos entran por el hueco de la ventana y se posan sobre el escritorio. Las dos lo contemplan como quien se encuentra con una bestia desconocida y moribunda. Candela abre uno de los cajones. Julieta otro. El pulso les galopa en los oídos.

—No encuentro nada —susurra Julieta.

—Yo sí —dice Candela.

Le muestra lo que acaba de sacar del primer cajón del escritorio: el manojito de llaves con la anilla dorada.

—¿Qué quieres hacer con eso?

—¿Qué va a ser? Investigar.

Julieta comprende.

—No.

—Sí.

—Que no. Todavía no hemos encontrado el reloj.

Candela pone los brazos en jarras.

—Podemos buscarlo en otro momento. Tenemos que encontrar la prueba de que aquí hay vampiros. Estoy segura de que Salvochea está escondido detrás de esa puerta cerrada en la cripta.

Hay un sollozo atrapado en la siguiente frase que pronuncia Julieta:

—No voy a volver allí abajo.

Candela se toma su tiempo para mirarla de arriba abajo. Luego dice:

—Eres una cagueta.

Julieta no responde. Candela da media vuelta y, sujetando las llaves para que no tintineen, se dirige al pasillo. Julieta se queda allí, sola, y de pronto descubre que está aterrorizada.

Es en ese momento cuando cae en la cuenta de que hay otra puerta al fondo del despacho.

—No soy una cagueta —le dice a la oscuridad—. No soy una cagueta.

Y se acerca a la puerta.

Los restos de un botijo yacen desparramados por el suelo. Forman casi una línea divisoria entre la madre y el padre del Pani. No es ni mucho menos una barrera infranqueable, y para demostrarlo, su padre avanza un paso y lanza un puñetazo al vientre de su madre. Ella suelta todo el aire de golpe y cae al suelo, acompañada de un gemido sordo. El Pani se queda petrificado.

—¿De dónde sales tú a estas horas? —pregunta la voz terrosa de su padre, casi de modo casual, como si los hubiera sorprendido conversando—. Los niños tienen que estar en su casa antes de que anochezca. Estoy hartito de ustedes. No hacéis más que amargarme la vida, los dos.

El Pani deja caer la caja de betunes y corre hacia su madre. Se agacha junto a ella. La mujer se duele en el suelo. Tiene sangre en la comisura de los labios y ambos ojos cerrados a golpes. El Pani comprende que su padre lleva un rato trabajándola, como él siempre dice.

—¿Qué ha pasado ahora, madre? —tartamudea—. ¿Qué le ha hecho?

Pero sabe la respuesta. Es la misma que le dio a Sebastián hace un millón de años. Ha sido por lo de siempre. Por nada.

El susurro del cuero hace que se gire. Lo ha reconocido porque no es la primera vez que lo oye. Su padre se ha quitado el cinturón. Aprieta la hebilla en la palma de la mano y da dos vueltas de correa.

—Quítate de en medio o cobras tú también —advierte.

Entonces el Pani ve algo que ha estado ahí todo el tiempo. Lo ve en la postura encorvada de su padre, en el vello encrespado de sus brazos y su espalda, en la profusa barba y en su expresión cerril. No es su padre. Nunca ha sido su padre. Es una bestia. Es una bestia antropoide y homicida, un animal con el que no se puede razonar y al que sólo puede enfrentarse un héroe, sea un investigador de lo oculto o un niño de trece años, sea verdad o sea mentira.

Por eso el Pani se pone de pie. Por eso el Pani se planta delante de él. Por eso el Pani clava los ojos en ese animal con apariencia de hombre. Por eso el Pani dice:

—No.

La bestia arruga el rostro y aprieta el cinturón.

Y el corazón del Pani se contrae en su pecho.

La puerta se abre con un pequeño chasquido. Julieta se detiene. Está temblando. Espera que del otro lado den un tirón y aparezca el padre Abel. Nada sucede. Al otro lado hay una luz queda. Julieta asoma media cabeza por la rendija.

Lo que ve al otro lado es un dormitorio donde abunda el lujo y la ostentación. Una cama con dosel sobre la que dormita un cuerpo. Un espejo enorme ocupa toda la pared frente a la cama. De las otras cuelgan tapices persas, cuadros de santos y un

crucifijo en el que un Cristo aúlla su agonía. A un lado de la estancia, un biombo separa un tocador que podría pertenecer a una duquesa.

La luz de un candelabro tiembla por la brisa que entra a través de una ventana entreabierta. Julieta da un paso al interior. Tiene que estar por aquí. Encontrará el reloj y demostrará que no es una cagueta. Tiene que encontrarlo. Quizás esté en el tocador. Despacio, tan despacio que parece estar moviéndose bajo el agua, se acerca al mueble.

Allí está el reloj. Julieta lo sostiene entre los dedos.

La puerta del dormitorio se cierra.

Y el corazón de Julieta se contrae en su pecho.

Los pasos de Candela resuenan en las bóvedas. Si hay alguien escuchando, ya la habrá oído, pero le da igual. Lo va a encontrar. Va a encontrar la pista que les lleve a los vampiros. A Salvochea.

«Verás la cara que se le queda a Sebastián».

A esta hora de la noche las cocinas son un cementerio. Candela las atraviesa casi como una ciega, tanteando y con cuidado. Sabe que si tropieza con una sartén o una olla, se acabará todo. La pillarán y entonces, *ojú*, entonces sí que el castigo será grande. Por un momento experimenta el impulso de salir por el horno viejo, de escaparse de una vez y para siempre del Hospicio, de ir a casa de Sebastián y meterse debajo de su cama y esperar a que baje a abrazarla. Como anoche. Candela se siente mareada al pensar en anoche. En el tacto cálido y suave de los labios de Sebastián. Ese pensamiento le da ánimos para seguir.

Las llaves tintinean cuando busca la que abre la puerta de las criptas. Sus latidos aumentan cada vez que introduce una llave en la cerradura y ésta no gira. Encuentra la correcta al séptimo intento. Es una llave larga y medio oxidada. La puerta se abre y Candela guarda el llavero en el bolsillo del uniforme.

Sólo por cabezonería, escoge el otro quinqué, no el que tomó el padre Abel esta mañana. La llama se enciende tras un par de chasquidos. El resplandor no la conforta demasiado. Las escaleras que descienden la hacen pensar en una lengua que surgiese de una garganta enferma. El primer escalón es el más complicado. A partir de ahí, todo se vuelve más fácil. O eso piensa ella.

Sus pies descalzos tocan el suelo de la cripta. El frío le sube por el tobillo bueno. Candela se siente rara. No es la primera vez que le pasa. Lleva días sintiéndose extraña sin saber por qué, como fuera de su propio cuerpo, como si estuviera a punto de ponerse la piel de gallina.

Pero ahora no es momento de pensar en ello.

Candela avanza con el candil en alto. La llamita tiembla a la par que a ella le tiemblan las tripas. Se muerde la lengua para que los dientes no le castañeteen. Pasa junto a las columnas. Tiene que estar por aquí. Tiene que haber algo, seguro.

Es difícil orientarse sola. Pasa junto a las tumbas de los cinco niños. No quiere mirar dentro, no quiere mirar dentro. Mira dentro. Siguen ahí, los brazos cruzados, sin tapar. Aún no los han enterrado.

Se detiene delante de la puerta del candado. Le tiemblan las piernas. Ilumina con el quinqué. Prueba una llave tras otra. Un chasquido. Retira el candado y abre la puerta.

Contempla lo que hay al otro lado.

Y el corazón de Candela se contrae en su pecho.

Sebastián resopla. Cambia de postura en la cama. Ahueca la almohada con el codo. Se recuesta de nuevo. Vuelve a cambiar de postura.

Imposible.

No puede dormir.

Las imágenes de lo que le ha contado el Perejil restallan en su cerebro con la misma fuerza de las olas del Campo del Sur. Madre dormita a su lado. No hay rastro de Padre. Podría estar desangrándose ahora mismo, vomitando sangre en mitad del Pópulo sin que nadie lo auxilie.

Hay tantas cosas que podrían estar pasando en este mismo momento.

No hay manera de dormirse. Se levanta con cuidado para no desvelar a Madre. Se siente mareado al pensar en anoche. En el tacto cálido y suave de los labios de Candela, en su mano agarrando la suya esta misma mañana.

Necesita un poco de aire. Va hasta la ventana, con cuidado de no chocarse con nada y despertar a Madre. La abre y se asoma, esperando el soplo de aire fresco que viene del atlántico.

Es ahí mismo donde la ve.

Y el corazón de Sebastián se contrae en su pecho.

—No te entiendo, Jacinto.

Él se muerde los nudillos. Suelta una risotada.

—No, Bernardo, no me entiendes. Claro que no me entiendes.

La cortinilla que separa la parte trasera del carromato se abre. Sale Leonor, arrebujada en una bata.

—Ya está bien, por favor.

—Los niños, Bernardo —dice Jacinto—. Los niños muertos.

—Pero ¿qué dices?

Él se levanta de repente. Lo agarra de la pechera y lo atrae hacia sí. Tiene los ojos desorbitados. El párpado le sigue temblando.

—Los niños muertos, te digo.

—Jacinto, por favor —suplica Leonor—. Vámonos ya, Bernardo. Diles a todos

que recojan y vámonos ya de este sitio.

—Me miró, Bernardo —continúa—. Uno de ellos me miró.

—Pero ¿de qué estás hablando?

Bernardo quiere salir del carromato. Ahora mismo. Pero las manos de Jacinto se han convertido en tenazas.

—Uno de esos niños abrió los ojos. —Vuelve a reírse—. Abrió los ojos y me miró.

Por fin, Bernardo se libra del abrazo de su jefe. Sale corriendo. Leonor se cubre la cara con las manos. Edgardo Poe, Jacinto Rivas, no puede parar de reír.

—Los niños, los niños, los niños —repite sin cesar.

Es ahí mismo donde Sebastián la ve.

Desplazándose por entre los tejados. Lejana y al mismo tiempo incomensurable.

La Bella Escondida.

No es una trola. No es fantasía. Es la torre que un hidalgo construyó para apresar al Diablo, la torre que se llevó a su hija.

La torre que presagia la aparición de los vampiros.

Y se está desplazando hacia la Caleta.

Hacia el Hospicio.

Sebastián echa a correr hacia la puerta.

Candela ve lo que hay al otro lado de la puerta.

Es un agujero en el suelo, como un pozo. Dentro de él yace una figura humana. Tiene la piel renegrida. Un manto de algas y espuma de mar lo cubre como una tela de araña apestosa.

—Es hermoso, ¿verdad? —dice una voz a su espalda.

Candela se vuelve. Reconoce a la figura en mitad de la cripta. Es una mujer baja, rechoncha y corpulenta. Una joroba casi tan grande como ella misma abulta en su espalda. Ya la ha visto antes. Bajo tierra. En las cuevas que llevan su nombre.

—María Moco.

—La luna ya está llena —dice la figura—. Es hora de que despierte. Treinta y cuatro años es un sueño muy largo.

El cuerpo empieza a moverse. Candela retrocede un paso.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —dice la mujer—. Ahora Salvochea no está. Mi hora ha llegado.

—No te acerques —tartamudea Candela, alzando el candil como si la llamita fuera a protegerla.

Pero la mujer se acerca. Vaya si se acerca.

—Lleva días alimentándose. Ya ha dado cuenta de las ofrendas de Abel. Ahora

tiene que cazar solo.

Una mano surge de la tumba y se aferra al suelo de tierra. Candela suelta un grito. Intenta correr, pero la mujer le corta el paso.

—No te preocupes —le dice—. Tú no serás su primera víctima.

La criatura que ha devorado a los niños del Hospicio se arrastra fuera de la tumba, una suerte de parto demoníaco. Candela se siente enloquecer cuando lo ve. El monstruo se pone en pie.

—Qué alegría volver a verte, Osvaldo —saluda la mujer—. Tu presa te espera arriba.

El vampiro asiente, mudo, y su cuerpo se deshace en un jirón de bruma marina que asciende por las escaleras.

Candela comprende.

—Julieta —murmura—. ¡No!

—Para ti he reservado otra cosa —dice la mujer.

Se aparta. Detrás de ella está el padre Abel.

—Voy a disfrutar esto —dice el cura.

La bestia arruga el rostro y aprieta el cinturón.

El primer correazo restalla en la cara del Pani. Nota cómo se le abre el labio. Dos dientes se convierten en gravilla dentro de su boca. Cae al suelo.

Y se levanta.

—No —dice.

El siguiente correazo le acierta en el pecho. El Pani grita, pero su grito se convierte en una palabra:

—No.

Y se levanta.

La puerta del dormitorio se cierra.

Una suerte de brisa helada entra por la ventana y despeina a Julieta. Ella se aplasta contra el biombo. Quisiera cerrar los ojos, pero es incapaz de apartarlos del espejo.

Y es en el espejo donde Julieta ve la niebla marina entrando a borbotones en la habitación. Es en el espejo donde ve cómo se revuelven las sábanas de la cama. Se apartan solas, sin que nadie en la superficie reflectante las mueva. Es sor Inés quien está debajo. La monja está desnuda, el sudor que cubre su carne blanca y fofa brilla bajo el resplandor de la luna. El reflejo de sor Inés entreabre los ojos y su cara torcida se deforma en una expresión de horror. Su boca se abre, pero de ella no sale el menor sonido.

Sin que se dé cuenta, el pulgar derecho de Julieta sube hasta su boca y empieza a

chuparlo. Se hace un ovillo contra el suelo, pero sus ojos siguen abiertos. Y ve cómo el reflejo de sor Inés se eleva en el aire. Ve sus ojos volverse blancos. Ve los dos puntos rojos que se abren en su cuello, y los pequeños regueros de sangre que caen al suelo, manchando las sábanas y las piernas de quien la sujeta, de quien la está matando, de ese ser que está sorbiendo la sangre de la monja y que no se refleja en el espejo.

Candela intenta esquivar al padre Abel y correr hacia las escaleras. No lo consigue. El sacerdote la agarra. Ambos caen al suelo. El candil rueda, pero no se apaga. Él termina encima. Unas manos callosas se cierran sobre su garganta. La erección se aprieta contra la pierna buena de Candela.

—No sabes el tiempo que llevo soñando con estrangularte.

Candela patalea. La lengua le asoma por la boca. No puede hablar. La presión es inaguantable. Apenas consigue echar mano del bolsillo del uniforme. Lo único que hay ahí dentro es el manojito de llaves.

Sin un grito ni una súplica, Candela agarra una de las llaves y se la clava en el ojo al padre Abel.

El cura suelta un aullido mezcla de sorpresa y dolor. Una constelación de babas calientes salpica la cara de Candela. Ella aprieta. Aprieta y aprieta y sigue apretando. Algo blando y templado le chorrea por la mano. La presa se afloja. El padre Abel intenta apartarse. Candela no cede. Se aferra a él, lo atrae hacia sí. Aprieta más, adentrando la llave en el ojo, atravesando la cabeza. Lo agarra del alzacuellos, tira, se lo desgarr.

Y a la luz desnortada del quinqué, ve el cuello descubierto del cura.

En el lado derecho tiene un desagradable antojo en forma de fresón.

—El Mijita —dibujan los labios de Candela, incapaz de pronunciar sonido alguno.

Ésas son las últimas palabras que oye el padre Abel. Su cuerpo se desploma sobre ella. Candela lo aparta. Tose, se agarra la garganta. La llave asoma por el ojo del cura. Se arrastra lejos de él. Julieta. Tiene que ayudar a Julieta. Echa mano del candil y gatea como puede hasta el pie de las escaleras.

No llega a subir ni un escalón.

Se detiene. Su cuerpo lo siente antes de que lo sienta su mente. Algo le corre por las piernas. La inunda una sensación tibia. Se palpa con la mano libre.

Cuando la mira a la luz del candil, los ojos se le salen de las órbitas. El labio inferior le tiembla. La mano está llena de sangre. Es una sangre pardusca, sucia.

«Ya soy mujer —dice una voz enloquecida en su cabeza—. Ya soy mujer».

—Ya eres mujer —pronuncia la voz de María Moco a su espalda—. Tienes tu primera sangre. Ahora mis pequeños tendrán la suya.

Algo se mueve en la oscuridad.

El quinto golpe de cinturón abre la ceja del Pani. La sangre nubla su vista. Sus oídos zumban. Hince una rodilla en el suelo. Cree que su madre está gritando, o llorando, o ambas cosas, pero no lo oye.

—No —dice o cree que dice, es imposible saberlo.

Y vuelve a levantarse.

—No. No, no, no.

Su padre tira el cinturón. Esta vez es un puñetazo en la mandíbula lo que lo revolea contra el suelo.

El Pani ya no dice nada.

Los niños vampiros caen sobre Candela como una maldición de la oscuridad.

Sería bonito decir que algo la salvó en el último momento.

Sería bonito decir que no hubo sangre.

Sería bonito decir que no gritó.

Sería bonito decirlo.

Sería falso.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Leonor, cuyo nombre real es Maruxa, se retuerce las manos. Jacinto, su marido, el hombre por el que ha dejado los pazos de Vigo, el hombre por el que se ha lanzado a la carretera a embutirse en un corsé como una cualquiera, camina frenético arriba y abajo del carromato.

Fuera, la noche es dueña del mundo.

—Salir de aquí. Salir de aquí es lo que vamos a hacer, Maruxa. Esperar a que estén listos y largarnos de Cádiz y no volver nunca más a poner el pie en esta tierra dejada de la mano de D...

El primer grito cercena la voz y el poco ánimo que le resta. Jacinto Rivas siente como el calor abandona su cuerpo. Un vacío inexplicable se adueña de sus entrañas. La debilidad que presagia la muerte quiebra sus rodillas. Trastabilla entre atrezos y abrigos y va a dar con sus huesos en el butacón. Quizá sea consciente de que no volverá a levantarse, quizá no.

El grito se repite. Lo sigue otro. Y otro. Jacinto parpadea para que caigan las lágrimas que se amontonan en sus párpados. Ha reconocido las voces. Tiene la garganta seca y ni un mísero trago de vino que llevarse a la boca. Mira a Maruxa. Es ella quien va hasta la ventana del carromato y se asoma.

—No veo nada —dice—. Todo está oscuro.

Jacinto asiente.

—Por supuesto.

Resuenan unos golpecitos en el techo. Maruxa alza la cabeza, la boca desencajada, las manos retorcidas por el horror. Los golpecitos se repiten. Ninguno de los dos se atreve a decir que son pasos. Ninguno se atreve a negarlo.

Ahora los golpecitos suenan en la puerta.

Maruxa suelta un grito.

—Están llamando —dice Jacinto.

—Jacinto, por favor —solloza ella.

Los golpes se repiten.

Ya no se oyen los gritos.

—Abre, Maruxa. Nos toca a nosotros.

Maruxa llora. Lloro por los pazos de Vigo. Por su familia. Por la vida que ha elegido y que la ha conducido hasta esta noche negra. Aprieta la mano de Jacinto. No se dicen nada. No hace falta.

Maruxa va hacia la puerta.

Y abre.

Sebastián casi no puede respirar cuando llega al Hospicio. Ha corrido tanto y tan rápido que pronto los calambres en las piernas no lo dejarán dar ni un paso. Pero ahora no es momento de pensar en eso. Ahora Sebastián se lanza contra las verjas, las pateo, las sacude. Está viendo la silueta inabarcable de la Bella Escondida por encima del Hospicio. Intenta trepar las verjas, pero sólo consigue resbalarse.

Entonces se fija en algo que hay en medio del suelo del patio.

Algo que han dejado ahí tirado, como un trozo de basura.

Es un arnés ortopédico.

Está cubierto de sangre.

Sebastián empieza a gritar. Grita y grita, y en ese grito ruega a quien pueda escucharle que lo borre todo, que dé marcha atrás en el tiempo. Que nunca se haya cruzado con las dos lágrimas que corrían por las mejillas de Julieta ni haya salido corriendo en pos del coche, y que nunca, nunca, haya oído la historia de su padre ni lo que el Perejil le ha contado hace unas horas, antes de que empezase esta noche en que todo ha cambiado.

XII La catedral y el mar
2 de abril, 1873

1

Juaíco despertó. Creyó que despertaba. Ya lo había hecho antes, varias veces, y se había visto envuelto en una pesadilla cada vez peor. Sólo que esta vez era real. Esta vez había dolor.

Sentía el cuerpo como si cincuenta monos lo hubieran estado apaleando con patas de mesa. Se irguió, lo cual supuso una cascada de punzadas desde el cuello hasta los tobillos. Estaba tumbado en una cama con dosel, en mitad de un cuarto decorado con todo tipo de estatuas y jarrones de pésimo gusto. Personas que llevaban mucho tiempo muertas le clavaban la mirada desde los cuadros que las representaban. Se palpó, entre dolores. No estaba muerto. Cada nervio de su cuerpo se lo aseguraba.

Una silueta entró en su campo de visión. Tenía algo entre las manos. Juaíco reculó, alarmado.

—Buenos días.

La voz lo ancló a este lado del sueño. Se concentró en fijar la vista. La figura se convirtió en una mujer joven, ataviada con una almilla de encaje y unas generosas faldas azules. Rosa Marina. Depositó una bandeja repleta de comida en la mesa de noche. Aunque ahora llevaba el pelo suelto, no le fue difícil reconocerla.

—Estaba usted en el cementerio. —La boca pastosa, la voz rota.

—Así es. Lo encontré y lo traje aquí. Ha dormido usted toda la noche.

—¿Dónde está Salvochea?

Ella meneó la cabeza.

—No encontré rastro alguno de él en la cripta. Ni de él ni de Beatriz.

Juaíco inspiró hondo.

—Usted se llevó el libro negro del cuarto de Beatriz —acusó. Ella no contestó—. ¿Quién es usted? ¿Qué sabe de lo que está pasando?

—Sé muchas cosas, pero no todo. Llevo días vigilándolos a usted y a Salvochea.

Una pieza cayó en su mente a medida que despertaba. Se sobresaltó.

—¿Dónde está la media tijera? ¿Qué ha hecho con ella?

La mujer alzó las manos en señal de paz. Echó mano de la bandeja. Sobre ella descansaba la media tijera de Calvario Soto. La cogió y la puso sobre la cama, entre los dos.

—Necesito encontrar la otra mitad, Juan. Es lo único que me queda para abrir el libro.

—¿Esa tijera sirve para abrir el libro negro? —Ella asintió—. ¿Y qué hay en ese libro? ¿Por qué todo el mundo lo quiere?

En lugar de contestar, Rosa Marina abrió un cajón de la mesita de noche. Sacó el libro que había robado de la Casa Aramburu. Era fino, de tapas negras ribeteadas de negro. Estaba cerrado con una faja metálica en la que no parecía haber cerradura. Se lo mostró entre los dedos, como si su sola presencia lo explicase todo.

—Es el diario de Beatriz Aramburu. He tardado casi un año en acercarme a él. —

Compuso una expresión amarga—. Y me ha costado un compromiso matrimonial. Desde que lo robé hace unas noches, he intentado abrirlo de todas las maneras posibles. No lo he conseguido. No se puede desprender el cierre, no se puede quemar, no reacciona al agua.

—Magia —murmuró Juaíco.

—Magia —corroboró ella. Tomó la media tijera y la acercó al libro. El cierre metálico empezó a temblar, pero se detuvo a los pocos segundos—. Si la tijera no está completa, no sirve. Necesitamos encontrar la otra mitad para abrirlo.

—Pero ¿cómo puede ser que el diario de Beatriz esté protegido con magia?

—Beatriz era mucho más de lo que usted piensa. Mucho más.

—Joder, y tanto. ¿Dónde aprendió magia? ¿Esas cosas se las enseñan a los ricos?

Rosa Marina resopló.

—Digamos que entre el grupo de sufragistas de Margarita López de Morla se enseñan muchas cosas aparte de filosofía y literatura.

Juaíco abrió mucho los ojos.

—No me lo puedo creer. —La expresión de Rosa Marina le dejó claro que su credulidad era de lo más irrelevante—. ¿Y por qué quiere usted abrirlo? ¿Qué le importa a usted el diario de una muerta?

Rosa Marina se puso rígida al instante.

—No hable así de Beatriz.

Sus dedos se tensaron sobre el libro, de tal manera que se le antojaron garras. Juaíco se echó hacia atrás. Ella se dio cuenta de que lo estaba asustando.

—Disculpe. En este libro están los últimos días de Beatriz. Creo que en él podré encontrar la respuesta que estoy buscando.

—¿La respuesta a qué?

Bajó la vista, y de repente fue de nuevo una modesta intelectual que de vez en cuando escribía artículos para los periódicos culturales gaditanos. Juaíco no supo ver que aquella fachada era parte de su hechizo.

—Necesito saber quién era el padre de su hijo.

Esa sencilla frase pesó sobre ellos como la losa que cubre un nicho.

—¿Por qué me ha salvado? —preguntó al fin Juaíco.

—Porque ustedes dos han dado con lo que yo llevo buscando desde que Beatriz murió. Pensé que se lo debía.

El barbero se descubrió pensando como Salvochea.

—Y porque no puede encontrar la otra media tijera sola.

Ella asintió. Juaíco lo comprendió de repente. Aquella mujer no buscaba un tesoro. No quería riqueza, ni satisfacer su curiosidad. Rosa Marina buscaba venganza. Quería vengar lo que le había sucedido a Beatriz.

—Sea quien sea el padre —se encontró diciendo—, no es culpable de lo que le pasó a Beatriz Aramburu.

—¡Mentira! —exclamó ella, y Juaíco volvió a encogerse—. Es el principal

responsable. Si él no hubiera seducido a Beatriz, ella jamás habría muerto.

Se le humedecieron los ojos. No pudo continuar. Se levantó y salió del dormitorio. El portazo reverberó en el aire. Juaíco se quedó allí, desnudo bajo el batín, pensando en cómo había cambiado su vida en los últimos días.

—¿Dónde está usted, señor alcalde? —susurró—. ¿Dónde cojones se ha metido?

No hubo respuesta.

2

La tensión de los últimos días se había acabado cobrando su precio. Juaíco se sentía demasiado molido para ir tras ella, así que volvió a recostarse. El sueño se lo llevó sin apenas esfuerzo. Soñó con caras que lo observaban en la oscuridad. Rostros blanquísimos de bocas enormes que se abrían para vomitar bandadas de murciélagos sobre él. Los chillidos hacían sangrar sus oídos, las alas cubrían el mundo, borraban el recuerdo de su Antonia de la faz de la tierra.

Despertó, agradecido de que la pesadilla hubiera terminado. Notó un movimiento junto a la cama. Abrió los ojos y la vio. Se quedó sin respiración.

Rosa Marina llevaba el mismo atuendo que habían visto contra la luz de la luna en la habitación de Beatriz Aramburu. Era un traje de cuero negro, tan apretujado al cuerpo que Juaíco sintió un absurdo apunte de rubor. Tiras de cuero con innumerables hebillas recorrían su pecho, cintura y espalda. Una capucha negra cubría su cabeza, y unas gafas de protección oscuras ocultaban sus ojos. Rosa Marina se paseó con andares felinos alrededor de la cama. Juaíco se sintió menos hombre. Se sintió un ratón.

—No me equivoqué con usted, Juan —ronroneó, y en su voz vibraba una cualidad peligrosa que no había antes. El barbero pensó que algo había tomado el control de esa cabeza de cabellos negros, algo que había dejado reposar a Rosa Marina mientras seguía inmerso en su búsqueda de venganza—. Gracias a usted, tenemos la tijera a mano.

—¿Dónde?

—Venga, quiere hablar con usted.

—¿Quién?

Rosa Marina salió sin contestar. Minutos después, Juaíco salía a su vez, ya vestido. Ella lo esperaba en mitad de un pasillo largo, ribeteado de cuadros y más jarrones de diferentes estilos. Embutida en aquel mono negro, con las gafas de protección, casaba tanto en ese ambiente como un toro bravo en una lonja de pescado.

Al final del corredor había una escalera que ascendía. Hacia allí se dirigieron.

—Fue difícil averiguar lo que le había pasado a Beatriz. Por suerte, ella me fue dando pistas.

—Pero ¿de quién habla?

Llegaron al pie de la escalera.

—Han sido largos meses de investigaciones. De hablar con gente. De pequeñas mentiras aquí y allá. Por suerte, ella siempre ha estado de mi lado. He sabido muchos secretos gracias a ella.

—¿A quién?

Rosa Marina subía. Juaíco la seguía.

—Ni se imagina lo que tuve que hacer con Osvaldo Aramburu. Las cosas que

dejé que me hiciera. En aquella época, ella casi me abandonó. Pero terminó comprendiendo que era un mal necesario.

—Chiquilla, le estoy preguntando que quién.

Al final de las escaleras había una puerta cerrada. Rosa Marina agarró el picaporte.

—Mejor que lo vea usted mismo.

Las gaviotas graznaban en el exterior.

Abrió la puerta.

La habitación al otro lado estaba vacía. Sólo las paredes estaban llenas.

No había resquicio de pared que no estuviera ocupado por un espejo. Los había de todas las hechuras, desde pequeños segmentos de polvera hasta aparatosos armatostes de cuerpo entero sacados de algún palacio moldavo. Formaban un puzle demencial que repetía y fragmentaba la habitación, vertiendo cada reflejo sobre otro reflejo y otro más hasta el infinito. Mirar dentro de aquella habitación era asomarse a un abismo.

El barbero dio un par de pasos en el interior. Rosa Marina se quedó en la puerta, los brazos cruzados, abrazándose a sí misma. Juaíco, casi hipnotizado, miró alrededor.

—La casa de los espejos —acertó a decir—. La leyenda es cierta.

Cierta, cierta, cierta. El eco se repitió una infinidad de veces a su alrededor, como si los espejos no sólo repitieran la imagen sino también jugasen a replicar la voz. Entonces una sombra pasó corriendo junto a Juaíco. La vio en un trozo de espejo en la pared. Se volvió. Allí no había nada. Con el rabillo del ojo, vio a la misma silueta pasar corriendo a su lado en otro reflejo. Se giró, pero tampoco encontró nada más que su propia imagen.

—Pero ¿qué cojones...?

Sucedió de nuevo. Una figura menuda se deslizó detrás de él atrapada en una superficie reflectante. Sonó una risa aguda, que se repitió y se repitió. Juaíco giraba sobre sí mismo. Era incapaz de ver dónde acababa la estancia y dónde empezaba el reflejo. El olor a azahar mareaba. Había alguien a su lado, detrás de él, encima, a su alrededor. Alguien a quien no podía ver, a quien no podía tocar. Alguien que sólo vivía en los innumerables reflejos de aquella estancia.

Una niña.

De pronto se detuvo. La veía a su lado en los espejos, pero si apartaba la vista, sólo había aire en el hueco que ocupaba. Era morena, menuda y de ojos claros. Vestía una prenda antigua, el mismo estilo que llevaban las niñas ricas que veía sacar a paseo por la Alameda cuando era chico.

No necesitó dar muchas vueltas a la cabeza para reconocerla. Se volvió hacia Rosa Marina.

—Es usted —dijo—. Esta niña es usted. El reflejo de la leyenda. La hija del marino.

Ella seguía en la puerta. Asintió.

—Ya no sé cuál es el reflejo y cuál la de verdad.

La niña le cogió la mano. Sintió su contacto, aunque junto a él no había nadie. Se le pusieron los vellos de punta. Estaba fría.

—¿Te gustan mis espejos? —preguntó con una voz cantarina, señalando a las paredes—. Me los ha traído mi padre. Es marino, ¿sabes? Y mamá me quiere mucho.

—C-claro que sí —tartamudeó Juaíco.

—Con ellos se ve Cádiz entero. Y mucho más lejos. Son espejos mágicos y me dicen que estoy muy guapa.

Él asintió, con un nudo en la garganta.

—¿Quieres ver algo? Venga, dime qué quieres ver y te lo enseñaré.

—Pídaselo, Juan —dijo Rosa Marina.

—Quiero... quiero ver dónde está la otra media tijera.

Ella frunció el ceño.

—Qué aburrido eres. Eres tan pesado como ella.

—Por favor, Rosa —dijo la mujer desde la puerta—. Has dicho que se lo ibas a enseñar.

El reflejo de la niña se enfurruñó.

—Está bien.

Tiró de su mano. Le obligó a encarar el espejo más grande de la habitación, un mamotreto de marco oscuro y recargado. Juaíco miró. Su superficie se volvió negra. Ondeó como una poza en la Caleta sobre la que rebota una piedra. Luego empezó a aclararse.

Dentro del espejo, Juaíco vio la plaza de la Catedral. La gente acudía a la misa de Corpus. Por la entrada de la calle Pelota apareció un carruaje negro. Se detuvo delante de la escalera que subía hasta las puertas de la catedral. Del carruaje bajó Ernesto Aramburu y su hermana Guillermina. Por la otra parte descendió Osvaldo. Parecía más joven, la expresión más cruel. Dio la vuelta al vehículo y se situó junto a la puerta por la que habían bajado su padre y su tía. Extendió el brazo.

Una mano trémula surgió de dentro del carruaje. Beatriz Aramburu bajó con dificultad. Estaba muy pálida. Se apoyó en su hermano para subir los escalones. Fue un ascenso duro. Las miradas convergían en ellos. El sudor cubría la frente y el cuello de Ernesto Aramburu. La expresión de Osvaldo cada vez estaba más agria. Beatriz llevaba un sencillo vestido negro con velo, como una viuda. Entraron. Todas las cabezas se volvieron hacia ellos. Ernesto Aramburu, rojo de ira, lanzaba miradas asesinas a la gente. Beatriz susurró algo al oído de su hermano. La acompañó hasta uno de los confesionarios.

Juaíco alzó las cejas. Fray Amancio Espinosa apareció junto al ábside y se dirigió a toda prisa al confesionario, donde ya se acomodaba Beatriz. Pasó junto a Osvaldo, que permanecía cerca con su cara de **sieso** manido. Entró.

El reflejo le mostró a Juaíco cómo Beatriz apartó la telilla que separaba el habitáculo de fray Espinosa. A través del hueco le tendió la media tijera. Fray Espinosa la aceptó, con lágrimas en los ojos.

—Aquí estará a salvo, hija, no te preocupes.

—Gracias, padre.

La voz de Beatriz era débil, pero aun así dulce. A Juaíco se le humedecieron los ojos.

—Que Dios te acompañe, hija.

—Ya es tarde para eso, padre.

El obispo de Cádiz se disponía a officiar la misa de Corpus. Osvaldo ayudó a Beatriz a alzarse y caminar hacia su sitio. Desde el interior del confesionario, el fraile les dedicó una mirada que rebosaba conmiseración. Abrió un cajoncito dentro del confesionario y metió en él la media tijera. Sus labios se movieron. Quizá decía una oración por Beatriz, o por sí mismo. Quizás intuía la tragedia que le aguardaba a la vuelta de la esquina del destino. Juaíco no llegó a saberlo, porque la imagen se diluyó en esa nada negra, para volver a mostrar su propio reflejo.

Esta vez estaba solo.

Juaíco salió de la habitación de los espejos. No pudo evitar mirar por encima del hombro, y la vio allí, multiplicada un millón de veces, un millón de ojos clavados en él, un millón de manos agitándose en el aire, despidiéndose para siempre.

Rosa Marina cerró la puerta.

—Llevo meses intentando que me diga dónde está esa media tijera —dijo—. Usted lleva aquí unas horas y se lo revela. ¿Quién es usted, Juan? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

Juaíco podría haber contestado muchas cosas, pero lo que dijo fue:

—Tenemos que encontrar a Salvochea.

Rosa Marina meneó la cabeza.

—No hay tiempo. Cádiz ya está llena de vampiros. Quién sabe lo que pasará cuando caiga la noche. Si Salvochea ha sobrevivido, sabrá dar con nosotros. Lo que vamos a hacer es recuperar la media tijera.

Juaíco la agarró del brazo.

—Señorita Rosa, ¿de verdad vale la pena todo esto?

Ella se zafó de su contacto. Aunque Rosa Marina estaba en la tristeza de aquellos ojos azules, fue la mujer gata quien le respondió:

—Sí.

Rosa Marina y Juaíco caminaban por la calle Compañía. Ella iba delante. No volvía la cabeza atrás para comprobar si la seguía. El sol arrancaba destellos en el cuero negro del traje. Las gafas protegían sus ojos Dios sabía de qué. Aparte de la media tijera que colgaba de su cinturón, no parecía llevar armas de ningún tipo. Juaíco cayó en la cuenta de que él tampoco.

El reloj del Ayuntamiento tocó las doce en la lejanía.

Salvochea había desaparecido. Al igual que la mitad de Cádiz.

Por fin hacía calor, pero no se veía un alma por la calle. El barbero no quería pensar en la razón de aquella repentina soledad, pero la idea se le seguía colando entre los pensamientos. Apenas le bastaba un parpadeo para recordar la carnicería en la Casa Aramburu. Pensó en todas aquellas criaturas despertando, echando a volar entre las casas, arrastrándose por las paredes y colándose por las ventanas. Imaginó los frutos de aquella noche demoníaca escondidos en los sótanos de las tabernas, en los accesos prohibidos a las cuevas de María Moco, tras los postigos de las ventanas cegadas. Sintió algo muy parecido al miedo. Su ciudad moría entre estertores y él no sabía encontrar palabras para despedirse de ella.

—¿Qué pasará cuando caiga la noche? —se atrevió a preguntar en voz alta.

Ella le contestó sin detenerse.

—Los vampiros saldrán de donde estén escondidos. Nos buscarán y nos matarán o nos convertirán, que para el caso viene a ser lo mismo.

Juaíco no contestó. A Rosa Marina no le importaba un carajo nada, nada más allá de abrir el maldito diario con esas tijeras. A esas alturas, ni siquiera se preguntó por qué seguía yendo detrás de todo aquel manojito de lunáticos. Cada uno tenía su propia locura y la perseguía como a un fuego fatuo.

La plaza de la Catedral estaba tan desierta como el resto de Cádiz. A su espalda, el océano seguía erosionando la muralla del Campo del Sur, ajeno a los hombres y sus maleficios. Los portones de la catedral eran dos macizos bloques de arce, ribeteados de gruesos remaches cuyas cabezas parecían ojos. «No te están vigilando, Juaíco, cojones. Deja de pensar esas cosas». Estaban ambos cerrados; sólo se abrían en Domingo de Ramos, en Corpus y en Pentecostés. Uno de ellos tenía una contrapuerta por la que los fieles entraban a misa los días de ordinario. Ésa sí estaba abierta. Una brisa caprichosa la mecía adelante y atrás.

Cádiz entera estaba desierta. Si alguno de ellos lo entendió como un mal presagio, ninguno lo mencionó.

—Será muy sencillo —dijo Rosa Marina, y Juaíco pensó que se equivocaba—. Nos dirigiremos al confesionario, cogeremos la media tijera y saldremos de nuevo.

—Ahí dentro está oscuro —casi suplicó Juaíco—. Es un buen sitio para que se esconda una cosa que le tenga miedo a la luz.

—Vamos —cortó ella.

El barbero se persignó, y al instante se dio cuenta de que lo había hecho al revés.
Eso sí fue un mal presagio.
Entraron.

—Dios bendito.

Los labios de Rosa Marina dibujaron esas dos palabras, pero ningún sonido salió de ellos. Su garganta se había quedado seca. Le temblaba el labio inferior, y por un segundo no fue la niña del espejo, ni aquella mujer despiadada en la que se convirtió para sobrevivir al veneno de su madre. Fue una mujer sencilla, un alma inmaculada que se encoge ante el horror.

Era imposible discernir cuántos había. Colgaban de las paredes, cabeza abajo, los brazos cruzados sobre el pecho, los huesos crujiendo a medida que se adaptaban a la postura. Los rayos de sol que entraban, débiles y amortiguados por la suciedad de las vidrieras, apenas les molestaban. Se apelotonaban unos contra otros, abrazados o enfrentados, convertidos en una amalgama de extremidades, cabezas y colmillos. Colmillos. Había colmillos por todas partes. La maraña de cuerpos ascendía y ascendía. Estaban pegados a las columnas, retrepados en las espaldas de las vírgenes, arrebujados en el púlpito. Se acomodaban sobre el retablo como santos hechos carne no-muerta. Sus excrementos se amontonaban en el suelo. El aire hedía a algo que sólo podía describirse como muerte.

La catedral de Cádiz se había convertido en un aviario del terror.

Señoras mayores, obreros de astilleros, pescadores, mariscadores aún arremangados. Sacerdotes. Niños. En alguna parte, Juaíco creyó ver las facciones hinchadas del obispo de Cádiz. Quizá sólo lo imaginó; fue una de las muchas cosas que jamás sabría a ciencia cierta. La mitad de Cádiz estaba ahí dentro, acurrucada junto a sus hermanos de sombra, esperando a que aquella maldita bola de fuego se hundiera en el mar, su mar, su bendita extensión de agua salada y oscura, oscura, oscura.

La mano de Rosa Marina en su hombro casi lo hizo gritar. Descubrió horrorizado que había avanzado un par de pasos hacia dentro. La mujer le había clavado las uñas en la carne. Tenía la media tijera de Calvario Soto en la mano.

El barbero inspiró hondo. No se atrevió a emitir sonido alguno. Señaló hacia dentro. Allí, en mitad de la penumbra, estaba el confesionario. Los separaban apenas una veintena de metros. No serían nada, de no ser porque eran veinte metros más lejos del portón, de la luz, de la vida. Tenían que adentrarse en la catedral para encontrar la otra media tijera.

Rosa Marina dio el primer paso. Docenas, quizá cientos de vampiros dormían sobre sus cabezas. Luego dio otro, y otro más. Muy despacio. Juaíco tuvo que obligarse a seguirla. Gotas de saliva pestilente y otras secreciones caían a su alrededor. Fueron los veinte pasos más largos de su vida.

Llegaron hasta el confesionario. Rosa Marina se apoyó en el mismo reclinatorio que había usado Beatriz. Abrió la puerta. Hubo un pequeño crujido. El corazón de Juaíco retumbó. Creyó que se desmayaría. Apretó los puños para controlar los

temblores.

No sucedió nada más.

La mujer se agachó junto al reclinatorio. Los segundos pasaron. «No haga usted ningún ruido, por su madre de su alma». Los vampiros dormían a su alrededor. «No los mires, Juaíco. No los mires. Su respiración se aceleró. Ahora levantarás la cabeza y te toparás con la cara de una de esas cosas. Y abrirá los ojos. Y te mirará a ti. Y te enseñará los dientes. Esos dientes». Juaíco cerró los ojos, metió las manos en los bolsillos y esperó a que pasase lo que tuviera que pasar.

Lo que pasó fue que Rosa Marina le volvió a tocar el hombro.

—La tengo —dijo su voz en el susurro más débil del que fue capaz.

Juaíco abrió de nuevo los ojos, agradecido por su suerte.

Y se topó con la cara de uno de los vampiros, colgando bocabajo frente a él.

Tenía los ojos abiertos.

—¡Cuidado! —gritó Rosa Marina, sabiendo que ya era demasiado tarde.

La criatura extendió las garras hacia él. Rosa Marina giró sobre sí misma. La media tijera centelleó en un rayo de sol errante. Un surco negro se abrió en la piel del monstruo, que lanzó un rugido. Cuatro de sus dedos, increíblemente largos y retorcidos, cayeron al suelo. La mojarra se convirtió en espuma, como si el contacto de la tijera la hubiera desecho.

En lo que dura un latido, la Catedral entera se convirtió en una cacofonía de aullidos desgarradores. Los dos intentaron taparse los oídos. No sirvió de nada.

Una silueta negra cayó a su lado. Luego otra, y otra. Los vampiros despertaban. Juaíco echó a correr en dirección a la salida. Rosa Marina lo siguió. Frente a ellos cayeron varios vampiros más. Bloqueaban el camino. Uno aterrizó entre los dos, obligándolos a separarse. La criatura les mostró una boca anormalmente grande, repleta de dientes babeantes. Juaíco miró a Rosa Marina. Pudo ver la consternación en su rostro.

—Lo siento —dijo, aunque el barbero no supo si se lo decía a él o a Beatriz.

Y fue entonces cuando el rosetón estalló.

Una lluvia de cristales cayó sobre los vampiros, cristales afiladísimos apelmazados de tiempo, de oraciones y de agua salada. Muchas criaturas cayeron al suelo entre rugidos, pero eran demasiadas. Sin embargo, los pedazos de cristal no tenían como misión acabar con ellos.

Sino dejar pasar la luz del sol.

Los gruñidos de cólera se convirtieron en gemidos de dolor. La luz penetró en la catedral de Cádiz y dibujó un círculo de claridad en su centro, justo donde estaban Juaíco y Rosa Marina. Allí aterrizó lo que había roto el rosetón en mil pedazos, una figura oscura hecha un ovillo, que se irguió y se volvió para encarar a la horda de vampiros.

Fermín Salvochea.

—Entrar aquí ha sido un considerable error —les informó en tono neutro.

—Ya nos hemos dado cuenta —comentó Rosa Marina.

Las mojarras se retorcían alrededor del círculo de luz. El barbero las observaba como hipnotizado.

—¿Qué habrían hecho ustedes si no llego a aparecer?

—No necesitamos su ayuda, señor alcalde.

—Juraría, señora, que eso no es cierto.

—Le ruego que me llame señorita.

—Siempre que usted me llame Fermín.

—¡¿Pero se puede saber qué carajo os pasa?! —chilló Juaíco—. ¡Tenemos que najarnos de aquí, cojones!

Las mojarras lanzaban espumarajos e improperios en una lengua que arañaba los oídos. El barbero estaba a punto de enloquecer de terror allí dentro. Lo peor de todo era reconocer en ellos rostros del Cádiz de todos los días, personas que hasta hacía dos noches habían sido sus vecinos.

Un bramido se oyó por encima de la alharaca de las mojarras. De pronto se sumieron en un silencio enconado, sediento de sangre. Un pasillo se abrió entre ellos, por el que una silueta se acercó en medio de la penumbra. Se detuvo justo ante el círculo de luz. Aunque contrahechas y renegridas por aquella sangre infecta, pudieron reconocer sus facciones. Rosa Marina se cubrió la boca con una mano.

No era una mojarra. Beatriz había bendecido a su hermano con su íntimo beso de sangre. Osvaldo Aramburu se había convertido en un vampiro. Las mojarras se arremolinaban a su alrededor, acariciando y lamiendo sus manos como perros esperando un hueso de su amo.

—*Querida* —repicó la criatura que había sido Osvaldo Aramburu—, *apenas vuelvo la cabeza un segundo y te vas con otro.*

—Abandona las chanzas, Osvaldo —dijo Salvochea. Juaíco sintió un apunte de admiración por alguien con los huevos tan cuadrados como para soltar esa frase en un

momento como aquél—. Después de tu muerte, sería un error seguir manteniendo el compromiso con la señorita Rosa Marina.

—*Cállate, Fermín.* —El vampiro extendió una garra hacia Rosa Marina, con cuidado de que no entrase en el círculo de luz—. *Querida, si te unes a nosotros, estaremos juntos por toda la eternidad. ¿No te parece romántico?*

Ella negó con la cabeza.

—No, Osvaldo. No me parece romántico en absoluto. Te mentí. No te quiero. Estoy enamorada de otra persona.

Salvochea hinchó el pecho. El semblante ya deforme de Osvaldo Aramburu se contrajo aún más. Juaíco quería tirarse de los pelos. No podía creer que delante de sus ojos se estuviese desarrollando una escena de folletín. El vampiro dio un paso adelante, pero el contacto con el sol le hizo retroceder.

—*¿Estás enamorada de este fantoche?* —escupió—. *¡Te estoy ofreciendo la vida eterna!*

Rosa Marina negó.

—Te equivocas. Estaba enamorada de tu hermana Beatriz. Todavía lo estoy.

Osvaldo soltó un tremendo berrido. Tanto Salvochea como Juaíco se quedaron boquiabiertos. Ahora el barbero comprendió su ansia por leer el diario, por vengar su muerte. Ella miró al alcalde con expresión consternada.

—Lo siento —le dijo—. Ya tengo lo que había venido a buscar.

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, se encaramó de un salto al confesionario. De allí saltó de nuevo, se apoyó en una columna y volvió a impulsarse. Cayó justo en la entrada. Desapareció en la luz de la mañana sin mirar atrás.

—Será hija de puta —se lamentó Juaíco.

Osvaldo Aramburu rugió. Las demás mojarras lo imitaron. Una de ellas intentó agarrarles. La luz del sol descompuso su brazo en un chisporroteo de espuma de mar. Otros dos lo intentaron a su vez. Se empezaban a envalentonar.

—*¡Matadlos!* —gritaba Aramburu—. *¡Descuartizadlos! ¡Comeos su maldito corazón!*

Una mojarra cayó de un salto dentro del círculo de luz. Juaíco comprobó horrorizado que era el Arropía, el cuerpo aún más retorcido y la cara más fea de lo que la había tenido jamás. La criatura se contrajo al contacto con el sol. Enarbolaba su navaja cordobesa como recuerdo de su vida pasada.

—*Ven aquí, barbero* —balbuceó entre temblores—. *Una mijita de calor no me va a quitar de sacarte los híg...*

No dijo más. El sol hizo el resto. Su cuerpo estalló en un remolino de espumaapestosa. Sólo quedó frente a ellos su ropa de jorobado y la navaja. Juaíco la recogió al tiempo que más mojarras se atrevían a meter los brazos en la luz.

—Tenemos que salir pero que ya de aquí, señor alcalde —dijo—. ¡Señor alcalde!

Salvochea no reaccionaba. Se había quedado de una pieza, mirando el sitio donde Rosa Marina había desaparecido. El barbero le agarró por las solapas.

—¡Me cago en la puta de oros, no se me quede así! —Lo sacudió—. ¡Por Dios y por la Virgen del Carmen, que nos matan!

Eso le hizo espabilarse. Reconoció a Juaíco y le mostró aquella expresión flemática que el barbero tanto estaba llegando a odiar.

—No se preocupe. —Hurgó dentro del gabán y sacó el reloj de bolsillo. La efigie del alacrán grabado resplandecía con una luz roja—. Creo que las tornas están a punto de cambiar.

—¿Pero qué dice?

Unos dedos monstruosos lo agarraron por el pelo. Juaíco se revolvió. Estaban ya encima de ellos. El sol los seguía haciendo explotar, pero les daba igual. Querían sangre. Su sangre.

—Digo que los refuerzos acaban de llegar.

Una explosión tremenda sacudió los cimientos de la catedral. Muchas de las mojaras cayeron al suelo, gimiendo como alimañas en una inundación. Juaíco se agarró al alcalde. Una de las paredes delanteras se derrumbó por completo, dejando entrar la luz a raudales. Docenas de mojaras explotaron entre chorretones de espuma, otros consiguieron ponerse a salvo.

Cuando el polvo se asentó, había una silueta en medio de los cascotes. La luz del día iluminaba a una figura de acero y bronce. Un gigante metálico tan grande como dos hombres, de poderosos músculos mecánicos y una coraza por piel. Sus titánicas extremidades estaban cubiertas de remaches. A Juaíco se le salieron los ojos de las órbitas. Nicolás Mejías ocupaba el hueco del pecho del autómeta. Sus manos movían sin cesar las palancas que daban vida al artefacto.

Las mojaras parecían congeladas en el tiempo. Mejías paseó la mirada por el interior de la catedral. Su voz se oyó a través del pecho del ingenio, amplificadas y metalizadas por algún sistema críptico dentro de aquel armatoste.

—El prototipo ya está listo, Fermín. Por poco; lo justo para salvarte la vida.

El gigante mecánico unió los dos brazos. Ambos se ensamblaron con un triquitraque de remaches, formando una especie de cañón de acero repleto de tuercas, bielas y tuberías. De los antebrazos surgieron dos compartimentos que se ensamblaron justo por debajo del cañón. Cada compartimento albergaba un cargador lleno de estacas de madera. Se sucedieron los chasquidos y las vaharadas de vapor. Una hilera de luces rojas se iluminó a lo largo del ingenio mecánico. El brazo de Mejías desapareció dentro de uno de los huecos del armatoste, y de pronto el cañón cobró vida.

Apuntó al interior de la catedral.

—Va siendo hora de hacer limpieza aquí dentro.

Y empezó a disparar sobre los vampiros.

Osvado Aramburu fue el primero en cubrirse tras una muralla de mojaras. El cañón vomitaba estacas sobre la masa de criaturas. Se lanzaron sobre Mejías entre espumarajos de rabia y rugidos de tormenta. El sol se ocupó de hacer estallar a la

mayoría. El cañón vibraba con pequeñas explosiones de vapor y energía. Mejías seguía disparando.

—¡Juan! —gritó Salvochea—. ¡No se separe de mí!

No lejos de ellos había una puerta, junto a uno de los pilares mayores de la catedral. Salvochea desenvainó el estoque y empezó a abrirse paso en esa dirección. Juaíco enarboló la navaja del jorobado, sin saber muy bien cómo usarla. Una garra lo aferró del cuello y lo levantó. Ahora que habían salido del círculo de luz, Osvaldo Aramburu se había atrevido a acercarse a ellos.

—*Tú serás el primero, barbero* —le dijo—. *Me vas a pagar lo que me hizo tu mujer.*

Juaíco le soltó una mojada en pleno antebrazo. Aramburu chilló y retrocedió como si le hubiera entrado el mal de san Vito.

—No hables de mi mujer, hijo de la gran puta. —Salió corriendo tras el alcalde—. Joder con el jorobado, no escatimaba en navajas.

Salvochea echó la puerta abajo. Tras ella, unas escaleras de piedra subían formando una espiral. La luz acababa al pie de las escaleras.

—¡Que por ahí no se ve un carajo! —protestó el barbero—. ¡Y encima va hacia arriba!

—¡Justó donde queremos ir! —contestó Salvochea sin detenerse—. ¡No deje de subir, por lo que más quiera!

Juaíco no tuvo ni un latido para decidir si le seguía o no. Cerró la puerta tras de sí de un empujón. Se vio sumido en sombras. Atrapó al vuelo una doblez del gabán del alcalde y empezó a ascender a la carrera. Tropezaba, corría a cuatro patas, volvía a levantarse. La oscuridad era total. Aquello era una locura, una absoluta locura. El infernal estruendo de las mojarras los perseguía de cerca. Osvaldo Aramburu pronunciaba sus nombres en una retahíla de blasfemias. No podía darse ni un respiro. Sentía cuchilladas de dolor en los músculos. Las escaleras no acababan nunca.

La claridad apuñaló sus ojos de pronto. Juaíco cayó al suelo, gimiendo y llorando y cagándose en todas las castas de Salvochea. Estaban en lo alto de la Torre de Poniente, la más alta de la catedral. Desde sus más de setenta metros de altura se veía toda Cádiz. También se veía que no había lugar adonde ir. Los vampiros venían detrás de ellos y desde allí no había salida.

—Hijo de puta —se atrevió a decirle al alcalde—. Nos van a coger. ¿Por qué no hemos ido hacia la salida?

—Porque la salida da a la calle —contestó él—. Y desde la calle no podemos llegar a nuestro objetivo.

—Pero ¿qué objetivo ni qué niño muerto? Nuestro objetivo es que no nos coman vivos.

—Se equivoca, Juan. Nuestro objetivo está ahí.

Señaló. Por encima de la barandilla de la torre, en mitad de la lluvia, Juaíco la vio. La Bella Escondida daba vueltas por entre los tejados de la ciudad. Se estaba

acercando.

—Está usted grillado —sentenció el barbero.

Las mojarras cada vez estaban más cerca.

—Le pido disculpas por mi ausencia. Beatriz Aramburu está viva. Consiguió escapar, aún no sé cómo. Pero sé que está ahí dentro, Juan.

—Está usted obsesionado. Podría estar en cualquier parte.

—¡No! Es la única respuesta. La torre y la doncella. Es ahí, Juan, confíe en mí.

—¡Pero no podemos llegar hasta ella!

—Sí que podemos.

Salvochea se abrió el gabán. Juaíco contempló atónito cómo un armazón retráctil se desplegaba desde el interior. Un sistema de engranajes y garruchas se abrió ante sus ojos, formando dos alas simétricas, forradas por el mismo material del gabán. En el centro de las dos se encontraba Salvochea, sujeto a la estructura mediante un arnés.

Junto a él colgaba otro arnés vacío.

—Usted decide —le dijo—. No creo que se atrevan a salir mientras sea de día. Puede quedarse aquí y esperar. Habré terminado con esto antes de que caiga la noche. Pero necesito hombres buenos a mi lado, Juan. Y usted es un buen hombre.

El barbero le miró, la cara descompuesta. Se llevó las manos a la frente. De repente le pareció estar soñando. El alcalde de Cádiz le acababa de pedir que se tirase junto a él de la Torre de Poniente. Y para colmo la alternativa...

La frase se coló en sus pensamientos como un pescado nadando a contracorriente.

Al carajo la alternativa.

Al carajo la seguridad.

Al carajo Antonia.

Al mismísimo carajo el vino y el juego y todo.

Se levantó y enarboló la navaja.

—Vamos a matar vampiros.

Salvochea sonrió.

Saltar desde la Torre de Poniente fue la cosa más difícil que Juaíco hizo en su vida. El largo grito que salió de sus pulmones se perdió en una racha de viento. El suelo se abalanzó hacia ellos como un toro furioso. El barbero se agarró a Salvochea.

Un segundo después, volaban.

A pocos metros del suelo, el artilugio se elevó. Pasaron tan cerca del tejado de la Iglesia de Santiago que Juaíco tuvo que apoyarse con los pies en las tejas para impulsarse hacia arriba. Y sin embargo, volaban. Primero cimbrearon, y a continuación encontraron una corriente de aire que los estabilizó en las alturas. El alcalde manejaba los rudimentarios mandos del cacharro con expresión concentrada. La ventolera no conseguía arrancarle las gafas ahumadas del rostro. Juaíco, colgando como un batillo a su lado, se limitaba a dejarse arrastrar. Si antes era terror lo que había salido de sus pulmones, en esta ocasión fue alegría, una euforia de águila recién nacida.

Una euforia que se vio cortada de raíz cuando Osvaldo Aramburu cayó sobre el artilugio volador.

Salvochea gritó. La garra del vampiro abrió un largo surco en una de las alas, las atravesó y se hundió en la espalda del alcalde.

—¡No! —exclamó Juaíco.

Salvochea soltó una tos ensangrentada. Su sangre llovió sobre Cádiz. Sus brazos cedieron. La cabeza le colgó.

—*¡Te he matado!* —gritaba Osvaldo—. *¡Te he matado, malnacido!*

El sol le deshacía la piel. Se estaba convirtiendo en espuma de mar delante de sus ojos. Pero la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas. Había enloquecido de rabia; no le importaba morir si se llevaba a Fermín Salvochea con él.

Giraron como una peonza en el aire. El mundo daba vueltas y más vueltas. Juaíco vomitó, pero no supo en qué dirección. Distinguió una forma ante ellos. La Bella Escondida se preparaba para recibirles. Sus dimensiones crecían y crecían. Vaharadas de polvo rojizo se desprendían de entre sus ladrillos. Era un animal de leyenda esperando su llegada con la infernal algarabía de una tormenta. El cuerpo de Salvochea colgaba del arnés, inerte. El vampiro, medio deshecho por la luz del sol, seguía intentando despedazarlo. Habían perdido por completo el control del artilugio. Juaíco comprendió que chocarían contra la torre en segundos.

—Y una mierda —masculló alguien, y ese alguien era él mismo.

Agarró los mandos. Para él eran tan ajenos, tan alienígenas, que sólo pudo tirar de ellos hacia todas partes a la espera de un resultado que no desembocase en su muerte. Saltaron de una corriente de aire a otra, aumentando la velocidad. Las mejillas del barbero temblaban ante el embate del viento.

Una mano se cerró sobre su brazo.

—El mar, Juan —susurró Salvochea en un último estertor—. Llévenos al mar.

No hubo tiempo de más. Juaíco tiró con todas sus fuerzas de los controles. El artilugio volador se estrelló de lado contra la Bella Escondida a una altura de unos cinco pisos. Todo se convirtió en una amalgama carmesí de carne, sangre y piedra. Giraron y giraron, desestabilizados por el brutal golpe contra la torre. En el calidoscopio de imágenes que atravesó su visión, Juaíco distinguió la masa de agua del Atlántico.

Cayeron.

XIII La plaza de las viudas
3 de octubre, 1907

1

Sebastián se pasó la mayor parte del día metido en su casa. No tenía fuerzas ni para moverse. Las imágenes de la noche anterior martilleaban en su cabeza. Por fin se había dado cuenta de una verdad que los había estado persiguiendo como una sombra desde que todo empezara: aquello era peligroso. Los muertos no eran cosa de risa.

Apenas pegó ojo, pero quién podría pegarlo. Los minutos se escurrían con lentitud en las tragaderas de la noche. Sebastián se sentía incapaz de saber qué hacer, a quién pedir ayuda, con quién hablar de lo que había pasado. Sus ojos escarbaban la oscuridad en una súplica muda, rogando que la figura misteriosa volviera a aparecer entre las sombras. Cada vez era más consciente de que aquella figura era lo único que había sido una fantasía.

Madre descubrió su preocupación en cuanto abrió los ojos, pero por más que insistió, sólo consiguió arrebatarse a Sebastián un llanto quedo y prolongado. Ella le acariciaba el pelo, sabiendo como bien saben las madres que el silencio y el abrazo tiene la cualidad de diluir la pena de un hijo, no importa la edad que tenga. Sebastián se quedó arrebujado entre sus enaguas hasta que los ojos le dolieron, sintiéndose más niño que nunca y sin embargo consciente de que tarde o temprano tendría que salir y enfrentarse a lo que había pasado.

El arnés de Candela descansaba bajo la cama.

No había ni rastro de su padre.

El camino hasta el circo fue una tortura. El Pani arrastraba los pies como podía. Lo único que sentía en la cara era la ausencia de aquellos dos dientes que el cinturón de su padre le había destrozado. Tenía un ojo medio cerrado y la mandíbula hinchada. Y sin embargo, caminaba. No iba a permitir que Poe se fuera sin mirarlo a la cara y escupirle lo que llevaba dentro.

«Sí que existen los héroes —se veía diciendo—. Yo soy uno. Me he enfrentado al monstruo, no como tú. Mira, hijo de puta, me he enfrentado al monstruo y aquí estoy. No necesito héroes que me salven».

En su cabeza imaginaba a Poe cayendo de rodillas al suelo, echándose a llorar, pidiéndole perdón. Esa fantasía encendía en su vientre el calor que había perdido aquella misma mañana al despertarse y ver a su madre, el semblante agrio y un ojo tan cerrado como el suyo. El Pani había domeñado las ganas de ir hacia ella. Se habían mirado, él en la puerta y ella frente a la ventana, separados por un abismo que ninguno de los dos podía salvar. El Pani no había dicho nada. Ella tampoco. Había salido, dispuesto a decirle a Poe lo que en realidad quería decirle a su madre, a su padre, a la vida que le había tocado vivir.

Se detuvo entre los tres carromatos. La carpa principal estaba a medio desmontar. Nada se movía. Una mosca se posó en su mejilla. La espantó, sintiendo una punzada de algo para lo que todavía no tenía nombre.

Se acercó al carromato de Poe o como se llamara. La piel de sus antebrazos se escamó. Un reguero rojo salía de debajo de la puerta, gotas frías todavía cayendo perezosas entre los escalones.

«Vete. Corre. Sal pitando de aquí».

«No».

No. Avanzó un paso, y descubrió que dar el siguiente era más fácil. Subió el primer escalón, con cuidado de no pisar la sangre. Su cabeza restallaba con el temporal de lo que habría al otro lado de la puerta. Su mano se movió despacio, como si estuviera debajo del agua, hacia el picaporte. Lo asió. Lo movió.

«Vete».

«No».

El olor lo golpeó como una riada. Dio un paso hacia atrás. Sus manos se convirtieron en puños. Estaba a punto de salir corriendo. Se pasó la lengua por el hueco de los dientes partidos. Un dolor casi eléctrico le recorrió la cabeza y devolvió el movimiento a su cuerpo. Entró.

Se arrepintió.

El hedor de los cuerpos cortados era dueño del carromato. Poe estaba sentado en su butacón. Le habían rajado la garganta y no había sido un tajo limpio. Sus ojos seguían abiertos.

El Pani podría haber visto los muebles destrozados. Podría haber visto las piernas

de Leonor asomando tras la cortina que separaba la parte de atrás, salpicadas de pequeños mordiscos. Podría haber visto las manchas de manitas ensangrentadas en las paredes. Pero lo único que el Pani veía eran los ojos abiertos y muertos de aquel gallego que se había hecho pasar por Edgardo Poe.

«Teestámirandoteestámirandoteestámirandoteestámirando».

Algo se movió en la parte de atrás.

Lo siguiente que pasó se quedaría con el Pani. Jamás llegaría a contar lo que sucedió allí dentro. De noche, a oscuras, mirando al techo, se diría a sí mismo que en el carromato no pasó nada, que todo fue una fantasía aventada por el pavo, que en realidad no oyó aquella voz que pronunciaba una única palabra:

—*Pani*.

Salió corriendo sin mirar atrás.

3

No fue fácil trepar la reja de la Conejera. El arnés suponía un peso mayor que el de un puñado de hierros atados con tiras de cuero ensangrentadas. Mucho mayor.

La Conejera lo esperaba en una calma huérfana, casi como si supiera que venía a depositar su última ofrenda. Colocó el arnés justo debajo del cráneo de cabra. Lo hizo con reverencia, casi con devoción. La Conejera aceptó la prenda, como siempre había hecho, como quizás siempre haría con los niños que volviesen allí cuando a ellos se los hubiese llevado el tiempo y su pariente pobre, la muerte.

—Ya estás en casa, Caraesquina —musitó.

Se echó a llorar con una pena que hundía sus raíces en el vientre.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro, cuando oyó el ruido a su espalda. El segundo que tardó en girarse le bastó para imaginarse a Candela allí mismo, de pie delante de él, la piel pálida y las facciones deformadas por esa enfermedad con la que los vampiros del mar devoraban a sus víctimas. Candela abriría la boca y de ella surgiría una amalgama de dientes negros que se hundirían en su carne mientras ella reía y reía.

Había una figura en la puerta. Por un momento sintió un doloroso pinchazo en el pecho. La figura se acercó. Cuando la luz de las velas la iluminó, el miedo desapareció de un plumazo.

—Qu-quien no se haya escondido, tiempo ha tenido —dijo el Pani.

Quizá intentó improvisar una sonrisa en medio de su rostro amoratado, pero no lo consiguió. Tenía los labios partidos, un ojo cerrado en una masa hinchada y violácea, y marcas por toda la cara. Su cuerpo era una llama de vela en plena levanterá.

—Todo es cierto, Sebastián —dijo—. Tu padre tenía razón.

Sebastián asintió. El Pani miraba el arnés de Candela. Los ojos se le empañaron. Sebastián se restregó los suyos con la manga. Ninguno añadió nada más. Quizá pensaron en abrazarse o quizá no. Estaban demasiado ocupados luchando a brazo partido por no llorar uno delante del otro.

Tardaron todavía un rato en darse cuenta de que no estaban solos.

Julieta estaba en la puerta de la Conejera.

A su lado estaban Evaristo y Tancredo Mejías.

—¿Qué cojones...? —empezó a balbucear el Pani.

—Cállate —cortó Julieta—. Callaos los dos. Ahora nos vais a escuchar. Os guste o no.

Sebastián miraba a Julieta y a los dos niños gitanos.

—Evaristo y Tancredo me sacaron de la casa de las flores muertas —estaba diciendo Julieta—. No son tan malos como pensáis.

—No, son peores —acusó el Pani.

—Ten *cuidaíto*, payo —saltó Evaristo, y el Pani se encogió.

—Dejaos de pamplinas —dijo Julieta. Algo parecía haber cambiado en su voz. Todos guardaron silencio—. Evaristo, cuéntales lo que me contaste a mí.

El niño gitano se desabrochó el primer botón de la camisa. Carraspeó. De pronto no parecía tan amenazador ni tan loco. Parecía lo mismo que ellos, un chavea de trece años. Quizá lo había sido siempre.

—Hace dos semanas, mi hermano Credo y yo encontramos una entrada a las cuevas de María Moco. Estaba en las faldas de las Puertas de Tierra. No nos lo pensamos y *padentro* que nos metimos.

Tancredo secundó a su hermano lanzando un gruñido.

—Ya voy, Credo, ya voy. Echamos un rato largo allí abajo. Pensábamos que sabíamos volver, pero nos perdimos. Nos pareció que había un monstruo, algo que nos seguía. Entonces llegó la *gachí*.

—María Moco —apuntó Sebastián.

Tancredo volvió a gruñir, aunque ahora había un punto atiplado en el sonido que surgió de su garganta.

—Nos dijo que nos enseñaba el camino de salida si hacíamos una cosa por ella.

—Os pidió que robarais el libro —saltó de pronto el Pani—. Del convento de la Candelaria.

—Nos colamos en el convento en un pis pas. Ella nos dijo dónde teníamos que buscar. Nos pilló una monja, pero salimos corriendo. Cuando lo llevamos a las cuevas, nos pidió que robásemos otra cosa.

—¿Qué quería que robaseis? —preguntó Sebastián, a sabiendas de lo que dirían a continuación.

Evaristo tragó saliva. Tancredo se mecía atrás y adelante, cada vez más nervioso. Julieta asentía.

—Unas tijeras de plata.

—Será hija de puta —bisbisó el Pani con su nuevo juego de dientes.

—Le dijimos que ni *mijita*. Se puso como las locas, los *sacáis to* rojos. Nosotros nos najamos de allí por patas. Las paredes temblaban. Se nos caían las calichas encima. Pensamos que nos íbamos a morir allí mismo.

Como para corroborar las palabras de su hermano, Tancredo Mejías empezó a darse pequeños golpes en las sienes. Su cabeza ondeaba atrás y adelante. Les puso la piel de gallina, todavía más por el parecido fantasmagórico con Evaristo.

—Estate quieto, Credo. —Le dio un cate en la nuca, cosa que de alguna manera

lo tranquilizó—. El caso es que se derrumbó una pared y vimos luz. Trepamos como pudimos y salimos a la calle.

—Pero dejasteis el libro abajo, con María Moco.

Evaristo negó con la cabeza.

—Lo que hay en las cuevas no es María Moco. Mi abuelo conocía a María Moco y no era ese bicho. Eso es el *benguí*.

—¿Qué significa el *benguí*?

—El Diablo.

Todos guardaron silencio. Sebastián y el Pani se miraron.

—Total —dijo Sebastián—, que ustedes le robasteis el libro a la monja.

—La monja se lo dijo a Salvochea —añadió el Pani soplándose el flequillo, lo único que no tenía magullado—. Y Salvochea bajó a las cuevas a recuperarlo.

—Pero como tonto no era, separó la tijera y le dejó la mitad a Nicolás Mejías, por si le pasaba algo. Luego bajó a las cuevas y el *benguí* ese lo mató.

—Tenemos que encontrar la otra media tijera —dijo Sebastián—, pero yo ya no sé dónde investigar.

—¿Y habéis buscado en su casa? —saltó Evaristo.

Todos se lo quedaron mirando.

—¿Cómo que en su casa?

Él se encogió de hombros.

—En casa de Salvochea. Si le dio la mitad a mi abuelo, a lo mejor la otra mitad está en su casa.

Tardaron un segundo en digerir la obviedad que había dicho el gitano.

—Qué cabrón —murmuró el Pani.

—Oye —dijo entonces Julieta—. ¿Candela no está con vosotros?

Julieta no dejó de llorar en todo el camino hasta la plaza de las Viudas. La plaza en sí no quedaba muy lejos de la Conejera. El Pani se apoyaba en el hombro de Sebastián para no quedarse atrás. Se notaba que cada paso le dolía una barbaridad, pero ahí estaba, caminando. La humedad que octubre escondía bajo la manga era ya un sudario.

A Sebastián no se le escapó que Julieta iba de la mano de Evaristo Mejías. Se dio cuenta, con esa súbita sorpresa que experimentan los adolescentes más tarde o más temprano, de que el mundo no giraba a su alrededor, que su historia no era más que una historia, que había cientos, quizá miles de historias que se cruzaban dentro de aquella ciudad engarzada en el mar. Historias de las que jamás sabría nada, cuyos protagonistas jamás sabrían nada de la suya. Se preguntó cuál sería la historia del Pani, la de Salvochea y Rosa Marina, la de Liérganes, la de su padre. Porque al final, y de esto también se dio cuenta con sorpresa, todas valían lo mismo.

La plaza les salió al paso en pleno corazón del barrio del Mentidero. Era un rectángulo estrecho y alargado, ribeteado de balcones desnudos y rematado por altas farolas de gas que se encenderían en cuanto cayera la noche. Ninguno de ellos quería pensar en qué sucedería entonces.

La casa de Fermín Salvochea estaba a un lado de la plaza. Ramos de flores y estampitas de santos se amontonaban junto a la entrada. El edificio entero había pertenecido a los Salvochea desde que llegaron a Cádiz huyendo el frío del norte hacía varias generaciones. Los postigos de las ventanas estaban cerrados, los balcones secos, los muros amarillentos. La casa misma estaba de luto.

Tuvieron que esperar un rato a que disminuyera el trasiego de gente. Llegado el momento, todos se apartaron a la espera de que Sebastián abriese la puerta. Él los miró, inseguro. Empujó la hoja. Estaba abierta.

—¿Cuánta gente habrá probado a entrar desde el entierro? —preguntó el Pani.

—Cualquiera sabe si alguien se ha atrevido —comentó él—. Yo tendría miedo de encontrarme con el fantasma de Salvochea.

—Salvochea no es un fantasma —le recordó el pelirrojo—. Es un vampiro.

Sus palabras cuajaron en todos ellos con un miedo pegajoso. De pronto la oscuridad del portal les pareció muy amenazadora.

Sebastián echó una mirada a la plaza. «Si se abre alguna ventana, algo nos espera aquí dentro. Si no se abre ninguna, estamos seguros».

Ni siquiera había terminado de formular el pensamiento cuando se corrió la cortina veneciana de un balcón al otro lado de la plaza. Se asomó una criada y se los quedó mirando. Sebastián cerró los ojos. «Era un balcón, no una ventana. Era un balcón, no una ventana».

—A lo mejor deberíamos... —empezó a decir.

—Sois unos caguetas —sollozó Julieta—. Unos caguetas.

La pena volvió a morder las asaduras de Sebastián. Inspiró hondo. «A la mierda todo».

—Vamos.

El interior de la casa olía a naftalina. Allí habrían cabido diez familias del barrio de Sebastián y el Pani. En aquella zona del Mentidero, reservada a señoritos y gente pudiente, todo esto había sido para los Salvochea. Se adentraron en la oscuridad del patinillo, entre cómodas francesas y elaborados jarrones de dinastías de las que nunca sabrían nada. El servicio, si es que Salvochea lo tenía, debía de haber abandonado la casa tras su muerte. Allí no había nadie.

—Aquí no hay nadie —dijo el Pani en voz alta, y el eco reverberó por las esquinas.

—Vamos a buscar —dijo Evaristo—. Credo y yo empezamos arriba y ustedes por aquí.

—Ni *mijita* —saltó enseguida Sebastián—. Vamos a ir juntos. Todos arriba.

Los escalones crujieron bajo su peso. Eran de piedra, y aun así Sebastián pudo jurar que crujieron. Quizá no habían sido los escalones. Todo estaba en silencio. Se oía la respiración de Julieta, rápida y breve como la de un animalillo moribundo. El Pani había enmudecido. Subieron muy juntos, muy callados, muy asustados. El olor a armario cerrado se intensificó. Era como si allí dentro hubieran embalsamado a un animal muerto. Sebastián se obligó a no pensar en ello.

Un ruido los sorprendió en mitad del pasillo. Había venido de su espalda. Se giraron.

El Pani fue el primero en chillar.

La figura tenía los hombros anchos. Había salido de una de las habitaciones. Sostenía algo en la mano. En aquella penumbra, podía ser un cuchillo. Una oleada de reconocimiento se abatió sobre Sebastián. Ya había visto esa silueta. En su casa, cuando creía que estaba durmiendo. «Deje de buscarme».

Entonces la figura habló.

—¿Qué hacéis ustedes aquí?

Una luz se encendió. Resultó que lo que la figura llevaba en la mano era un candil. El resplandor iluminó unas facciones familiares. Sebastián reconoció al doctor Ojeda. Después de todo no era la figura de su sueño.

—Os he dicho que qué hacéis aquí. ¿Dónde está Candela? ¿La habéis visto?

Aquella pregunta accionó algún resorte en la cabeza de Sebastián. La vergüenza de haber sido pillado se evaporó. Le devolvió la pregunta:

—¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí?

El doctor Ojeda no llegó a contestar. Desde el otro lado de la puerta por la que había salido se oyó una voz:

—Déjalos pasar, Santiago.

Se habían equivocado. De cabo a rabo.

Fermín Salvochea no era un vampiro. Tampoco era un gigante de hombros anchos y mirada sombría, como Sebastián lo había imaginado. Se trataba de un anciano espigado, de facciones aguileñas, embutido en un pijama gastado. Estaba sentado junto a una mesita de té parecida a la que tenían en la Conejera. Apoyaba ambas manos en un lustroso bastón negro de puño reluciente y encorvaba un poco la postura, un gesto de esos que se forjan en el yunque de los años y no se pierden nunca. El poderoso bigote que le había dado nombre crecía justo debajo de su nariz como un mascarón de proa. Lo aderezaba una irregular barba trasegada de canas. Un escalofrío recorrió la espalda de Sebastián al contemplar las gafitas ahumadas y redondas que ocultaban sus ojos.

Los cinco lo observaban en medio de aquel saloncito en penumbra. Los embargaba una reverencia parecida al fervor religioso. El doctor Ojeda se situó detrás de ellos, las manos cruzadas a la espalda.

—Me han dicho que me estáis buscando —dijo Salvochea.

Ninguno se atrevió a decir ni mu.

—Lamento ser una decepción, pero me temo que no me encontráis en mi mejor forma.

El Pani le dio a Sebastián un codazo. Sebastián dijo:

—No es usted una decepción, señor alcalde.

Los finos labios de Salvochea se curvaron en una leve sonrisa que transmitía paz. Jugeteó con el bastón entre las manos.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. El último que lo hizo fue un amigo muy querido.

—Su padre —apuntó el Pani, señalando a Sebastián—. Es hijo de Juaíco.

Salvochea parpadeó varias veces tras las gafas.

—¿Es eso cierto? —Sebastián le lanzó una mirada asesina al Pani y asintió—. ¿Y se puede saber por qué me buscáis?

—Estaba usted muerto —dijo el Pani—. Y ha vuelto de la tumba.

Salvochea chasqueó la lengua.

—Digamos que los rumores de mi muerte han sido ampliamente exagerados.

—Entonces, ¿no se está usted comiendo a los niños del Hospicio?

El anciano negó con la cabeza.

—En contra de lo que afirman muchas voces conservadoras, yo no como niños.

—El señor Salvochea se presentó hace dos noches en mi casa —apuntó el doctor Ojeda—. Vivo, como podéis comprobar. Le he estado cuidando aquí estos días.

—Y yo se lo agradezco, doctor.

—¿Tiene usted la otra media tijera? —preguntó Sebastián.

Eso sí sorprendió a Salvochea. Se echó hacia atrás. Sus dedos se cerraron con

fuerza sobre el puño del bastón.

—¿Qué sabéis de la tijera?

—Sabemos que es una llave —confesó Sebastián, tan seguro de que a ese hombre no podían mentirle como lo estuvo su padre hacía años—. Y que sirve para abrir un libro que está en un convento. Y que ese libro es el diario de Beatriz Aramburu. Y que contiene un secreto por el que murió mucha gente.

—También sabemos que hay vampiros en el Hospicio —dijo el Pani—. Y que la última vez que hubo vampiros en Cádiz, usted y el padre de Sebastián se enfrentaron a ellos.

—Y que es usted mi abuelo.

Todos miraron a Julieta. Salvochea tardó unos segundos en digerir lo que había dicho.

—Eres —su voz se quebró y volvió a empezar—... eres la hija de Lucía.

Julieta asintió.

—Se murió hace una semana.

El antiguo alcalde asintió despacio.

—Como yo.

Julieta fue hasta él y lo abrazó.

Tardaron todavía un largo rato en contárselo todo. Salvochea escuchó, hizo preguntas, señaló puntos que no le quedaban claros. Julieta se sentaba a su lado. Bigote sostenía su mano entre las suyas, manchadas de vitiligo y salpicadas de un vello blanco en los nudillos. Con la otra toqueteaba su bastón negro, lo hacía bailar entre los dedos, incapaz de estarse quieto. El doctor Ojeda bajó la vista al oír de la muerte de Candela.

—Necesitamos su ayuda, señor alcalde —concluyó Sebastián—. Han matado a nuestra amiga. Y a muchos otros niños.

—Todo esto es una locura —dijo el doctor Ojeda—. Tiene que haber una explicación racional.

Fermín Salvochea le lanzó una mirada reprobatoria.

—Por eso elegí a Juan entre toda la gente que podía haberme ayudado, Santiago. Nunca cuestionó nada de lo que vimos. Con más o con menos miedo, lo aceptó todo desde el principio. Él no lo sabía, pero estaba hecho de acero por dentro. Era un cazavampiros mucho antes de cruzarse conmigo.

—Fermín, por favor...

A Salvochea le bastó un ademán para detener la protesta que afloraba a los labios del médico. Se atusó los bigotes. Fue hasta una de las cómodas de la sala, abrió un cajón y sacó una cajita. Se la puso a Julieta en las manos.

—Es mejor que la tengáis vosotros.

Julieta abrió la cajita. Dentro estaba la otra media tijera que tanto habían buscado. Brillaba igual que un tesoro. El Pani se acarició los pulgares.

Salvochea dijo:

—Han pasado muchos años, pero supongo que era cuestión de tiempo hasta que alguien entrase en las cuevas y ella lo convenciese de robar el libro.

—Pero ¿todo esto por el diario de Beatriz Aramburu? —preguntó Sebastián.

—Del mismo modo que estas tijeras no son sólo unas tijeras, ese libro es mucho más que un diario.

—¿Y entonces qué es? —preguntó Julieta.

Su abuelo le acarició la mejilla. Caminó hasta una de las ventanas y ahuecó las persianas.

—Falta poco para que anochezca —murmuró, y se volvió hacia ellos—. Será mejor que os cuente el resto de la historia.

XIV Liber Umbrarum
3 de abril, 1873

1

Salvochea no abrió los ojos. Juaíco comprendió que estaba despierto debido a una serie de detalles. Su respiración cambió. Los músculos de su rostro se tensaron y volvieron a distenderse. Estaba oyendo, reconociendo dónde estaba. Listo para saltar.

—Está usted entre amigos, señor alcalde. Puede abrir los ojos.

—Prefiero no hacerlo, Juan.

—No se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo.

Los ojos de Salvochea continuaron cerrados unos segundos más. Luego los abrió. Juaíco volvió a tragar saliva. Fermín Salvochea no tenía ojos. En su lugar, dos esferas negras y relucientes le devolvían su propia imagen reflejada.

—Diga algo, Juan.

—Nos estrellamos contra la torre y caímos al mar. —Salvochea asintió—. Usted debería haber muerto. Yo le vi morir. El vampiro lo mató.

El alcalde no respondió. Inspeccionó su cuerpo maltrecho, los vendajes y torniquetes que cubrían buena parte de su cuerpo. Luego contempló el lugar donde se encontraban. Se trataba de una habitación pequeña, las paredes hechas de piedra ostionera. La humedad era considerable. Olía a sótano.

—¿Qué es usted, señor alcalde?

—Soy Fermín Salvochea, Juan. Poco más.

—¿Puede usted morir?

Se miraron, o al menos Juaíco creyó que lo miraba desde esas esferas negras.

—Me salvó usted la vida —dijo Juaíco—. Otra vez.

Eso fue lo único que le dijo. No le habló de la sensación de tener la boca llena de arena, ni de cómo sintió los brazos de Salvochea tirando de él hasta la orilla de la Caleta. No le contó que los contrabandistas les habían salido al paso mientras el agua todavía les lamía los tobillos. No hizo falta.

No había rastro de Osvaldo Aramburu.

Los habían llevado al teatro subterráneo. María Moco había vendado, cosido y remachado al alcalde. Las horas habían pasado lentas hasta que sus gritos se apagaron. Y ahora estaba ahí. Vivo.

La puerta de la habitación se abrió.

—Me alegro de que hayas sobrevivido, alacrán.

Se volvieron. Quien había hablado era Liérganes. Él y tres de sus moros guardaespaldas se asomaban a la puerta. Una figura menuda se coló entre ellos.

—Éste es demasiado duro —dijo María Moco—. Casi tanto como tú, subnormal.

—Puede que sí, pero me temo que me he quedado fuera de juego —se lamentó Salvochea—. Ahora les toca a ustedes.

—¿Qué nos toca a nosotros? —gimió Juaíco—. Cádiz entera está llena de mojarras y la penca esa se ha llevado la tijera y el libro.

—Sólo nos queda una alternativa —dijo el alcalde—: Encontrar a la vampiresa

original. Todo se acabará cuando atravesemos el corazón de Beatriz Aramburu.

Liérganes dio un puñetazo en la pared que los sobresaltó a todos.

—No hables así de mi esposa, alacrán. Muéstrale respeto o yo mismo acabaré lo que empezaron esos bichos.

Juaíco comprendió de pronto.

—¿Beatriz Aramburu era la esposa de éste? —preguntó a nadie en concreto—. ¿Cómo es posible?

El hombre pez agarró a Juaíco de la pechera y se lo acercó.

—Tan posible como arrancarte la cabeza, alfeñique.

—Sois todos unos babetas —dijo María Moco—. Todos muy machos presumiendo de que tenéis derecho sobre la memoria de Beatriz. Muy hombres. Muy pamplinas.

Aunque la mujer no medía más de un metro y cuarto, su arenga consiguió que todos ellos bajasen la vista. El rey de los contrabandistas soltó a Juaíco.

María Moco renqueó por la habitación.

—Beatriz no pertenecía a nadie. Eso es lo que no os entra en la mollera. Beatriz no era un premio que ganarse. Era el espíritu más libre de Cádiz. Y eso le costó algo más que la vida.

—Ahí radica el problema, María —dijo Salvochea—. En todo este tiempo no hemos sabido quién era Beatriz.

Ella negó con la cabeza.

—¿Quién sabe de verdad quién es otra persona? Beatriz era muchas cosas.

Juaíco contempló a la menuda mujer, tan sucia, tan despeinada. Se percató del modo en que todos la trataban. De pronto no le parecía una loca. La idea lo golpeó con la fuerza de una marea de Santiago.

—Tú eres María Moco, la de verdad —dijo, como si hubiese dado con la respuesta a un acertijo—. Éstas son tus cuevas.

—Desde luego, tu barbero es idiota, alacrán. ¿Quién va a ser si no?

María Moco asintió.

—Beatriz era mi discípula. Era una renegada, como yo.

—¿Renegada de qué? —preguntó Juaíco.

—Eso no importa. Renegada y punto. Ella también vino huyendo, como todos los que acaban aquí, y aquí encontró su casa.

—Era una contrabandista —apostilló Liérganes con amargura—. Mi esposa. Mi reina. María ofició nuestra unión delante de nuestros hermanos. Pertenecía aquí por derecho, por más que hubiera nacido en una familia rica de vuestro mundo.

—Durante el día volvía a sus almohadones de plumas y a sus bailes —concluyó María Moco—, pero era tan bruja como yo. De las mejores.

Salvochea se dio una palmada en la frente.

—Maldita sea —masculló—. No es un diario lo que buscamos. Es un *Liber Umbrarum*.

—¿Un qué? —preguntó Juaíco.

—Un libro de sombras —tradujo María Moco—. El libro que guarda todos los secretos de una bruja. Beatriz lo heredó de mí.

—Qué estúpidos hemos sido —musitó Salvochea—. Beatriz protegió el libro con una cerradura mágica.

—Las tijeras —dijo Juaíco, de pronto comprendiendo. Recordó las palabras de Rosa Marina en su casa: «Beatriz era mucho más de lo que usted piensa. Mucho más». Y tanto.

—Así se abre el *Liber Umbrarum* —aclaró María—. Se lo apuñala con las tijeras de plata para liberar sus secretos.

—Los secretos de Beatriz —dijo Salvochea.

—Los secretos de Beatriz —corroboró María Moco.

—Cuando su familia se enteró de su embarazo —dijo Salvochea, como si él mismo lo hubiera vivido y estuviera recordando en lugar de razonando—, Beatriz hizo lo posible por proteger esos secretos. Le entregó media tijera a la partera que malogró a su hijo y la otra media al párroco que la confesó.

—Mataron a nuestro hijo —masculló Liérganes.

—Y ahora Beatriz ha vuelto de la tumba —dijo Juaíco—. A vengarse de todos los que participaron en su muerte.

—No —dijo María Moco—. No exactamente.

Todos la miraron.

—Si sabes algo que no me has dicho, María —advirtió Liérganes—, más vale que lo digas ahora.

—Ten *cuidaíto*, bacalao —respondió ella—. Eres tú quien vive en mis cuevas, y no al contrario. María Moco sabe muchas cosas que no te ha dicho porque no le da la gana.

Liérganes se amilanó, lo cual maravilló a Juaíco. Aquella mujer era mucho más de lo que parecía.

—Pero sí, hay una cosa que no sabes. —Sus ojillos achinados se clavaron en todos ellos entre greñas de pelo sucio y grasiento—. Y va siendo hora de que la sepáis todos.

—Cuéntanos lo que puedas, María —pidió Salvochea.

—No os va a gustar oír esto —previno ella—. Os voy a hablar de la noche en que murió Beatriz.

Fuera llovía. O eso le parecía a ella. Quizá era un sonido que sólo escuchaba dentro de su pecho. El dolor todavía arañaba su vientre. Ya había dejado de sangrar, pero eso era sólo su cuerpo.

En la celda apenas había un camastro. Beatriz estaba acurrucada en un rincón, arrebujada en un hábito para el que no había nacido.

—Ayúdame —dibujaban sus labios una y otra vez, una palabra que su garganta seca ya no podía pronunciar—. Ayúdame.

El dolor volvió. Ráfagas de un fuego moroso la recorrieron desde el vientre, escamaron su piel y la hicieron doblarse sobre sí misma. La celda, el convento donde la habían metido, la ciudad de Cádiz, todo era indiferente al dolor. La habían vaciado por dentro. Su padre no se había limitado a arrancarle la vida que llevaba dentro. Se había asegurado de que jamás germinase otra vida en sus entrañas. Se sentía hueca.

Pero por encima de todo, se sentía furiosa.

—Ayúdame —pidió al silencio.

Y esta vez el silencio respondió:

—Beatriz.

Ella alzó la cabeza. Un temblor sacudió sus entrañas. Había alguien más en la celda. Una silueta chaparra se recortaba en la oscuridad.

—Yo puedo darte lo que más deseas —dijo el Diablo—. A cambio de lo que más aprecias en tu vida.

Beatriz negó con la cabeza. Un miedo muy distinto al del dolor se adueñó de ella.

—Sé quién eres —susurró—. No quiero tener nada que ver contigo.

El Diablo sonrió.

—Lo comprendo, hija mía. Es natural que desconfíes. Te han envenenado los oídos con mentiras. Te han puesto en mi contra. Pero eso se acabó.

Extendió los brazos. Algo se movía en las sombras. No, se dijo, no era eso. Eran las sombras las que se movían. La oscuridad goteó sobre el Diablo, algo se escurrió de ella y cayó sobre sus manos.

Beatriz oyó el llanto.

El Diablo se acercó a ella.

Sostenía un bebé.

Y una voz dijo:

—No lo hagas, Beatriz.

Había venido del otro extremo de la celda. El Diablo siseó. Allí había aparecido una mujer anciana, baja y oronda. Así, de cerca, las dos figuras se parecían mucho, pero la nueva aparición estaba sucia y despeinada.

—Ése no es tu hijo, Beatriz —dijo María Moco—. Tu hijo está muerto.

—Tu hijo está vivo —replicó el Diablo—. Puede estarlo. Sólo tienes que aceptarlo.

—No te dejes engatusar, Beatriz. Sabes bien de sus mentiras. Por eso te alejaste de su aquelarre y viniste a mí.

—Cambiaste unas mentiras por otras. Poder por ratas. Hermandad por mugre. Familia por rencor. —Su voz agrietada y rasposa se suavizó—. Pero yo te perdono. Mi perdón es tu primer regalo, hija mía.

Adelantó las manos. El bebé se retorció y lloraba en ellas.

—Mi segundo regalo es éste.

—No lo hagas, Beatriz —repitió María Moco.

Ella temblaba. El dolor no había desaparecido. Ni la rabia.

—No es justo —dijo—. No es justo. Me arrancaron a mi hijo.

María Moco cerró los ojos.

—Te arrancaron a tu hijo —repitió el Diablo—. Pero yo te lo devuelvo.

—Beatriz —llamó María Moco. Sonaba cada vez más débil.

Beatriz Aramburu se volvió hacia el Diablo.

—¿Qué he de hacer?

El Diablo desveló la más dulce de las sonrisas. Le tendió el bebé. Beatriz lo recibió en sus brazos. Era un niño. Tenía la piel de alabastro.

—Dale de comer. Tiene mucha hambre.

—Lo siento mucho, Beatriz —dijo la voz de María Moco en la lejanía.

Beatriz se sacó el pecho. Lo acercó a la boca del niño. Hubo una punzada. Un momento de dolor. La sangre se mezcló con la leche. Una semilla oscura se plantó dentro de Beatriz Aramburu y empezó a germinar. El terror destelló y murió como muere el resplandor de un rayo. Volvió la cabeza. María Moco había desaparecido.

Sólo estaba el Diablo.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Beatriz. Una nota desconocida vibró en su voz. Algo se había despertado.

Una mano muerta y ajada le acarició la frente. Señaló a una pared, tan negra como negra era su figura en medio de la oscuridad.

—Dibuja una puerta con tu sangre —le dijo—. Llévalo al otro lado. Allí se echará a dormir. Dentro de un año despertará y tú tendrás tu venganza.

—¿Estará seguro?

—Nadie lo encontrará. Desde esta tierra nadie puede entrar ahí dentro.

Esas últimas palabras las pronunció el mismo aire. Beatriz estaba sola. Sola con su hijo.

—No te preocupes —le susurró—. Yo te daré de comer.

Su dedo empezó a dibujar una línea roja en la pared.

3

Fue Juaíco quien desgarró el silencio tras la historia de María Moco.

—No me lo puedo creer. Está en la Bella Escondida.

—Beatriz fue una de nosotros —dijo Liérganes—. Una contrabandista. Y como una contrabandista vamos a vengarla. A ella y a mi hijo.

—Eso no es tu hijo —dijo María Moco.

—Ni tampoco es tu esposa —dijo Salvochea—. Ahora es un monstruo.

Liérganes se adelantó un paso.

—Mataré con mis propias manos a quien toque a Beatriz y mi hijo. ¿Os enteráis, hijos de perra? Con mis propias manos.

—Lo principal es llegar hasta la torre —dijo Salvochea—. Necesitamos un plan.

—No hay plan que valga —replicó el rey de los contrabandistas—. Yo entraré en la Bella Escondida. Llegaré hasta su mismo corazón y salvaré al niño.

—No es tan fácil, Liérganes. Yo lo he intentado volando y mira cómo he acabado.

—Hay otra manera de llegar a la torre —dijo María Moco.

Todos centraron su atención en ella. María Moco se cruzó de brazos. Pasaron los segundos.

—María —dijo Juaíco—, normalmente, cuando alguien dice «hay otra manera», luego explica la manera.

—María Moco habla cuando le da la gana, subnormal.

Y entonces María Moco habló.

—Me cago en mi puta madre —dijo Juaíco—. De noche y lloviendo. Se nos van a comer vivos, coño.

El aguacero lo cubría todo, creaba charcos entre los adoquines y anegaba el ánimo que pudieran haber tenido. Juaíco se apresuraba. Liérganes caminaba junto él, espiando las azoteas con aire desconfiado. Habían salido a la superficie cerca de la calle Cobos. Bajaron hasta Villalobos y torcieron en Santiago. La mitad de las farolas estaban apagadas, la otra mitad titilaba con una luz de gas insuficiente. El chaparrón se presagiaba antológico. Iban a caer chuzos de punta.

Se detuvieron delante del lugar donde María Moco los había enviado.

El convento de la Candelaria parecía a punto de derrumbarse. De su fachada apenas quedaban fragmentos de muro y una alfombra de cascotes, gravilla y cal.

Alguien estaba cantando en su interior.

Un coro de voces llegaba hasta ellos. La lluvia embarraba las palabras y amortiguaba el tono, pero era indudable que surgía del interior del convento. Era una melodía sencilla, repetitiva, un soniquete que mezclaba las mismas palabras y al que algunas voces se unían y otras abandonaban para volver más adelante. Juaíco comprendió.

Era una oración.

—¿Dónde nos has traído ahora, María? —preguntó Juaíco en voz alta—. ¿Por qué seguimos haciéndole caso a la puñetera loca?

—Porque esa loca lleva más tiempo aquí que tú y yo juntos —dijo Liérganes—. Vamos.

Se abrieron paso entre los cascotes. La lluvia hacía que el suelo, ya inestable, resbalara aún más. Las partes de mármol, que correspondían a tumbas de antiguos frailes, eran las más resbaladizas. Juaíco pidió en silencio que las losas no cedieran y se encontrase abrazando a la momia de un cura del siglo pasado.

No tuvieron que buscar mucho. El resplandor los encontró a ellos. Primero lo intuyeron entre los restos de muro. Luego fue evidente. Una intensa luz plateada brillaba tras una pared rota en dos. De allí venía el cántico.

—Me cago en la mar serena —repitió Juaíco cuando salvó el último recodo.

Había siete monjas sentadas entre los cascotes, rodeando un trozo de pared que se mantenía en pie sola en mitad de las ruinas del convento. Estaban rezando. Juaíco se dio cuenta de que aquello no era sólo un trozo de pared. Era una puerta. Una puerta que brillaba con una intensa luz blanca. Un surco de sangre seca recorría su contorno.

La madre Rosario era una de las beatas que rezaban. Daba la sensación de que habían pasado años desde que fue a visitar a Salvochea a su despacho. Sus ojos ciegos se volvieron hacia ellos. Hubo comprensión en su rostro, y Juaíco experimentó una emoción lejana, indefinible. La anciana levantó una mano y la oración murió en los labios de las demás.

—Supongo que os envía ella.

—Si por ella quiere usted decir una loca de metro y cuarto, la respuesta es sí. —
Se quedó mirando la puerta—. Todo es cierto, ¿verdad? La leyenda, el hidalgo, la
chiquilla, la puerta de sangre.

La hermana Rosario asintió.

—Esta puerta lleva a Su reino.

—A la Bella Escondida —tradujo Liérganes—. A Beatriz. A mi hijo.

—Nuestro cometido es vigilarla —dijo la madre Rosario—, desde siempre. Por
eso le pedí al alcalde que no nos echase de este santo lugar. —Su cabeza vagó por las
alturas, como si pudiera ver lo que les rodeaba—. Al final resultó que él tenía razón.
El convento está demasiado unido a la torre. Lo que habita en ella lo ha podrido. Pero
nuestro sitio está junto a esta puerta. Rezamos para que Él no la cruce...

—Para que Él no la cruce —repitieron las demás.

A Juaíco se le pusieron los vellos de punta.

—¿Y eso cómo lo sabía María Moco? —preguntó.

—Ella fue una de nosotras... hasta que decidió exiliarse.

—*Joé* con María. No es nadie.

El agua de la lluvia caía por varias goteras a chorros vivos.

—Si alguien tiene que cruzar esa puerta —dijo Liérganes—, soy yo. Mi hijo está
al otro lado y voy a salvarlo.

Juaíco no se pudo creer las palabras que salieron de su boca a continuación:

—Si quieres entrar, no seré yo quien te lo impida. Pero me parece que te tengo
que ayudar. Voy a ir contigo.

—Puede que te cueste la vida.

El barbero soltó un suspiro agotado.

—Puede, dice el tío. Puede —se volvió a la madre Rosario—. ¿Qué
encontraremos al otro lado?

—Tiene muchos nombres —contestó ella—. Muchas formas. Es antiguo. Nada
humano le es ajeno. Y espero que tengáis algo más que armas para acabar con él.

Juaíco se encogió de hombros. Ni siquiera se paró a pensar cómo sabía la monja
ciega que enarbolaban armas.

—Basta de cháchara —dijo el hombre pez—. ¿Listo, barbero?

Las monjas empezaron a cantar:

—El señor es mi pastor, nada me falta.

Juaíco apretó la navaja entre los dedos.

—Aunque vague por el valle de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno...

El hombre pez alargó la mano.

—... porque tú estarás conmigo...

Tocó la puerta.

—... tu vara y tu cayado me infundirán aliento...

—No hay que tener cojones para esto ni *na* —resopló Juaíco.

Todo se llenó de luz.

Una espiral. Una espiral negra y roja.

Eso era el interior de la Bella Escondida.

Las paredes estaban vivas, o eso le pareció a Juaíco. Un material viscoso y reluciente las cubría, veteado de estrías rojas y negras, palpitando, latiendo como un órgano moribundo. Una claridad enfermiza surgida de ninguna parte iluminaba aquel antro de pesadilla. El calor era insoportable. El aire estrangulaba con dedos de mugre. Olía a cadáver descompuesto, a traición, a olvido. Ideas negras como nubes negras se le metían a puñados en la cabeza. Costaba pensar, moverse. Estaba en la Bella Escondida. Estaba en el infierno.

El mundo tenebroso se derramó sobre él, se introdujo por su nariz y por su boca. Imposible asimilar los reflejos en las sombras, imposible ponerle nombre al telón que se alzó delante de sus ojos. Aquel lugar lo mataría si se quedaba mucho tiempo allí.

Cayó de rodillas. El cuchillo del jorobado cayó tintineando al suelo.

Liérganes apareció a su lado. El rey de los contrabandistas se tambaleó ante el empuje invisible de la Bella Escondida. Allí había nacido algo esencialmente malo, y ese algo los arrastraba hacia ello. Su pecho se hinchaba buscando un aire que estaba hecho para envenenarle los pulmones.

—Lárgate de aquí, barbero —balbució—. Esto no te concierne...

No llegó a terminar la frase. Juaíco ni siquiera le oyó empezarla. Se quedó mirando mientras el resplandor plateado surgía de las tinieblas rojas, anunciando la llegada de Beatriz.

Un parpadeo y ya estaba junto al hombre pez.

—Beatriz, mi amor...

Una mano blanca, tan pequeña y tan frágil, se cerró sobre el cuello de Liérganes.

—¿Beatriz?

La garra de la vampiresa le abrió un profundo corte en la garganta. La sangre chorreó. El rey de los contrabandistas se llevó la mano a la herida. Cayó de rodillas, la incomprensión y el terror dibujadas en el rostro enmascarado. Una vaharada negra se condensó del mismo aire y se cernió sobre él como una bandada carroñera. Hubo un borboteo que desearía haber sido palabras. Se desplomó.

Beatriz se acercó a Juaíco con pasos lentos, pasos de tarántula.

—*Levántate.*

Juaíco gimió. Intentó retroceder, pero aquella voz era una soga, una guadaña, un patíbulo. Imposible resistirse a aquella única palabra. Obedeció. Erguirse en medio de aquella tiniebla putrefacta fue de las cosas más difíciles que hizo en su vida. Beatriz lo miraba.

Sus labios rojos, tan rojos, se movieron.

Y lo que dijeron fue:

—*Te estaba esperando, Juan.*

6

Salvochea no tuvo que separar los párpados para saber que había alguien en la habitación. Permaneció recostado, notando cómo se movía a su alrededor con pasos cuidadosos. Un ligero olor a azahar acarició su nariz. Su cuerpo se habría puesto en tensión, pero el dolor era demasiado penetrante.

—Póngase cómoda, señora.

—Es la última vez que se lo digo. No estoy casada ni parece que vaya a estarlo pronto.

La cama se hundió un poco bajo el peso de Rosa Marina. Estaba sentada a los pies, expectante.

—Siento la pérdida de su prometido. Le doy mi más sincero pésame.

—¿Quiere hacer el favor de dejar los juegos?

—No voy a preguntarle cómo ha encontrado este lugar.

—Mejor que no lo haga.

Rosa Marina vestía el mismo traje con el que la había visto en la catedral, aquel atuendo negro ajustado a sus formas de mujer. Las gafas de protección formaban una diadema sobre su pelo. Sostenía dos objetos. Un libro y unas tijeras.

—Las ha unido —mencionó Salvochea—. Me alegro. ¿Ha obtenido ya lo que buscaba?

Ella asintió despacio.

—Sí. Pero no era lo que buscaba.

—Suele pasar. Me temo que no sé cómo ayudarla. Sólo hay una cosa que puedo hacer.

—¿Qué?

—Darle el pésame por la pérdida de Beatriz.

Ella colocó el libro sobre la cama, entre ellos dos. Enarboló la tijera por el mango.

—Beatriz conocía las artes oscuras. Perteneció a un cónclave de mujeres custodias de un mundo que Cádiz cree olvidado. La industria, que es invento de los hombres, lo devora todo con ansia. Pronto no quedará ni un recuerdo del poder de la tierra. Mujeres como nosotras nos encargamos de frenar su avance.

—Creando vampiros en el proceso.

Ella negó.

—Beatriz era el ser más puro del mundo. Un hombre la engañó.

—La engañada es usted, Rosa. La Beatriz que usted conoció fue sólo una cara de algo mucho más complejo. Un fragmento de un espejo roto.

Rosa Marina acarició el rostro del alcalde.

—De eso yo sé bastante.

Sin mediar más palabra, clavó las tijeras en el libro. De la banda metálica surgió un resplandor verdoso. Rosa Marina giró el mango de las tijeras como si de una llave se tratase.

El libro se abrió.

—Aquí están los secretos de Beatriz Aramburu —le dijo a Salvochea—. Todos sus secretos.

—Incluyendo el nombre del padre de su hijo —dijo el alcalde—. Liérganes.

Una expresión indefinible asomó al rostro de la mujer felina.

—Siento contradecirle, señor alcalde.

Beatriz Aramburu estaba viva. Allí dentro, a ese lado de la muerte, Juaíco la veía blanca y virginal. Oía la sangre bombeando de su corazón. Sangre ajena, pero sangre al fin y al cabo. Estaba tan viva como él mismo. Estaba muerta. No-muerta.

—*Mi amor* —le dijo, apretándole el rostro con las manos—. *Por fin estamos juntos.*

—¿Qué?

—*Ya ha terminado. Nos hemos vengado de quienes me hicieron esto. Ahora la oscuridad es nuestra.*

Él se quedó atónito.

—¿Cómo que nuestra? ¿Qué pasa con Liérganes?

Una sombra cubrió las facciones de Beatriz.

—*Liérganes no significa nada. No fue más que el modo para acceder a los secretos de María Moco. A quien quiero es a ti.*

Le tomó las manos. Se las pasó por el rostro, por los brazos, por los pechos. El monstruo había desaparecido. Sólo había una niña de apenas diecisiete años. Una niña que ahora decía:

—*Me tomaste entre tus brazos. Me apretaste contra ti. Me prometiste que nunca nos separarían.*

Juaíco sintió un nudo en el estómago. ¿Cuántas veces había dicho lo mismo? ¿Cuántas promesas del mismo estilo había roto? Intentó recordar las veces que había tenido un encargo en la Casa Aramburu. Tuvo que admitir con angustia que no recordaba a aquella chiquilla rubia. No había significado nada para él, ni siquiera lo bastante como para dejar la marca de su rostro en su memoria.

—Mira, Beatriz...

—*Quisieron quitarnos a nuestro hijo. Pero ahora ya están muertos. Mi padre, mi hermano, el fraile, la maldita partera... sólo quedamos nosotros tres.*

Juaíco sintió que se le retorció el estómago.

—¿Nosotros tres? —se atrevió a preguntar.

Beatriz se levantó. Le tomó de la mano.

—*Ven.*

Pasaron junto al cuerpo de Liérganes. El rey de los contrabandistas aún estaba vivo. Se retorció, aunque los estertores de la muerte se adueñarían de él pronto. Juaíco no quiso pensar en qué le ocurriría si moría allí dentro.

Beatriz lo condujo a través de aquel miasma rojizo y negro. Un agujero como una boca desdentada se abría en mitad del suelo. De él brotaban unas escaleras que descendían hacia una oscuridad que parecía palpitar.

Allí abajo había algo. Estuvo seguro con sólo echar una mirada. Algo esperaba al final de aquella escalera, algo negro y sin nombre.

—*Sin nombre* —Beatriz pronunció sus pensamientos en voz alta—. *He esperado*

a que cumpliera su primer año para bautizarle. A que su padre estuviese con él.

Los ojos del barbero se salieron de sus órbitas.

—¿Es un niño? —preguntó.

—*Es nuestro niño* —Beatriz le mostró una ristra de colmillos que en nada se parecía a una sonrisa.

Un susurro trepó desde las sombras.

—Esto es una locura, Fermín.

—No es menos locura que el resto de lo que nos ha conducido a este punto, señora mía.

—Por última vez...

—Sí, ya lo sé. Los buenos modales son difíciles de... ugh.

Salvochea contrajo el rostro ante el latigazo de dolor. Rosa Marina lo ayudaba a caminar. Él pasaba su brazo sobre sus hombros. Salieron de la habitación donde Salvochea debía reponerse. Renqueaban pasillo abajo.

—A este paso, jamás saldremos de aquí —protestó Rosa—. Y aunque lo hagamos, para entonces habrá acabado todo o usted estará muerto.

—Entonces habré muerto a su lado, Rosa. No se me ocurre muerte más dulce.

Ella lo miró, un gesto a flor de labios.

—Es usted imbécil.

—No, señora, sólo estoy enamorado de ust... Dios santo.

Se detuvo, y Rosa con él. No era común que el nombre de dios cruzase los labios de Fermín Salvochea. Y sin embargo esta vez no pudo evitarlo. Acababan de cruzar uno de los arcos que daban al teatro romano. Lo que allí vieron hizo a Salvochea pensar en dios.

El anfiteatro se había convertido en una carnicería. Sus sentidos se vieron inundados por los charcos de sangre, la visión de los cadáveres abiertos en canal y amontonados, la peste de la carne expuesta, las moscas en su eterno baile con la carroña fresca. Niños, ancianos, mujeres, animales... Pitiminí había sido desmembrado, sus seis brazos formaban una obscena estrella roja alrededor de su cuerpo. Todos los contrabandistas de Cádiz habían sido masacrados allí mismo.

—¿Qué ha pasado aquí? —balbuceó Rosa Marina—. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

Una voz se encargó de responderle desde las tinieblas.

—Hace un momento, querida. Lo he hecho lo más en silencio posible para daros un poco de intimidad.

Salvochea enseñó los dientes. Rosa Marina se quedó paralizada. Una figura surgió de entre las sombras. Una mujer mayor. Ambos la reconocieron.

—Tenéis que disculparme —dijo Margarita López de Morla—. Cuando pierdo la paciencia se me pone un humor de perros.

La anciana avanzó hacia ellos entre el albero ensangrentado. Estaba desnuda, su cuerpo cubierto de líquidos y excrecencias humanas, grumos rojos cayendo despreocupados de su boca.

—No —gimió Rosa Marina—. No, por favor.

—Vengo a llevarme los secretos de Beatriz. —En su voz vibraba un timbre que no había oído antes, un soniquete horrendo—. Ya se ha cumplido un año. El niño está a punto de despertar.

—El Diablo —la reconoció Salvochea—. Nos ha engañado usted a todos.

—Es mi especialidad. —La criatura que vivía bajo la piel de Margarita López de Morla tendió la mano hacia Rosa Marina—. Querida. Ni ese libro ni esas tijeras te pertenecen. Dámelos y saldréis de aquí con vida.

Rosa Marina respiró hondo.

—Por supuesto —dijo, con una entereza que maravilló a Salvochea—. Es usted famosa por cumplir su palabra.

La boca de la anciana se desencajó más allá de lo humanamente posible. Resonó un desagradable crujido cuando su mandíbula se partió. Sin embargo, continuó hablando:

—Yo puedo darte lo que más deseas, Rosa. El padre del niño está ahora en la Torre. Dame el libro y las tijeras y te lo entregaré. Podrás vengarte.

—Con todo el respeto, Margarita —dijo Rosa Marina—. Usted no tiene ni la menor idea de lo que yo más deseo.

—Así se habla —exclamó Salvochea.

La boca desencajada de Margarita López de Morla se torció aún más en una mueca horrenda.

—En ese caso, querida, tienes razón. Jamás saldréis de aquí.

La mujer que era el Diablo saltó hacia ellos. Fue un salto de varios metros. La vieron elevarse en el aire, y allí contemplaron su verdadera forma. La visión siempre volvería a ellos en sus sueños. Rosa Marina apartó al alcalde de un empujón. Salvochea cayó al suelo, gritando de dolor. La mujer felina intentó esquivar al monstruo, pero no lo consiguió. El Diablo cayó sobre ella.

—¡Rosa! —Salvochea se arrastró hacia ellas.

Las garras de Margarita López de Morla se hundieron en el rostro de Rosa Marina. Empezó a apretar. Ella chilló de dolor. Su piel cedía.

—¿Creías que negarte te serviría de algo? —siseó el Diablo—. Voy a arrancarte la cara y a violar cada uno de los huecos de tu cráneo. Masticaré tus ojos. Iré arrancando tiras a tiras de tu piel hasta que...

—No.

Unas manos se cerraron sobre las muñecas del Diablo. Manos regordetas y sucias.

—No —repitió María Moco—. No harás nada de eso.

El Diablo soltó su presa. Rosa Marina cayó de espaldas. Chorretones de sangre le corrían por la cara. Salvochea tironeó de ella. María Moco había aparecido tras el Diablo. Se había encalomado a su espalda como en un absurdo juego infantil. Margarita López de Morla aulló.

—¡SUELTA! ¡SUÉLTAME, ZORRA! ¡DÉJAME IR!

Salvochea y Rosa contemplaban la escena, incapaces de reaccionar. María Moco estaba brillando. Cerró las cortas piernas alrededor de la cintura del Diablo.

—Marchaos —les dijo—. Mientras yo la aguante, no podrá salir.

—¡ME MEARÉ EN TU CRÁNEO, HIJA DE PUTA! ¡ME COMERÉ TU ALMA! ¡NO ME

RETENDRÁS!

—Anda que no —contestó María Moco—. Te retendré todo el tiempo que me dé la real gana. María Moco es mi nombre. Éstas son mis cuevas. Mientras yo esté aquí, tú no saldrás. —Volvió a mirarlos a ellos dos—. ¿A qué estáis esperando? Arreando con viento fresco, que estamos hablando los mayores.

El Diablo gritó. Gritó y gritó y suplicó y amenazó y lloró y volvió a gritar y a suplicar. Rosa Marina se echó al alcalde al hombro. Renqueando, a trompicones, echaron a correr fuera del anfiteatro y de las cuevas. Salvochea aún tuvo tiempo de oír las últimas palabras que nadie oiría pronunciar a María Moco:

—Despídete del subnormal por mí.

Algo se movía al fondo de las escaleras.

Beatriz le apretó la mano. De pronto su contacto no parecía tan vivo.

—*Quiere reunirse contigo, Juan* —le dijo—. *Unirse a ti. Que seáis uno. Necesita a su padre.*

Juaíco miró hacia abajo. Su hijo. Un hijo sin nombre. Una vida, o una no-vida, salida de sí mismo. Un milagro negro que había creado él. Lo que Antonia no había podido darle. De repente el barbero creyó comprender qué le había empujado tantas noches fuera de la calle Botica, qué marea le había arrastrado entre las sábanas del Pay-Pay, qué oscura estrella le había iluminado el día en que sedujo a esa niña rubia de la que ni siquiera se acordaba. Juaíco había estado buscando a aquella criatura. Un hijo. Su hijo.

Bajó un escalón. Luego otro.

La vampiresa se inclinó sobre él.

—*Ponle nombre, Juan. Ve hasta él y ponle un nombre. Que dé comienzo la vida de nuestra familia...*

No dijo nada más. Su cuerpo se convulsionó. De su pecho brotó el filo de plata de una navaja cordobesa. Una navaja que un día perteneció a un jorobado torticero y que acabó matando vampiros. Beatriz tuvo tiempo de dibujar el nombre de su amado con los labios antes de deshacerse en espuma de mar.

Detrás de ella estaba Liérganes. El hombre pez se apretaba la garganta. Un mandil hecho de sangre cubría su pecho. Se arrancó la máscara. Debajo, era la locura y no el dolor lo que deformaba las facciones de aquel hombre.

—*Es mi hijo* —dijo—. *No me vais a quitar a mi hijo.*

Un gruñido lo interrumpió. Lo que había abajo se removió inquieto. La oscuridad era como una cortina oleosa, un muro al alcance de su mano.

El barbero y el rey de los contrabandistas se miraron.

Ambos descendieron hacia la oscuridad.

XV La hora del vampiro
3 de octubre, 1907

1

Salvochea dejó morir la voz. A través de las persianas, la menguante claridad anunciaba la llegada del reino de las sombras.

—¿Y entonces qué? —preguntó el Pani—. ¿Qué pasó cuando bajaron?

Salvochea dejó escapar un suspiro.

—Pasaron muchas cosas, pero creo que ninguna es para vuestros oídos...

—¡Hombre, por favor! —El Pani bajó al suelo de un salto—. ¡Que llevamos ya una semana así! ¡Que han matado a nuestra amiga, cojones ya! ¡Si nos puede contar algo que nos ayude, cuéntenoslo de una vez! ¡Tanto enigma y tanta mierda ya!

Se calló él solo al darse cuenta de que estaba gritando y que todos lo miraban. Volvió al sitio donde se había sentado, las mejillas enrojecidas.

—Lo que tenéis que saber —dijo el alcalde—, es que esa criatura no es María Moco. María Moco se sacrificó para atraparla en las cuevas hace treinta y cuatro años. Desde entonces ha permanecido allí abajo. Esperando.

—¿Esperando a qué? —preguntó el doctor Ojeda, de repente interesado.

—A nosotros —comprendió Evaristo—. A alguien que mangase el libro y se lo llevase.

Salvochea asintió.

—Imagino que muchos se han perdido en las cuevas en todo este tiempo. Niños o mayores, quién sabe... pero ustedes fuisteis los primeros capaces de robar el libro.

Evaristo clavó la vista entre las suelas de sus zapatos. Julieta le rodeó los hombros con el brazo. Sorprendentemente, Sebastián no experimentó el menor brote de celos. Los contempló con atención. Algo había cambiado, pero no en ellos.

—Pusisteis en marcha una serie de acontecimientos —prosiguió el antiguo alcalde—. Quizá fueran inevitables o quizá no. No vale la pena detenerse en elucubraciones. Nuestra prioridad es elegir un curso de acción presente.

—No me he *enterao* de *na* —dijo el Pani.

—Que lo que ha pasado, pasado está, mongolo. Que a ver qué hacemos ahora.

—Vale, pero ¿para qué quiere el diablo el libro de Beatriz?

—Yo mismo me he hecho esa pregunta mucho tiempo. He llegado a la siguiente conclusión: ese libro perteneció a María Moco. Beatriz heredó el libro de ella, y con el libro heredó sus secretos.

—Pues no lo entiendo —dijo el pelirrojo.

—A ver si piensas un poco, Pani —dijo Sebastián—. En ese libro están los secretos de Beatriz y los de María Moco. El hechizo que la tiene presa en las cuevas estará allí dentro. Lo necesita para romperlo.

Por toda respuesta, el pelirrojo se volvió a soplar el flequillo, que cayó a plomo sobre la línea de sus ojos.

—Pero —saltó Julieta—, ¿qué tiene que ver todo eso con el Hospicio?

Nadie llegó a responderle, porque entonces estallaron las ventanas.

Una lluvia de astillas y cristales cayó sobre ellos. Evaristo protegió el cuerpo de Julieta con el suyo; ambos rodaron en medio del estruendo. Tancredo se tiró al suelo, gimiendo. El Pani tropezó y cayó detrás del sofá. Un viento fétido sopló en la cara de Sebastián. Se cubrió el rostro con los brazos. Cuando los bajó, la escena ante él había cambiado por completo.

Los muebles estaban destrozados. Fermín Salvochea se erguía en medio del salón, frágil y tembloroso, pero en pie. El doctor Ojeda yacía a sus pies.

Frente a ellos había un vampiro.

—*Fermín* —dijo la criatura—. *Qué alegría volver a verte.*

Ahora Sebastián entendió la historia de su padre. Ahora comprendió que aquel ser no tenía nada remotamente humano. Había algo vivo allí, pero era una vida como jamás había imaginado. Su piel estaba hecha de brasas de hoguera. Su voz eran cristales.

—Osvaldo —dijo Salvochea. Sebastián se maravilló de la entereza de su voz, que por desgracia no se transmitía a su cuerpo—. No sé lo que el diablo te ha prometido, pero miente.

La carcajada del vampiro despertó en ellos imágenes de jaurías de mastines.

—*¿Es que no lo ves, Fermín? Ya ha cumplido su promesa.* —Alargó hacia él dos manos deformes—. *Me ha prometido esto.*

Salvochea y él se movían por la habitación. El anciano daba pasos cautelosos, manteniendo la distancia como haría un domador frente a un león. Osvaldo Aramburu caminaba a su mismo paso. Se relamía. «Podría matarlo ahora mismo —pensó Sebastián—. A él y a todos nosotros. Pero quiere disfrutar de esto. Quiere que sufra. Quiere que sienta miedo».

Miró alrededor. El Pani, los gemelos, el doctor, Julieta... todos parecían estar magullados pero a salvo. Contemplaban al hombre frente al monstruo.

—*He dormido demasiado tiempo en las profundidades, allá donde no hay luz. Abel cuidó de mí mientras dormía, pero no ha sido un sueño tranquilo. Te he matado mil veces, Fermín. Fuiste la perdición de mi familia. Mi padre murió por tu culpa. Mi hermana murió por culpa de tu barbero.*

—¿Hay algo más de lo que quieras culparme, Osvaldo? ¿Las guerras carlistas? ¿Alguna desamortización?

Pero el vampiro no escuchaba.

—*Te habría matado en cuanto Ella me despertó, pero estaba demasiado débil. Llevo días alimentándome, ganando fuerzas, volviendo a vuestro mundo. Cada sangre que he bebido y cada cuello que han desgarrado mis dientes tenía tu nombre, Fermín.*

Salvochea se detuvo junto a las ventanas. Lo más lejos posible de la puerta.

—Santiago —dijo, muy despacio—. Sácalos de aquí. Sólo hay alguien que puede

detener esto, y no soy yo. Encontrad a su hijo, es lo que el Diablo ansía por encima de todas las cosas. Encontradlo y le pondréis fin.

—*Eso. Encontradlo. Llevadme hasta él. Será un placer arrancaros los párpados y comérmelos delante de...*

Es difícil distinguir un acto de valentía de un acto de estupidez. A veces el arrojo y el error más grave llevan la misma máscara. Ninguno se pondría jamás de acuerdo en cuál de los dos llevó a Tancredo Mejías a gritar:

—¡Tan-e-do, ue-deeeee!

El niño gitano corrió hacia el vampiro. Agarró el antebrazo de la criatura que había sido Osvaldo Aramburu y le hundió los dientes en aquella piel fría y muerta.

Osvaldo se volvió hacia él.

—¡TANCREDO! —gritó Evaristo.

El tiempo de pronunciar esas tres sílabas le bastó al vampiro para agarrar a Tancredo del cuello y levantarlo sobre sus pies. El bocado del gitano se llevó incluso un poco de piel, pero de poco sirvió.

Hubo un giro de muñeca. El crujido resonó por la habitación. Dejó caer el cuerpo como se tiran los papeles arrugados, las cosas inservibles, las cáscaras muertas.

Y eso puso en marcha todo lo demás.

Evaristo Mejías empezó a gritar. La mano del doctor Ojeda apareció de ninguna parte y lo agarró del cuello de la camisa. El médico se echó al hombro a Julieta como si fuera un petate y empezó a correr. El Pani empujó a Sebastián hacia la puerta. Él no se resistió.

No podía apartar la vista de Salvochea y Osvaldo.

Había sido sólo un instante, y de pronto Salvochea estaba cara a cara con el vampiro. El antiguo alcalde tiró del puño del bastón y desenvainó un estoque plateado y largo que terminaba en una punta hambrienta de carne de monstruo.

—Dale recuerdos a tu padre, Sebastián.

Lo último que Sebastián vio fueron las garras del vampiro atravesando el pecho de Fermín Salvochea, al mismo tiempo que el estoque entraba limpiamente en el suyo.

Algo.

—Despierta.

Algo le molestaba.

—Despierta.

Algo le molestaba detrás del ojo.

—He dicho que despiertes.

La molestia se convirtió en dolor. Abrió el ojo. Fue como verter ácido sobre él. Retrocedió a cuatro patas. Berreaba. El aire mismo lo envenenaba. Sentía como si le estuvieran dando la vuelta a sus propios pulmones, como si sus intestinos se hicieran nudos y volviesen a desatarse. La piel le ardía con una fiebre que jamás había pensado que existiese. Había lombrices bajo su carne, huevos de araña eclosionando en su lengua, cucarachas aleteando una canción de mugre y tinieblas en su garganta.

—¿Estás despierto?

En medio del tormento, la vio. Estaba de pie frente a él, en mitad del sótano. Los niños vampiros se arremolinaban a su alrededor, bestias dóciles y complacientes. Le lamían las manos, los costados, la entrepierna. La joroba a su espalda era un grumo de carne consumida que nadie confundiría con María Moco.

—¿Estás despierto, Abel? —preguntó el Diablo.

Y lo preguntó con su voz verdadera, como verdadero fue el horror que sacudió las entrañas del padre Abel, porque en esa voz reconoció a un Dios mucho más presente que aquella criatura nebulosa y ajena a la que le habían enseñado a rezar a golpe de regla. Intentó alejarse de aquella voz, pero lo único que consiguió fue caer en una de las tumbas abiertas y vacías. Abrió la boca para gritar. Descubrió que de ella ya no salían sonidos humanos.

—Escúchame. Escucha mi voz —dijo el Diablo—. Osvaldo me ha fallado. Tú vas a continuar con su trabajo.

«No. No, no, no, por favor. Aléjalo de mí. No permitas que me lleve». Esos fueron los últimos pensamientos del padre Abel, una petición al Dios que tanto había olvidado.

—Te concedo el poder de las sombras. La muerte en vida. La voz doliente. Ahora eres pesadilla. Eres susurro. Eres ocaso. Eres mío. Levántate y sírveme.

El padre Abel, lo poco de humano que le quedase, murió allí abajo, en el sótano del Hospicio. De la tumba abierta surgió un monstruo. Se arrancó de un tirón la llave que una niña coja le había hundido en el ojo. Agachó la cabeza frente a su Señora y dijo:

—*Mándame, señora. ¿Qué he de hacer?*

El Diablo aplaudió.

—Esto va a ser muy divertido.

Los gaditanos se asomaron a los balcones de la plaza de las Viudas. Oyeron el grito de muerte del vampiro, un grito que despertó recuerdos negros tras los párpados de los ancianos y plantó malos sueños en el corazón de los niños.

El doctor Ojeda tiraba de ellos. Se alejaron a toda prisa. «Esto es lo que advirtió Nicolás Mejías a mi padre —pensó Sebastián—. Esto es lo que pasa si te acercas a Fermín Salvochea». Ahora ya era tarde para desandar el camino. Les había costado la muerte de Candela, de Tancredo y del mismo Salvochea. Y quién sabía cuántas más antes de que acabase aquella noche.

—Os voy a llevar a mi consulta —dijo Ojeda—. Allí estaremos a salvo.

—No —cortó Sebastián—. Allí no estaremos a salvo. Ellos saben quién es usted. Ha estado usted tratando a los niños y luego a Bigote. Ya es de noche. Lo más normal es que pasen por su casa a buscar la tijera.

—Entonces, ¿dónde nos escondemos? —preguntó Julieta.

Sebastián y el Pani se miraron.

Al doctor Ojeda le costó la misma vida encaramarse a la verja de la Conejera. Los adultos solían estar anquilosados y fondones, y éste lo estaba por partida doble. Entre todos le ayudaron a subir. Había poca gente en la calle. Los gaditanos se encerraban en sus casa y echaban mano de sus crucifijos. El aullido de muerte del vampiro había sido la señal. Una sombra se extendía por la ciudad.

Ojeda atravesó el último la puerta de la calavera. Contempló el interior de la Conejera.

—Este sitio ha cambiado muchísimo.

Todos se lo quedaron mirando.

—¿Lo conoce usted?

Ojeda asintió.

—Yo solía venir aquí cuando era pequeño. Mis amigos y yo. —Meneó la cabeza con aire soñador—. Muchos se fueron de Cádiz, ya no sé nada de ellos. Teníamos una regla: cada vez que veníamos aquí, teníamos que dejar...

—... una prenda: una historia o un objeto secreto y maravilloso —completó Sebastián.

Ojeda le mostró una sonrisa lastrada por la pena y el cansancio.

—Pensábamos que la habíamos descubierto nosotros, pero en realidad las reglas las aprendí de mi abuelo.

Todos guardaron silencio, de pronto abrumados. Quién sabía cuánto tiempo más seguiría existiendo la Conejera, a quién daría cobijo en el futuro, a qué nuevos terrores se enfrentarían sus inquilinos. Quién sabía si los recordarían.

Julieta los sacó de su ensimismamiento:

—Ya va siendo hora de unir la tijera.

Le tendió a Sebastián la mitad que le había dado su abuelo. Él hurgó en su chaquetilla y sacó la otra mitad. Las unió. Ambas encajaron con un *clac* metálico.

—Ésta es la llave del libro de sombras —anunció Julieta, como si fuera otra persona quien hablase—. El Diablo la necesita para romper el hechizo y salir de las cuevas.

—La guardaremos aquí —propuso el Pani—. Nunca la encontrarán.

—No bastará —dijo Julieta—. A lo mejor eso los detiene ahora, pero los vampiros ya están en el Hospicio. Pondrán patas arriba Cádiz hasta dar con ella.

—Y aunque no lo consigan —añadió Evaristo—, a lo mejor dentro de otros treinta años alguien entra aquí y se lleva la media tijera.

—Y el Diablo lo estará esperando en algún sótano —concluyó el pelirrojo.

Un escalofrío les recorrió a todos.

Sebastián se levantó. Dio vueltas por la habitación. *Juancho*, la calavera del gancho, los espiaba impertérrito. Echó una mirada a las escaleras que ascendían a la garita. Ni siquiera se atrevió a pensar en subir. La Bella Escondida estaría allí arriba,

inalcanzable, albergando a aquella criatura que, según Salvochea, era su propio hermano.

Pero ¿estaba allí de verdad? ¿Qué pasó cuando Liérganes y su padre bajaron aquellos escalones? ¿Qué encontraron? ¿Qué hicieron? ¿Dónde estaba Liérganes?

Sebastián se maldijo por dentro. No se le ocurría nada. Distraído, se rascó la cicatriz de la ceja. Se fijó en que tenía una mancha oscura en el dorso de la mano. Rascó con la uña, pensando en qué hacer a continuación. La mancha no salía. Estaba pegada a su piel como... como...

Se quedó paralizado.

—Ya lo sé.

—¿Qué? —preguntó el Pani.

—Ya lo sé. Ya lo sé, ya lo sé, ya lo sé. ¡Ya-lo-sé!

No podía creérselo. Tenía que ser una locura. Una fantasía.

Una fantasía tan grande como los vampiros que ahora mismo los buscaban por las calles de Cádiz para arrebatárles la llave que abría el libro de una bruja.

Sebastián se lanzó sobre el montón de prendas que habían ido dejando en la Conejera. Empezó a rebuscar entre ellas ante la mirada atenta de los demás. Voló la pipa con el elefante grabado, el sombrero agujereado, el chaleco de botones brillantes, el panfleto del circo de aquel farsante que les había hecho creer que podrían ser investigadores de lo oculto y no morir en el intento.

—Vamos, tiene que estar aquí.

—¿Qué estás buscando? —preguntó el Pani.

De pronto dio con él. Lo levantó a la luz de las velas. Ninguno entendió por qué sostenía el cuadernito del Pellejito. Sebastián pasó las páginas en pleno frenesí. Los garabatos del Pellejito eran un borrón. Localizó la última página.

Nosotros no hemos visto nada

Por favor

Se la mostró, el rostro iluminado.

Ninguno reaccionó.

—¿Qué? ¿Es que no lo veis?

—¿Qué es lo que tenemos que ver, Sebastián? —preguntó el doctor Ojeda.

Él les enseñó la mancha que tenía en la mano.

Y la mancha que había en la última página que escribió el Pellejito.

—¿Es que no lo veis?

—Ver, lo veo —dijo el Pani—. Pero no lo entiendo.

—Que ya sé dónde tenemos que ir —tradujo Sebastián.

6

Las puertas dobles volaron por los aires con el estrépito de un árbol roto por un rayo. El padre Abel y sus mojarras recién nacidas se adentraron en el convento de la Candelaria. El antiguo sacerdote ni siquiera dedicó una mirada cuando la monja portera cayó al suelo devorada por sus criaturas. Sus gritos se oían pasillo abajo. Él caminaba exultante, tranquilo, seguro de su victoria y la de su señora.

Rosa Marina oyó el estruendo desde la celda. Cerró los ojos. Se oyeron más gritos de dolor. Súplicas. Oraciones. Cerca, cada vez más cerca.

Agitó el agua en la bacinilla, se echó un poco en la cara. Era hoy. Hoy era el día de su muerte.

—Rosa.

La voz había sonado nítida, cristalina. Miró a todas partes. Aquellas bestias se acercaban. Tardó todavía un segundo en darse cuenta de dónde venía. Se asomó a la bacinilla. El agua le devolvió su propio reflejo. No estaba sola.

—Vamos a jugar a un juego, Rosa —le dijo la niña en el reflejo—. Escóndete aquí y déjame salir a mí. Les daremos una sorpresa.

Rosa Marina, aquella mujer hecha de noche y de sal, pasó la punta de los dedos por la superficie del agua sin llegar a tocarla.

La puerta de la celda tembló.

—Ya no puedo jugar, Rosa —dijo—. El tiempo de esconderse ha pasado.

La niña que había sido ella misma agitó la mano.

—Entonces adiós, Rosa. Te echaré de menos.

Rosa Marina se volvió.

La puerta estalló en mil pedazos.

—¿Estás seguro de esto, Sebastián?

—Estoy muy seguro.

Cádiz había enmudecido para cuando salieron de la Conejera. La noche de octubre llegaba temprana y húmeda como todas las noches de octubre en la ciudad. Ecos fantasmales en la niebla que envolvía las farolas de gas.

Llegaron a su destino con los nervios a flor de piel, seguros de que en algún momento una sombra caería sobre ellos para arrebatárles no sólo la tijera, sino la vida. Se detuvieron en la primera esquina, oteando la puerta como quien otea la entrada a la guarida de un animal salvaje en pleno crepúsculo.

—Entraré yo primero —dijo Sebastián.

—Tú estás loco —saltó el Pani.

—Ni hablar, Sebastián, no te vamos a dejar solo —dijo Julieta.

—Si venimos todos, no nos abrirá —terció él.

—Puede ser muy peligroso —advirtió el doctor Ojeda.

—Ya lo sé, pero el mismo peligro hay dentro que fuera.

Evaristo le dio una palmada en la espalda.

—Suerte, payo.

Sebastián lo miró. A él y a Julieta.

—A ustedes también. —Le tendió la tijera al Pani—. Toma, guárdame esto, mongolo. No quiero que me la quite si la cosa se tuerce.

—No me llames mongolo —dijo el pelirrojo, y le dio un abrazo.

Sebastián tocó el timbre. No sucedió nada. Volvió a tocarlo. Otra vez. El tintineo reverberó por toda la calle. En su cabeza se dibujó a la perfección la imagen de los vampiros recorriendo los tejados, husmeando por las ventanas y las torres, buscándoles. De pronto se detenían, volvían la cabeza. Y se lanzaban en la dirección en que venía el soniquete del timbre. Aun así, siguió llamando.

Por fin, una luz se encendió. Una silueta apareció al otro lado del vidrio de la puerta. Se abrió. Una cara somnolienta y malhumorada se enfrentó a Sebastián.

—¿Qué horas son estas de llamar, Sebastián?

Él inspiró hondo.

—Tengo que hablar con usted, don Basilio. Es urgente.

8

El padre Abel se sentía exultante. Esto era lo que había esperado toda su vida. Ya no tenía que rezarle a Dios. Ahora era Dios.

Se acabó servir a Osvaldo Aramburu. Se acabaron las traiciones. Se acabaron los subterfugios. El padre Abel ya no era el Mijita. Ya no era un chico debilucho ni un adulto acomplexado que se veía obligado a esconderse entre viejos enfermos. Ya no necesitaba violar niños para sentirse poderoso.

Ahora solo respondía ante un maestro, y no era Dios.

Era mucho más poderoso.

—Haga el favor de cerrar la puerta, Sebastián. A estas horas no se sabe quién puede entrar.

Él se lo quedó mirando.

—Sólo indeseables, está claro.

El Perejil se arrebujo en el batín.

—Sebastián, yo comprendo que está usted entrando por la puerta grande en la edad del pavo, pero yo no soy su padre para tener que aguantarlo.

—¿Sabe usted que he estado pensando mucho en el libro de Féval, don Basilio? —dijo Sebastián—. En el jorobado. Enrique de Lagardère. En cómo se escondió bajo un disfraz para poder llevar a cabo su venganza.

—Sebastián...

—Pero la venganza de Enrique de Lagardère se saldaba con sangre, que es lo suyo para una venganza. Aunque hay otras que se saldan con algo distinto. Con tiempo, a lo mejor. Con todo el tiempo del mundo. Son venganzas distintas, pero necesitan los mismos disfraces. Lagardère fingió tener joroba. Hay quien se deja crecer la barba.

—Me estoy cansando de juegos, Sebastián.

—¿Sabe una cosa, don Basilio? Yo también.

Y arrojó el cuaderno del Pellejito sobre el mostrador.

Basilio Pérez Gil se quedó lívido.

—¿Cuánto tiempo lleva usted haciéndolo, don Basilio? ¿A cuánta gente ha matado?

—Fuera de aquí, Sebastián.

—No debería haberme tratado como a su propio hijo, don Basilio. Si no me hubiera estrechado la mano cuando me caí al suelo delante de su puerta, no me habría dado cuenta. Pero me la estrechó, y me manchó con aceite de la hornilla. El mismo aceite con el que manchó el cuadernito del Pellejito cuando le abrió la cabeza.

—He dicho que se vaya de mi casa.

—Está detrás de la hornilla, ¿verdad? Ahí es donde lo ha escondido todos estos años.

—No tengo por qué aguantar esto.

—No ni *na*. No ni *na* tiene que aguantarlo. ¿A cuánta gente ha matado usted? ¿Cuánta gente ha traído hasta aquí para que el niño se alimente?

El boticario dio un paso en dirección a Sebastián. Como un eco del enfrentamiento entre Salvochea y Osvaldo Aramburu, Sebastián dio el mismo paso, espejado, manteniendo la distancia.

—Nunca han echado a nadie de menos —dijo el boticario—. Sólo se trataba de mendigos. Meretrices. Desheredados.

—Desheredados como el Pellejito y el Piñonate. Lo descubrieron hace dos noches

matando a alguien. Y usted los asesinó.

—Habrían puesto todo en peligro, Sebastián. No espero que lo entienda, pero así es. Teníamos que seguir alimentándolo.

—Lo trajo usted aquí, ¿verdad? Eso es lo que pasó. Usted se lo llevó de la Bella Escondida y lo escondió aquí. Y aquí ha estado todos estos años, alimentándose de la gente que usted traía para él.

El Perejil le mostró una mueca torcida que jamás habría pasado por una sonrisa.

—Qué inocente es usted, Sebastián. No fui yo. Fuimos nosotros.

—¿Nosotros?

—Chano.

«No». La voz había llegado de la puerta de la rebotica. «No, no, no, no, no». Sebastián se giró. Y se le rompió el corazón.

Padre se abrazaba al libro de sombras de Beatriz Aramburu. Sebastián jamás lo había visto con tan mal aspecto. Estaba demacrado y pálido, los ojos hundidos y el alma a juego. Parecía un vampiro. Pero no, no lo era. Sólo era un hombre moribundo, a pique de un repique.

—Lo siento mucho, Chano.

Sebastián no tuvo tiempo de contestar. El Perejil lo atrincó por el pescuezo y lo levantó como a un conejo que estuviera a punto de desollar para echarlo en la cazuela.

—¡Basilio, no! —suplicó Padre—. Déjalo, por lo que tú más quieras.

—Cállate —ordenó el boticario. Padre bajó la vista.

El Perejil apartó a Padre y lo arrastró a la rebotica. Sebastián pataleaba. Todo seguía estando tan escamondado como el mismo día en que empezó a trabajar allí. Los matraces seguían en su sitio. El familiar traqueteo de la hornilla se desplegó a su alrededor como un sudario. Esta vez no daba calor. Padre lo siguió, retorciéndose las manos.

—Basilio, por favor. Es sólo un niño.

—Tu hijo sabe demasiado, Juan. Haz el favor de apartar la hornilla.

—Es usted... —susurró Sebastián, medio ahogado por la presión de la mano del Perejil—. Es usted un hijo de puta.

—Bien le han enseñado a usted a hablar. Juan, aparta la hornilla de una vez.

Padre manipuló la parte de atrás del armatoste. Hubo un chasquido. Lo empujó a un lado con esfuerzo. Detrás había una puerta de reducidas dimensiones.

—Ábrela.

—No —dijo Padre—. No, Basilio, eso no.

—Hace demasiado que no le damos de comer. ¿Qué quieres, que muera? ¿Después de todo este tiempo? ¿Para esto ha servido tanto dolor, para que el niño se muera de hambre?

Sebastián comprendió. El horror lo golpeó como una ola embravecida. Padre hundió la vista en el suelo.

—Abre la puerta de una vez, Juan, o te vas tú dentro.

Padre obedeció, sumiso. Los goznes de la puerta protestaron. La atravesó una ráfaga de viento gélido que le escamó la piel. Al otro lado se atisbaba la oscuridad más intensa que Sebastián había visto nunca. Una pena terrible se unió al pavor que recorría su cuerpo. Sebastián se revolvió como pudo, intentó arañar y morder y patear al boticario, todo a la vez. Todo en vano. El Perejil echó la cabeza hacia atrás para esquivarlo.

Sebastián vio la cicatriz bajo su profusa barba. La cicatriz que le atravesaba la garganta.

—Debería darle vergüenza, don Basilio —masculló con el hilo de voz que le quedaba—. Su gente siempre ha venido del norte para custodiar los secretos de Cádiz. Ha pervertido usted su estirpe. No merece llevar el nombre de Liérganes.

El Perejil sacudió a Sebastián en el aire. Lo levantó en vilo casi sin esfuerzo. Aunque treinta y cuatro años no pasaban en balde, el rey que había gobernado a los contrabandistas gaditanos seguía estando ahí, en la memoria de ese cuerpo.

Sebastián tembló ante la mirada derrotada de Padre. El pobre hombre se abrazaba a aquel libro negro que contenía un secreto que ya no importaba a nadie.

—Tiene cierto sentido poético que vaya usted a alimentar al niño, Sebastián —dijo el Perejil—. Su padre y yo hemos sido como hermanos todos estos años. Es de ley que ahora su hijo alimente al mío.

—Ese no es su hijo, cabrón.

Algo agitó las facciones del Perejil. Su rostro se contrajo en una expresión que Sebastián no había visto nunca. Era rabia.

—Cuidado con lo que dice —gruñó.

—Padre —llamó Sebastián.

El Perejil se acercó a la puerta.

—Padre, por favor.

Padre atendía en silencio.

—Lo siento mucho, Chano.

—No le lames Chano —espetó el Perejil—. Su nombre es Sebastián. Al menos despídete de tu hijo en condiciones.

Tomó impulso para lanzarlo dentro.

Sebastián cerró los ojos.

10

Los vieron aparecer justo en la entrada de la calle Feduchy. Caminaban despacio, dueños de la noche gaditana.

—Mierda —dijo el Pani.

—Se acabó la espera —dijo el doctor Ojeda—. Todos adentro.

No había tiempo para horrorizarse cuando el verdadero horror estaba al cabo de la calle. Entraron. Ojeda y Evaristo volcaron parte de las estanterías sobre la puerta.

—Esto no aguantará —advirtió el gitano.

—Tenemos que prepararnos —dijo Julieta—. Buscad ajo. Esencia de ajo. Polvos de ajo. Cualquier cosa que lo contenga.

—¿Ajo? —preguntó el médico.

—Ajo. ¿Recordáis lo que dijo Poe? El ajo los repele. Son alérgicos.

Empezaron a mirar entre los cajones.

—Aquí no hay etiquetas —protestó Evaristo—. No sabemos qué hay en cada frasco.

—Yo sí —dijo el Pani. Abrió un cajoncito y le lanzó un par de tarros a Evaristo. El gitano los cogió al vuelo—. Me he pasado media vida cambiando cosas de sitio aquí dentro.

Sebastián cerró los ojos.

El golpetazo lo hizo volver a abrirlos.

Padre había estrellado el libro de Beatriz Aramburu contra la cabeza del Perejil. El boticario soltó un bramido y dejó caer a Sebastián. La sangre le corrió por la cara.

Se giró hacia Padre.

—¿Qué has hecho?

Padre le endiñó otro leñazo en la cabeza con el libro.

—¡No me digas cómo llamar a mi hijo, pedazo de cabrón! —gritó—. ¡Es mi hijo! ¡No sabré leer, pero soy su padre! ¡Si me da la gana de llamarlo Chano, lo llamo Chano!

Acompañó cada grito con otro golpetazo en plena cara. La sangre manchó la cubierta. El Perejil retrocedió, presa de una mezcla de estupor y alarma. Con un último impulso, Padre le plantó el libro sobre el pecho.

—No —dijo el Perejil.

—No ni *na*.

El empujón envió al Perejil a través de la puerta.

Ojalá hubiera habido gritos. Ojalá se le hubiera oído chillar de dolor, de terror, de agonía. Pero aquella oscuridad devoró su cuerpo sin el menor sonido.

Padre cayó de rodillas delante de Sebastián.

—Chano —masculló.

Sebastián se abalanzó sobre su padre.

Y lo abrazó.

Lo abrazó como hacía años que no lo abrazaba. Hundió la cara en su pecho. Juaíco lo estrechó entre sus brazos. Sebastián se dejó contagiar por el calor de su piel, por el olor desabrido y sin embargo familiar que tanto echaría de menos cuando dejase de tenerlo cerca. No era más que un padre abrazando a su hijo de trece años. No era menos que eso. Lo era todo.

—Mi niño —musitaba Juaíco—. Mi niño.

—Padre —Sebastián lloraba.

—Lo siento, Chano. Lo siento mucho. He estado a punto de dejar que te maten. Perdóname.

—No se preocupe, Padre. Habrá sido por el vino.

Él lo apartó, las manos todavía en sus hombros.

—No, Chano. No ha sido el vino. Nunca ha sido el vino. He sido yo. Me he pasado los últimos treinta y cuatro años ayudando al Perejil. Trayendo gente aquí para que esa criatura se alimentase de su sangre. El vino sólo me ha ayudado a no tirarme por la muralla del Campo de Sur.

—¿Mató usted al Pellejito, Padre?

—No hice nada por evitar que Basilio lo matara, que es lo mismo. —Negó con la

cabeza—. Pero se acabó.

El berrido que les interrumpió llegó de la parte delantera.

—¡Sebastián! —El Pani se apoyaba en el dintel de la rebotica—. ¡Ya están aquí!

—¿Cómo que ya están aquí? —preguntó Juaíco—. ¿Quiénes?

—Los vampiros, Padre. Vienen a por el niño.

Juaíco soltó todo el aire de la nariz.

—Escúchame, hijo. Escúchame bien. Tenéis que entretenerlos todo el tiempo que podáis.

—¿Y usted qué va a hacer?

Los labios de Padre se convirtieron en una fina línea.

—Yo voy a acabar con esto. Ayúdame.

Se apoyó en su hijo para levantarse. Así, tan cerca el uno del otro, era imposible no ver el parecido. Juaíco se acercó a la puerta. A la oscuridad.

—No, Padre.

—Sí. Ya lo creo que sí. Es la única manera.

Sebastián lo miró a los ojos. Lo que vio allí lo convenció, o al menos lo detuvo.

—Padre, ¿llegó usted a ponerle nombre?

Él negó con la cabeza.

—Hágalo ahora.

Juaíco asintió. Atravesó la puerta.

Y los vampiros llegaron.

—Preparaos —dijo el doctor Ojeda—. Tiradles todo lo que...

La estantería saltó en pedazos y con ella la puerta. Volaron astillas y trozos de madera. Entraron en tromba. Primero fueron los niños. Treparon por las paredes, por el techo. Un vial voló hacia el primero de ellos. Falló. El siguiente le acertó en el pecho. De su menudo cuerpo brotó una humareda negra. La mojarra cayó y se revolcó por el suelo, chillando.

—¡Seguid! —exclamó Ojeda—. ¡No les deis tregua!

Uno de los niños cayó sobre él. Se le unió otro. Ojeda no tuvo tiempo de defenderse. Unos pequeños colmillos le desgarraron la garganta. La sangre brotó, y eso atrajo a los demás. Los cinco niños. Se cebaron con el médico ante la mirada horrorizada de todos ellos. Le mordieron las muñecas, las ingles, el cuello. Ojeda temblaba, la sangre resbalando por su boca, los ojos fijos en ellos tres.

—Corred —dibujaron sus labios.

Y así murió.

El padre Abel entró en la botica.

—*Quien no se haya escondido, tiempo ha tenido.*

13

En algún punto de Cádiz, en el anfiteatro romano que todavía albergaba los restos de cientos de contrabandistas, Margarita López de Morla reía.

Las mojarras se saciaban con la sangre del doctor Ojeda. El Pani, Julieta y Evaristo Mejías estaban de pie frente al padre Abel. Eran los últimos que quedaban. La última línea antes de que el vampiro consiguiese llegar hasta el niño del Diablo.

—*Apartaos.*

Los tres negaron con la cabeza.

—*Creéis que podéis vencerme, pero os equivocáis. Las tinieblas están de mi lado.* En su voz vibraban ecos de todo el dolor que ya había causado.

—*¿Sabéis cuánto chilló vuestra amiga cuando mis retoños se la comieron? La destrozaron de arriba abajo. No dejó de gritar. Soy vuestra muerte, ¿no lo veis?*

Sus palabras despertaban imágenes de lo que le habían hecho a Candela. Temblaron. El Pani fue el primero en dar un paso atrás.

Sebastián apareció a su lado. Codo con codo, hombro con hombro.

—Nosotros somos la tuya —dijo—. No vas a pasar.

El padre Abel les enseñó una ristra de dientes ansiosos por probar su sangre.

—*Vamos a comprobarlo.*

Se movió rápido como el remordimiento. Agarró al Pani por la pechera y lo arrojó al otro lado de la habitación. El pelirrojo golpeó la pared y quedó inmóvil en el suelo. Evaristo fue el siguiente. Las garras del vampiro le abrieron un surco sanguinolento en el rostro. El gitano se derrumbó. No había pasado ni un segundo.

El padre Abel apresó a Julieta y a Sebastián por el cuello. Aquellas uñas infectas se clavaron en su carne. Manotearon inútilmente. El aire escapó de sus pulmones. La visión de Sebastián se nubló.

«Necesito hombres buenos a mi lado, Juan. Y usted es un buen hombre».

Las palabras de Salvochea cruzaron su mente al mismo tiempo que se introdujo en la oscuridad.

Era como una cortina oleosa, un muro al alcance de su mano. El niño estaba ahí dentro. Él y Liérganes lo habían traído hasta allí. Habían pasado treinta y cuatro años alimentándolo con sangre.

Juaíco se acercó. Y lo vio.

Su hijo era una sombra. Una figura recortada en aquella impenetrable oscuridad, en aquel desierto del corazón que no dejaba paso a la luz ni a las palabras. Juaíco supo que lo escrutaba. Leía en su interior. Lo reconocía.

—Escúchame —dijo en voz alta. Sus palabras surgieron embotadas como si estuviera bajo el agua—. No sé cómo has llegado a ser esto que eres. No sé si llamarlo magia, o las malas artes del Diablo, o de Dios. No lo sé.

El ser oscuro se revolvió frente a él. Juaíco sintió frío, pero eso ya daba igual. Las palabras ya no le pertenecían. Era una sabiduría que brotaba de alguna parte de su ser mediante un resorte secreto.

—Lo que sí sé —prosiguió—, es que no tienes por qué ser así. Eres mi hijo. Si es verdad lo que dicen, eres el hijo de un buen hombre. Yo no creo que sea verdad. No soy bueno. Tampoco malo. Lo mismo no hay bien ni hay mal. Lo mismo sólo están las decisiones que tomamos y las que dejamos de tomar. Yo qué sé, lo mismo sólo está la voluntad que ponemos para enmendar nuestros errores. Sé que te han quitado la vida, y lo acepto como culpa mía. Yo también he tirado mi vida en un chato de vino. Pero no sirve de nada. Los que nos han hecho quienes somos han desaparecido. Sólo quedo yo. Mátame. Quédate con mi vida. Pero antes, déjame que te dé un nombre.

La oscuridad que era su hijo se congeló a su alrededor. Puede que pasasen segundos, puede que horas. Juaíco no supo decirlo.

—Te llamarás como yo —dijo al fin—. Juan.

La oscuridad lo abrazó.

Sebastián se ahogaba. Sentía que se iba. Se iba.

—*Había pensado obligaros a comeros las tripas el uno del otro* —oyó que decía alguien, muy lejos—. *Sería divertido. Pero la noche avanza, así que creo que me limitaré a decapitaros.*

Entonces llegó otra voz.

—No vas... no vas a hacer nada...

Era la voz de Julieta.

—*Ah, ¿no?*

—Somos... somos los descendientes... de Fermín Salvochea... y de Juan Jiménez. Tenemos... sangre... de cazavampiros.

Julieta levantó una mano. Había algo en ella. Algo pequeño. Algo que desprendía un resplandor dorado. El vampiro soltó una expresión de sorpresa. La presa se aflojó. El aire volvió a entrar en los pulmones de Sebastián.

—*¿Qué es eso?* —exclamó el padre Abel, y en su voz vibraba la nota sostenida del miedo—. *¿Qué estás haciendo?*

—La cruz no es necesaria —Julieta repitió las palabras que les había dicho Poe hacía un millón de años—. Sólo hace falta la fe. El símbolo es lo que los asusta. El símbolo de mi abuelo.

En la mano de Julieta, el reloj brillaba con la intensidad de un faro. El alacrán refulgía. Julieta lo interpuso delante de su cara. La criatura chilló de dolor.

—*¡No hagas eso!*

—*¡Somos los hijos de Salvochea y Juaíco!* —gritó Julieta—. *¡Cazamos vampiros! ¡Eso es lo que hacemos!*

Sebastián no necesitó más. Por más que contase esta historia que no podía contarse a nadie, por más que intentase darle un sentido u otro, al llegar a este punto se encogería de hombros y diría que la idea simplemente apareció en su cabeza. Se echó mano al pecho. Al collarcito con el duro antiguo que le ensartó Antonio *el Puntilla*. El duro antiguo que su padre pescó para él en la playa de la Victoria cuando apenas contaba diez años, cuando todavía creía en sus historias. El duro antiguo de plata que, quizá, cayó de un navío volador repleto de piratas del cielo.

—Trágala, perro —dijo entre dientes.

Le metió el duro en la boca al padre Abel. El vampiro desorbitó los ojos y profirió un aullido con toda su negra alma. Una humareda oscurísima surgió de su boca. Los soltó. Empezó a toser y a vomitar un líquido negro. El aire se llenó de un hedor a tierra de tumba. El vampiro levantó la vista. El dolor retorció sus facciones.

—*Pagaréis por esto.*

—No.

El Pani apareció delante de él.

—No. No pagará nadie más.

La tijera de plata se hundió en el pecho del padre Abel.

El vampiro rugió. Evaristo Mejías, la sangre chorreando por el rostro, también se levantó.

—Esto es por mi hermano, hijo de puta —masculló, y vació los tarritos de esencia de ajo sobre la cabeza del padre Abel.

Su piel se achicharró. Un vendaval hecho de mil voces demoníacas brotó de su garganta y les envolvió. Su cuerpo se convulsionó como si tuviera dentro un nido de culebras furiosas.

El Pani levantó el dedo.

—¿Qué haces? —preguntó Sebastián.

—Quien quiera acabar con este hijo de la grandísima puta que levante el dedo.
Dedocracia.

Sebastián lo secundó. Y Julieta. Evaristo levantó el dedo, comprendiendo que aquello era algo que tenían que hacer, algo que debían a aquella niña coja, fea y valiente que siempre supo que eran unos caguetas.

Y empujaron. Vaya si empujaron. Sebastián, el Pani, Julieta, Evaristo Mejías. Agarraron la empuñadura de la tijera de plata y la empujaron dentro del pecho del vampiro. Empujaron los cuatro, pero también empujó Rosa Marina. También empujó Calvario Soto y Fray Espinosa y Beatriz Aramburu y Liérganes y tantos, tantos otros gaditanos que habían sufrido aquella maldición durante más de treinta años. Sebastián empujó, sintiendo que Candela empujaba a su lado, que entre todos hundían más y más la tijera en el cuerpo de aquel monstruo.

El padre Abel chilló, como también chillaron los niños vampiros, como chilló la criatura encerrada en las catacumbas. Chillaron todos al mismo tiempo, en el mismo idioma, con el mismo miedo. Aquella criatura borracha de un poder oscuro que nunca debería haber tenido murió por la mano de todos ellos. Y de pronto se encontraron en medio de un rastro de espuma de mar. Del padre Abel apenas quedó un jirón de tela de sotana y un alzacuellos demasiado pequeño.

El cuerpo del doctor Ojeda descansaba en el suelo entre la espuma en la que se habían convertido los niños del Hospicio. La calma de la muerte había caído sobre la rebotica.

Se abrazaron unos a otros, y en su abrazo sujetaban la cordura que se les habría escapado de otro modo. Esta vez no les importó llorar delante de los demás.

Una voz hizo añicos su contacto.

—Chano.

Sebastián fue el primero en volverse. Juaíco estaba delante de ellos. Pero ya no era sólo Juaíco. Era su padre. Era su hermano. Eran los dos al mismo tiempo. Juaíco y la sombra de lo que podría haber sido el niño oscuro de Beatriz Aramburu y Juan Jiménez. La negrura que era su cuerpo se pegaba al de su padre, lo bañaba como petróleo, recorría todo su ser. Sostenía el *Liber Umbrarum* en las manos.

El Pani se abalanzó sobre la tijera. Julieta volvió a interponer el reloj de Salvochea.

—¡Esperad! —exclamó Sebastián, alzando las manos—. Es mi padre.

Dio un paso al frente. Fue el único que lo hizo.

—No tengas miedo —dijo Padre con una voz hecha de tinieblas.

Era fácil decirlo. La silueta oscura del hermano de Sebastián culebreaba sobre su piel como un tatuaje vivo. Estaban unidos por algún vínculo innombrable que Sebastián jamás comprendería. De la boca de su padre surgían colmillos. Sus ojos se habían tornado negros.

—Soy yo, hijo.

Sebastián volvió a abrazarlo. Juaíco lo recibió.

—Siento no haber creído en usted, Padre.

—No importa.

—¿Se ha acabado ya?

Él negó con la cabeza.

—Todavía falta una cosa por hacer.

Sujetó el libro contra su pecho. Cogió la media tijera del suelo y se la puso en las manos a Sebastián.

Y apoyó la punta a la altura de su corazón.

Sebastián sintió que se le aflojaban las asaduras.

—No.

—Sí. Ella va a seguir intentando salir. Va a seguir buscando a tu hermano. A mí. Al libro. Es la única manera de acabar con esto.

—Padre, por favor.

—Tienes que ser tú, Chano. Tienes que ponerle fin.

Él sintió que ya no podía llorar más. Su mandíbula tembló. «Que pase algo, por favor. Que pase algo para que no tenga que hacerlo». Pero nada pasó.

Su padre lo miraba, y su hermano a través de sus ojos negros.

—Dígame qué tengo que hacer, Padre.

Juaíco asintió. El Pani y Julieta y Evaristo atendían.

—Estira la mano.

Él obedeció.

—Extiende los dedos.

Lo hizo. Su pulso estaba firme. Como el acero. No en vano era el hijo del mejor barbero de Sanlúcar a Ronda.

Padre guió la punta al lugar exacto de su pecho.

—Empuja fuerte, Sebastián.

Él asintió.

—Llámeme Chano si quiere, Padre.

Juaíco, su padre, le sonrió.

Sebastián empujó la tijera.

Epílogo Cuando enterraron a Bigote

El cielo estaba despejado cuando el cortejo fúnebre salió a la calle. Tampoco esta vez hubo florituras ni caballos, ni mucho menos misa. Esta vez la gente no se echó a la calle. No llovió.

El cortejo recorrió Cádiz sin prisas. El otoño había dispuesto una alfombra de hojas secas allá donde pasaba. Algunos se acercaron a verlo. La mayoría lo espío por las ventanas, negándose a repetir aquel espectáculo, quizá temerosa de que sucediese algo extraño, pues lo extraño siempre había rodeado a aquel hombre circunspecto y bigotudo.

Sebastián y Madre salieron de la casa de la calle Botica rondando el mediodía. Pasaron junto a la madre del Pani, agazapada en la casapuerta, envuelta en su batín desteñido y su pañuelo de lunares. Sebastián no fingió que no veía el moratón en su ojo. Algunas cosas jamás cambiarían en aquel Cádiz lleno de penurias diarias. Otras, las pequeñas, podían cambiar.

—Buenos días, señora.

—Buenos días. ¿Os puedo acompañar?

Y vaya sí los acompañó. Juntos lo vieron pasar por la plaza de San Juan de Dios. Sebastián y su madre y la madre del Pani y el mismo Pani y Julieta. Todos en silencio. El cortejo avanzó por delante del Ayuntamiento. El pelirrojo le echó un brazo por encima del hombro a Sebastián. Julieta le apretó la mano. Esta vez Sebastián no sintió mariposas en el estómago; sintió algo mucho más simple y quizá más duradero: afecto. Un afecto limpio por aquella chica rubia que se convertiría en una de sus mejores amigas para toda la vida. Aquella chica rubia que cruzaba miradas con Evaristo Mejías. El chaval gitano, vestido de luto, siguió a la comitiva con la vista desde la esquina de la calle San Antonio Abad, junto a don Nicolás Mejías y a un grupo de familiares tan cenicientos como él mismo.

Sebastián les deseó a los dos toda la suerte del mundo.

—Se nos fue Bigote —dijo Madre.

Tenía la voz tomada. Sebastián sabía que no se despedía de aquel alcalde que había muerto tres veces y que había salvado a la ciudad de un modo que sólo los más viejos recordarían. Sabía que la despedida secreta en la voz de Madre iba para otra persona.

Para Juan Jiménez.

Juaíco. El mejor barbero de Algeciras a Ronda.

Su padre.

Muchas veces se preguntaría Sebastián por dónde empezar a contar esta historia que no podía contarse a nadie, y no menos veces se preguntaría cómo acabar de contarla. Quizás aquel fue el final.

O quizá, sólo quizá, el verdadero final de esta historia estuvo en los ojos de Sebastián. En esos ojos que se alzaron sin que su dueño se lo pidiera. En esos ojos

que ascendieron hasta el reloj del Ayuntamiento. Quizá, sólo quizá, el final de esta historia estuvo en esa figura de hombros anchos, cubierta con un gabán largo y negro que Sebastián vio apoyada sobre el reloj, proyectando su sombra perenne sobre la ciudad que había jurado proteger. Esa figura serena, estoica, en cuya cabeza creyó ver un destello que sólo podían lanzar dos gafas ahumadas y perfectamente redondas.

Quizás el final de esta historia fue ese caballero oscuro que probablemente se inventó su memoria, tan novelera y tan mentirosa como todas las demás memorias.

Berlín, 3 de enero de 2016

Nota del autor

Hay un camino que separa un manuscrito acabado y una novela hecha y derecha. Es un camino largo, frustrante algunas veces, gratificante otras, aunque si hay una cosa cierta, es ésta: es un camino imposible de recorrer a solas.

Quisiera agradecer a las siguientes personas que me han acompañado en el camino que va desde enero de 2016, cuando puse punto y final a la historia de Salvochea y sus jóvenes cazadores, hasta hoy.

Gracias a Alexander Páez, Miquel Codony, Sofía Rhei, Guillem López, Gabriella Campbell, Javier Fornell, Sarah Manzano, Jacobo Cortés, Octavi Segarra, Antonio Torrubia, Alberto Ramos Santana y Marta Marne. Estoy muy orgulloso de esta historia, y también estoy seguro de que no habría quedado ni la mitad de bien sin vuestros consejos. Mención especial a Jesús García y el repaso que le dio al *gaditanismo* del texto, tan exhaustivo y tan acertado que más de una vez me encontré riéndome a carcajadas al leer sus sugerencias.

Gracias a Carmen, mi madre, y Victoria, mi tía, por hablarme de mi abuelo Juáico y de mi abuela Antonia. Gracias por hablarme de Liérganes, del teatro romano, de las cuevas de María Moco, de los doce moros que jugaban a las cartas, de la casa de los espejos, de la Bella Escondida. Gracias a las dos por contarme tantas historias de ese Cádiz antiguo que no es recuerdo ni leyenda, sino todo lo contrario.

Gracias a la doctora Laura Ocaña, por ayudarme a entender el horrible suceso que vive Julieta y la mejor manera de tratarlo.

Gracias a la familia Aramburu por permitirme usar su apellido para encarnar a los villanos de esta historia, siempre en el mundo de la ficción. En especial gracias a Ana María Del Corral Martín y Carmen Pries por su disponibilidad y su comprensión en todo momento con esta novela.

Gracias a mi agente, Alexander Dobler, por apostar por Salvochea y por aguantar mis neuras. Y lo que te queda.

Gracias a Blanca Rosa Roca y Carol París, de Roca Editorial, por darle a *Las tres muertes de Fermín Salvochea* la mejor casa que podría tener.

Gracias a Camilla, la auténtica Candela. Te quiero. Y lo que te queda.

Y, por último, gracias a ti, por recorrer con nosotros el último tramo del camino. Sin ti, ni un solo paso habría tenido sentido.

Nos vemos en el siguiente.

J.

Glosario de términos gaditanos

- **Arreguindarse**: trepar, colgarse de un lugar a cierta altura.
- **Babeta**: poco formal, con pocas luces, desgraciado.
- **Barlú**: de mala calidad, estropeado, viejo, echado a perder.
- **Bastinazo**: hecho extraordinario, fuera de lo normal y llamativo, tanto positivo como negativo.
- **Beduino**: Habitante de la parte nueva de Cádiz, entre las Puertas de Tierra y la Cortadura.
- **Cagalistre**: aguafiestas, persona que lleva siempre la contraria.
- **Capillita**: aficionado a la Semana Santa, religioso en extremo.
- **Carajote**: tonto, alelado, idiota.
- **Cate**: golpe que se da con la mano abierta en la parte de atrás de la cabeza. Similar a colleja.
- **Chicuco**: mancebo, chico de los recados, especialmente en farmacias y tiendas de ultramarinos.
- **Chiguato**: de mala calidad, estropeado, echado a perder.
- **Cojetada**: Cojeo, paso que da un cojo.
- **Empapuchar**: empapar.
- **Encalomarse**: encaramarse.
- **Enchampelado**: pegado, muy cerca.
- **Enguipar**: mirar, atisbar, otear.
- **Estiba**: paliza.
- **Guachisnáí**: extranjero, casi siempre usado con connotaciones peyorativas. Probablemente tenga origen en una de las primeras frases que pronuncia un nativo inglés cuando se presenta: *what is your name?*
- **Guannajarse**: ver **Najarse**.
- **Guita**: cuerda de cáñamo fino que se usa para atar envoltorios.
- **Jindama**: miedo.
- **Josifa**: trapo para secar platos recién lavados o para limpiar.
- **Liqui, liquindo (estar al)**: estar alerta, ojo avizor, mirar con atención.
- **Mangüiti**: juego de niños que consiste en saltar lo más lejos posible sobre una fila de niños inclinados unos sobre otros.
- **Mataquinto**: adoquín.
- **Melopea**: borrachera.
- **Menudo**: guiso gaditano muy parecido a los callos.
- **Mico**: chaval, niño pequeño, normalmente usado de forma despectiva.
- **Migote**: especie de merienda que se consigue mojando pan viejo o galletas en un vaso de café, achicoria o leche caliente, hasta que el pan absorbe el líquido y se

come con cuchara.

- **Mijita**: cantidad pequeña, poca cosa. Variación del castellano *migueta*.
- **Mojicón**: golpe, bofetada.
- **Mollate**: bebida alcohólica, normalmente referido al vino.
- **Montañés**: cántabro afincado en Cádiz.
- **Morder**: mirar con atención, fijarse, darse cuenta. Normalmente usado en imperativo (*muerde = fíjate*).
- **Najarse**: irse de un sitio, largarse.
- **Omá, omaíta**: Madre.
- **Patinillo**: patio interior de un edificio al que dan las ventanas traseras.
- **Patiovecino**: patio interior común a varios pisos de un mismo edificio donde antiguamente se reunían los vecinos. Equivale a una corrala en Castilla.
- **Piedra ostionera**: piedra porosa típica del litoral gaditano, formada por sedimentos de roca erosionada y conchas marinas.
- **Pipando**: chorreando.
- **Pirri**: bebida alcohólica, especialmente vino.
- **Pirriaque**: ver **Tajarina**.
- **Pocavergüenza**: desvergüenza, desfachatez o falta de pudor, a veces entendido positivamente como desparpajo.
- **Puertatierra**: nombre con el que se conoce la parte nueva de Cádiz, que abarca desde las Puertas de Tierra hasta la Cortadura. A sus habitantes se los conoce como beduinos.
- **Rabonas (hacer)**: escabullirse, faltar a clase o alguna tarea obligatoria.
- **Saborío**: persona sin gracia y con poco carácter. Variación del castellano *desaborido* o *desabrido*.
- **Sieso**: antipático, de mal carácter, sin sentido del humor.
- **Tajarina**: borracho, alcohólico.
- **Tangái**: jaleo, escándalo, bullicio.
- **Tangar**: Robar, escamotear.
- **Tirilla**: habitante de la parte antigua de Cádiz, de las Puertas de Tierra hacia adentro.
- **Trampuchero**: tramposo.
- **Zarpajazo**: trompazo, golpe fuerte, porrazo.

Notas

[1] Ver *Glosario de términos gaditanos* en páginas 411-413.<<